



BEATRIZSAIZ

**QUIERO VOLVER
A BAILLAR
BAJO LA NIEVE**



Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2020

© 2020 Beatriz Saiz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

*Para mi madre, mi padre y mi hermano, os quiero.
Para Samuel, el melómano que pone banda sonora a cada capítulo de mi loca vida.
Y para Mackenzie, por atreverse a contar mi historia.*

*Para Diego y Olivia, por recordarme el valor
de una mirada inocente.
Bienvenidos al mundo, pequeños.*

Prólogo

London Grammar - Hell to the liars

Entro en su casa. El silencio me acompaña mientras acudo a la cocina a dejar la compra. Hará unos dos meses que dejé de fingir. Desde aquella tormenta de principios de diciembre. Así que no pienso poner ninguna excusa. Me he mudado porque le amo, y estaba equivocada. Él no es sexo, es mucho más, pero me da miedo confesárselo.

No quiero asustarlo.

Se siente seguro detrás de esa fachada, pero he visto más allá. He permanecido atenta en los momentos que no tenía la máscara puesta. He descubierto su yo de verdad, y me fascina. Muchísimo.

Me seducen sus intensos ojos marrones. Me cautiva su sonrisa ladeada. Me apasiona en la cama. Adoro su cuerpo. Me hipnotiza la manera en la que no quiere implicarse, sin poder evitar entregarme pequeños trocitos que atesoro bajo llave.

Él es distinto a lo que se cree que demuestra.

Antes de meterme en el meollo, subo a cambiarme de ropa. Cojo una camiseta de él, en concreto, la que se puso anoche para dormir. La huelo nada más ponérmela e inspiro profundamente. Su olor persiste. Pillo unos pantalones de yoga y me pongo unos calcetines. Me hago un moño en lo alto de la cabeza y regreso a mi lugar favorito de la casa.

Aprovecho mi día libre para preparar una cena romántica para cuando regrese de trabajar. Tras colocar las cosas en su sitio, me lavo las manos y comienzo a pelar las patatas. Las dejo en un bol con agua y pico las cebollas en juliana. Corto, a su vez, la verdura para la salsa; las introduzco en una olla y dejo que se haga a fuego lento.

Me pongo con el pescado, su comida favorita; en este caso, salmón. Seguro que me comerá a mí de postre, después de este festín.

Escucho el tintineo de las llaves muy cerca de la puerta. Está a punto de entrar y mi cuerpo se excita por la anticipación. Como siempre que estoy con él.

Me contempla desde el umbral. Le echo una rápida mirada y percibo en sus ojos varias emociones, pero no consigo distinguirlos. Me pregunto en qué estará pensado para que tantos sentimientos lo atraviesen en un par de segundos.

Me giro para prestar atención a la salsa que se cuece en la olla. Él me abraza por la espalda y apoya la barbilla en mi hombro. Me da un tierno beso en el cuello y me muerde. Río en sus brazos y él se queda medio embobado con el sonido de mi risa. Regresa a mi hombro después de repartir pequeños besos por mi clavícula e inhalar mi aroma. Lo sé porque entierra la nariz en mi cabello y aspira profundo, varias veces.

Ojalá pudiéramos estar siempre así. Pero, por desgracia, uno de los sentimientos que sus ojos me gritan con claridad es: culpa.

¿Culpa? ¿Por qué?

Zarandeo la cabeza para aquietar esas ideas. No me gusta hacia donde van mis pensamientos. Hago un esfuerzo por bloquearlos. Siguen presentes en mi mente.

¿Qué narices me ocurre?

Meto las patatas y las cebollas en el horno, y me volteo para contemplarlo fijamente. Tengo miles de preguntas instaladas mi rostro, en mis ojos, pero temo lanzarlas. Lo más seguro es que para él sea fácil descifrar lo que pienso... Mi mirada me delata. A él, sin embargo, siempre le ha resultado sencillo ocultarlo. No es un libro abierto ni pretende serlo. Y, al contrario de lo que piense, adoro su carácter reservado. Es una de las cosas que han hecho que me enamore de él.

Es como una de esas buenas recetas, que no elaboras tan a menudo porque necesitan su tiempo de cocción, junto con una pizca de paciencia; pero, al final, el resultado es de lo más delicioso. Así es mi amor por él.

Le confieso que lo quiero, pero se mantiene inmóvil, sin dejar de estudiarme, sin moverse. Mantengo la mirada fija en él, aguanto la respiración, esperando una respuesta, pero él solo me contempla.

En su mirada soy capaz de leer con claridad que siente lo mismo, pero teme meter la pata.

¿Me quiere?

Seguro que pensará que esa clase de sentimientos van en contra de sus planes.

Acerca su boca despacio, sin apartar la vista, como si sus ojos pudieran transmitirme lo que acaba de descubrir y tiene miedo a decir. Le sonrío y me besa.

Aparto mis manos de él y solloza en mi boca, pero se relaja cuando las enredo en su pelo. Necesito su contacto. Sus manos, su lengua, su cuerpo, comprender que está conmigo. El chico que me enamoró y es incapaz de decirme lo que siente, aunque sus ojos lo gritan por él.

De algún modo, adivino lo que intenta explicarme, y lo quiero más si cabe.

Pero no son más que los deseos de una necia enamorada. A la mañana siguiente, su ordenador me arroja toda la verdad. Comprendo que imaginé lo que me clamaban sus ojos, quise creer que sus caricias silenciosas marcaban mi cuerpo con pequeños «te quiero» y pretendí escuchar a sus labios posesivos. No fue más que eso. Una mentira. Un engaño. Una traición.

Capítulo 1

PASADO

Bad Wolves - Zombie

23 de febrero de 2017.

Me llamo Mackenzie y no es oro todo lo que reluce.

Mi vida es perfecta, poseo lo que cualquier otra persona soñaría o querría. Estudié Derecho y ejerzo de abogada para la empresa de mi padre. Gracias a la carrera conocí a mi único y gran amor, mi marido Jason. Es un hombre atractivo, alto; no muy delgado, quizá más bien fuerte; ojos azules, pelo castaño, detallista, simpático y leal. En la soledad de mi despacho, me pregunto cómo es que acabó conmigo. No soy guapa, por lo menos para mí no lo soy: tengo la belleza de lo que hoy en día se conoce como curvy, el pelo rojo (teñido, por supuesto), los ojos color miel, y doy gracias al señor de que por lo menos soy simpática.

Los niños del colegio me señalaban y se burlaban de mí, veía el rechazo en los ojos de la gente, y no me gustaba nada. No paro de pensar en cómo mi marido se fijó en mí; soy masoquista.

«Stop, Mackenzie, no vayas por ahí. Eres guapa, no eres una belleza clásica, pero eres guapa. Deja de hundirte».

Me centro en el trabajo a la vez que me tomo un café y reviso en el ordenador las cuentas de la empresa. Me meto en internet para comprobar el correo, hay más de cien sin leer. Un suspiro se escapa de entre mis labios; es más agotador de lo que pensaba. No les echo un ojo siquiera, me levanto de la silla y camino por mi despacho: ¿qué es lo que me pasa? ¿Por qué parece que no estoy contenta con nada? «Vamos, Kenzie, deja de divagar».

El sonido de la puerta hace que me paralice en medio del despacho. Respiro e intento concentrarme. Aviso a quien ha tocado de que pase y compruebo que es mi odiada secretaria. Bueno, más bien yo soy su odiada jefa, porque a mí ella me da igual. Hace algún tiempo comprobé que lo que yo hacía, luego lo acababa haciendo ella. ¿Me teñía el pelo? Allá que iba Rachel a teñírsele; adquiriría un coche, y tardaba menos de dos segundos en tener el mismo; ¿que me compraba una falda? Al día siguiente la traía ella. Lo mejor de todo es que me critica a escondidas como si no pudiera escucharla, pero sí que lo hago.

—Señora Mackenzie, acuérdesse que tiene una reunión a las cuatro de la tarde —señala Rachel—, y no se olvide de la cena con su marido por la noche. —Lo olvidaba: también quiere a Jason, de ahí el retintín de su tono.

—Gracias —contesto sin más. Rachel cierra la puerta y vuelve a dejarme en la soledad de mi despacho. Esa que a veces asfixia, me aprieta, y me impide respirar.

Tomo un par de bocanadas de aire, y unas tres veces más. Y, cuando al fin me tranquilizo, me preparo la reunión de esta tarde. No sé cuánto más va a durar mi actitud, fingiendo ser alguien cuando en realidad la verdadera Mackenzie pugna por salir. Y últimamente no veas cómo lucha, me cuesta mantenerla encerrada en un rincón de mi cuerpo, en un minúsculo escondrijo donde nadie pueda encontrarla.

La reunión no salió tan mal como pensaba gracias al perfecto de mi marido, porque yo no sabía ni lo que estaba haciendo. Sin embargo, los socios se quedaron impresionados y ese es el resultado que necesitamos.

Antes de ir a cenar, me desplazo hasta mi casa para ducharme; me encontraré con Jason en el restaurante, porque tiene que hacer un par de cosas más en el despacho. Me pongo los cascos, cojo un libro, lleno la bañera y me zambullo en ella. Abro el libro por donde me había quedado y leo un poco. Tras el baño, me visto con un traje negro, unos zapatos de tacón rojo, me dejo el pelo suelto y me maquillo un poco. Los labios, por supuesto, me los pinto del mismo color que mis zapatos; en mi opinión, es un tono que me sienta de maravilla.

Al entrar en el restaurante, Jason, el increíble y dulce Jason, me está esperando con un ramo de flores. Me lo como a besos hasta que el camarero tose a nuestras espaldas. Entonces decidimos sentarnos y pedir para comer.

—¿Qué tal, preciosa? —se interesa cuando el camarero se aleja. Ambos tenemos por norma no hablar de nuestro trabajo y, aunque él me salva el culo la mayoría de las veces, eso es lo que hacemos. No queremos que el trabajo interfiera en la vida familiar, y viceversa.

—Muy bien, mejor ahora que estoy contigo. —Él me regala su dulce sonrisa ladeada y me agarra la mano—. ¿Tú?

—Fantástico, no sabes lo estupendo que es verte.

—Tú siempre tan adulador —digo, incluso me pongo tímida.

—Es la verdad, Kenzie. No sabes lo bella que eres, me tienes loco.

Cuando llegamos a casa, la cosa ha subido de tono, bastante, para ser sinceros, y hacemos el amor. Al terminar, Jason me abraza desde atrás, me da un beso en la nuca y me desea buenas noches. Yo me siento sucia, vacía. Me odio. Me odio por no sentir lo mismo que él por mí, me odio por no poder amarlo de la misma manera, y me odio por volver a dejar salir a la verdadera Mackenzie a la luz.

A la mañana siguiente me doy una ducha, me visto y me dirijo a la cocina a prepararme un café; solo que ese café ya está hecho, y me lo entrega un hombre con una dulce sonrisa en los labios.

—Te quiero —expresa cuando llego a él, y me agarra por la cintura—. No me cansaré de decírtelo.

—Yo también te quiero. —Y es verdad. El problema es que no lo amo.

—He de ir al curro. No tardes; no abuses por ser la hija del jefe. —Me guiña un ojo y me besa.

—No lo haré.

Se marcha.

Cojo unas cuantas galletas, antes de terminarme el café en mi taza de Bambi, y salgo hacia el maldito y caótico trabajo.

En el despacho, soporto las batallitas de uno de los socios, que se va a divorciar y necesita una abogada. Según él, ha dejado a su mujer; según mi «humilde opinión»: ella se largó porque se cansó de la cornamenta que tenía.

—Por eso necesito una abogada. —Me devuelve a la realidad.

—Pues búscala —respondo totalmente seria.

—Me refiero a ti, Mackenzie.

—Me lo temía. —Arrugo mucho la cara, como si me hubieran pegado una patada en la barriga—. Estoy muy liada, tengo mucho trabajo, ya sabe: presentaciones, mirar contratos, hacer las

cuentas...

—Vamos, Mackenzie, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Toda la vida —declaro con un suspiro laso.

—Entonces, ¿vas a hacer que me gaste un dineral con un abogado cualquiera? —Jacob sabe a qué tecla dar para que acepte.

—No, lo haré yo —contesto, aparentando seguridad cuando en realidad me quiero morir.

—Arreglo unos asuntos y nos ponemos con ello —sonríe contento—. Gracias, Mackenzie, eres la mejor.

En cuanto cierra la puerta, me derrumbo. No quiero llevarle el caso, no quiero saber nada de la abogacía, entonces ¿por qué sigo? Debo parecer estúpida, porque no me lo explico. Es tan simple como decir: «No. Sí, nos conocemos hace años, pero no, me niego a llevarte el caso. Sí, mis padres te quieren como a un hermano, pero no te llevaré el caso». Es tan sencillo...

«¡Joder, Kenzie! Era muy fácil, ahora vas a agobiarte, no vas a dormir por las noches, vas a estar pensando en el caso cuando no tienes ni idea de lo que haces...».

—Kenzie. —Mi amiga Susan aparece por la puerta—. ¿Un café?

—Por favor, necesito salir de aquí y hablar con alguien. —Susan debe de notar mi agobio en la voz, porque se sienta y pone las manos encima de la mesa.

—¿Qué pasa?

—Vamos y te cuento. En serio, he de salir.

Nos alejamos de la empresa y vamos a una cafetería que está a tres manzanas. Tanto Susan como yo buscamos una con privacidad, y si le cuento lo que ronda por mi cabeza en la cafetería de enfrente, mucho me temo que mi padre se acabaría enterando. Ese lugar tiene mil oídos, y necesitamos intimidad.

—Cuenta, ¿qué te pasa?

Mi amiga Susan es perfecta, como amiga y como mujer. Tiene una belleza innegable, cualquiera que esté a su lado se daría cuenta. Cabello oscuro, tez blanca, ojos azules y piernas interminables. Es simpática, dicharachera, dulce; con carácter, pero no tanto, y con una sonrisa que se camela a cualquiera. En el caso de poder elegir ser alguien, yo hubiera elegido a Susan.

Las dos trabajamos para la empresa de mi padre, aunque ella en otra área; se encarga de elaborar el maquillaje, las cremas, los desmaquillantes... Y a ella sí que le gusta lo que hace, sí que está bien en Boston, y sí que ama a su marido. ¿Cómo explicarle que yo no?

—Quiero dejar el trabajo, y me temo que a mi marido también —suelto de carrerilla—. No me juzgues, por favor.

—Eres tú la única que se juzga, y eres muy dura contigo. ¿No habíamos superado ya la época del colegio?

—Sí, lo siento —objeto, cabizbaja.

—Bien, empieza desde el principio y no te saltes nada.

Le cuento mis mayores temores y, una vez que acabo, indica:

—Lo dicho, eres tu peor enemigo, Kenzie.

—¿A qué te refieres?

—No hay nada de malo en divorciarte, ni en dejar tu trabajo para dedicarte a lo que de verdad te gusta. Lo entenderán; y, si no, pues que se jodan. Pero tienes que seguir tu vida. Y, Mackenzie, no te olvides de disfrutar en el proceso.

Hoy ha sido una mierda de día. Llego a mi casa antes de lo normal, no soportaba estar más en esas cuatro paredes, y me quedo contemplando la casa.

«¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo he permitido que el resto tome decisiones por mí? ¿Cuándo sucedió?».

Me meto en la ducha, me pongo el pijama y cojo el libro que estaba leyendo. Me pongo música y me tumbo en el sofá; debo relajarme o me va a dar un ataque.

Capítulo 2

PRESENTE

Anne Marie - Ciao adiós

25 julio de 2018.

Tras varios meses tortuosos en los que no he cesado de ir al hospital por culpa de las visitas al neurólogo, escáneres, control de sangre y un largo etcétera, recibo la noticia de que, a pesar de que continuaré con las revisiones anuales, lo peor ya pasó.

Regreso a casa de mis padres con mi madre llorando de emoción y comunicándoselo a la familia, y con la firme intención de tomar las riendas de mi vida.

Me asusté mucho; las pesadillas me siguen torturando (pero cada vez menos); siento pánico de que me vuelva a pasar; me agobia estar en mi casa y cada vez que reparo en la cocina me da un ataque de ansiedad; si hace mucho frío, la mano derecha se me entumece, y si camino mucho, acabo deslizando la pierna. Son pequeñas secuelas que me recuerdan que he de disfrutar de la vida.

Lo primero que cumplo después de recibir la noticia de que ya puedo hacer vida normal (con restricciones, porque no he de coger peso, ni adoptar según qué posturas que me perjudican al cuello y debo tener cuidado con los tirones fuertes o movimientos bruscos), y de dejar a mi madre en casa, es ir a hablar con Connor.

Hace meses que no conduzco y me noto extraña: meto acelerones y frenazos sin ton ni son, pero cada vez me siento más confiada; al cabo de diez minutos voy rodada. Además, mi madre me compró un protector de cinturón a la altura del cuello para que no me haga daño y me da seguridad.

Permanezco unos cinco minutos en el coche. Respiro con dificultad a causa de los nervios, pero he de ser valiente y enfrentarme a cada una de las consecuencias, aunque eso suponga que me eche del restaurante. No me largaré sin intentarlo al menos, así que me apeo del coche y camino directa a afrontar un gran daño colateral.

Abro la puerta y uno de los camareros me dice que están cerrados, que hasta las doce no abren. Miro mi Fitbit Versa, regalo de mi hermano, que desde lo que sucedió me tiene controlada. Y, además, me viene de lujo porque todos los días a las seis de la tarde vibra y me recuerda que he de tomarme la pastilla para mantener mi sangre licuada. Me parece tierno cómo se preocupa y que cada noche examine los ejercicios que he realizado durante el día y las pulsaciones que he registrado.

Compruebo que son las once de la mañana; vuelvo a fijarme en el chico antes de darme la vuelta. Me agarro fuerte al bolso donde llevo mi expediente hospitalario por si no me cree, aunque entiendo que no será necesario enseñárselo. Y revivir lo que sufrí me da las fuerzas que necesito para preguntarle al camarero por el chef; no tengo su número ni ninguna otra manera de localizarlo; y, si no está, siempre me queda la posibilidad de hacer guardia hasta que dé con él.

—Perdona —digo de nuevo—, buscaba al chef Connor Moore.

—¿De parte de...? —pregunta el camarero con una sonrisa al verme tan alterada. Retuerzo el bolso con nerviosismo.

—Mackenzie Spectre.

La sonrisa se le borra de la cara.

—Un momento. —Me echa una mirada dura y desafiante antes de marcharse a la cocina.

Me quedo allí plantada sin saber qué hacer. El camarero ni siquiera me ha ofrecido un vaso de agua o una banqueta donde sentarme, por lo que deduzco que no soy bienvenida. Aunque también me lo dijo su mirada.

«Respira por la nariz y suéltalo por la boca», me repito a mí misma. «No es muy difícil, hazlo y tranquilízate».

Miro el reloj de nuevo. No han pasado ni dos minutos, pero a mí se me está haciendo interminable. No dejo de preguntarme cómo me recibirá; probablemente de forma hostil, como el camarero.

No aguanto más. Tomo asiento cerca de la barra; la pierna derecha me avisa de que como siga así, no va a poder aguantar mi peso. Dejo el bolso en mi regazo, aunque sigo retorciendo el asa, y vuelvo a inspirar y expirar como me enseñaron en las clases de pilates.

—Mira quién decide aparecer después de ocho meses de ausencia. —La voz a mi espalda suena bastante cabreada. Me enderezo en mi sitio, dispuesta a recibir los golpes—. La gran Mackenzie Spectre. ¿A qué vienes?

—A decirte que varios días después de que supiera que iba a estar un año trabajando contigo se me desgarró la carótida y sufrí un ictus —contesto tras girarme en la silla para mirarlo a los ojos y que sepa que no miento; los míos están llenos de lágrimas—, y por eso no pude acudir antes. Pasé varias semanas en el hospital; cuando me dieron el alta hospitalaria, apenas me movía, pero hoy al fin me dijeron que podía hacer vida normal y quise explicártelo. Mira —rebusco en mi bolso—, te traigo mi expediente médico para que compruebes por ti mismo que no me lo invento.

—Dios mío. —Su cara palidece y se acerca para cogerme las manos y que deje de buscar—. ¿Estás bien?

Una lágrima rueda por mi mejilla y él me la seca. En su mirada ya no hay desprecio, ahora está el afecto que nos teníamos y una pizca de arrepentimiento.

—No, bueno, sí, pero ya pasó. —Me encojo de hombros, como si el gesto sirviera de explicación.

—Kenzie, lo siento.

—No tienes nada que sentir, no fue culpa tuya.

—Pero pensé que, después de lo que habías luchado y de lo que aprendiste, te habías marchado sin una explicación. Creí lo peor de ti, y por eso lo lamento.

—Yo hubiese pensado igual, lo entiendo.

—¡Señor! Un ictus, tuviste un ictus y estás bien. —Parece asombrado, como si no se lo terminase de creer—. ¿De verdad estás bien?

—Fue duro, no te voy a mentir, pero con la ayuda de los médicos y de mi familia he podido superarlo. El miedo está conmigo, pero he de convivir con ello y hacerle frente.

—Kenzie, de saber lo que te ocurrió no le habría dado tu plaza a nadie, pero...

—No te preocupes. No vengo a por el puesto, aunque no negaré que me moría por trabajar

contigo, tanto que me dio un ictus. —Su risa resuena por el local y me infunda tranquilidad—. Tenía que explicarte lo que me sucedió y que no me odiaras.

—No te guardo rencor, tranquila.

Hablamos durante un rato, nos ponemos al día e intercambiamos números. Connor no quiere perder el contacto con su alumna favorita, palabras textuales, y quiere saber lo que haré ahora que me han dado el alta. Se ofrece a ayudarme en caso de que lo necesite y que cuente con él para dar buenas referencias sobre mí. Se lo agradezco y le doy un grandísimo abrazo.

De nuevo en el coche, me doy cuenta de que no debo retrasar más la conversación con mi marido. Me da pena, duele incluso, y me aterra volver a empezar sola después de tantos años, pero he de hacer lo correcto. Por él y por mí; porque estar juntos no es lo mejor, y acabaríamos por odiarnos.

Aparco en el garaje de la empresa de mi padre y esta vez no me tiemblan las piernas. Paso la tarjeta identificativa por la puerta del ascensor y espero a que llegue. Miro a mi alrededor y soy más consciente aún de que no codicio la vida que me proporcionaba este lugar, la seguridad, la estabilidad, nada. Prefiero hacer lo que deseo y disfrutarlo, aunque implique no saber si llegaré a fin de mes. Será un obstáculo que superaré una vez que lo alcance.

Camino con paso decidido hacia su despacho; mis antiguos compañeros me saludan y se alegran de verme, pero yo solo aprecio la puerta cerrada que me llama a gritos. Después de saludar y hacer un poco el paripé, toco la puerta y entro sin esperar a que me invite.

—Hola. —Elijo una de las sillas, frente a él, para sentarme.

—¡Kenzie! —exclama en cuanto levanta la vista del expediente—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te dijo el médico?

—Estoy bien, pero vengo a hablar de otra cosa.

Suspira y se pasa las manos por la cara.

—¿Sobre qué quieres hablar?

—Jason... —Cojo aire antes de continuar—: Te quiero mucho, pero no puedo seguir con lo nuestro. Fingir que va bien cuando por dentro quiero gritar la verdad. Lo nuestro fue bonito, perfecto incluso, demasiado; pero siento que, si sigo, acabaré por odiarte. Estoy cansada de verte luchar por lo nuestro cuando no tiene arreglo; de ver cómo tú lo intentas y fracasas estrepitosamente. Y, aun así, no pierdes la fe y sigues intentándolo. Los dos sabemos que es hora de cerrar este capítulo. Al principio escocerá, pero no nos destruirá. No de la manera que tiene que hacerlo cuando pierdes al amor de tu vida.

—Mira, Kenzie —me interrumpe—, estoy loco por ti, pero lo que te pasó me ha servido para darme cuenta de que tú por mí no, y que es hora de dejarte ir, aunque me duela. No quiero ser la razón por la que no resplandesces como antes, por la que no sonrías cada día, o por la que te marchitas. Ni siquiera me contaste lo del curso de cocina, ¿por qué?

—Intenté hablar contigo en la casa de mis padres; te dije que tenía pensado dejar el trabajo y por poco se te salen los ojos de las cuencas, así que decidí callarme.

—No he sido un buen marido, ¿eh?

—Claro que has sido un buen marido, ni se te ocurra dudarlo, pero en algún momento nuestros caminos se bifurcaron. Y lo que era mejor para ti no lo era para mí.

—¿No hay remedio? —pregunta. Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Si lo hago, mi voz sonará tomada y no podré contener por más tiempo las lágrimas—. Te quiero, Kenzie, muchísimo;

y si te das cuenta de que lo mejor para ti soy yo, llámame. Te estaré esperando.

—Yo también te quiero, pero lo nuestro, a pesar de que fue bonito, se acabó. Quizás algún día, y con el tiempo, podamos ser amigos, si tú quieres.

—Prefiero tenerte en mi vida como amiga a que desaparezcas de ella para siempre. Si es eso lo que quieres, lo respeto. Lo único que te pido es que me des tiempo. Porque he de hacerme a la idea de que la mujer de mi vida ya no está, aunque me lleve un tesoro como amiga.

Me acerco a él llorando y le doy un abrazo. Estamos varios minutos abrazándonos, llorando, y despidiéndonos. Es hora de cerrar una etapa y me duele que el final de esa época sea Jason, de verdad, pero no siento por él ese amor irracional. No siento por él más que amistad. Se acabó. Fin.

Capítulo 3

Martin Garrix feat. Dua Lipa - Scared to be lonely

Retomo mi vida, en la medida de lo posible y con los cambios que he considerado necesario emprender, donde la dejé. Vuelvo a clases de pilates con permiso de mi neuróloga, camino a diario al menos una hora y me pongo a buscar trabajo de cocinera. Este último punto es bastante complicado, ya que requieren al menos tres años de experiencia y no tengo ni medio. Con lo único que cuento es con la promesa de Connor de darme referencias, pero nada más.

Frustrada, dejo el portátil en el sofá y ando hacia la cocina; lo último que preciso es alterarme. La neuróloga me dijo que tuve suerte una vez; dos, no creo que lo cuente. Además, tras muchas discusiones, mis padres y mi hermano han vuelto a trabajar y a dejarme sola en casa. No quiero volver a preocuparlos y que alguno de ellos deje de vivir por mi culpa.

Me bebo un vaso de agua para tranquilizarme y decido tachar de mi lista otra cuenta pendiente: me haré un tatuaje, uno especial, que me recuerde lo frágil que somos. Y que, cada vez que lo divise, sonría por lo que superé y dejé atrás. Uno que represente mi nueva vida, el comienzo de algo especial; y, además, lo quiero en mi lado derecho. Y que mejor inicio de historia que: *Once upon a time...*

Sonrío ante la idea de cumplir con otro propósito.

Me siento de nuevo y busco un buen estudio de tatuajes; me pongo nerviosa porque, para que el diseñador sepa lo que significa para mí, le tendré que contar lo que me pasó y odio hablar sobre ello. Sé que no pasa nada porque la gente lo sepa, es una manera incluso de darle normalidad, pero no me gusta las caras de pena que ponen y las preguntas que vienen a continuación. La que más me toca las narices es: «¿Y no se te paralizó la cara?». «Sí, pero recuperaré el noventa por ciento de movilidad; si no me conoces de antes, parece que no me ha ocurrido nada». A lo que responden: «Ah, entonces no fue grave», y a mí me dan ganas de contestar: «No, solo estuve dos semanas en el hospital con mi cuerpo repleto de cables, la impotencia de no poder moverme, pero me sobrepuse con fuerza; y, a pesar de tener el alta, estaré la vida entera acudiendo al neurólogo y con revisiones de sangre. Pero no, no fue nada».

Llamo al centro de tatuajes y pido cita. Me la dan para la semana que viene y cuelgo entre contenta, alterada e histérica. Una mezcla de todo. Contenta porque después de muchos años pensándolo al final me haré un tatuaje. Alterada por lo que supone y las dudas que conlleva; la más importante es: ¿me dolerá? E histérica porque no sé si sabrán captar lo que quiero.

A los pocos minutos suena mi móvil y miro extrañada: es Connor. Lo cojo y me exige que acuda a su restaurante, que tiene que hablar conmigo urgentemente. Me ducho y me visto hiperrápido. Si mi hermano estuviera en casa, me echaría la bronca por correr por las escaleras, pero algo me dice que es importante y estoy ansiosa por averiguarlo.

Aparco en la puerta y, esta vez, al contrario que la anterior, me alegro de encontrarme aquí y volver a verlo.

Entro en el restaurante y me topo con el mismo camarero que la otra vez, que, nada más verme, se disculpa con la mirada y me sonrío de oreja a oreja. Seguro que Connor lo puso al día y se arrepiente de cómo me trató. Le devuelvo la sonrisa (yo habría actuado igual) y pregunto por el

chef.

—¿Está Connor?

—Sí, espera, lo avisaré. ¿Quieres algo de beber o de comer?

—No, gracias —contesto. No puedo evitar realizar comparaciones: la otra vez no me ofreció nada.

Se marcha a la cocina, y Connor aparece a los cinco segundos con una gran sonrisa y sus brazos extendidos hacia mí. Le devuelvo el abrazo, me alegro de tenerlo de vuelta, aunque a veces se comporte como un capullo.

—Sí que has sido rápida —indica cuando nos separamos.

—Me dijiste que era urgente.

—Así es. Ven, vamos a sentarnos. —Señala una mesa en un rincón, escondida de ojos y oídos curiosos, y acudo tras él para tomar asiento.

—¿Qué pasa? Me estoy preocupando. ¿Ha ocurrido algo grave que requiera ayuda legal? Porque, si es así, has de saber...

—Kenzie, relájate —me interrumpo—, no es nada de eso.

—Vale. —Intento respirar con normalidad—. ¿Qué sucede?

—Me arrepiento mucho de haber pensado mal de ti mientras tú andabas superando un ictus. No sabes cuánto lo lamento. Y ya sabes que tu plaza ha sido ocupada, por lo que trabajar conmigo no es una opción, pero he tirado de algunos hilos.

—¿Qué clase de hilos?

—Mackenzie, estás en tu derecho de negarte; no es una obligación, solo una proposición. Y entiendo que, después de lo que te pasó, no te quieras ir.

—Está bien.

—Un buen amigo mío está buscando un cocinero. Me preguntó si conocía a alguien y le hablé de ti. Le expliqué que fuiste la mejor de la clase y me tomé la libertad de relatarle lo que te ocurrió. A él le gustaste desde el primer momento; pero, después de tu historia, tuvo claro que, si dices que sí, dejará de buscar. Porque quiere una luchadora, y tú lo eres. Así que, si tú quieres, solo si lo aceptas, vas a ser su pinche, para más tarde ser chef de uno de los mejores restaurantes de Estocolmo.

—¿En Suecia? —Estoy perpleja, no sé qué más decir. Debería estar dándole las gracias, pero es lo único que soy capaz de articular.

—Sí. Sé que es lejos, que supondrá empezar de cero en un nuevo país. El restaurante se especializa en comida española, por lo que al principio serás una ayudante, pero es una buena oferta. Piénsalo, ¿me lo prometes?

—No hay nada que pensar, por supuesto que acepto. A ver, primero he de hablar con mi familia, pero es perfecto. Es la huida que necesito: respirar aire fresco, despejarme... Y, encima, me dedicaré a lo que quiero. ¿Quién en su sano juicio sería capaz de rechazarlo?

—Nadie —confirma con una amplia sonrisa.

—Gracias, Connor. No sé por qué lo has hecho, porque no debes sentirte mal por nada, ya te lo dije, pero gracias por recomendarme; significa mucho para mí.

—De nada. No he hecho nada que no te merezcas.

—¿Y cuándo empezaría? ¿De cuánto tiempo dispongo para contárselo a mis padres?

—Cuatro semanas, aunque si estás antes, mejor.

—Espero que mis padres se hagan a la idea y me pueda ir pronto. —Sonrío, y él me devuelve la sonrisa.

Ni en un millón de vidas le podré agradecer la oportunidad que me está brindado; aunque él diga que me la debe, los dos sabemos que no es verdad. Ni siquiera tiene que ser mi amigo, pero Connor Moore se ha ganado un hueco en mi corazón. Sin duda, no olvidaré lo que ha hecho. Espero dejarlo en buen lugar y no cagarla.

Me despido de él y vuelvo a mi casa flotando. Estoy en una nube de la que no me quiero bajar. Si mi neuróloga me da el visto bueno y mis padres tampoco se niegan, emprenderé un nuevo comienzo en Suecia. Es de cobardes huir, pero en este caso es necesario. Es un ambiente desconocido, haré nuevas amistades y tendré el trabajo de mis sueños. No preciso de nada más.

Deambulo ansiosa por la casa de mis padres. ¿Cómo se lo tomarán? Me pongo a cocinar, la única manera que conozco de relajarme; quizá, cuando prueben mi comida, sean conscientes de que es la oportunidad de mi vida.

Como si supieran que tramo algo, llegan los tres a la vez, me saludan y sonríen cuando huelen las albóndigas que he hecho para comer. Si aceptan, ¿qué mejor manera de celebrarlo que con el típico plato sueco?

Nos sentamos a la mesa y, justo en mitad de la comida, decido soltar la bomba:

—Me han ofrecido trabajo de cocinera en uno de los mejores restaurantes de Estocolmo —suelto de sopetón.

—Kenzie, qué bueno —dice el siempre alegre Luke; me apoya en cualquier decisión—. Es una manera de que te olvides de lo que pasó y aprendas a vivir con ello. Has aceptado, ¿no?

—¿Vosotros qué pensáis? —pregunto a mis padres.

—Vamos a echarte mucho de menos, pequeña, pero creemos lo mismo que Luke. Es una oportunidad única, y una manera para desintoxicarte.

—Si dependiese de nosotros, estarías en casa, sin trabajar y vigilada, pero esa no es la vida que quieres. Cuando saliste del hospital, te hiciste una promesa, y no empezarás a cumplirla si no te vas —continúa mi madre con lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo te marchas? —pregunta Luke.

—Dispongo de cuatro semanas para trasladarme, pero si me marcho antes, mejor —respondo—. Gracias por apoyarme, significa mucho para mí.

Al día siguiente, vuelvo a llamar al tatuador para adelantar la cita. También telefono a Connor para decirle que acepto el trabajo y preguntar cuál es el siguiente paso. Me explica que contactará conmigo más tarde, que va a llamar a unos amigos de allí por si conocen a alguien que alquile su casa. Se lo agradezco por undécima vez y nos despedimos.

No me lo creo, viviré en Estocolmo. No sé qué me deparará este viaje, pero estoy llena de ilusiones.

Busco por internet cómo es la vida en mi nuevo hogar y me asombro ante lo que encuentro: es el único país en el que está a punto de desaparecer el dinero, es decir, todo se paga con tarjeta. Además, conservan su propia moneda. Y es caro para los turistas, pero la vida allí va acorde con el sueldo y ofrece un mogollón de posibilidades.

Me voy enamorando poco a poco de la ciudad, con cada foto que veo, cada página nueva que abro, cada rincón que descubro. Sin conocerla, ya me ha conquistado.

Mi teléfono vuelve a sonar: Connor me anuncia que me ha conseguido un estudio en

Södermalm, a media hora a pie del centro, que es donde está el restaurante.

—Gracias, Connor.

—Me lo has agradecido hasta la saciedad, y te diré lo mismo que las otras veces: no he hecho nada que no te merezcas. Además, así me desquito por odiarte mientras tú estabas en el hospital.

—Estoy nerviosa.

—Eso es bueno: cuando hay nervios, hay ilusión.

—Mucha ilusión —digo entre risas.

—Ahora te paso la dirección exacta del estudio para que se la indiques al taxista. Llámame en cuanto estés instalada. Solo me queda desearte suerte.

Dos semanas después, estoy en el aeropuerto, con mi maleta *vintage* de Mickey Mouse repleta de sueños, despidiéndome de mi hermano y mis padres. Con un sueño por cumplir y un nuevo tatuaje que bordea mi pecho derecho, y que significa muchísimo para mí. Hoy digo adiós a la antigua Mackenzie. Seré una forastera en un país extranjero, con diferentes amigos (aunque sin olvidarme de Susan, que me avisó de que como la ignorara me mataría). Ni de Adrianne, que irá a verme en pocos días. Pero me aguarda un futuro incierto, y estoy ansiosa y más emocionada que nunca por descubrirlo.

Capítulo 4

Lykke Li, The Magician - I follow rivers

Estoy enamorada de Estocolmo.

Toqué tierra sueca alrededor de cuatro días atrás y desde el preciso momento en que puse un pie en este país supe que estaba perdida. Fue amor a primera vista, no sé si me entendéis; simplemente sé que me esperan grandes emociones.

Estaba cagada, lo reconozco. Estoy un país nuevo, con costumbres distintas y un idioma diferente. Aunque hablan en inglés sin problemas, está muy lejos de lo que conozco, por no decir que es radicalmente opuesto.

Y me encanta.

El día que llegué fui incapaz de coger el bus. Según las explicaciones que me dio Connor, desde el aeropuerto podía coger el Flygbussarna, que me dejaría en el centro. Y de ahí el metro para acudir al estudio. No pude. Cogí un taxi. Prefería que me dejaran en la puerta de mi casa. Una nunca sabe lo que puede ocurrir de noche en un lugar que no conoces de nada, y más perdida que Wally.

Al día siguiente, hago de auténtica turista. Pillo una pequeña mochila, meto agua, frutos secos y un sándwich, y camino para irme habituando. Cuando alcanzo Gamla Stan me quedo con la boca abierta. Lo digo de verdad. Es una pasada. Había buscado fotos en Internet, pero nada comparado con verlo de cerca. Es una maravilla. Me pierdo por sus estrechas calles empedradas, que conectan unas con otras. Disfruto del ambiente (no era la única turista) y tengo un pequeño contacto con la vida sueca.

Me da miedo no encajar. Me aterra. Pero intentaré que salga bien. Con todas mis fuerzas. Lucharé con uñas y dientes. Me integraré como una más.

El primer día no paro de andar, emocionada. Alcanzo el restaurante en el que trabajaré y sonrío como una imbécil. Me quedo plantada, mirando la puerta y sin poder borrar la felicidad que se instala en mi rostro. Imposible.

¿Cómo hacerlo cuando estás contenta de verdad?

Al segundo día, lejos de estarme quieta, regreso a la calle. Debo conocerme cada rincón como la palma de mi mano, no solo por mi trabajo; sino para, cuando aterrice Adrienne, poder enseñarle los mejores lugares.

Esa vez no llevo nada de comida. ¿Para qué? Esto está plagado de restaurantes y cafeterías; el precio no es muy económico que digamos, pero en algunas cafeterías ofrecen almuerzos a costes razonables.

Paseo hasta el parque Djurgården, lo recorro en su mayoría. Me siento a comer en Rosendals Trädgårscafé, una cafetería con invernaderos donde se sirven sándwiches, ensaladas, sopas, café... Está muy bien, y disfruto del entorno como una enana. Además, la camarera me comenta que los productos que ofrecen en la carta son cultivados por ellos en los invernaderos.

Después de almorzar, deshago el camino fijándome un poco más en las casas. En su mayoría no tienen persianas y apenas cuentan con cortinas. Una extraña costumbre a la que será muy difícil adaptarme.

También caigo en la cuenta de que los suecos, casi todos, trabajan hasta las cinco; después de esa hora las calles se empiezan a llenar de lugareños ansiosos por llegar a sus respectivas casas en bici, en patinete, caminando, en patines, o cualquier tipo de transporte.

Suelen ir a su bola, algo que adoro. No hablan por hablar; eso lo llevo peor, máxime porque soy una extraña que necesita conocer gente. También me he dado cuenta de que son muy amables: cuando les preguntas dónde está ubicado cualquier sitio, no se marchan hasta que te haya quedado claro. Comparado con Boston, Estocolmo es la antítesis, y se respira paz. O por lo menos es mi percepción. Pero, claro, también influye el hecho de que en mi país no estaba contenta, odiaba mi trabajo, tuve un problema de salud, me divorcié, y Connor me dio la excusa perfecta para empezar de cero.

Al tercer día, me dedico a sacar fotos de lo que encuentro y considero de interés para mandarlo al grupo de WhatsApp que tengo con mis padres y mi hermano, cuyo nombre es lo más original del mundo (percíbase la ironía): Familia Spectre. Así somos.

Y al fin estoy en el cuarto día, en el que aterriza mi prima.

La espero en casa.

Mi estudio me apasiona. Es sencillo, pequeño, pero me encanta. No hay dormitorio, mi cama está en la misma sala donde hay un sofá, un escritorio y la televisión. Pero la cocina y el baño son habitaciones independientes, por lo que no me quejo. La cocina es lo mejor; sin duda, pasaré horas en ella investigando y elaborando mis mejores recetas.

Está situado en una zona donde predominan los soñadores y jóvenes artistas. Lo adoro. Además, he comprobado que no queda muy lejos del centro, donde está ubicado el restaurante en el que trabajaré, así que aprovecharé para ir caminando y ejercitar mi pierna mala.

Estoy ansiosa.

Tengo ganas de empezar a currar, de aprender; ahora mismo soy como una esponja y quiero absorberlo todo, pero también hay cierto temor a no estar a la altura. Ya me he presentado a Roberto Mackenna, el chef, así como a los demás miembros de la plantilla: cocineros, pinches, camareros... Y, si por mí fuera, ocuparía mi puesto desde ya mismo.

Es mi primer trabajo en este sector, y empiezo muy arriba, en otro país y viviendo la mayor de las aventuras. Elaboro una nota mental en la que incluyo llamar a Connor para agradecérselo una vez más. Aunque dice que lo he hecho lo suficiente, creo que otra no le va a hacer daño.

Mientras espero a que aterrice mi prima, que al parecer no tolera estar alejada de mí mucho tiempo, y para quien la idea de alojamiento gratis ha supuesto un aliciente para venir a verme, trasteo en la cocina y preparo un *fiskgratäng* (lo que se conoce como pescado gratinado). Sí, lo sé: me va a costar sudores aprender sueco. Solo los nombres de las comidas me lo dejan claro.

Le di a Adrienne las instrucciones precisas para llegar a mi estudio; pero, o bien el avión se ha retrasado, o bien no fui bastante clara, porque está tardando.

Aprovecho que estoy con las manos en la masa, como quien dice, y preparo también una tarta de manzana al estilo sueco. Por supuesto, las recetas están sacadas de internet; cuando me asiente, podré hacerlas propias.

El timbre suena de manera insistente, y solo puede significar una cosa. Está aquí. Me río, abro la puerta y se lanza a mis brazos.

—Te echaba de menos —solloza mi prima con la cara escondida en mi cuello.

—¿Estás llorando?

—Es que me alegro por ti. Es una putada por lo que has tenido que pasar, pero me alegro porque ha servido para que vivas tu vida tal cual quieres. Y en Estocolmo. Kenzie, es una pasada.

—Sí que lo es, ¿verdad? En ocasiones no me lo creo, hasta que salgo a la calle y corroboro que estoy en Suecia.

—Ponme al día —solicita mi prima, sentándose a la mesa para hincarle el diente al pescado—. ¿Te hallas aquí? ¿Qué tal la gente? Y, lo más importante, ¿cómo están de buenos los suecos?

—Ja, ja. No puedes pensar otra cosa, ¿no?

—Venga, Kenzie. Ahora eres una mujer soltera y con necesidades. ¿No le has echado el ojo a ninguno? Porque de camino a tu casa me dio tiempo de acechar a más de uno.

—¡Ay, señor! ¿Qué voy a hacer contigo?

—Quererme —indica con una gran sonrisa—. Cuéntame. ¿Cómo estás?

La pongo al día. Le explico que los suecos destacan por su altura, pelo claro y ojazos, y que, tal como piensa, están muy muy buenos. Le confieso que tengo miedo, pero a la vez estoy emocionada por la experiencia, y que me alegra haber tomado la decisión de arriesgarme por una vez en la vida. Le suelto una perorata sobre Suecia, sus costumbres y que me estoy habituando poco a poco, y ella escucha mientras sonrío.

—Hacia años que no te veía tan contenta. Por cierto, la tarta está buenísima.

—Es de locos. Estoy alejada de mi zona de confort, de mi familia, de mis amigos, de lo que conozco. Y, sin embargo, estoy mil veces más contenta.

—Me alegro, y mucho, además.

Esa noche, para celebrar la visita de mi prima, salimos a tomarnos unas cervezas. Bueno, más bien ella; a mí me prohibieron beber a causa de la medicación que debo tomarme de por vida. Me río como hace siglos que no reía, y cuando alcanzamos mi estudio, está bastante entrada la mañana. Casi todo está cerrado, pero con mi prima, hasta sentada en un banco, te meas de la risa.

Sin duda es un gran cambio, implica muchas cosas, pero será bueno. Estoy deseando escribir este nuevo capítulo que comienza bastante bien. Con alegrías, con risas, con trabajo, con ganas, con ilusión y feliz. Sobre todo, feliz.

Capítulo 5

Coldplay - Fix you

No sé hablar sueco. Imposible. Soy demasiado torpe y me he acomodado porque hablan inglés a la perfección.

Hace un año y unos cuantos meses que aterricé para embarcarme en esta loca aventura y no me arrepiento de nada.

Tras un año en el que Roberto me puso al límite, en el que hubo días en que quise largame y regresar a casa, en el que me ha exasperado y recompensado a partes iguales, al fin me ha hecho fija y encargada del restaurante.

¡Soy chef!

Mi sueño. Lo he conseguido.

¡La leche!

Reconozco que, aunque pintado así parece fácil, no lo ha sido. Fue muy difícil continuar, algunas veces me tentaba el tirar la toalla, pero después salía e inhalaba el aroma que desprende Estocolmo y se me pasaba. Me siento en casa. He conseguido un hogar, un trabajo, un nuevo comienzo, sin depender de mis padres en absoluto.

El chef me estaba preparando, sin que yo fuese consciente, para este gran puesto. De ahí que me sacara de mis casillas más de una vez y tuviera en la punta de la lengua las palabras «vete a la mierda». Menos mal que fui incapaz de pronunciarlas.

Gracias a que no lo hice.

Lo juro. Cuando digo que me puso al límite, estoy hablando de verdad. Me gritaba, se frustraba conmigo, y se largaba dejándome sola y con varias comandas por preparar. Pero no me rendí, y obtuve el mejor premio de todos.

Cuando el chef me comunicó que iba a abrir un nuevo restaurante del que se quería encargar personalmente, creí que iba a mandar a alguien de su confianza para que se responsabilizara de Sabor Español, pero no podía estar más errada.

—Después de un año midiéndote, viendo hasta dónde eres capaz de llegar y superando con creces cada una de mis pruebas, creo que es un honor dejarte al mando de este restaurante.

—¿Qué? —comenté perpleja—. Estás de broma.

—En absoluto, Kenzie. Me has demostrado que eres digna de confianza. Me has callado la boca en más de una ocasión cuando te gritaba que eras una incompetente y que no podías hacer un simple plato. Has luchado por este restaurante como si fuera tuyo cada vez que te dejaba sola. Y eso es lo que quiero para un responsable, y son cualidades de un auténtico chef.

—Yo..., yo... —balbuceé—. No sé qué decir.

—¿Qué tal un «acepto»? O un «gracias, Roberto, eres el mejor del mundo y no te decepcionaré, aunque mi vida dependa de ello» —expuso entre risas.

—Claro que acepto. Por supuesto. Es el mayor «sí» de la historia. Estaría loca si no aprovechara esta oportunidad. Muchas gracias por confiar en mí. —Estaba atónita. Extasiada. Pasmada. Boquiabierta. En lo único que pensaba era en las ganas que tenía de llamar a mi familia para contárselo. Se iban a alegrar tanto o más que yo. No tenía dudas.

—Te estoy delegando lo que me ha costado años sacar adelante. Estoy confiando en ti porque me has confirmado lo que ya pensaba en este año. No me falles, por favor —me pidió cogiéndome por los hombros y mirándome sin descanso. Me estaba encargando lo que más quería, su tesoro máspreciado, y podía hacerlo, porque me despellejaría viva por su restaurante.

—No lo haré, te lo aseguro. Me dejaré la piel y trataré este restaurante como si fuera mío. Lo prometo.

—No esperaba menos.

Mi único requisito: disponer de una semana libre al año para poder organizar mis visitas al neurólogo en Boston. No me cogeré más vacaciones si es necesario, pero quiero que me sigan viendo los mismos médicos que me trataron desde el minuto uno, y aceptó sin problemas.

Me preparo para ir al mercado de Saluhall, que está en Östermalm. En Södermalm también tenemos mercado, pero es al aire libre, y por ello solo tiene lugar de abril a octubre. Adoro perderme entre los olores, las frutas, las verduras, el café recién preparado y los dulces.

Comienza a hacer frío; bueno, el tiempo es hielo puro, pero viniendo de Boston tampoco es que note mucho la diferencia. Estamos en noviembre y algo me dice que no tardará mucho en nevar. Quizá que estamos a seis grados, y bajando, es una gran pista.

Me pongo unos vaqueros, una blusa de manga larga azul oscuro y un jersey de cuello alto del mismo color. Me calzo con mis botas Ugg negras y cojo el chaquetón. Salgo y hago lo mismo de siempre, inhalo. Camino hasta la parada de metro; aunque adoro caminar, me veo obligada a coger el transporte. Está un poco lejos, y después he de ir a trabajar.

Entro en el mercado a las nueve y media en punto, como un reloj, como cada sábado. Elise, la mujer que atiende la cafetería junto a su marido, me entrega mi café con unas galletas de mantequilla.

—Algo me decía que ibas a aparecer en cuanto se abrieran las puertas —comenta en lo que tomo asiento.

Es un gustazo venir a primera hora; no hay mucha gente, y puedo disfrutar y merodear sin prisas y sin agobios.

—Gracias, es un detalle que cada sábado me tengas preparado el café.

—Es una alegría verte, Kenzie. No pierdas las buenas costumbres.

Me deja sola y aprovecho para sacar el último libro que me estoy leyendo en lo que me tomo el café y me zampo las pastitas. Es el mejor momento del día, sin duda. Elevo la vista justo en el instante que entra un chico que... Cómo. Está. El. Hombre.

Coloco la taza delante de mi boca para que nadie se fije en que la mantengo abierta y, además, que se me cae la baba. Literalmente.

Hace tiempo que no me atrae un hombre, que no mantengo relación con el sexo opuesto. Ni sexual ni de ningún tipo. Sentí que después del divorcio debía centrarme en mí y, a pesar de que no sufrí mucho por separarme de Jason, sanar las heridas.

Pero, joder. ¡Cómo está!

Cualquier chica, soltera, casada, recién salida de una relación... Cualquiera se giraría para mirarlo. Está de perfil, hablando con Elise en lo que ella toma su pedido, y él le sonríe a la vez que le guiña un ojo.

¡Atención! Acabo de mojar mis bragas.

Ella se vira hacia mí, trata de refrescarse la cara con las manos, me hace señas y me dice con

la boca, sin pronunciar palabra: «¿Has visto qué bueno está?». Asiento con la cabeza y me río un poco. Pero vuelvo a centrar mi atención en él.

El hombre.

Joder, si parece sacado de un anuncio de perfumes.

Lleva unos vaqueros, un polo celeste que le sienta de muerte y unas zapatillas blancas. El toque sexi, nivel Dios-mío-por-qué-está-tan-bueno, se lo da su chaqueta de cuero negra.

Su pelo es corto y oscuro, los ojos son marrones e intensos, y su piel es tostada; no se asemeja a los chicos suecos, es más como si fuera latino. Tiene cara de macarra y una barba de tres días. Se voltea y aprovecho para hacer un barrido sin disimulo. ¿Es legal tener el culo tan prieto? Me hace imaginarme a mí desnuda, agarrándolo fuertemente mientras él...

¡Basta!

Arrasa el local con la vista y nuestras miradas se cruzan. Un segundo. Dos. Tres. Y de nuevo esa sonrisa ladeada. ¡Mierda! Algo me dice que es consciente de lo que estoy pensando, porque apoya su cadera en una de las banquetas que hay en la barra y me contempla fijamente, no me da tregua. Me hace un gesto con la cabeza, como diciendo: «Hola, nena, mírame todo el tiempo que quieras».

Recupero la cordura y lo poco que me queda de dignidad, y me centro en el libro. No leo, las letras danzan ante mis ojos, pero es mejor que quedar en ridículo de nuevo. Apuro el café y me levanto, dispuesta a salir por patas. Le pago a Elise y me marcho con una tranquilidad que no siento. Me felicito porque no me vuelvo para comérmelo con la vista, aunque percibo sus ojos encima de mí en cada movimiento.

Me paro en un puesto de calabazas enormes; tienen una pinta buenísima, el color anaranjado es casi perfecto y la textura es la ideal. Sopeso si comprar un trozo para hacer una crema, pero no iré a mi casa, estaré el día entero en la cocina del restaurante, así que descarto la idea.

Al girarme, choco de frente con el tipo de la cafetería y me quedo lívida. Él sonrío y me sujeta por los brazos para que no pierda el equilibrio, y se lo agradezco en un pequeño susurro. Creo que ni me ha escuchado. Yo misma no lo he hecho.

—¿Estás bien? —Sus manos no me sueltan y me acaricia con los pulgares, trazando pequeños círculos que me erizan la piel, pese a tener tela que impide un contacto directo.

—Ajá.

¿Ajá? En serio, Kenzie, lárgate de una vez antes de que sigas quedando como una colegiala.

—¿Seguro? —insiste.

Me suelto y huyo lo más lejos posible, con su risa detrás de mí. ¿Existe alguien más tonta que yo? ¿Nadie? ¿Ni una sola persona?

«Un bombón te pregunta si estás bien, y tú coges y te alejas de él. Bravo, Kenzie», me sermoneo.

Alcanzo un *stand* de chocolate. Qué rico, solo el olor consigue que se me haga la boca agua. Qué pena que no pueda comer mucho chocolate por culpa de los anticoagulantes. Solo me han permitido un pequeño disfrute una vez a la semana, pero es que el chocolate es mi debilidad, así que yo misma me lo niego. Porque, si empiezo con un trozo, acabo con la tableta entera.

Levanto la cabeza de tan exquisita tortura y mis ojos se entrelazan de nuevo con los suyos. Está al otro lado del *stand*; se muerde el pellejo de su dedo índice y lo relaciono con que está alterado. Ese chico exuda tanta seguridad que resulta casi irreal, por lo que ese simple gesto lo humaniza.

Aprovecho que su atención se ha centrado en el chocolate, al cual envidio por captar esa mirada, y vuelvo a escapar.

«Genial, Kenzie. Pareces una maldita cría».

Una mano me agarra y me voltea. Me quedo frente a él, paralizada. Su sonrisa, sus ojos, su mano de nuevo apoyada en mi brazo... Él entero.

—Me llamo Noak.

Hasta el nombre es fascinante, o por lo menos a mí me lo parece.

—Esto... —¿Qué narices le digo?—. Enhorabuena.

Se ríe a carcajada limpia y me excito más si cabe.

—Tu nombre es... —me anima para que termine la frase.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me persigues?

Vamos a ver, Mackenzie, ¿qué te pasa? ¿Te ha poseído un ser antipático e irracional? Habla con él, pregúntale si quiere ir a tu casa. ¡Tíratelo y disfruta!

—No te persigo.

—En cinco minutos nos hemos encontrado demasiadas veces, ¿me lo explicas?

—Casualidad —revela con su sonrisa ladeada.

—O acoso —suelto con un gruñido.

¡Qué. Cojones. Te. Pasa!

Él se vuelve a reír y un cosquilleo me recorre entera.

—Esta noche he quedado con unos amigos para tomar unas cervezas, ¿te apuntas?

—No creo.

—Me gustaría verte de nuevo.

—Suerte.

Y, dicho eso, me marcho del mercadillo para no topármelo más.

Bajo en la parada T-Centralen y recorro las calles. Disfruto del ambiente y de su gente. Al contrario que en Boston, aquí las personas no van con prisas, ni siquiera para disfrutar. Aquí son más relajados, y me encanta. No me costó mucho acostumbrarme al gran cambio. Es más, si depende de mí, no pienso regresar a Boston.

Ya en el restaurante, Agnes, una de las camareras, y mi amiga, me hace una visita a la cocina durante un descanso.

—Kenzie, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Dormir —contesto secamente, concentrada en mi trabajo.

—No, esta noche vas a salir conmigo. Te vas a soltar la melena y vas a disfrutar como hace tiempo que no disfrutas.

—Vamos a ahorrarnos tiempo: ¿por mucho que me niegue, me vas a obligar a salir?

—Exacto —confirma con su sonrisa más angelical y nada creíble.

Continúo trabajando, pero no paro de pensar en él. Mi cabeza tiene vida propia, y mi cuerpo lo desea, soy traicionada por mí misma. Solo sé que en mi mente ronda una idea, un deseo, y es: ojalá me lo encuentre.

Capítulo 6

Orishas - Mística

Me llamo Noak y adoro mi vida.

Soy socio de una empresa, y mi mano derecha es mi mejor amigo. A ello hay que sumar que, por muy presuntuoso que suene, tengo éxito con las mujeres.

No hablo de a qué me dedico; tanto Will como yo lo mantenemos en secreto porque, si no, nos quedamos sin trabajo. Pero, aun así, poseo un imán. Él dice que con una sonrisa ya las tengo babeando. Yo creo que exagera, pero cierto es que disfruto mucho de la compañía femenina. Aunque, antes de pasar una noche conmigo, me veo en la obligación de aclarar ciertos puntos:

1. No creo en el amor. He sufrido una desilusión que me ha hecho darme cuenta de que no existe.
2. Nada de intercambio de números; no voy a mentir y decir que las llamaré cuando ambos sabemos que no es verdad.
3. Y es solo una noche. Nada de desayunos, de almuerzos, ni mucho menos repetir. Porque se empieza por dos noches y acaban ocupando tu casa sin permiso.

Will se mete conmigo a diario: dice que esas normas son una auténtica gilipollez y que un día conoceré a alguien por quien merezca la pena incumplirlas. Iluso. Jamás romperé mis reglas. Soy muy minucioso, y la sola idea de pensar en cargármelas consigue que me ría.

Es temprano, hoy me he levantado pronto para ir al mercado, así que antes de pasar por casa decido echar un vistazo a las oficinas. Me paro en T-Centralen y camino calle arriba hasta llegar a City Terminalen. Recorro unas calles más antes de girarme a la derecha hacia Klarabergsgatan, y el olor a café y bollos recién horneados me obligan a parar.

Entro en la cafetería Fabrique; está a tope de gente, así que me pido un café cargado con poca leche, a los suecos nos encanta el café, y un *blåbärbullar*¹ para llevar.

Adoro pasear por la ciudad. Los turistas nos suelen llamar secos o incluso antipáticos; yo, por el contrario, pienso que somos inteligentes y nos guiamos por la regla de: si no tienes nada interesante que decir, no hables. Me encanta esta ciudad, vamos a nuestro rollo, no molestamos a nadie, preferimos ir solos escuchando música que aguantando al de al lado. Y, por eso, me demoro más tiempo del necesario en llegar al despacho; porque me pierdo entre sus calles.

Nada más entrar observo que mi amigo, el simpático, y mi mano derecha, se ha tomado la molestia de desordenármelo. Juro que hay veces en las que me planteo un asesinato con agravantes muy graves; si no fuera porque sus padres sufrirían y los quiero, lo haría.

Tras ordenar el desaguado, me siento ante el ordenador a contestar correos, cinco de ellos del pesado de Will; y, aparte de mandarlo a la mierda por cómo me dejó la oficina, le resuelvo las dudas.

Mi móvil suena, en la pantalla observo que sale el nombre de Ansgar. Paso de cogerlo; seguro que es para hablar de lo que vamos a hacer esta noche, y no se me apetece escuchar su inacabable parloteo. Prefiero que queden ellos y que luego me cuenten el plan.

Salgo del despacho cuando ya he terminado de contestar los correos y de revisar el trabajo que tenemos para esta semana. Me compro una ensalada preparada en un supermercado y parto hacia mi casa. Regreso a pie; aquí está todo conectado y, salvo necesidad, no es necesario utilizar el bus o los trenes.

Soy afortunado, uno de los pocos que viven en el mismo parque de Djurgården. Entro en mi casa, sencilla, sin nada extravagante; pocos muebles y la mayoría blancos. Me como la ensalada y me preparo para hacer unos kilómetros corriendo.

Hace frío, no es época de ir en pantalones y mangas cortos, y además hay que añadir guantes; porque, como te alcancen las ráfagas de viento, por mucho que estés corriendo, las manos se cuarteán.

¿He dicho ya que vivo en un parque? Es una pasada.

Me desahogo recorriéndolo de punta a punta; es enorme, y me encantan las vistas de la ciudad que gozo desde este lado. Coincido con varias personas que corren a diario; hacemos un gesto con la cabeza en señal de saludo y seguimos nuestro camino. Aquí viene mucha gente para hacer deporte, algunos con entrenadores personales, pero también personas que juegan con sus hijos o que pasean a sus mascotas. Me río ante un perro que hace caso omiso a su dueña, ya mayor, y se lanza al agua.

«Está loco, el tiempo no está para eso», pienso sin dejar de correr para no perder el ritmo.

Continúo la carrera hasta que rebaso la puerta de mi casa y, antes de entrar, hago una serie de estiramientos. Me quito el cortaviento y lo dejo en la entrada para que se ventile; abro la puerta y me recibe el calor cálido del hogar. Voy a la nevera a coger una bebida energética, me siento en el sofá y compruebo el móvil.

Hay varios WhatsApp de mis amigos, los miro uno por uno.

Ansgar

Capullo. Coge el teléfono.

Will

Estamos en Jolo & Co echando unas partiditas al billar. Ven.

Ansgar

¿Dónde estás? Repito: Coge el teléfono.

Fredik

Hemos empezado sin ti y aquí hay unas tías que quieren seguir la fiesta con nosotros.

Will

¿Estás vivo?

Ansgar

No vengas. Las tías parecen más interesadas en mí cuando tú no estás. COGE EL TELÉFONO.

Me río con el último mensaje. La verdad es que tengo ganas de una buena fiesta y, por los mensajes recibidos, sin duda, hoy será una de esas noches. Le devuelvo la llamada a Ansgar y acordamos vernos en el bar Indigo. Está cerca de mi casa, a un par de minutos andando.

Después de darme una ducha, me visto con unos vaqueros negros, una camiseta a juego y mi chaqueta de cuero camel. Me miro en el espejo del baño y paso de peinarme; me gustan los pelos a lo loco. Me pongo unas botas del mismo color que la chaqueta y salgo en busca de una noche de aventuras.

En cuanto llego, me recibe la imagen de Ansgar y Fredik hablando con dos chicas mientras Will no deja de partirse la caja. Me acerco a ellos y observo cómo intentan convencer a las chicas para que se tomen unas copas con ellos.

—¿Tan necesitados están? —pregunto a Will.

—Esto no es nada, lo han intentado con todas las chicas de Estocolmo —responde sin dejar de carcajearse. Me uno a su risa y capto la atención de mis otros dos amigos.

—Capullo —me suelta Ansgar.

—¿Dónde diablos estabas? —quiere saber Fredik—. Te has perdido lo mejor.

—¿En serio? Yo creo que he venido justo a tiempo para comprobar cómo esas chicas os rechazaban. —Will continúa desternillándose y mis otros dos amigos me muestran el dedo corazón, lo que provoca más risotadas tanto de Will como mías.

Nos pedimos un chupito de tequila cada uno y unas cervezas. Nos quedamos en la barra hablando hasta que mis dos amigos deciden que es hora de volver a ligar; debe ser que no han sufrido suficiente humillación. Me quedo solo con Will, los dos con una sonrisa en la boca, viéndolos hacer, y nos pedimos dos chupitos más.

Dos chicas se nos acercan y comienzan a hablar con nosotros. Es lo que necesitaba. Son guapas y simpáticas. Enseguida se ponen a tontear y Will me pica el ojo de manera cómplice. Está pensando lo mismo que yo: la noche está asegurada con estas dos bellezas.

Apoyo mi espalda en la barra mientras hablo con Stephanie. Me aproximo a su oreja más de una vez, con la excusa de que la música está alta y el barullo que hay por la gente de alrededor, para que me escuche bien. Y, de vez en cuando, le doy un pequeño mordisco al lóbulo de su oreja. La tensión entre los dos aumenta. Lo percibo en sus ojos: chispean de deseo, su boca se hace agua al pensar en las promesas de esta noche, y se arrima más a mí para dejarme claro que está dispuesta a cumplir las expectativas.

Hasta que la distingo en la entrada, y Stephanie ya no es suficiente para mí.

Está al lado de una chica muy guapa, descomunal; sin embargo, no basta para apagar su brillo. Me fijo en su pelo casi anaranjado que le cae por los hombros; no es natural, pero le queda bien. En sus ojos color miel; en sus labios apetitosos, que me hacen imaginar mil y una escenas y todas ellas de dos rombos para arriba. No camina con la misma seguridad que su amiga, que tiene la belleza clásica nórdica; y, aun así, más de uno la observamos con descaro.

Hace un barrido al local y sus ojos acaban por chocar con los míos. Se mantienen firmes, sin bajar la vista ni acobardarse, y daría lo que fuera por saber qué diablos está pensando. Su amiga se pega a su oreja para decirle algo, advierto que asiente, pero sigue sin apartar la mirada.

Stephanie quiere seguir con nuestro juego, pero ya no me interesa: ahora mi objetivo es la chica de la blusa negra con transparencias, que insinúa más de lo que enseña, y eso me encanta. La conjunta con unos vaqueros ajustados, y no logro ver más allá, aunque quiera. Stephanie me acaricia en un intento por captar mi atención y me susurra lo que tiene intención de hacer conmigo, sin provocar nada en mí. Al otro lado, distingo que ese gesto cariñoso no ha sido recibido de buen grado, porque retira la mirada y alcanza a su amiga en el otro extremo de la barra.

«¡Mierda! ¿Por qué tuvo que hacer eso?».

Me alejo de Stephanie e intento dar con ella. No podemos quedar de esta manera, con las proposiciones que lanzaron nuestros ojos en el aire. Aspiro a cumplirlas esta noche. Con ella.

—¿A dónde vas? —pregunta Will.

—He visto a una amiga, iré a saludarla. —No hace falta que añada más, él me entiende.

La busco por el local, que no es muy grande que digamos, pero han debido de abducirla, porque no la diviso por ningún lado. Escudriño la barra, rastreando cada una de las caras. Advierto una que me suena: no es ella, pero sí su amiga. Me aproximo hacia ella con paso decidido, hasta que la vislumbro. Se ríe por algo que le dice un chico, y su sonrisa vuelve a encandilarme.

«¡Es perfecta!».

«Para una noche, querrás decir».

«Sí para una noche», me digo a mí mismo.

Cuando estoy a su altura, me ignora abiertamente y sigue conversando con el chico. Me río. No sabe dónde se está metiendo. Sin duda, esta noche la acabará entre mis sábanas y cumpliré sus deseos. Y, con ellos, los míos.

Me uno a su compañera, nos presentamos y la invito a una copa. Le ofrezco si su amiga quiere algo; ella se vuelve y le pregunta, pero dice que no y señala la botella de agua que sujeta en la mano.

¡Joder! Quiero abordarla, pero sin ser tan descarado.

—Te la estás comiendo con la mirada —me dice Agnes.

—¿Se nota mucho? —pregunto con mi sonrisa más angelical.

—Para mí, sí; sin embargo, ella es otro tema.

—¿Qué quieres decir? —La contemplo extrañado, con mis cejas fruncidas.

—Nada, las copas me hacen divagar —responde con una sonrisa.

Intento entablar conversación con la desconocida que me trae de cabeza; le pregunto su nombre porque, a pesar de haber coincidido esta mañana en el mercado, no lo sé. Ella no me lo quiso decir cuando me presenté. Me ignora y sigue haciendo que no existo. Su amiga se burla a mi lado y yo le lanzo una clara mirada que indica que esto no se va a quedar así.

—Te gusta lo difícil, ¿eh?

—No lo sabes tú bien, la recompensa es mucho mejor.

Mis amigos se aproximan a nosotros, se presentan a Agnes y hacen caso omiso a la que de verdad me interesa. Le hago señas con la cabeza a Will. Pero, en el estado en el que está, no se entera de nada; además, anda entretenido con la chica de antes. Fredik está con Stephanie, cosa que agradezco, y Ansgar lo sigue intentado con cualquiera que se cruce en su camino.

El chico que le hace compañía se dirige hacia los baños y aprovecho ese momento para abordarla. Me coloco delante de ella y pongo mis manos a ambos lados de su cuerpo, apoyadas en la barra, para acorralarla.

—¿Qué quieres? —pregunta con desdén.

—Tu nombre.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tienes pinta de tener un nombre exótico, como tu cara —le susurro al oído. Rozo con mi aliento su oreja y un jadeo se escapa de sus labios. No es tan inmune como aparenta—. Dímelo —

suplico.

—¿No es esa la chica con la que hace unos minutos estabas hablando justo así? —Hace un gesto con la cabeza hacia Stephanie y nos señala con la mano que sostiene su botella de agua.

—Las demás mujeres dejaron de existir cuando entraste en el local. —Mi cabeza está muy cerca de la de ella, nuestras frentes casi se tocan, al igual que nuestros labios, y siento que le cuesta respirar. ¿O es a mí?

—¿Se supone que se me tienen que caer las bragas con esa frasecita?

—No lo sé, ¿cómo están las tuyas?

—Bien sujetas, gracias. —Consigue hacerme reír y ella acaba esbozando una sonrisa que la hace más atractiva aún.

—¿Cómo te llamas?

—Kenzie, ¿más agua? —Su amiga me echa una mano al decir su nombre. Ella suspira y agacha la cabeza. Sonríe de oreja a oreja a Agnes, que levanta sus pulgares y comienza a carcajearse. Es consciente de que me acaba de ayudar y le doy las gracias.

—Tenía razón.

—¿Sobre qué? —demanda extrañada. Vuelve a levantar la cabeza y me pierdo en su mirada. Tiene los ojos verdosos; esta mañana pensé que los tenía color miel, pero ahora que la tengo delante, tan cerca, confirmo que tiran a verdes.

—Sobre tu nombre: te pega, es sensual como tú.

—Sí, una cosa... —alega entre risas; no me cree. ¿No sabe lo atractiva que es? Tendré que demostrárselo. Intenta zafarse de mí, pero se lo impido y hago presión con mi cuerpo.

—¿Por qué quieres alejarte de mí?

—Nunca he querido estar pegada a ti.

—Kenzie, ¿me vas a decir que no lo sientes?

—¿El qué? —Sonríe ante su pregunta, porque me acaba de dar la excusa perfecta para hacer lo que codicio desde que entró por esa puerta.

Me acerco más a ella, uniendo nuestros cuerpos; ella trata de echarse para atrás, pero la barra se lo impide. Mi boca queda a escasos centímetros de la suya, apenas la rozo, y en sus ojos percibo expectación. Mi mirada vaga por su rostro. Es hermosa. Y se para en su boca, que se separa ligeramente. ¡Dios, qué boca! Sus labios, tan llenos... La de cosas que haría con ellos. Agacho mi cabeza y la ladeo; ella cierra los ojos y despega los labios un poco más. Se muere por besarme; aunque lo niegue. Y, a pesar de que yo también, no lo hago. Quiero que sea ella quien dé el paso, que me lo confirme, y la torturo.

Abre los ojos decepcionada, como si no entendiera su reacción y no supiera por qué no la beso. Le sonrío abiertamente y ella gruñe. Entonces aproximo mi boca a su cuello y paso mi lengua por la vena que no deja de palpar. La muerdo y la vuelvo a besar. Ella termina por darme mejor acceso echando la cabeza a un lado y me burlo, pero no mucho, porque me ha puesto más de lo que creía y necesito saciarme.

—¿Por qué no lo admites? —comento, acariciando su oreja con mis labios.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de ti y de mí, juntos, descubriendo nuestros cuerpos, dándonos placer y cumpliendo nuestros deseos más íntimos. Acabemos con esta tensión sexual, Kenzie.

Acerco de nuevo mi boca a su cuello, esta vez por el otro lado, y hago lo mismo que antes.

Suelta el aire lentamente, y no me aguanto las ganas de morderle el labio. Le atrapo el inferior con los dientes, sin besarla, y se lo pellizco de manera juguetona. Ella me observa con los ojos entreabiertos; está cachonda, y yo también. Su mirada nublada por el deseo me lo deja claro.

—Dime que lo ansías, que quieres lo mismo que yo. —Se queda callada unos segundos, hasta que al final me empuja el pecho con sus manos para separarme de ella.

—He de ir al baño —suelta a modo de explicación. Me quedo pasmado vigilando cómo se aleja de mí y me cago en el dolor de huevos tan grande que me acabo de autoinfligir.

¿Fui el único que lo sintió? ¿Me imaginé que ella notaba lo mismo? ¿Me inventé sus gemidos?

Su amiga sale tras ella y me apoyo en la barra con la cabeza gacha. Doy un fuerte suspiro antes de pedirme otro chupito; necesito olvidarme de lo que acaba de suceder. Me ha vuelto a rechazar, y que me maten si eso no me pone más que antes.

Me bebo el chupito y dejo el vaso vacío en la barra. Mi mirada sigue puesta en la puerta del baño cerrada. ¿Qué diablos ha pasado? Las distingo salir, primero a Kenzie y luego a Agnes, que parece gritarle. Ella se para y niega; su amiga insiste. Entonces levanta la cabeza y nuestros ojos se enganchan de nuevo. No sé qué le está reprochando, pero apostaría a que tengo mucho que ver en el asunto. La amiga le vuelve a hablar y ella asiente sin cortar el contacto visual conmigo.

Aparto mis ojos y me giro. No quiero contemplarla, porque con ella parece que siempre me invento lo que sucede, y apoyo mi espalda en la barra. Llegan las dos juntas a mi lado y Agnes se pide un chupito de vodka caramelo. Arrugo la cara y ambas se carcajean, pero sigo sin mirar en su dirección.

—¿Qué te traes con la pelirroja? —quiere saber Will, que está a mi lado y se pide otra copa.

—Pues por lo visto, nada, mi imaginación es la culpable.

—No creo, no aparta la vista de ti.

Dirijo mi mirada en su dirección y mis ojos chocan con los suyos. Entonces la aleja, como si no pudiera aguantarla, cuando lleva toda la maldita noche retándome. Su amiga le da un codazo en las costillas y ella se queja.

—Hola —dice. Sonríe tímida y yo la miro confuso.

—Hola —respondo sin más.

—Soy Will —se presenta mi amigo.

—Mackenzie —responde ella, estrechándole la mano y sonriéndole—. Encantada.

—Igualmente. —Me mira y añade—: Me marchó con los chicos.

Nos deja solos y el silencio nos golpea. Ella alterna su mirada entre su botella vacía y yo. Está insegura, pero no pienso facilitarle nada. Si quiere algo de mí, que lo pida.

—Me vas a obligar a decirlo, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas —repito sus palabras y ella entrecierra los ojos.

Emite un fuerte suspiro y coloca la botella en la barra. Pone las manos a ambos lados de mí y sonrío. Es más baja que yo; aunque lleva tacones, queda a la altura de mi barbilla. Se pone de puntillas, para quedar iguales, y se arrima más. Entonces me sorprende haciendo exactamente lo mismo que hice yo. Pasa la lengua por mi cuello, donde la vena me palpita de lo rápido que van mis latidos, para luego besarlo.

—Hablo de ti y de mi —imita mis palabras sin dejar de mirarme—, juntos, descubriendo nuestros cuerpos, dándonos placer y cumpliendo nuestros deseos más íntimos. Acabemos con esta tensión sexual, Noak. —Muerde mi labio inferior, solo que esta vez ella decide pasar la lengua y

de mí sale un gruñido de excitación que no conocía.

Se aleja unos centímetros y me mira dudosa; no es tan segura como parece, y tiene miedo de que la rechace. Sus ojos me lo gritan. Quiero hacerla sufrir, como ella a mí, pero mi fuerza de voluntad está mermada. Mi polla me reclama a gritos salir de mis pantalones, y sé que no va a encontrar un lugar mejor que con Kenzie. Solo una noche, pero con ella, al fin y al cabo. Después me olvidaré de Mackenzie, como de las demás.

Coloco una mano en su nuca, la otra descansa en su cintura y la atraigo lentamente. Nos quedamos a escasos centímetros, mi boca junto de la de ella, pidiendo a gritos saborearla, pero aún no. Le paso mi pulgar por el labio inferior, me recreo, y ella me maravilla al morderlo. Luego se lo mete en la boca y lo chupa, lo saborea, hasta que me suelta.

—Cuidado, Kenzie —suelto en un jadeo entrecortado—. Es posible que este juego te venga grande.

—¿A mí o a ti? —inquieta, pegándose aún más a mi cuerpo—. Dame la noche que me prometiste.

No me contengo más. Coloco mis manos a ambos lados de su cara, la sujeto fuerte para que no se eche atrás y uno mis labios a los suyos. Al principio es un roce; pero, cuando ella saca la lengua para acariciar los míos, se transforma en una promesa de sexo salvaje. Le digo con ese beso lo que no he podido decir en voz alta y, para mi asombro, ella me responde de igual modo.

—Vamos a mi casa —le ordeno cuando nos separamos—. Es demasiado tarde para arrepentirte.

Ella sonrío.

—Estamos tardando.

1Bollo de arándanos.

Capítulo 7

The Pointer Sisters - I'm so excited

Llegamos a casa de Noak sin separarnos apenas, estamos hambrientos el uno del otro y así lo demuestran nuestros labios, nuestras manos y nuestros excitados cuerpos. No me creo que me dejara convencer para hacer esto, y tampoco sé de dónde ha salido esta Kenzie tan atrevida y dispuesta a lo que sea.

En el bar me alejé de él y fui al baño; necesitaba ordenar mis ideas, tranquila, y con él provocándome era imposible. Lo que no contemplé fue la posibilidad de que Agnes me siguiera y me diera unos argumentos bastante buenos de por qué debería acostarme con Noak.

—¿Me explicas qué haces escondida en el baño?

—Quiero hacer pis. Estoy esperando a que alguien salga.

—Ya, claro. ¿El tío bueno no tiene nada que ver? Vamos, Kenzie, nos conocemos. Está tremendo, te ha puesto las cartas sobre la mesa; y tú, en vez de aceptar su mano, coges y te vienes al baño.

—¿Por qué debería acceder a lo que me propone?

—Porque desde que te divorciaste has abandonado tu cuerpo y tus necesidades. Te prometiste disfrutar, soltarte el pelo, y no encerrarte en un baño a la primera de cambio —me suplicó mi amiga, cansada.

—No puedo hacerlo —dije saliendo del baño.

—¡Sí que puedes! —espetó ella—. Míralo. —Lo busqué hasta que di con él. Se encontraba en el mismo lugar que antes, parecía esperar a que saliera. Y se veía tremendo—. ¿Te vas a permitir disfrutar esta noche?

—Sí —contesté con la mirada fija en él.

Y ahora estoy famélica.

Entramos en la casa, primero Noak, seguido de mí. No tarda en cerrar la puerta, empotrarme a ella y continuar con lo que estábamos haciendo. No me he fijado en nada, ni en cómo llegamos hasta ella, ni echo un vistazo ahora que estoy dentro; no aprecio nada que no sea él. Poco me interesa más que besarlo.

En un ataque de arrojo, de los muchos que me han dado esta noche, cojo el borde de la camiseta y se la quito por la cabeza. Lo contemplo: está muy bueno, y lo peor es que lo sabe. Paso mis manos por su cuerpo tonificado. Un pequeño jadeo se escapa de mis labios, y él ríe malicioso.

—Me alegra que te guste lo que ves —comenta.

—No me gusta, pero es que no había nada mejor. —Quiero darle una patada a su ego, pero es evidente que no le duele lo más mínimo porque, de ser así, no bromearía.

—Reconócelo, te fascina. —Me contempla sin darme tregua, con esa sonrisa perfecta y excitante, y no hablo más.

Lo agarro por la cintura del pantalón para pegarlo a mí y poso mis labios en su cuello. Me encanta su olor, saborearlo, pero lo que más me gusta es el ruido que hace al morderlo. Me siento sexi al saber que lo he causado yo, y me anima a seguir descubriendo qué más consigo provocar. Estoy desatada, él me ha quitado los lazos y no quiero pensar en mañana. Paseo mi lengua por su

increíble torso; entonces él me arrima más a la puerta y eleva mis manos por encima de mi cabeza, apresándolas con una de las suyas. Me vuelve a besar, para después bajar por mi cuello.

¡Estoy encendida! No deseo que termine nunca.

Comienza a subirme la blusa y por unos momentos titubeo, incluso me suelto de su amarre para pararlo. Me da vergüenza que me contemple, que se dé cuenta de que no soy como las demás, de que mi talla no es una treinta y dos. Me acaricia el abdomen, pero no continúa con el ascenso, consciente de mi malestar.

—Me atraes tal y como eres —susurra en mi oído sin dejar de acariciarme, como si pudiese leerme la mente. O quizás es capaz de apreciar las dudas reflejadas en mi rostro—. Me cautivaste en el mercadillo en cuanto te vi, y sin duda esta noche te pienso venerar. —Me da un largo beso en el cuello antes de añadir—: A ti entera.

Tomo aire antes de levantarme la blusa y tirarla al suelo con dedos temblorosos. Él pasea su dulce mirada por mi cuerpo, calentándome, hasta que la alza y la centra en mis ojos.

—Perfecta —confiesa antes de volver a besarme.

No lo creo, y menos cuando, antes de que yo apareciera en el bar, estaba hablando con una chica que bien podría ser modelo. Pero me sirve para creérmelo esta noche y disfrutar. Me niego a darle vueltas a la cabeza.

Noak me acaricia un pecho bajo el tejido del sujetador y enseguida mi pezón lo saluda firme. Doy gracias de que esta noche me haya puesto un conjunto lencero precioso, porque no quiero asustarlo con mis bragas de abuela. Su boca desciende por mi cuello, la clavícula, hasta que por fin juguetea con el pezón que acarició hace unos segundos. Gimo. Creo que no he parado de hacerlo desde que Noak se concentró en mí. Una sola mirada y me tiene ronroneando como una gata en celo.

Sus manos acarician mi espalda y se paran en el enganche de mi sujetador; me mira dudoso, me está pidiendo permiso. Es adorable.

—Adelante —expreso con un quejido de dolor por culpa de la excitación.

Me lo quita y les dedica la misma atención a ambos pechos. Me tortura, me aviva, me estimula, me incita, y disfruto como nunca. Sigue deslizándose hasta pararse por encima de la cintura de mi pantalón. Lo desabrocha y lo baja lentamente, sin dejar de mirarme, sin parar de admirarme.

—¡Joder, Kenzie! —exclama—. Mira lo que me haces. —Se levanta y me coge una mano para ponerla en su polla. Está dura, bastante, y no logro retener la sonrisa que se me escapa—. ¿Te alegras de mi tortura? —pregunta bajando una mano por mi cuerpo hasta alcanzar la zona que siento palpar entre mis muslos.

Me acaricia por encima de la braga, hasta que la aparta a un lado y desliza sus dedos sin ninguna capa que moleste.

—Estás empapada —susurra tras morder mi labio inferior—. ¿Soy el causante de esto? —pregunta metiendo un dedo en mi interior. Asiento con la cabeza, pero él quiere que se lo diga—. Kenzie, ¿soy el culpable de que estés ansiosa? —Introduce otro dedo más y me olvido de la pregunta. Solo siento placer, me centro en lo que me provoca, en cómo mueve sus dedos, cómo reacciona mi cuerpo que acude en su busca.

—Noak... —sollozo. Se para. ¿Por qué se para? Abro los ojos implorándole con la mirada; él tiene los suyos ardiente de deseo. Me observa y se me corta la respiración—. ¿Qué ocurre?

—Dos cosas —indica tan tranquilo, aunque sus ojos me expresen lo contrario. Saca los dedos

de mi interior y se los mete en la boca. Joder, nunca me habían follado así. Ni siquiera sabía que me gustaban ese tipo de cosas, pero parece que con Noak no hay barreras. Entrecierro los ojos y suspiro. Estar más cachonda que yo es imposible—. Una: me encanta cómo dices mi nombre cuando estás a punto, quiero oírtelo decir más veces. —Sonríe y se pasa la lengua por los labios. Cabrón presuntuoso, ¡qué bueno está!—. Y dos: si no me dices quién es el causante de que estés tan mojada, lo dejamos aquí.

Es un farol, tiene que serlo. ¿Cómo va a abandonar con lo encendido que está, que estamos? No me quiero arriesgar y le confirmo lo que ya sabe:

—Tú, Noak. Y, si has acabado de amenazarme, trae tu culo hasta aquí y termina lo que has empezado.

—A sus órdenes —revela con una sonrisa maliciosa que promete mucho.

Apoya un brazo al lado de mi cabeza mientras la suya baja lento, al encuentro de mi boca. Me besa. Me exprime. Me degusta.

—¿Sientes tu sabor? —murmura mientras pasa su lengua despacio por mis labios—. Es dulce y me encanta. Tú me encantas.

Introduce dos dedos en mi interior, pero esta vez con el pulgar me acaricia el clítoris. Clamo contra su boca. Él no me da tregua, se desplaza dentro y fuera sin descanso, sin dejar de acariciarme. Gracias, karma, gracias por creer que necesitaba algo así después de largos meses de sequía. Estoy en la gloria.

—Sí..., sí... ¡Noak, no pares!

—Córrete, Kenzie. Déjame ver cómo lo haces. —Sigue unos segundos más antes de llevarme al precipicio y tirarme por él. Me corro, grito su nombre, convulsiono y vuelvo a gritar.

Me coge de la mano y me guía hasta su cuarto. Me tumba en la cama, se coloca encima de mí y me besa el tatuaje que me bordea el pecho derecho.

—Nunca pensé que un tatuaje pudiera parecerme tan sexi.

Sigue besándome el cuerpo hasta que llega a mi ombligo. Me baja las bragas, se coloca entre mis mulos y me lame. Su lengua se desliza en mi interior; se le unen dos dedos y vuelvo a llegar al cielo. No me sacio, Noak no se sacia. Se desviste. Ni siquiera me había fijado en que seguía con los pantalones puestos. Coge un condón de la mesilla, lo abre con la boca y lo saca.

—Espera —digo en un asalto de valentía—, déjame hacerlo.

Se coloca de rodillas encima de mí y me lo tiende. La toco; está caliente, ansiosa por estar dentro de mí, pero tenerla tan cerca de mi boca y no lamerla es un pecado. Miro a Noak; tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, le gusta que le toque. Paso mi lengua por su polla y el ruido que sale de su boca me anima a metérmela entera.

—Me cago en la hostia, Kenzie..., sí..., sigue así —exclama cuando empiezo a mover mi boca alrededor de su polla. La succiono a la vez que mi mano se mueve alrededor de él. Observo lo que le provoco, y no creía que pudiera estar más cachona, pero sí que es posible—. Para —me ordena—. No quiero correrme. Quiero más. La noche es larga.

Me quita el condón de la mano, se lo pone, me hace girarme en la cama y me folla. Porque sí, esto es follar, y él lo hace conmigo de todas las maneras posibles. Cuando me comentó que iba a venerar mi cuerpo la noche entera, creí que exageraba; pero Noak no quiere terminar y, joder, yo tampoco. He dejado de contar las veces que me he corrido; han sido tantas que siento mi cuerpo lánguido. Y, cuando creo que ya no puedo más, Noak me enseña que sí es viable.

Terminamos la maratón de sexo salvaje y se tumba exhausto a mi lado. Me tapa con las mantas y se acurruca junto a mí. Me pongo tensa al instante. No pretenderá que me quede a dormir, ¿no?

—Relájate —musita—. Descansa hasta que tu cuerpo sea capaz de mantenerte en pie y puedas regresar a casa.

Me dan ganas de borrarle la sonrisita que tiene, pero lleva razón. Si le pido a mi cuerpo que me cargue hasta casa, es muy probable que me deje tirada a mitad de camino.

Nunca me he habituado a la manía de los suecos de no poner cortinas en las ventanas. Les gusta que nada obstaculice las vistas, y en estos momentos me levantaría a cerrarlas si no fuera porque no sé dónde me encuentro. Amanezco con la luz del alba, desubicada, hasta que vislumbro a Noak que está a mi izquierda, estirado en la cama. Rememoro la noche de ayer y, con una sonrisa saciada, cojo mi ropa, que está desperdigada en la entrada, me visto y me marcho sin mirar atrás.

¿Reside en un maldito parque? La hostia, qué nivel. Anoche no me fijé a dónde nos dirigíamos; pero, con la iluminación del sol, compruebo que reside en una zona maravillosa y privilegiada. No me detengo en ello, he de regresar a mi estudio.

¡Qué pavor! He de realizar el paseo de la vergüenza por primera vez, y con treinta y un años. Ya me vale. Yo, que mientras desayuno siempre me burlo de la gente que lo hace. ¿Y qué es lo que me pasó anoche? ¿De dónde salió esa chica tan atrevida y segura de sí misma?

Miro la hora que es, las siete de la mañana, y decido coger el bus para ir a mi casa. Normalmente voy y vengo caminando, mi estudio no está muy lejos, pero hasta ahora no había pasado la noche con el creador del *Kamasutra*.

Cuando estoy sentada en el bus, le mando un WhatsApp a mi prima Adrianne para que, en cuanto pueda, me llame. En Boston debe de ser la una de la noche, por lo que estará dormida. Y otro a Agnes, que se lo prometí anoche.

«Lo hice», le escribo a mi amiga.

«¡¡¡ALELUYA!!!», responde. A los dos segundos, me llama.

—¿Qué haces despierta?

—No eres la única que mantiene sexo con desconocidos —bromea—. ¿Qué tal? ¿Cumplió?

—Y tanto —contesto—. Superó mis expectativas con creces.

—¡Cuánto me alegro! ¿Me vas a decir cuántas veces te corriste o sigues teniendo pudor en hablar de las cosas esenciales de la vida?

—Hay límites, Agnes. —Su risa se escucha al otro lado del auricular—. Me obligaste a ser tu amiga, no me diste opción. Solo te pido que pongas algunas barreras a esta loca amistad —explico con una sonrisa en los labios.

—Bueno, pasito a pasito. Ya me lo contarás —indica, segura de sí misma—. Nos vemos luego, descansa.

—Hasta después.

Al fin llego a mi casa y, tras una ducha, me meto en la cama y descanso. La alarma suena a las doce; me levanto corriendo y me preparo para ir a trabajar. Al ser domingo, solo cubrimos la hora de la cena, así que voy bien de tiempo. Me pongo mis *leggings* térmicos negros, una blusa básica del mismo color, mi chaquetón beige, mi bufanda y mis Ugg color camel. Me miro antes de salir: el pelo está alborotado. Así que me lo recojo en un moño imperfecto y salgo dispuesta a efectuar el mismo recorrido de solo unas horas atrás, pero esta vez a pie. Saco los cascos de la mochila, enchufo mi lista de reproducción y empiezo a caminar en dirección a Gamla Stan.

«No pensaré en Noak, en su cuerpo, en su cara, lo que me provoca... No, ni una sola vez», me ordeno a mí misma.

La música se para y compruebo que es por la llamada entrante de mi prima Adrienne. Descuelgo preocupada.

—¿Qué ocurre?

—Lo mismo pregunto: ¿qué ha pasado? ¿Por qué me mandas un mensaje tan pronto?

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Y tú?

—He hecho el paseo de la vergüenza —explico con un suspiro.

—Por favor, qué bochorno, con treinta y pico años que tienes... ¿Mereció la pena? ¿Está bueno? ¿Lo conoces? ¡Ponme al día ya!

—Se llama Noak, lo conocí ayer por la mañana en un mercado y está muy muy bueno.

—¿Qué?! —grita mi prima—. ¿Te lo tiraste sin conocerlo siquiera? Joder, Mackenzie, sí que has cambiado. Estoy orgullosa de ti.

—Para, me estás avergonzado —me quejo. A lo lejos veo la ciudad alzarse y sonrío. Adoro este paseo, la ciudad... y a los suecos—. Por cierto, ¿qué haces despierta?

—Acabo de llegar a casa. Salí con mis amigas, pero ninguna hicimos el mismo paseo que tú; no tenemos edad para eso, somos adultas —añade para chincharme.

—¡Que te den!

—Te diría que a ti también, pero ya te dieron anoche. —No lo soporto más y rompo en carcajadas.

—Tienes razón —señalo—. Hablamos cuando salga del curro.

—Que te sea leve. Te quiero.

—Y yo a ti.

Capítulo 8

PASADO

Gary Rules - Mad world

26 febrero de 2017.

Superada la debacle de la verdadera Mackenzie, y devuelta ya a su guarida dentro de mi cuerpo, he retornado. Reaparezco feliz con mi marido (el pobre no se enteró de nada) y he vuelto a tolerar mi trabajo.

Es fin de semana, lo que significa almuerzo con toda la familia en la casa de mis padres, a las afueras de Boston. Y, cuando digo toda, me refiero a TODA: padres, suegros, cuñados, hermanos, primos, tíos... La casa es preciosa, con jardín y piscina, un enorme salón y una bonita cocina con acceso al patio interior; es increíble.

Me encuentro en un rincón de la casa, alejada del griterío, pero a la vez viéndolos hacer. Los observo sin ser vista. Reparo en cómo mis primos juegan al fútbol, o cómo dos de mis primas se tiran a la piscina, cómo mis padres se besan, o cómo mis suegros se dan la mano.

—¿Puedo? —pregunta Jason, sacándome de mi ensimismamiento.

—Claro. —Se sienta y yo reposo mis piernas en su regazo—. Te quiero mucho —admito, y apoyo la cabeza en su pecho.

—Y yo a ti. ¿Crees que algún día tendremos eso? —pregunta señalando a sus padres y a los míos.

—Algún día... —respondo con añoranza.

—Kenzie, ¿estás bien? —No lo miro, pero intuyo que tiene las cejas unidas y los labios fruncidos en una fina línea.

—Sí, ¿por qué? —Alzo la cabeza para mirarlo.

—Te conozco, y sé cuándo tu cabeza se va por derroteros. —Acaricia mi mejilla a la vez que me mira—. Cuéntamelo.

—Estaba pensando en dejar el trabajo...

—¿Qué? —pregunta asombrado. Nuestras caras están cerca; me fijo en su mirada de disgusto y no me agrada nada—. ¿Por qué? Sea lo que sea, háblalo con tu padre. —Esa es su respuesta a cualquier problema: «Háblalo con tu padre».

—Sí. —Me rindo, no puedo contar con mi marido—. Ya está arreglado. —Vuelvo a colocar la cabeza en su pecho y me relajo hasta tal punto que me quedo dormida.

Me despierto al cabo de una hora, compruebo que Jason continúa dormido y me levanto en busca de algo que beber. Mi prima Adrienne me intercepta a medio camino y me acompaña. No para de escudriñarme, como si quisiera formularme una pregunta, pero sin atreverse a hacerlo. Cojo una cerveza de la nevera, le ofrezco otra a ella, y doy un buen trago a la mía. Ella sigue en silencio. Me irrita y es consciente de ello.

Camino hacia la parte de atrás de la casa, donde no hay nadie. Adrienne me persigue, pero su silencio se prolonga. Quien no la conoce diría que tiene problemas para hablar, cuando la realidad

es que se pasa las veinticuatro horas del día dándole al pico. Me niego a contemplarla; por el contrario, observo el enorme jardín de mis padres. Mi vista anda perdida, como yo.

—¿Puedo preguntarte algo? —expresa al fin mi prima. La estudio y una sonrisa se dibuja en mis labios por lo que nos parecemos. Incluso hoy vamos vestidas de la misma manera, parece que nos hemos llamado para ponernos de acuerdo. En mi caso, llevo un *short* negro y una blusa blanca; y su atuendo es igual, salvo que los colores están invertidos.

—¿Te cansaste de tu juegucito psicológico? —curioso con una sonrisa.

—Sí, contigo no funciona. —Me devuelve la sonrisa—. ¿Puedo o no?

—Suéltala. —Le doy otro sorbo a mi cerveza.

—¿Vas a ser sincera conmigo?

—¿Cuándo no lo he sido? —Ella levanta una ceja, dejándome claro que no me cree y que, si he de responder a su pregunta, debo ser yo, la verdadera—. Adri, hay cosas que se te escapan y que no alcanzas a controlar, un día te darás cuenta.

—Espero no darme cuenta nunca, estoy bien así, gracias. Bueno, yo suelto la pregunta y ya tú verás si quieres ser sincera. —Bebe un poco de cerveza, creando un dramatismo nada apropiado, y luego insiste—: ¿Cuándo te vas a permitir salir del cascarón?

—¿Qué? No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes, Kenzie. Mejor desahogarte con tu prima que con cualquier otra persona.

—Últimamente he estado pensando cosas, pero no es nada, solo tonterías —indico. Me hago una cola de caballo con el pelo porque no sé dónde poner las manos por los nervios.

—¿Qué clase de cosas? —pregunta curiosa.

—No vas a parar hasta que te lo cuente, ¿no?

—Esa es mi intención.

—He estado pensado en dejar el trabajo. —Omito lo de Jason y lo de irme de Boston; es muy cruel, está a tan solo un par de metros. Reparo en la ceja enarcada de mi prima, pero le hago ver que no hay nada más.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir —suspiro—. Es lo mejor.

—¿Para quién? Lo mejor ¿para ti o para Jason?

La observo fijamente, intentado averiguar hasta dónde sabe.

—Quiero escapar, pero me siento egoísta por pensarlo. Me gustaría... hacer un curso de cocina, pero sé que no debo formarme en otra cosa que no sea el derecho y... —Dejo la frase en el aire, me es imposible continuar.

—¿Y? —me insta a que la termine.

—Estoy segura de que mis padres me apoyaran tome la decisión que tome, pero siento que los decepcionaré si no me dedico a lo que he estudiado. Soy consciente de que está todo en mi cabeza, que no será tan malo una vez que les cuente cómo me siento, pero es mejor dejarlo estar. —Me rindo y dejo caer mi cabeza.

—Kenzie, me tienes para lo que precises. —Me abraza—. Si quieres dejar tu trabajo, te apoyaré; si te quieres ir lejos para vivir la experiencia, te apoyaré; si quieres montar un restaurante, te apoyaré, y si quieres dejar a tu marido, te apoyaré.

—Gracias.

Jason y yo regresamos a nuestra casa, aunque ni eso nos pertenece: el edificio es de mi padre y

nosotros vivimos en la última planta. Un día me dio las llaves, al mes se mudó Jason, y no hemos buscado ningún otro sitio, a pesar de hablarlo muchas veces. Diez años llevamos acomodados, sin hacer nada para ponerle remedio a la monotonía. Diez años, desde tercero de carrera, en los que expresamos nuestros deseos de viajar y no lo hacemos, conversamos de tomarnos un mes para recorrer Europa y seguimos igual. Diez años. Son muchos, y no sé si es por el largo tiempo juntos, la monotonía o qué coño es, pero necesito algo que Jason no me da.

Suspiro exhausta, cansada, consumida de batallar conmigo misma, de hacerme ver y entender que no obtendré lo que quiero, de tratar de mantener encerradas mis verdaderas necesidades, de agradar a todo el mundo cuando lo que quiero es gritar que me dejen en paz. Que paren de vivir a través de mí. Que dispongo de una vida y pretendo vivirla a mi manera.

Me enfundo el pijama, sin hacer mucho ruido para no despertar a Jason, y regreso al salón. Enciendo la televisión y busco algún entretenimiento que logre mantener mi mente distraída. Es imposible. Una y otra vez se centra en el curso de cocina que empezará dentro de poco y que tantas ganas tengo de hacer.

Cojo el iPad y reviso los correos de nuevo. Me centro en uno en concreto. Hará algunos meses, años incluso, me matriculé en un curso para aprender a cocinar. No sé qué me hizo pensar que era buena idea. Mi primera clase fue un auténtico desastre. Era de repostería, tuve que hacer un sencillo bizcocho de plátano y el resultado fue una masa que no subió y que acabó totalmente quemada.

¿Me desanimé? Pues no.

Continué con ello, no me rendí, y al poco me di cuenta de que me apasionaba. No era como las leyes, que las memorizaba sin más y las recitaba como un pequeño robot. No, al contrario, esto era algo que me gustaba muchísimo. Después de hacer varios cursos de repostería y, no es por presumir, volverme una experta en ese ámbito, me centré más en la cocina en general. Esa vez no fue tan fácil, no fue cosa de coser y cantar, ni de lejos. Ya no se trataba de que subiera un maldito bizcocho. Los cursos se iban volviendo más y más difíciles, y cada vez la cagada era mayor.

Recuerdo la vez que nos mandaron elaborar lomos de pescado al horno con almendra. De primeras, parecía una receta sencilla, pero no solo descubrí que el horno mantenía una gran pelea personal conmigo; sino que, además, no supe mezclar la mantequilla con la sal y, mucho menos, laminar las almendras para ponerlas encima del pescado.

¿Creéis que tiré la toalla de una maldita vez? Exacto, no. Porque, lejos de desanimarme, me encantaba tropezar para levantarme y salir airosa. La cocina me hechizó y yo me quedé prendada.

A medida que avanzaba en los cursos, mi pasión por la cocina iba a más. No se lo comenté a nadie, a ningún miembro de mi familia, ni siquiera a Susan, y mucho menos a Jason. Mantuve y mantengo mi entusiasmo en secreto porque sé que, de una manera u otra, y sin quererlo, se van a llevar un chasco. Siempre han querido que estudie Derecho y, evidentemente, lo hice. Y tengo el presentimiento de que decirles que no me gusta a lo que me dedico sería una manera de desencantarlos y me sentiría fracasada. Como persona, como amiga, como hija y como mujer.

No puedo hacerlo. Va en contra de mis principios.

Aunque ser consciente de ello no me impide que continúe con mi formación sin que ellos lo sepan. De ese modo, no hago daño a nadie.

Pero no estoy preparada para decirles adiós a los fogones. Aun no.

Y de eso va el correo que estoy leyendo. Es para realizar un curso de varios meses cuya

recompensa es el sueño de cualquiera que desee ser cocinero: trabajar con Connor Moore. El mejor chef de Boston.

En un arrebato, me matriculo. No sé si tendré tiempo, si lo conseguiré, pero sí sé que mantener una discusión diaria conmigo misma resulta agotador.

Dentro de unas semanas empieza el curso de cocina; tendré que hacer malabares con mi vida para que nadie se entere, pero es a lo que, extrañamente, estoy acostumbrada. A esconder cosas, a no decir la verdad, a mantenerme en secreto.

Durará más de un año, pero el premio es increíble, aunque también me dejaré un dineral. Espero que, si no consigo la plaza, al menos pueda trabajar en otro restaurante.

Me meto en la cama y contemplo a Jason. Es perfecto, en serio, cualquier mujer se moriría por tenerlo, pero no sé qué mierda me ocurre que yo no soy esa mujer. Le oculto mis sueños más profundos, no le cuento lo que siento, y menos después del susto que se llevó cuando le comenté que quería dejar el trabajo.

Hace tiempo que el sexo pasó de ser divertido a un compromiso, hace tiempo que sé que no es lo mismo, pero me obligo a esperar porque creo que es una etapa y que, tarde o temprano, volveré a sentirme enamorada de él.

Hace tiempo que... soy una sombra de mí misma.

Capítulo 9

PRESENTE

El Vega Life - Amo la vida

Se ha ido.

Es lo primero que noto en cuanto abro lo ojos. Anoche fui consciente de que no estaba muy cómoda; pero creí que, una vez que se dejara abrazar por el sueño, se quedaría para otro asalto mañanero.

Entro en la ducha, perezoso. Me pasaría el día en la cama, vegetando, hasta mañana. En mi mente aparecen pequeñas imágenes de la fantástica noche de ayer y sonrío mientras me enjabono.

Tremenda noche y menuda mujer.

Desciendo hasta la cocina y preparo café. Desde la ventana avisto las increíbles y privilegiadas vistas. Diviso a mis amigos acercarse a mi casa y me río por lo bajo. Cada domingo, después de una marcha, siempre acuden aquí. No sé cómo empezó, ni siquiera sé en qué momento se convirtió en costumbre, pero me gusta. Y me alegro de que ella no esté, porque sin duda hoy no van a hablar muy bonito.

Aparto la cafetera del fuego y abro la puerta para que entren sin necesidad de tocar. Me lo sirvo en una taza y espero a que me alcancen los inconfundibles sonidos de que están cerca. Las risas y gritos de mis amigos me alcanzan, y segundos después atraviesan la puerta.

Están para el arrastre, pero no pierden la alegría. Asgnar apesta todavía a alcohol, Will apenas logra rebasar la puerta, es un alma en pena, y Fredik es la imagen de alguien con una resaca de cojones. Sin embargo, tendrían que estar vomitando y sin conseguir levantarse de la cama para faltar a los desayunos *postmarcha*.

Fredik dispone una bolsa con bollería artesanal y un envase de pan de molde. Se sirven el café y nos sentamos juntos, alrededor de la isla de mi cocina, para comer. Estamos muertos de hambre.

—¿Qué tal anoche? —pregunto—. Bebisteis mucho después de que me fuera, ¿no? Dais asquete —añado entre risas.

—Buf... no recuerdo mucho —responde Will—. ¿Qué tal con la pelirroja?

—Bien —alego escueto.

—¿Solo bien? —insiste Will—. ¿Nada de «me la follé como si no hubiera un mañana»?

—¿Estuvo conforme con tus estrictas reglas? —quiere saber Asgnar.

Mierda, fui incapaz de pronunciarlas. Estaba demasiado entretenido con sus dulces curvas para recitar nada. Aunque estoy seguro de que no volveré a verla. Su fuga es una pista. El resto de chicas insisten en desayunar conmigo, pero la llegada de mis amigos consigue espantarlas de una maldita vez.

—¿Se lo monta bien? —interroga Fredik.

—Fue una noche interesante que me reservo para mí. —No pretendo contarles a mis amigos lo increíble que fue, ni que mis expectativas con ese encuentro se vieron superadas, sin duda.

—¿No se te levantó? Vamos, Noak, siempre presumes, ¿qué pasa? —Asgnar me observa con

atención a la espera de una respuesta.

—Cuando le enumeraste tus estúpidas normas, te dejó con un dolor de huevos de narices — confabula Will—. Por favor, dime que es eso. Que has encontrado a una chica que te ha puesto en tu sitio después de tanto tiempo. No sabes cuánto llevo esperando este maravilloso momento.

—Pues sigue esperando —indico con mi sonrisilla, que sé que le toca las narices.

—Eso es que se la tiró —confirma Fredik tras comerse un bollo.

—No me digas, genio —ironiza Will.

—Will, si no fuera porque te conozco de hace varios años, diría que estás un poco celoso. — Nada más lejos de la realidad, pero a todo lo que sea chingar a Will, me apunto.

—Sabes que no es eso. Me molesta el trato que les das a veces a las mujeres; pero, tranquilo, que torres más altas han caído. Solo me he de poner cómodo y esperar.

—No toda la culpa es de Noak; ellas aceptan. Por lo menos él es sincero y pone las cartas sobre la mesa. Hay veces en que yo me las he tirado sabiendo que solo es una noche y les he prometido amor eterno para poder llegar al higo —comenta Asgnar—. Él te promete una noche de pasión y nada más. Si lo quieres, bien; y, si no, puerta.

—Ahí lleva razón —confirma Fredik.

—Bueno, Noak sabe a qué me refiero —se defiende Will.

—La verdad es que no tengo ni idea, ¿me lo explicas?

—Tengo mucha resaca para ponerme profundo, en otro momento. Vamos a cambiar de tema antes de que acabemos en una discusión sin sentido —alega Will.

—¿Sabes que te has metido solito en este jardín? —inquiero con una ceja alzada.

—Sí, y por eso intento salir. Ayúdame.

Suspiro. Will suele insistir en que, por mucho que crea que disfruto de la vida, no lo hago y que me pierdo grandes cosas por mis absurdas pautas. No entiende que lo único que puedo ofrecer a las chicas es una noche de sexo salvaje y sin compromisos. Y tiene la esperanza de que un día aparezca una chica por la que sea capaz de romperlas. Absurdo, ¿verdad? Así es mi amigo, el que, aunque le hayan hecho daño y se la hayan jugado dejándolo con el culo al aire más de una vez, sigue teniendo esperanzas y fe en el amor. En el fondo me compadezco de él. Me da pena.

—¿Cuáles son los planes para hoy? ¿En mi casa vagueando el día entero? ¿Jugamos a la Play y pedimos comida? ¿Una peli? ¿Salimos a comer para parecer personas normales?

—Voto por no hacer nada. Ni siquiera cocinar. Pedimos algo por una aplicación y nos tocamos las pelotas a dos manos.

Nos reímos a carcajadas ante la burrada de Fredik: no habla mucho; pero, cuando le da por manifestarse, sube el pan.

—Yo propongo ir a comer a algún sitio. Hoy pega una guarrada de las nuestras. En plan triple hamburguesa con queso —dice Asgnar.

—Me apunto —convengo.

—Y yo —afirma Will.

—Joder, ¿soy el único que no puede con su vida? Me estoy muriendo —nos confirma Fredik, aunque solo con mirarlo nos queda claro.

—Oye, Noak, hablando de ir a comer...

—¿Qué me vas a pedir, Will?

—El maldito William aprovecha cualquier momento para pedir favores —añade Asgnar con

sorna.

—No me habéis dejado hablar. ¿Cómo sabes que te rogaré algo? —se defiende.

—Porque siempre que empiezas una frase con «oye, hablando de...» es que vas a pedir un favor —indica Fredik.

—Idos a la mierda.

—Venga, ¿qué quieres, querido Will? —pregunto.

—Que hagas la crítica de un restaurante que últimamente está en boca de todo Estocolmo. Es de comida española y... —Deja la frase en el aire y me mira con ojitos de cordero degollado.

—¿Y?

—Pues que, como tu madre es española, pensé que era mejor que la hicieras tú.

—Sí, claro. No es porque te quieras quitar trabajo ni nada.

—Ahora la excusa es que eres hijo de Bárbara —aclara Asgnar para picar a Will.

—No es una excusa. Yo me encargo de otras cosas, y tú eres mejor evaluando comida. A mí no se me da muy bien que digamos.

—Oye, si quieres, te acompaño. A mí todo lo que sea comer gratis..., estoy conforme —puntualiza Asgnar.

—Está bien. Lo haré, pero me debes una. Mañana me informas del nombre y donde está ubicado para ir.

—Hecho.

Y os preguntaréis: ¿A qué se dedica este chico?

Cofundé una empresa con mi socio, mejor amigo y experto en escaquearse del trabajo sucio: Will. Juntos nos encargamos de la elaboración de productos *gourmet*. Y, a raíz de ello, publicamos una revista mensual con críticas gastronómicas, citando los mejores restaurantes, relación calidad-precio, los mejores sitios para comprar productos frescos y elaborar una de las recetas que también incluimos en la revista.

Y ese es el resumen de por qué admiro mi vida. ¿Quién no la querría? Soy joven, tengo éxito tanto en el ámbito laboral como en el personal, y en el tema económico tampoco me va nada mal.

Soy la perfección.

Capítulo 10

Newton Faulkner - Teardrop

Estoy cocinando.

Apenas tengo un respiro. No miro ni siquiera a mis lados. Estoy concentrada. Lo único que escucho es el sonido que hace el cuchillo al cortar la cebolla. ¿Existe un sonido mejor? Lo dudo.

Un camarero vocifera una comanda antes de colocarla en un estante que hay encima de los fogones. Lo escucho. Y sigo centrada. La cocina me absorbe de tal manera que no logro pensar en otra cosa. Agnes habla a mi lado como una cotorra. La ignoro. Solo escucho el ruido que hace el cuchillo al cortar, ahora, la zanahoria.

—¡Dos tapas de morcilla, cuatro tacos de tortilla española, tres pinchos de salmón con aguacate y dos de huevos rotos! —exclama otro camarero.

—¡Oído! —le grito para que sepa que he tomado nota del pedido.

Sobre las diez y media cerramos el restaurante, pero yo me quedo dentro, investigando más recetas, aprendiendo y disfrutando. A la media hora aparece mi amiga para darme la tabarra.

—¿No te vas a casa? —me pregunta.

—En nada. Dos minutos y me voy.

Se sienta en una de las encimeras metálicas y prueba lo que estoy creando. Cierra los ojos y lo saborea. Es una buena catadora. Muchas de las recetas que hay en la carta antes fueron probadas por ella. Claro que la última palabra la tiene, evidentemente, el jefe. Si Roberto dice «no», así le guste a toda Suecia, que no se pone en la carta.

—Está riquísimo, Kenzie. ¿Qué es?

—Solomillo con queso de cabra y cebolla caramelizada.

—Pues tiene mi aprobación. —Me da el visto bueno con su dulce sonrisa.

Mientras recojo, ella decide acabar con lo que pilla. No sé cómo se mantiene tan delgada con lo que engulle esta mujer. Termino y me ayuda a cerrar. Caminamos juntas. Calladas. Disfrutando de las silenciosas calles. Pero Agnes decide romper el silencio:

—¿Cuándo vamos a salir de nuevo? Y no me vale con que me digas que un día de estos.

—No sé. En días como hoy, que estamos *overbooking*, termino agotadísima. Me cuesta hasta coger aire para respirar.

—Kenzie, me encantó verte la noche pasada. Aunque te costase un poco, te soltaste la melena y echaste un polvo digno de recordar. En serio, ¿no quieres repetir?

—Fue más de uno —apostillo con chulería.

Ella se ríe a carcajada limpia y acabo acompañándola.

—Perdone usted —comenta entre risas—. Gracias por la aclaración.

—De nada.

—¿Cuándo salimos? —insiste.

—Ya veremos. —Con un gesto de la mano, indico que pase del tema.

—No. Dime día y hora. —Se para en medio de la calle y se cruza de brazos.

—¿El próximo sábado? —suspiro en señal de rendición.

Agnes empieza a dar saltitos de alegría y se pone a aplaudir. Agradezco en silencio que no

haya mucha gente, porque me muero de vergüenza con determinadas actuaciones de mi amiga que no le importa quién la vea.

Alcanzamos la parada de metro y me despido de ella. Deambulo entre las calles hasta llegar al centro. La mayoría de tiendas, restaurantes y cafeterías están cerrados. Solo permanecen abiertos algunos baretos.

Paso junto al museo Fotografiska y me detengo para admirar las vistas. Adoro observar la ciudad desde lejos. El contraste de luces. Me da igual si es de día o de noche, es maravillosa. Cada vez me siento más en casa. Mi hogar se encuentra en Suecia; el único «pero» es que estoy muy lejos de mi familia.

Intento evitarlo. Juro que lucho por no mirar. Pero es imposible contenerme.

Giro la cabeza hasta que mis ojos se paran en la isla donde está su casa, y sonrío. ¡Menudo hombre! Soy consciente de que fue una noche, cosa de una vez; es el tipo de chico del que es mejor que no te encariñes o te romperá el corazón. Representa lo que no me gusta de un hombre, pero folla como los dioses. A los hechos me remito.

Esa noche me hizo sentir única y deseada. Al principio me daba pudor que pudiera percibir mis curvas, pero a él parecía no importarle. Al contrario, le gustaba, incluso. Me sentí seductora por primera vez, después de semanas, meses e incluso años. Él hizo que me lo creyera. Y disfruté. Joder si lo hice.

Por mucho que sepa que es un ligón, que es probable que ni me recuerde y que fue solo disfrute de una única vez, no excluye que fuera memorable. Muy muy gloriosa. Es el primero con el que me relaciono después del divorcio. El primero que me ha hecho sentir. Y el único con el que me he excitado. Así que solo por eso, lo recuerdo con cariño.

Reanudo la marcha hasta que alcanzo una bifurcación y, en vez de tomar el camino más rápido, decido ir por el puerto y pasear cerca del mar. Me gusta el olor que despide. Adoro esta ruta, y me quedo embobada observando a las pocas personas que aún quedan en las calles deambulando con sus mascotas.

Llego a mi casa y lo primero que hago es desvestirme, poner la ropa para lavar y darme una buena ducha con agua caliente. Apenas hago ruido, es una de las estrictas normas de la comunidad. Con el mayor sigilo, como si fuera una espía, me acerco a la cocina y me preparo una infusión relajante.

Me la tomo mientras cojo mi libro. El único tiempo del que dispongo para leer son estos pequeños ratitos, y pienso disfrutarlos hasta que mis ojos no puedan más. El móvil vibra en la mesa y brinco en mi asiento del susto. Es un WhatsApp.

Agnes

¿Ya estás en casa?

Kenzie

Sí, perdona por no avisarte, se me fue la cabeza. Estoy tomándome una infusión antes de meterme en la cama.

Agnes:

OK. No hay problema. Me quedo tranquila. Acuérdate

sábado por la noche. Tú, yo y los bares de Estocolmo para dar lo

mejor de ti. ¿Te imaginas que vuelvas a encontrarte con él? ¿Te lo tirarías?

Kenzie

Algo me dice que él no es de los que repiten.

Agnes

...

Kenzie

Sí, me lo tiraría. No te pienso engañar.

Agnes

Engañarme a mí es difícil. Me voy a dormir, nos vemos mañana.

Kenzie

Vale.

Contemplo la lejanía desde mi ventana. En realidad, no percibo nada, mientras recuerdo cómo conocí a la que ha acabado convirtiéndose en una gran y estupenda amiga. Fue amor a primera vista. Estaba frenética por mi primer día de trabajo. Era consciente de que estaba en período de prueba, y que si no lo superaba tendría que regresar. Connor me facilitó las herramientas, pero era yo quien tenía que currárselo para no retornar.

Choqué con ella cuando ambas íbamos a entrar al restaurante. Con los nervios ni siquiera la vi. La estampé contra la puerta y me puse a boquear, colorada a causa de la vergüenza. Sin embargo, Agnes me sorprendió al tomárselo con humor. Me uní a su risa; era un sonido contagioso.

—Perdóname —me disculpé cuando fui capaz de hablar.

—No te preocupes. ¿Eres Mackenzie?

—Sí. Soy nueva y estoy tan alterada que no te vi.

—Algo me dice que vamos a ser amigas, Kenzie. ¿Te importa que te llame Kenzie?

—De hecho, mis amigos me llaman de ese modo.

—Muy bien. Pues, querida amiga, no estés alterada. Roberto es de los que ladran mucho, pero no muerden. Si te surge alguna duda, dímelo y te ayudaré en lo que pueda. Bienvenida.

—Gracias.

A partir de ese instante, nos volvimos inseparables. Se convirtió en una verdadera amiga que me apoya y me riñe a partes iguales. Y a la inversa también. Es una parte importante de mi vida, y sin duda la necesito en ella. Su alegría, su extravagancia, su manía de comernos Estocolmo, tanto los bares como a los chicos; su competencia en el trabajo, las risas compartidas y las miradas cómplices. Es mi amiga y me lo ha demostrado con creces.

Apuro el té y friego el vaso. Es de Dormilón. Lo sé, me compro cualquier cosa de Disney, pero las tazas son mi debilidad, es que son monísimas. Es inevitable. Me meto en la cama. Mañana me espera otro largo día de trabajo, y me parece estupendo.

Amanezco sobre las ocho de la mañana. Me preparo unas tostadas con huevos revueltos, jamón, una pizca de sal y aceite. Hago café; desde que me mudé me he acostumbrado demasiado a la cafeína. Además, lo tomo oscuro, sin nada de aromas ni boberías. Me aseo y salgo un par de horas antes para perderme por la ciudad.

Paseo por la típica plaza que se contempla en la mayoría de las postales de Estocolmo. Me acerco hasta el Palacio Real; es una pena que no haya podido observar el cambio de guardia porque no coincide con mis horarios. Siempre me pilla trabajando. Bajo la calle y me acerco al puente desde donde se ve el parlamento sueco. Lo bordeo y continúo mi recorrido, que es ninguno en particular. Solo disfruto. Única y exclusivamente.

Vengo a parar cerca de Riddarholmskyrkan, una iglesia que data de varios siglos atrás, y camino varias calles hasta dar con el restaurante.

El tiempo libre se me pasa volando, y es hora de entrar a trabajar.

Capítulo 11

Don Patricio - Me gusta

Me levanto empalmado.

La culpa la tiene mi subconsciente, que ha decidido rememorar la noche pasada. Recuerdo con exactitud sus labios jugosos, su cuerpo perfecto, sus ojos almendrados de color avellana, con pequeñas motitas verdosas... ¿Soy tonto o qué me pasa? ¿Desde cuándo me paro más de dos minutos a evocar un polvo?

Me deshago de la jodida tienda de campaña que se forma en mis calzoncillos y me meto en la ducha. Me pongo un pantalón de chándal y bajo los escalones de dos en dos, más contento que cuando amanecí, hace una hora, y me preparo mi café. Sin él no atino a dar una, ni un paso. Me lo bebo y me regocijo en su sabor.

El móvil empieza a vibrar; es mi secretaria. No lo cojo. Es demasiado pronto para que me estén dando por saco. Además, hoy me espera un día ajetreado y no quiero que el capullo de Will me encargue más cosas. Es hora de que empiece a trabajar un poquito.

Me preparo para ir a otro mercadillo. Estamos elaborando un artículo acerca de los mejores de la ciudad y para eso tenemos que investigar cuáles son los destacados. ¿He hablado en plural? Me corrijo. Yo he de investigar mientras mi socio espera en el despacho a que le informe.

Me visto con un vaquero clásico, un polo sencillo negro, una bufanda de rayas blancas y negras y una gabardina negra. Me calzo unas zapatillas blancas y no me peino.

Adoro mi ciudad. Cada vez que cruzo el puente que separa Djurgården del resto de la civilización, me paro a admirarla. Mi rincón de paz contra el caótico mundo. Me detengo unos segundos para contemplar las vistas. Continúo el camino hasta que alcanzo la calle Kungsgatan; que es una de las primordiales. Tiene mucho ambiente, está abarrotada tanto de transeúntes como de vehículos.

Paso por debajo de los puentes elevados y llego hasta la plaza de Hötorget, donde se encuentra el mercado que quiero estudiar de manera minuciosa. En la misma plaza hay puestos de frutas, verduras, e incluso algo de ropa. Pero lo que a mí me interesa es lo que se encuentra en el corazón de la metrópoli. El mercado subterráneo que se ubica bajo el cine Filmstaden Sergel.

Me gusta este mercado porque los productos que se hallan en él se asemejan a los que vendemos en nuestra empresa. Son en su totalidad *gourmet*, pero entiendo que queda muy lejos de la economía de la mayoría de los habitantes. Es por ello por lo que hago este estudio, para que cualquiera pueda comprar productos de buena calidad y a un precio más o menos asequible.

En este mercadillo, aparte de productos de alta calidad y elevados precios, también te ofertan la posibilidad de disfrutar de aperitivos, como el queso, a un precio razonable; frutos secos, vinos, frutas secas... Y su ubicación es ideal.

Estoy probando uno de sus vinos, acompañado de un tentempié, cuando mi móvil comienza a vibrar de nuevo. Esta vez es el pesado de mi amigo. Tengo tres, pues el más plasta de todos. Exacto, Will.

—¿Qué quieres? —contesto con un suspiro—. Ni se te ocurra pedirme otro favor.

Él se descojona de mí.

—Tranquilo, mi cupo de este mes ya está completo. ¿Cómo te va? ¿Sigues con lo de los mercados?

—Sí, apenas me quedan. Ahora estoy con el de Hötorgshallen.

—Perfecto. Con la crítica cerramos el contenido para que salga la revista a principio de mes —añade, como si no supiera que en una semana tengo la reserva para el restaurante—. ¿Nos vemos esta noche? He hablado con los otros y tenemos pensado tomarnos unas birras. Te apuntas, ¿no?

—¿Alguna vez he rechazado un plan con mis colegas? Además, si incluye cervezas y chicas, ten por seguro que iré.

—No lo dudaba. Después cuadramos la hora para vernos.

—Venga. —Cuelgo y sigo con mi investigación.

Paseo por varios puestos donde venden pescado, carne e incluso chocolate caliente. Con el frío que empieza a hacer, nada mejor que un vasito para entrar en calor enseguida.

Recorro otros *stands* de verduras; las analizo, las huelo, las cojo para calcular el peso, y continúo con mi pequeño análisis del mercado. Cuando he tomado todas mis notas, y considero que no hay nada que se me quede fuera y sea de vital importancia, me marcho al despacho.

Hago el camino más largo y termino más allá de las oficinas. Mucho más allá. Acabo en Gamla Stan. Ando por sus calles, subo las escaleras de Marten Trotzigs Gänd, la calle más estrecha de la ciudad. Los turistas no paran de hacerse fotos, y no lo entiendo, porque es la única que está atestada de grafitis. No sé por qué a la gente le gusta sacarse una foto aquí. Supongo que es para justificar que vieron la famosa calle, pero existen mejores y más bellas.

Me paro cerca de una guardería y me río al distinguir a un niño lleno de barro de arriba abajo. Sus padres estarán contentos cuando lo recojan. Alcanzo una de las miles de cafeterías que abarrotan las calles y me pido otro café para llevar. Me lo bebo mientras sigo mi recorrido. Debería ir a trabajar, pero admiro el casco histórico. Sus calles serpentean y enlazan unas con otras. Lo mismo te topas con una iglesia bastante antigua, que con una plaza medieval, o con el mismo Kungliga Slottet. Y no importa dónde vayas: siempre acabarás en el mismo sitio del que procedes.

Entro en mi tienda favorita, Science Fiction Bokhandeln; saludo a los dependientes, que me conocen de tantas veces como los visito a la semana, y rebusco por si hay algo nuevo. Contemplo los Funko de la serie *Stranger Things*, de la que soy fan acérrimo. Miro el *merchandising* que ofrecen, pero no disponen de novedades.

Subo a la segunda planta. Camino entre cómics, libros, estatuillas, hasta que me acerco a la barandilla desde donde se percibe la planta inferior. Algo consigue captar mi atención, y quiero comprobar que no estoy perdiendo la poca sensatez que me queda.

¿Es ella?

Una chica pelirroja está observando algo, pero no alcanzo a contemplarla bien. Ni siquiera consigo distinguirla. ¿No tiene calor? Está forrada de abrigos y, pese al fresco que hace en la calle, dentro de la tienda se está bien.

Mierda, no logro reconocerla.

¿Y si bajo y resulta que no es ella? Me muero de la vergüenza.

Como si me hubiese leído la mente, comienza a quitarse la bufanda y el plumón. Se los coloca en una mano; con la otra sostiene una figura. Mira a ambos lados, como si fuera consciente de que

hay un psicópata acechándola. Sí, yo soy el desequilibrado que se esconde detrás de una estantería para no ser descubierto.

Desciendo de nuevo y me acerco sigiloso. Estoy seguro de que, si ella me descubre y tiene posibilidades de escapar, lo haría, por eso no quiero que me sorprenda hasta que no tenga más remedio que hacerme frente.

Acorto la distancia hasta que quedo a su espalda, le toco el hombro y ella se gira. Su rostro pasa del asombro a la excitación y, luego, una pizca de indignación. ¿Por qué está molesta? He hecho lo posible para que no desapareciera, cierto, pero no la he seguido. Abre y cierra la boca varias veces.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al fin.

—Me gusta la tienda; te juro que no es por ti. ¿Por qué estás enfadada?

—¿Seguro que no me estabas observando desde la planta de arriba, escondido entre las estanterías, cual acosador? —indaga con su ceja levantada.

¡Ups, pillada de la buena!

—Dada tu tendencia a escaquearte, tenía miedo de que, si me descubrías, volvieras a hacerlo —explico.

—Noak, ¿cuántas probabilidades hay de que siempre nos encontremos de casualidad?

—Es un cálculo bastante difícil, pero diría que el cien por ciento de las veces —alego con una de mis encantadoras y maravillosas sonrisas. Ella pone los ojos en blanco, pero la delata la sonrisa que intenta retener en los labios.

Me fijo en que aún sostiene la figura. Con ojos curiosos, observo que es de Tintín.

—¿Fan de Tintín? No te pega.

—¿Y qué es lo que me pega según tu opinión?

—Mmm... —Finjo pensar—. Cualquiera cosa relacionada con un mundo ideal estilo Disney. — Su sonrisa se desvanece poco a poco y acaba apretando los labios—. ¿He acertado?

—No. —Se da la vuelta y me ignora.

—Mentirosa. Sabes que he dado en el clavo —le susurro al oído.

Vóltea un poco la cabeza; sus labios quedan muy cerca de los míos. Un poco más, y estarían sobre los suyos. Y joder, lo deseo. Ella despierta mi instinto más salvaje. Más primario. Mi mirada se pierde en la suya, desciende hasta llegar a su boca de nuevo, y ella saca la lengua a pasear, humedeciéndose los labios y excitándome. Alzo mis ojos, y en los suyos percibo la misma pasión que experimento yo. No lo soporto.

He de besarla. Necesito volver a saborear esos succulentos labios.

Me acerco a ella un poco más, dándole tiempo a retirarse; y, cuando no lo hace, me lanzo como si fuera un depredador. La beso. Y ella suspira en mis labios. Cuando los entreabre para dejar paso a mi lengua, compruebo que tiene un sabor exquisito. Enredo una de mis manos en su melena cobriza mientras con la otra le sujeto la cadera y la pego aún más a mí.

Si no fuera por mi estúpida regla de solo una noche, me la tiraría otra vez.

Maldita Kenzie.

Alguien choca contra nosotros y nos obliga a tomar conciencia de dónde estamos. Nos separamos con las respiraciones agitadas. Nuestros pechos suben y bajan sin control. Yo vuelvo a estar empalmado, y me la juego a que ella está mojada.

«No pienses en ello, Noak. No te lo imagines».

—¿Comemos juntos? Yo invito. —No sé por qué, pero quiero pasar más tiempo con ella, aunque no hagamos nada.

—No puedo, entro a trabajar en media hora.

—¿A qué hora sales? —insisto—. Podemos vernos después.

—Depende de cuántos clientes tenga.

—Dame tu móvil; te llamaré cuando salga de la oficina y si te apetece quedar, perfecto; si no, para otro día.

—Noak, tus antecedentes no son muy buenos, no me fio de ti.

—Kenzie... —le advierto—, creí que te había enseñado que no tienes que jugar conmigo.

—Está bien.

Intercambiamos los números, la acompaño a pagar la figura, que, me confesó, es para su hermano, y antes de marcharme vuelvo a besarla. La retengo entre mis brazos, la sujeto por sus caderas y no paro de besarla. Ella se ríe. Me dice que se tiene que ir a trabajar; pero, aun así, no me separo de Kenzie.

—No puedo dejar de besarte —declaro con mis labios aún unidos a los suyos—. Eres adictiva.

—Noak, en serio. He de irme. —Pero tampoco hace nada por alejarse.

—Prométeme que nos vamos a ver después, que no vas a buscar una excusa para no aparecer, y te dejo marchar.

Sus tiernos ojos me contemplan. Seguro que se pregunta por qué insisto tanto, y me gustaría darle una explicación, pero no la tengo. Se ríe por mi desesperación. Su risa es contagiosa. Y vuelvo a besarla.

—Cuando salga te llamo —me prometo al fin.

—Como no lo hagas, sabrás lo que es ser un acosador de verdad —amenazo.

—No creo que sea necesario llegar a ese punto —se burla—. Porque si ya lo eres..., ¿cómo será cuando te lo propongas?

Me río y la dejo marchar.

Regreso a las oficinas y entro al despacho de Will sin pasar por el mío. Lo mejor será cancelar la cita por si Kenzie me llama. Joder, nunca antes lo había deseado tanto.

¡La leche!

Me acabo de dar cuenta de que he roto otra regla. ¿Qué cojones me pasa? Cada vez que la veo, soy incapaz de cumplir mis propias normas. ¿Qué demonios tiene esa chica que la hace tan distinta?

Me niego a reconocerle que a lo mejor quedo con ella. Se descojonaría vivo. El otro día, en mi casa, me avisó de que, cuando una chica fuera capaz de despedazar mis esquemas, él estaría en primera fila para verlo.

Tendré que inventarme algo, pero ¿el qué? Alegar que es por trabajo sería meterme en la boca del lobo y una auténtica gilipollez: él conoce mi agenda mejor que yo.

¿Que estoy enfermo? Hace años que no me pongo malo. Es una excusa inverosímil hasta para mí.

¿Qué evasiva le doy?

Está con la cabeza gacha, pasando una hoja tras otra, en busca de algo específico. No se entera de que entro, y me tomo esos maravillosos segundos para seguir rumiando una justificación.

—Hey —indico, sentándome frente a él.

—¿Qué pasa?

—Creo que esta noche me descuelgo del plan. Estoy cansado y prefiero ir a casa.

—¿Perdona? ¿Noak no quiere salir porque ansía llegar pronto a casa? Imposible, no te creo. —
Levanta una ceja y cruza los brazos encima de la mesa—. Dime la verdad —exige—. ¿Has
quedado con una chica? Espero que sea eso y no que te vas a ir pronto a la cama.

—Muy bien, lo reconozco. Conocí a una chica y hemos quedado para después del curro.

—¿Cómo se llama? —inquire.

—¿Eh? —intento ganar tiempo, pero no me sale ni un nombre.

—¿Existe, o no existe, esa mujer?

—Mackenzie, ella es la culpable de que no pueda quedar con vosotros —me rindo.

«Alexandra, Charlotte, Hanna...». A buena hora se me vienen a ocurrir nombres.

Mi amigo expande su sonrisa hasta que se le ven los dientes, blancos y relucientes. Cómo le gusta regodearse.

—¡Cállate! —exclamo.

—No he dicho nada.

—Tu sonrisa revela más que muchas palabras.

—¿Vas a contarme cómo es que quedaste con Mackenzie?

—Ni de coña.

Me levanto del despacho y abandono las oficinas. Acabo en mi casa, donde adelanto el trabajo y traslado al ordenador los apuntes que he cogido esta mañana en el mercadillo mientras espero la llamada de Kenzie.

A las diez de la noche, y tras haber comprobado mil veces el móvil, me rindo. Sé que le prometí que, si no daba señales, no la dejaría ni a sol ni a sombra hasta que admitiera que tiene las mismas ganas de verme que yo a ella, pero no pienso hacerlo.

O ella da muestras de que le intereso, o paso de malgastar el tiempo.

Capítulo 12

Lady Gaga - Millions reason

Agnes ha insistido durante la tarde para que quede con Noak.

El restaurante está cerrado, son cerca de las once de la noche. Estamos juntas en una de las mesas del comedor, sacando las cuentas del día, y ella continúa dándome la turra.

—¿Por qué no te atreves a quedar con él? —insiste.

—Qué más da... Es indudable que tiene otro plan; solo soy una escapatoria, su forma de diversión. Ni siquiera hablamos de a qué nos dedicamos, ¿para qué quedar?

—Como se nota que eres nueva en esto de usar a los chicos. ¿Para qué quieres saber a qué se dedica? Lo importante es que sepa qué hacer para satisfacer a una mujer. Deja de poner excusas absurdas.

—¿Y qué hago? ¿Lo llamo y vamos directo al grano?

—¿Quieres que te cante una balada antes?

Me carcajeo.

La verdad es que no es mala idea utilizar a Noak como él se aprovecha del resto de mujeres. No me esperaba volver a verlo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiéramos coincidir de nuevo. La ciudad es demasiado grande y tiene suficientes habitantes como para cruzarnos. Pero me agradó. Además, los dos estamos de acuerdo en no desvelar demasiada información personal; nos lo pasamos bien y punto. Me importa muy poco a qué se dedica, y a la inversa presumo que igual.

Si algún día llegamos a cruzar esa línea, supongo que será el fin.

—No —alego retomando la conversación.

—¿A qué esperas? —Acerca el móvil a mi cara y lo agita delante de mí—. Llámalo.

—Seguro que está durmiendo, mañana hablaré con él.

—Kenzie... —me advierte.

—Eres una cabezota. Cuando se te mete alguna idea en la cabeza, no te la quita nadie. —Le quito el móvil y me aparto para contactar con él.

Recorro el comedor algo alterada; no tengo ni pajolera idea de qué decir. Él me exigió que diera señales de vida en cuanto pudiera quedar; pero, entre el trabajo y que he buscado pretextos para no llamarlo, se ha hecho tarde.

—¡Para de pasearte con el móvil en la mano! —grita mi amiga desde el otro lado—. Atrévete a caer en las garras del placer.

—Las chicas como yo precisan de amigas como tú. —Sonrío, y ella me la devuelve.

Me rindo, busco su nombre y aprieto el botón de llamada. Los segundos que tarda en cogerlo son interminables, agonizantes, y ya no sé qué más espero para colgar el teléfono y encerrarme en mi casa a comer.

—¿Kenzie? —pregunta Noak.

Se escucha ruido de fondo. Es obvio que no es de los que pierden el tiempo. Si no obtiene la llamada que aguarda, se busca a otra y listo.

—Espera, que no te oigo. —Me contengo de decirle que no he hablado aún—. Ya. ¿Qué pasó?

—Nada. Acabo de salir de trabajar.

—¿A las once de la noche? —increpa, como si no terminara de creérselo.

—Sí. Te iba a proponer que nos encontráramos, pero veo que estás ocupado. Nos vemos en otro momento, si quieres —me atrevo a añadir cuando al fin recupero la voz y la tranquilidad. Es escucharlo y volver a turbarme.

Mi cabeza, que va por libre y a la que le gusta mucho clavarme puñales con sus pequeños complots, rememora los besos que compartimos esta mañana. Solo con un roce de labios, me tiene a sus pies como si fuera una jovencita en plena pubertad.

—¿Quieres venir? Estamos en Akkurat bebiendo cervezas, y cuando cierre ya pensamos qué hacemos. Buen plan, ¿no?

Mis ojos contemplan a Agnes, que me escudriña insistente, recordándome que he de aceptar lo que me proponga y que debo disfrutar el máximo posible. Y Noak es un experto en el tema de satisfacer.

—Mándame la ubicación para saber dónde está, porque no lo conozco.

—¿Perdona? —Finge estar asombrado y a mí me sale la sonrisa bobalicona—. ¿No sabes dónde está la mejor cervecería de Suecia?

—Ni idea —confieso.

—Kenzie, no sé si te mereces venir. Que no sepas donde está, duele. Como amante de la cerveza que soy, acabas de herir mis sentimientos. ¿Estoy a tiempo de retirar la invitación?

—No. Mándame la maldita ubicación de una vez.

—¿Te he dicho lo mucho que me pones cuando sacas a relucir tu carácter de sargento? —comenta, bajando la voz hasta que se torna ronca y sexi.

—Hasta ahora. —Le cuelgo para no acabar como antes de trabajar. Con mis bragas demasiado mojadas. Es el efecto Noak.

Resulta que el bar está más próximo de mi casa de lo que pensaba. En lugar de ir a pie, cojo el bus, que me deja muy cerca. ¡Con lo que me gusta caminar! Pero según internet, queda una hora, minuto arriba, minuto abajo, para que cierre. Ya que estoy metida en el embrollo, me apetece pasar tiempo con Noak y sus amigos y saber cómo se comporta cuando está con ellos.

Odio a las personas con doble cara, las que se presentan como príncipes azules, pero a las que no tarda mucho en caérseles la careta. Aunque él no se ha presentado como el perfecto caballero, al contrario.

Entro al bar y repaso el local con la mirada para localizarlos. Los diviso al final, cerca de los baños, en una mesa que hay en un rincón, carcajeándose los cuatro. Me acerco; mis pies tiemblan como gelatinas. Sobre todo, cuando Noak se percata de que estoy aquí y su mirada ardiente me aviva el cuerpo.

Las risas se desmoronan y un silencio sepulcral inunda la mesa. Tres pares de ojos se viran para contemplarme. Joder, qué eterno se me está haciendo el maldito camino.

¿Cómo se llaman sus amigos? ¿Cómo me presento? ¿Qué narices hago en este bar con ellos?

—Hola. —Me siento en la silla que está más próxima a Noak como si fuera la persona más segura del mundo. Sus ojos bailan de alegría, y su sonrisa lobuna me promete lo que tanto me apetece.

—Chicos, os presento a Mackenzie —indica él—. Estos tres cafres son Will, aunque ya os conocéis, Fredick y Asgnar.

—Encantada —comento tras darles la mano a todos.

—¿Qué quieres para beber? ¿Una cerveza? Aprovecha que voy a la barra y pídemelo lo que tú quieras —señala Asgnar, repasándome de arriba abajo.

—Nada. Gracias.

Él encoge sus hombros y se marcha para solicitar la atención de la camarera.

—Creí que no me llamarías y, cuando lo hiciste, dudé de que fueras a presentarte —susurra Noak en mi oreja, dándome un pequeño mordisco en el lóbulo. Lo miro y sonrío.

—La verdad es que no tenía pensado contactar contigo —admito.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —interroga apoyando su frente en la mía.

—Agnes. Es muy pesada y es imposible ir en contra de su opinión.

—Agradéceselo de mi parte. —Frota su nariz con la mía dos veces—. Me moría de ganas por verte.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —quiere saber su amigo Fredick.

—No, mucho —contesto—. Ni siquiera nos conocemos lo suficiente. El resumen de nuestra historia es que lo utilicé para que me entretuviera una noche. —Sus amigos se quedan a cuadros, mirándome sin pestañear, hasta que al final explotan en grandes risas. Noak me examina estupefacto, con una sonrisa traviesa en su increíble rostro.

¿Cómo se puede ser tan perfecto?

—Me siento como un juguete sexual —alega—. ¿Al menos estuvo bien? ¿Tienes quejas?

—Bueno..., no creo que sea el mejor momento para hablar de ello.

Me coloca frente a él y rueda mi silla hasta que mis rodillas chocan con las suyas. Me acerca más, obligándome a separar las piernas, y su cara queda a cortos centímetros de la mía.

—¿Qué es lo que no te gustó? Porque a lo mejor he idealizado lo que sucedió esa noche, pero recuerdo cómo gritabas y que te corríste varias veces. ¿Me equivoco? —Su ceja se eleva, su mirada es fiera y su cara, bastante seria. Entiendo que lo he ofendido. Mi comentario ha dañado su ego.

—Quizá haya que repetir, porque no lo recuerdo como tú.

Oigo las risas de sus amigos, y a Asgnar contando una anécdota después de haber depositado las cervezas en la mesa, pero sus ojos me retienen y me impiden observar más allá.

—Vamos a repetir, Kenzie, de eso no tengo dudas —confiesa mientras vuelve a colocar mi asiento como estaba.

Sus amigos me otean con disimulo y no paran de bromear entre ellos, como si supieran un secreto que no les está permitido compartir conmigo. Me pongo tensa. Aborrezco ser el centro de atención.

Mi respiración anda un poco agitada, mis ojos son incapaces de centrarse en cualquier punto que no sea Noak, y mis labios sienten un cosquilleo al recordar los besos compartidos ese día. Si nos paramos a hablar de mi maldito cuerpo, ya no sé qué explicar. Está incendiado. Un solo roce de su mano y me tiene temblando de expectación. Pura y agónica codicia. Deseo. Apetito. Ambición.

Es lo que despierta Noak en mí con solo una caricia, una mirada o una simple sonrisa cómplice.

—Y dime, ¿de dónde eres? Por tu acento deduzco que no eres sueca —indaga Will.

—¿Mi acento? Hay más cosas que me delatan, como que soy incapaz de pronunciar una palabra en vuestro idioma. Es la hostia de difícil. —Resuenan las risotadas conjuntas de los cuatro—.

Agnes lo ha intentado, pero soy nula. Por cierto, después del rollo que te he soltado, soy de Boston.

—¿Y cómo acabaste en nuestra ciudad? —pregunta Fredick.

Noak se mantiene al margen de la conversación. Escucha sin aportar nada porque no le interesa mucho lo que cuento. Lo que le interesa es lo que va a ocurrir cuando nos larguemos.

—Quería escapar de la seguridad familiar y nada mejor que verme sola en un país que se aleja de lo conocido.

—Una perseguidora de sueños. Me gusta —manifiesta Will, dando un trago a su cerveza.

—No he dicho tal cosa. —Coloco las manos en mi regazo y las muevo nerviosa. Por una parte, quiero hablar con ellos y darme a conocer; y, por otro lado, está Noak.

—Dices más por lo que callas que por lo que hablas —asegura Asgnar, que levanta su cerveza en señal de brindis y da un largo trago.

—¿Y vosotros a qué os dedicáis? —intento cambiar de tema, que se ha centrado demasiado en mí.

—Yo estudié económicas y ahora dirijo un banco. ¿No es una locura? El dinero de mis paisanos depende de mí —informa Asgnar.

—¡Sin duda! Si me entero de que tú diriges el banco donde deposito mis ahorros, lo sacaré rápidamente. Preferiría guardarlo bajo el colchón —admito.

—¡Guau! Kenzie viene dando duro —señala Will entre risas.

—Yo haría lo mismo —confiesa Asgnar sin ningún pesar.

—¿Y qué me decís de vosotros? —Con mi dedo índice señalo a Will y Fredik, evitando por completo a Noak.

—Yo trabajo para una empresa; me encargo de las nóminas, contrato a gente, hago entrevistas... Muy divertido todo.

—Nosotros dos somos los dueños de la empresa para la que trabaja el idiota de Fredik, para ser exactos —aclara Will, que mira a su amigo con los ojos entrecerrados, como si le hubiera molestado el comentario, pero a la vez sonríe.

Noak no se pronuncia al respecto, por lo que deduzco que no quiere que sepa más de él, y me abstengo de seguir sonsacando más información de la necesaria.

Lo que sí hace el puñetero es provocarme. Me mira intensamente, pasea su mano por mi espalda, me da pequeños besos en la nuca, me morderme la clavícula y el cuello. Y lo único que hago es suspirar, morderme los labios para contener mis gemidos y evitar cerrar los ojos para dejarme llevar.

Seguimos hablando mientras ellos se pimpan unas cuantas cervezas más, salvo Noak, que desde que aparecí ha decidido dejar de beber. Terminan por echarnos. Fredik, Asgnar y Will deciden continuar la fiesta, pero nosotros tenemos otros planes. Porque, aunque ha estado bastante callado, soltando alguna que otra pulla y sonriendo sin cesar, yo era muy consciente de su presencia.

No paró de calentarme y estoy a punto de ebullición.

Rebasamos la puerta de su casa del mismo modo que la última vez que estuve aquí. Sin saber dónde termina mi cuerpo y dónde comienza el suyo. No paramos de tocarnos, de besarnos, de excitarnos durante el camino en metro, y no nos detuvimos en el trayecto hasta su casa.

Noak me castiga por haberle dicho que no sabía hacerme disfrutar. Cada vez que estoy a punto,

retira sus manos, su lengua o su polla; y vuelta a empezar.

Es un tormento.

Una apacible e increíble tortura.

Alcanzamos el clímax y se aleja de mí. Se limpia en el baño y se tumba a mi lado. Dudo unos momentos, pero estoy exhausta y demasiado débil como para mover un solo músculo.

Me quedo dormida junto a él. Otra vez. Y amanezco por culpa de la claridad que entra por la ventana. Otra vez.

Cojo mi ropa y me escapo de la habitación lo más discretamente posible. Me visto en el baño, me lavo la cara y me largo de su casa.

Vuelvo a alejarme de Noak y hago un nuevo paseo de la vergüenza.

Le estoy cogiendo el gusto a esto.

Capítulo 13

PASADO

U2 - Bad

20 de junio de 2017.

Me encuentro encerrada en mi despacho, como siempre que ando por aquí, y estoy de un humor de perros. No quiero hablar con nadie y, mucho menos, soportar las caras de mi secretaria. Disfruto de la música, la escucho con los cascos mientras estudio el caso que tengo entre manos. Hace unos meses que ando con el culo a dos manos porque he empezado el curso de cocina, y no es como me esperaba. Es incluso mejor. Pero he de dar el cien por cien y, con el trabajo, dudo que pueda siquiera.

Tarareo la canción *Bad* de U2; hago caso omiso a lo que está ante mis ojos mientras muevo el ratón por el monitor. Pienso en la clase de hoy a las seis de la tarde y no me centro en mi verdadero trabajo. Mi vida es un auténtico caos e intento llevarlo de la mejor manera posible. A ello, hay que sumar que nadie es consciente de mi doble vida. Ni mi marido, ni mi amiga, ni mi prima, y mucho menos mis padres. Ni siquiera mi hermano es conocedor de en lo que ando metida. Prefiero seguir ocultándoles las cosas a las personas que quiero. Así, si fracaso, jamás lo sabrán; y si sale como espero..., ya tendremos tiempo de celebrarlo.

Es la única manera que sé de llevarlo, pero hay momentos en los que quiero quitarme la coraza y chillar, gritar bien fuerte, que Boston se entere de que no me gusta mi profesión y que lo intento enmendar. Otras, sin embargo, pienso que la estoy cagando mucho con el curso de cocina, que no me van a coger, que jamás conseguiré mi sueño, y que es mejor que continúe callada.

Algunas veces confío en desahogarme con alguien, en revelarle mis miedos, pero me da pánico. Me da pavor que no les agrade, percibir la mirada de desaprobación de Jason, la decepción mi padre. Y ¿qué dirán mi madre o mi hermano? Siempre está la opción de desahogarme con Susan y Adrienne, pero no quiero que se les escape y me estalle en la cara.

Y va a detonar... Tarde o temprano va a explotar.

Continúo tarareando a la vez que me concentro en los documentos aportados del contrario junto con la demanda que he de rebatir. Esta vez lo consigo y empiezo a teclear sin descanso la contestación.

El teléfono suena y lo ignoro; hoy termino lo que estoy redactando sí o sí. Le toca el turno a mi móvil, pero ni miro de quién se trata. Mis dedos aporrean las teclas, estoy inspirada, y esto es un no parar. Mi nivel de concentración está en lo alto, ni siquiera me entero cuando irrumpe Susan en mi despacho. Se acerca al escritorio, pero ni la escucho hablar y, mucho menos, me fijo en lo que escribe en uno de los folios desperdigados por mi mesa.

Continúo hasta que no obtengo más de mí, hasta que siento que he cumplido con mi trabajo. He redactado correctamente la contestación, y respiro entre tranquila y agotada. Es entonces cuando reparo en el papel que ha dejado mi amiga encima del escritorio, cerca del teléfono, con lo siguiente:

Te estuve llamando tanto al móvil como al despacho, pero veo que estás inspirada y no quiero molestar. ¿Quedamos esta noche? Colin y yo tenemos libre, mis suegros se quedan con los niños.

¡¡Llárame!!

Me paralizó con la nota en la mano y la releo a la vez que trato de inventarme millones de excusas creíbles. No se me ocurre ninguna. En vez de eso, evito llamarla por el momento.

«Siendo sincera, te metes en cada fregado...».

Cojo el teléfono para llamar a Rachel y que me acerque un café, pero descarto la idea antes de marcar el número. Ella es capaz de traerlo envenenado. Me largo dispuesta a tomarme un buen café y a idear un buen pretexto para Susan.

Desconozco a dónde me dirijo, pero me salto las cafeterías que hay en los alrededores y ando sin pararme. No quiero encontrarme con nadie del trabajo. Después de estar caminando cerca de media hora en busca de una solución, decido tomarme el maldito café. A lo mejor con mi dosis de cafeína logro pensar. Me lo pido con aroma de vainilla junto con un *muffin* de chocolate; es lo que tienen los expositores tan bien colocados, que a una le dan ganas de arrasar con todo.

Termino de comer y regreso por esas tediosas calles de Boston donde se maneja el dinero. En ellas se localizan las empresas arraigadas, esas que poseen un alto porcentaje de beneficios, así como los bancos y los bufetes de abogados. Las personas que circulan por las aceras marchan con prisas; un teléfono en una mano y con la otra, con la que sujetan el maletín, intentan parar un taxi o el coche de la empresa.

¡Dios, cuánto lo odio!

No me gusta nada este ritmo de vida, aunque yo intente controlarme. Aborrezco correr por las calles, como si el tiempo fuera tan valioso que no podemos permitirnos perder ni dos segundos en coger aire. No es mi tipo de vida. Yo prefiero pasear sin prisas, admirar el paisaje entre edificios, y tampoco soy de las que presumen de lo que poseo y de lo que me voy a comprar con los petardos de mis compañeros. El ritmo de vida tan frenético de esta zona de Boston no es para mí.

Alcanzo de nuevo el edificio y lo contemplo. Lo admiro, a mi padre, tanto a él como lo que ha logrado con tanto empeño y esfuerzo. Es enorme, treinta y cinco plantas, y desde adentro puedes contemplar los alrededores, pero desde fuera es muy complicado ver el interior.

Saboreo mi soledad unos segundos más, en silencio. Mi entorno deja de existir, hasta que chocan contra mí y, sin pedir disculpas ni mirarme, prosiguen su marcha. Grito un «¡te perdono!», sin que nadie se inmute, ni siquiera el aludido, y entro.

Asciendo igual que bajé, sin mediar palabra con nadie. Mis compañeros no son los culpables; me he aislado de ellos por las circunstancias. Al no estar bien en el trabajo, apenas converso con ellos, no soy dicharachera ni simpática. Estoy de mal humor hasta que salgo del curro.

Cuando el ascensor se para en mi planta, parto, directa, al despacho. Rachel hace ademán de hablarme, pero la dejo con la palabra en la boca. Apoyo mi espalda en la puerta cerrada y me derrumbo; algunas lágrimas escapan de mis ojos sin control. Estoy en uno de esos días en los que me hundo poco a poco y no dispongo de una mano amiga o conocida tendida hacia mí, que me salve de mi propio ahogamiento.

La culpa es mía, soy consciente, pero me encantaría que alguien supiera lo que me ocurre sin

tener que decirlo, o que simplemente estuviera ahí sin necesidad de contarle nada, solo a mi lado. Apoyándome, cuidándome, queriéndome.

Me desplomo, abrazo mis rodillas y más lágrimas caen. Hay días en que me asfixio y exploto, lo admito, y me permito siempre unos segundos de debilidad. Lo suelto todo en ese lapso de tiempo y después me recompongo. Y hago eso, les abro las puertas a mis miedos, temores y angustias, hasta que soy capaz de cerrarlas otra vez.

El teléfono suena y me acerco a cogerlo lo más repuesta posible después de la crisis que acabo de tener.

—Señora Mackenzie, Susan está al teléfono —habla la repelente de Rachel.

—Pásamela. —Lo último que necesito es hablar con ella después de venirme abajo, pero he de ser valiente, y quizá hasta me ayude.

—¿Estás evitándome? —me increpa una molesta Susan.

—No.

—Entonces me he imaginado que salías de tu despacho sin llamarme, como te pedí, para invitarme a un café como buena amiga que eres, perdona —expresa irónica.

—Tengo un mal día, solo eso. Por cierto, no cuentes conmigo esta noche, es mejor que la aprovechéis vosotros. A mí ya me verás en otro momento.

—¿Qué ocurre, Kenzie? —quiere saber, preocupada.

—Nada —suelto a regañadientes.

—Voy a tu despacho. Tienes cinco minutos para inventarte la mentira que vayas a contarme, pero te advierto que pienso ser despiadada y sacarte una confesión.

No permite que le conteste, lo siguiente que escucho es el pitido del teléfono. Muevo el ratón del ordenador para que se encienda la pantalla y hago que estoy trabajando. Estoy acojonada. Por una vez siento la necesidad de explicarle a alguien lo que llevo tanto tiempo guardando, por una vez aspiro a que se alegren de que al fin ponga remedio a mi desastrosa existencia, aunque otros la consideren perfecta. Y, entonces, entra Susan.

—¿Qué cojones ocurre, Mackenzie Spectre?! —vocifera, dejando la puerta cerrada a su espalda y entrando como un torbellino. Apoya sus manos en mi escritorio y me mira como si quisiera arrancarme la cabeza.

—¿Por qué dices mi nombre al completo? —Trato de ganar tiempo, y es lo mejor que se me ocurre. Me observa intensamente, no me deja tranquila, y me revuelvo en mi asiento con ganas de desaparecer—. No me vas a dejar hasta que te lo cuente, ¿eh?

—Te dije que pensaba ser despiadada.

—Tranquila, lo estás haciendo bien —le recrimino.

—¿Vas a seguir hablando de estupideces o vas a contarme la verdad?

Me levanto de mi asiento y paseo hasta la otra punta de mi despacho, lejos de ella, de su mirada. Le doy la espalda y me concentro para no titubear, para no flaquear. Le debo una explicación y a mí me tiene que dar igual que piense que estoy loca, que despedazaré mi vida.

—Hace algún tiempo me apunté a un curso de cocina. Lo hice para evadirme, como vía de escape, pero entonces descubrí que me apasionaba —continúo mirando a la calle a través de los enormes ventanales de mi despacho, y Susan se coloca a mi lado—. Me empecé a formar, a hacer mil cursos más, y fue como descubrí que uno de los mejores chefs de Boston, si no el mejor, ofrecía la oportunidad de trabajar un año con él. El único requisito es ser el primero en sus clases.

No pude dejar pasar la oportunidad y me apunté. Por eso me es imposible quedar, por eso apenas dispongo de tiempo para hacer otra cosa que trabajar y formarme, porque esa plaza tiene que ser mía para olvidarme de que alguna vez fui un fraude.

—Mackenzie, ¿por qué has tardado tanto tiempo en confesármelo? ¿Por qué tienes la dichosa costumbre de guardarte las cosas? ¿Por qué no cuentas más que contigo misma? —me recrimina, no sin razón—. ¿Qué es la palabra «amistad» para ti? Porque, para mí, una amiga es con quien me desahogo; a quien le cuento mis problemas; quien me ayuda, me apoya y está a mi lado sin juzgarme. —Hace hincapié en esta última palabra—. Es con la que río, lloro, me emborracho hasta quedar K.O, y a la mañana siguiente vuelvo a reír recordando lo que hicimos; eso eres tú para mí.

—Y tú para mí —admito, mirándola directamente.

—No lo sé, siempre has ido por libre, sin contar con nadie y creyendo que íbamos a juzgarte cada vez que tropezabas. Ni siquiera sé si me consideras tu amiga, o si esa palabra significa algo para ti. —Está dolida, y sus palabras son reflejo de ello—. ¿Te creías que no me iba alegrar por ti? ¿Que te iba a decir que estabas como una cabra por intentar perseguir tu sueño? ¿Qué demonios pensabas? —La observo sin pronunciar palabra—. Kenzie, me alegro de que hayas descubierto lo que te gusta, y que pelees por ello con uñas y dientes. No sabes lo contenta que estoy, pero deberías confiar más en la gente. Ahora ven aquí y dame un abrazo.

—Lo siento. —Las dos nos fundimos en un fuerte abrazo.

—No pasa nada, pero cuenta conmigo para lo que sea. Bueno o malo, estaré a tu lado. Siempre.

—Te quiero.

—Y yo a ti, por eso sé que esto no es para ti, que estás fuera de lugar. Y, aunque muchos se morirían por tener este despacho y trabajar para tu padre, tú siempre has sido distinta, especial. Valiosa.

Después de hablar con mi amiga y soltar alguna lagrimilla que otra, me pongo a trabajar más aliviada. Hasta que da la hora de marcharme. Es extraño, pero en el curso soy otra persona diferente. Hablo con los demás compañeros, soy extrovertida y nos reímos, salvo las horas en las que estamos en la cocina dando el callo. Ese no es momento para fiestas. Incluso he hecho buenas migas con el profesor, que en su momento me dijo que, si sigo así, tendré la suerte de trabajar con él.

Y desde entonces doy lo mejor de mí.

En los fogones es insoportable, un gruñón y un soberbio, pero es el mejor. Esas prácticas serán más cueste lo que cueste.

Entro en la cocina y acudo a mi puesto, a la espera de que nos señalen qué es lo que vamos a aprender. Julie, mi compañera de fogones, se pone el delantal antes de girarse para hablarme:

—¿Preparada?

No alcanzo a darle una respuesta porque ese momento entra el chef y se hace un silencio horroroso en el aula. Nos miramos los unos a los otros, y nuestras caras son el reflejo de las ansias.

—Hoy haremos Ravioli de pato con salsa de miel. Como es habitual, primero lo haré yo para que vosotros lo veáis y, después, espero que seáis capaces de sorprenderme.

Connor se pone a ello y me quedo embelesada, es una maravilla. Espero que algún día alcance a ser la mitad de buena de lo que es él.

Es nuestro turno, realizamos la receta y cuando la prueba el chef, por primera vez, se queda sin palabras al degustar mi plato.

Joder, al fin le callo la boca.

Capítulo 14

PRESENTE

OBK - Siempre two

Acudo al restaurante.

La decoración no me desagrada, me resulta acogedora. Está dividida en dos partes. Una imita una taberna, con barriles que sirven de mesa y banquetas alrededor para la gente que va de tapeo, y otra es un comedor típico de madera, sencillo pero elegante, donde se come más que un pincho y una cerveza o vino.

Me parece divisar a Agnes, la amiga de Mackenzie, en la zona donde se encuentran los barriles, pero eso es imposible. Mi obsesión por ella está llegando a unos límites insospechados. Debe de ser porque tiene la manía de largarse sin despertarme. De deslizarse con cuidado y desaparecer en silencio. Y me jode, lo reconozco; me fastidia.

Es la primera mujer que, sin decirle nada, se evapora. Si no fuese porque su lado de la cama aún conservaba la marca de su exquisito cuerpo y su increíble aroma se encontraba impregnado en las sábanas, hubiera pensado que lo que ocurrió durante la noche anterior no fue más que un sueño.

Observo a la rubia de nuevo, que aparece y desaparece sin que logre diferenciarla, porque es imposible verla quieta ni dos segundos. Solo alcanzo a distinguir su perfil, y sin duda me estoy imaginando cosas.

Si Agnes trabaja aquí, Kenzie también. Tras rastrear el local minuciosamente, compruebo hasta qué punto me está afectando; me está volviendo majareta. Porque no diviso a Mackenzie por ningún lado.

Agito la cabeza para quitármela de la mente.

—Hola —nos dice la *maître*, muy amable, desde su atril, en la entrada—. ¿Tienen reserva? Porque, si no, tendrán que esperar al menos una hora.

Me fijo en la cola de personas que hay y me parece increíble que este restaurante sea tan bueno como para esperar una hora. Sin duda, tiene que poseer algo especial, porque nunca he aguardado por nada.

—Sí —confirmo—. A nombre de Thomas Hansson.

Por motivos evidentes, ni Will ni yo damos nuestros nombres; si nos descubren se nos acabaría el chollo, así que siempre nos los inventamos. Además, no solemos hablar de nuestro trabajo, para que los cocineros, camareros y demás trabajadores de un restaurante no nos reconozcan. Nos gusta el anonimato, sorprender y pillarlos desprevenidos. Cuando menos se lo esperan, salen en nuestra revista, y pueden pasar tres cosas: que nos encante, que sea pasable o, por último, que resulte abominable.

Nos acompaña un camarero a nuestra mesa. Hay mucho barullo, algo que me desagrada. Para hablar con Asgnar he de elevar la voz, y el camarero tiene que agacharse para aconsejarnos el mejor vino o la comida que hay fuera de la carta.

No me gusta. El sitio es bonito, sencillo, el decorado mola, pero el ruido es ensordecedor. Recibirá puntos negativos a ese respecto.

La comida es decepcionante; han intentado ser innovadores sin llegar a lograrlo. No comprendo cómo los clientes están tanto tiempo aguardando para comer algo que ni está bien elaborado. Tomo las notas necesarias para hacer una de las peores críticas a las que me he enfrentado y, sin pedir ni siquiera postre, nos marchamos de este local.

Estoy seguro de que no pienso volver ni repetir la experiencia.

Ha sido un fracaso total.

Me meto en la cama exhausto; pero, a pesar de que estoy rendido, no cojo el sueño. Doy vueltas en la cama. Lo odio. No soporto estar tumbado sin dormirme, me acabo sulfurando y es peor. Es como la pescadilla que se muerde la cola. Cojo el móvil. No hay ninguna llamada que devolver, ningún WhatsApp que contestar y ningún correo que responder.

Bajo al salón. Deambulo por mi casa vacía. ¿Desde cuándo siento el peso de la soledad? Muevo mi cabeza para deshacerme de esa pregunta. No me gusta y no quiero responderla. Regreso a mi habitación y le mando un WhatsApp, pero no porque esté pensando en ella, ni porque crea que tenerla a mi lado consigue que me relaje. No. Es por el sexo. Solo eso.

Noak

¿Qué haces?

No responde. Supongo que estará dormida. O no me quiere responder. ¿Qué coño hago hablado con ella? Bueno, intentándolo, porque ella no contesta. Media hora después, el móvil vibra con su respuesta.

Kenzie

Acabo de llegar a mi casa. ¿Tú?

Noak

Intento dormir, pero no lo consigo.

Kenzie

Ya lo veo. ¿Y eso? ¿Qué te tiene tan inquieto?

Noak

Que no estás entre mis brazos.

Se hace el silencio. Espero una contestación ingeniosa. O que me diga que ella está igual. Incluso espero que objete que tenemos que parar de vernos. Que me busque a otra. Cualquier cosa, pero se mantiene en silencio. Trato de convencerme: no debo incordiarla más; pero, joder, con Kenzie me lo paso bien. ¿Qué problema hay si ella también se divierte conmigo? No hacemos daño a nadie. Justo cuando mi intención es insistir, reparo en que está escribiendo. Aguardo su respuesta.

Kenzie

¿Qué significa eso?

Noak

Que nos divertimos juntos y tengo ganas de seguir haciéndotelo

pasar muy bien. ¿Qué problema hay?

Kenzie

Ninguno. Si estás seguro de que no hay nada más. ¿Escondes algo?

Noak

Nada. Soy lo que ves.

Se vuelve a quedar callada. ¡Mierda! Con Mackenzie parece todo mucho más difícil, y tiene algo que me gusta. Aunque no logro averiguar qué es. Aguardo paciente. Si continuo suplicando, la asustaré. Y no la quiero espantar, quiero tirármela. Aunque ya vaya por dos noches. Tres, si hoy me sale bien.

Adiós a mis reglas.

Al cabo de un rato, pregunta:

Kenzie

¿Te vienes?

Noak

¿A tu casa?

Es una pregunta absurda, pero me asombra viniendo de Kenzie. Lo normal es que sea yo quien le tenga que rogar para que acabemos juntos. Es supertímida, le cuesta acostumbrarse a su desnudez; aunque, a la mía, no tanto. Su atrevimiento, en ese aspecto, me asombra y me vuelve loco.

Kenzie

No debí mencionarte nada. Olvídalo. Borra la conversación. No he dicho nada. No ha pasado nada.

Me río. Esa es la Kenzie que conozco. La insegura, dulce e inocente que se transforma con una caricia o un beso mío.

Noak

No te puedes desdecir.

Silencio. ¡Joder! Quiero ir a su casa; lo ha dicho y ansío verla. Tenerla bajo mi cuerpo, introducirme en su interior. ¡Hostia! Empiezo a notar cómo me empalmo a medida que lo pienso. Que lo imagino.

Noak

Mándame tu dirección.

Continúa con su mutismo. La acabo llamando. Suena un tono, dos, tres, cuatro... Y, cuando pienso que me va a colgar, me sorprende atendiendo mi llamada.

—Noak... —suspira—, en serio, olvídalo.

—No —contesto, más calmado que de costumbre—. Dime tu dirección.

—Es un error.

—Un desliz que te mueres por cometer, y yo también. Caguémosla juntos.

—Eres incorregible —comenta entre risas.

Al fin ese sonido. Significa que está a punto de caramelo, y pienso aprovechar la oportunidad.

—¿Dónde vives? —insisto.

—Te mando mi ubicación por WhatsApp —señala, rindiéndose a lo evidente. Démosles a nuestros cuerpos lo que exigen a gritos.

—Perfecto.

Al cabo de unos segundos me llega el mensaje de Kenzie que contiene su dirección. Cojo una bolsa de deporte. No sé cuál es su idea, pero yo no pienso comportarme como ella: mi intención es obligarla a hacerme frente al día siguiente. No desapareceré en mitad de la noche, como si hubiésemos hecho algo malo.

Escuchamos la atracción de nuestros cuerpos, que reclaman ser saciados a voces, ¿y qué?

Meto la ropa que necesitaré mañana, mi neceser de baño con mi cepillo de dientes, desodorante y colonia, y me dirijo al garaje que está al lado de mi casa. No suelo sacar el coche, es una tontería cuando puedo recorrer todo a pie o usar el transporte público, pero no quiero tardar más tiempo del necesario. Si cojo mi Volkswagen Amarok de color azul (lo que muchos conocen como *pickup*), evito que Kenzie vuelva a mandarme un mensaje arrepintiéndose.

Hago caso al GPS, que me guía hasta su casa. Aparco el coche y me bajo en busca de su portal. Es el dieciocho, introduzco el código que me dio junto con la dirección y la puerta se abre. Subo los escalones, llego a la última planta; hay dos puertas, y toco en la que sale escrito su nombre. La que está a la izquierda. Espero. No me abre. Insisto y escucho unos pasos que se aproximan. La puerta se abre y me recibe Mackenzie, tan guapa como siempre.

Me acerco a ella para capturar sus labios con los míos; y, cuando me separo, compruebo que se sonroja un poco. Su piel es demasiado clara para que lo disimule; aunque ella trata de hacerlo, es imposible. ¡Dios, es adorable! ¿Y ella quería que me perdiera esto? ¡Que se lo ha creído!

—Buenas noches —digo cogiéndola por las caderas y pegándola a mi cuerpo—. Gracias por invitarme.

—Me has obligado a hacerlo —señala con una sonrisa que hace brillar su dulce mirada.

—Una vez que invitas a alguien a tu casa, esa oferta se queda sobre la mesa. No cabe ninguna opción de que la retires —alego. Le beso el cuello y tiembla entre mis brazos. ¡La leche! Las reacciones de Kenzie me vuelven loco. Literalmente. Si no, que alguien me explique qué hago en su casa, con ella entre mis brazos—. Va en contra de cualquier principio básico sobre cómo relacionarse con un sueco.

Ella me premia con esa magnífica risa y vuelvo a besarla. Se calla. Ya no hay más sonido. Solo suspiros que salen de su boca y mis gruñidos en respuesta. Ella repara en la bolsa que llevo colgada en el hombro y se echa atrás para fijarse mejor. Sus ojos van de mí a la mochila, y vuelta a empezar.

—¿Y eso? —pregunta. En sus ojos consigo leer la marejada de dudas que la inunda.

—No me iré a ningún lado —le respondo, lo suficiente serio para que sepa que es verdad. Abre la boca varias veces, queriendo decir algo, pero sin emitir sonido alguno, solo un bufido—. ¿De qué tienes miedo?

—¿De qué tengo que tener miedo? —Se cruza de brazos. Nos quedamos a medio entrar y a medio salir. La puerta sigue abierta, y parece que Kenzie no tiene intención de moverse.

—¿Por qué no me permites quedarme? —Avanzo unos pasos hacia ella, pero no recula.

Continúa con su pose de guerra, haciéndome frente, y poniéndome más a tono.

—¿Y por qué he de hacerlo?

—Deja de hacer eso. —La cojo entre mis brazos, ella me abraza con sus piernas las caderas y cierro la puerta. Apoyo a Mackenzie en ella y la beso con fervor. Estoy hambriento de ella.

—¿El qué? —continúa besándome. No sé cómo ha hecho para seguir el hilo de la conversación porque hasta a mí se me había olvidado.

—Responder con más preguntas. —Descanso mi frente en la de ella y espero a que mi corazón se relaje. Va a doscientos por hora, me da martillazos en el pecho y siento apuro por si ella lo nota —. Me voy a quedar contigo, no me moveré hasta que me tenga que ir a trabajar, y pienso torturarte, adorarte y desear este hermoso cuerpo hasta que me digas «basta». ¿Ha quedado claro?

Asiente con la cabeza, pero no dice nada. Acerca sus labios a mí para besarme, pero me deshago rápido de ella. Quiero oírsele decir.

—Kenzie —le advierto.

—Me ha quedado claro —admite tras una dura lucha interna.

Beso su cuerpo, lo lamo, lo succiono, lo memorizo, y ella hace lo mismo con el mío; parece como si estuviéramos en una batalla en la que ninguno de los dos quiere ceder el control. Me atormenta con su boca, su lengua, sus besos, sus pequeños mordiscos. Cuando es mi turno, hago lo mismo: la provoco, la seduzco, la excito y la estímulo, hasta que al fin estallamos de placer.

Amanezco con el dulce aroma del café.

Abro los ojos y me siento en la cama. Me paso una mano por mi cara y suelto un bostezo. Echo un vistazo al estudio. Ayer no pude porque estaba entretenido en otras labores mucho más placenteras. La habitación y el salón forman una única estancia. Tiene un sofá cerca de la cama, una mesa auxiliar delante y, enfrente, el mueble con el televisor. Al lado de este, bajo la ventana, tiene un escritorio con un portátil encima. No consta de más muebles; lo que sí hay por toda la sala es ropa de Kenzie desperdigada. ¿Cómo logra vivir de ese modo? ¿Cómo mierda encuentra la indumentaria que precisa?

¡Dios, jamás podría convivir con una persona así!

¡Es el desastre personificado! Representa el caos, y no hay nada que yo odie más que el maldito desorden.

Me desahogo de la incomodidad que me atosiga porque alguien pueda ser tan desorganizada y acudo a la cocina. Kenzie me da la espalda mientras prepara el desayuno. Lleva la blusa del pijama y sus braguitas con el logo de Superman en el trasero. Salvo unos calcetines, no lleva nada más, y me parece increíblemente seductora y deliciosa. El pelo lo tiene enmarañado por la noche que pasamos, y le da un aspecto fiero y salvaje.

Me aproximo a ella y, tras darle un cachete en el culo, me acerco a su oreja izquierda para susurrarle:

—Buenos días, Superwoman. ¿Has dormido bien o te has visto tentada a fugarte de tu propia casa?

—Bueno..., sigo sin saber qué demonios haces aquí, pero anoche lograste convencerme, así

que dormí como un bebé.

Me hipnotiza su sonrisa; es de las que alcanzan sus ojos, que fulguran con alegría y se aclaran, llegando a parecer más verdosos que avellana.

—Hice café y estoy preparando huevos revueltos con tostadas. ¿Te gusta?

—Me encantas. —Se ruboriza de pies a cabeza y le enseño mi sonrisa de «vamos, no seas cobarde, admite que te pongo».

—Borra esa sonrisa de tu cara antes de que te la quite yo.

—¿Qué? —Me hago el loco y ella refunfuña—. ¿Hablas de esta dulce, encantadora y sexi sonrisa? —pregunto señalando mi rostro con el dedo índice.

—¿No tienes que trabajar? Vamos, desayuna.

—Kenzie, hemos hablado de las órdenes y del tono que usas para ello. Estoy empezando a creer que lo haces adrede porque sabes lo mucho que me pones. —Y otra vez ese sonrojo. Me apasiona, me podría pasar toda la mañana provocándola para que se ruborice de pies a cabeza.

Le quito los platos de las manos, le doy un pequeño beso en los labios y, tras un guiño, me siento en la mesa dispuesto a desayunar. Me muero de hambre.

—¿Cuándo vas a admitir que acerté contigo?

—¿Qué?

—Hablo de tu obsesión por Disney. —Señalo los vasos en los que nos ha servido el café. Pone los ojos en blanco, pero no dice nada. Le da un mordisco a su tostada con huevos—. Kenzie, ¿qué tienes pensado hacer el sábado? —pregunto mientras bebo el delicioso café que ha preparado.

—Trabajo todo el día, pero libro el domingo —informa, como quien no quiere la cosa. Es un detalle importante, por lo que deduzco que, en realidad, se muere por volver a verme—. Oye, Noak, no te pavonees. Si quieres que quedemos, el domingo es perfecto, pero el sábado estaré muy ocupada.

—Un momento, este domingo es veinticinco de noviembre, ¿no?

—Er... Sí —corrobora Kenzie.

—¿Te vienes al mercado navideño de Sigtuna? Justo lo inauguran el domingo. Estoy seguro de que te va a encantar.

—¡Qué guay! No lo conozco, pero me encantan los mercados navideños. Estaré encantada de acompañarte.

—Quizás así puedas aprender un poquito de sueco.

—Imposible. Así me llesves a recorrer Suecia entera y me presentes a los suecos más pacientes del mundo, ya te aviso que ni de coña conseguirán que hable vuestra lengua —dice entre risas.

Continuamos desayunando en un cómodo silencio, hasta que ella decide que quiere saber más.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo acabaste montando una empresa con tu mejor amigo? ¿A qué os dedicáis? —Es como si no pudiera controlar las preguntas que rondan por su mente y, tras soltarlas, su mirada es de puro arrepentimiento.

—No creo que te interese mucho. —Doy otro mordisco a mi tostada.

—Si no me importara, no preguntaría, pero te entiendo. Tienes una especie de pautas sobre cómo comportarte con una chica, y yo parezco querer despedazarlas. No preguntaré más.

—Gracias —suspiro. Me pone nervioso: ella, su conversación, y que lleve razón.

—Estudié Derecho. —Arrugo la nariz en señal de desaprobación. No porque siga hablando, sino porque no le pega nada—. Sí, lo sé. Tienes unas reglas que cumplir. Solo lo comento en voz

alta para quien le pueda interesar.

—Kenzie, no me tienes que contar nada.

—Quiero hacerlo —insiste—. Si quieres, me escuchas; y, si no, márchate. Porque yo tampoco quería que te quedaras ayer y mírate. Continúo: estuve ejerciendo como abogada varios años. Creía que, si lo dejaba, decepcionaría a mi familia. Así que me lo impuse, me obligué a seguir, y la cagué. Estoy segura de que, si les hubiera confesado la verdad, me habrían apoyado, pero creí que...

—Y viniste aquí a perseguir tu sueño —la interrumpo. Soy consciente de que me estoy comportando como un auténtico cabronazo. No hace falta que nadie me lo diga, pero nosotros tenemos sexo salvaje, no charlamos.

—Fuiste tú quien quiso quedarse —me reprocha. Sus bellos ojos echan fuego; la he cabreado, y mucho—. Sé que entre nosotros no va a existir ningún tipo de relación, pero eso no impide que mantengamos una conversación. Repito: si no te gusta, puerta. —Con su mano izquierda indica la puerta de la casa, dándole más énfasis a la frase.

—¿Te molesta que me haya quedado? —Me muerdo el pellejo, una costumbre que denota mi inquietud.

—Me fastidia que, después de que me hayas obligado a aceptarte en mi piso, seas incapaz de mantener una conversación, o de hacerme sentir cómoda.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué estás tan disgustada?

—Podríamos hablar de algo más aparte de que te llamas Noak, que fundaste una empresa con tu amigo Will (esto ni siquiera lo sé por ti) y que tienes treinta y cinco años.

—No hay nada más que debas saber.

—Ni me dejas conocerte ni me quieres conocer, muy buen plan. ¿De qué vamos a hablar durante el tiempo que pasemos juntos?

—¿Por qué lo complicas?

—Lárgate de mi casa —me grita cabreada. Muy muy enfadada. Sus labios carnosos están fruncidos y su mirada, hasta ahora apacible, me lanza dagas.

—¿Qué? —Estoy atónito, no sé cómo hemos acabado de esta manera. No después de lo que compartimos anoche; se suponía que iba a ser un desayuno agradable.

—Nos hemos acostado y te he alimentado para que recobres tus fuerzas. Vete.

—Pero...

—Márchate. Me voy a encerrar en el baño para prepararme porque he de ir a trabajar. Tranquilo, no te diré dónde. Cuando salga, no te quiero en mi casa.

Me deja solo en la cocina, con la boca abierta. Acabo de descubrir otro aspecto de ella que me gusta: no solo es fogosa en la cama, sino también fuera de ella. ¡Joder! Tiene huevos. Pero no le daré lo que me pide, no me he quedado para mantener una conversación matinal. No sé ni por qué pernocté con ella. Recojo las cosas y me largo. Para evitar estos desencuentros es para lo que existen las normas.

¡Cíñete a las malditas reglas!

Capítulo 15

Chris Isaak - Wicked game

Me cago en el maldito Noak. Desconozco la razón de por qué actué así, pero él me lleva a extremos insospechados.

Me estoy restregando el jabón por el cuerpo cuando escucho la puerta de mi casa cerrarse.

Lo maldigo de mil formas posibles.

Entiendo que no quiera más de mí, pero ¿para qué narices se queda en mi casa? ¿Qué pretendía? ¿Hablar del tiempo? Mi reacción fue exagerada, se me fue de madre; pero verlo tan tranquilo y apacible, mientras me contestaba que no debía conocer nada más de él que lo que ya sé, pudo conmigo. Me cabreó. Me exasperó. Y reaccioné como una loca. Lo admito.

Y encima me pide que le acompañe a Sigtuna, para pasar el día. Está a unos cincuenta kilómetros más o menos de la capital. Un día entero. Él y yo. ¿Sin hablar? ¿Sin conocernos? Está loco si cree que es posible.

Salgo y me envuelvo con una toalla. Me seco bien y, tras rociarme en leche hidratante (es lo que tiene el gélido invierno, que no solo te cala hasta los huesos, sino que te cuarteja la piel), me visto. No puedo maquillarme para ir a trabajar y, en ocasiones como esta, lo odio.

Suena a tópico, pero no voy a mentir: cuando me siento mal o me cabreo, me gusta sentirme guapa. Soy una mujer presumida y no me avergüenzo. Aunque también poseo millones de inseguridades. Muchas. Tantas que soy incapaz de enumerarlas. Pero a cada paso que doy me acepto más y me quiero más, con mis virtudes y mis debilidades. A Mackenzie. Al completo.

Salgo de mi casa tras darme un último repaso en el espejo y camino hacia mi trabajo. Me coloco los cascos, entro en la aplicación Spotify en el móvil, subo el volumen y le sonrío a la vida. A medida que avanzo me siento más orgullosa de la reacción que tuve y me digo que hice bien. La pelota está en su tejado; si me vuelve a ver, vamos a tener que hablar de algo más que de nimiedades. Ahora le toca decidir qué es lo que quiere hacer.

El aire me congela la cara y desprendo vaho al exhalar. Subo la braga de pelo fucsia que me protege el cuello hasta que consigo taparme la nariz, de tal manera que solo se me ven los ojos. Y ando con brío. Dentro de poco tendré que olvidar mi costumbre de caminar, porque cuando caiga la nieve será imposible.

Miro la hora que marca mi Fitbit Versa; estoy a tiempo de desviarme y perderme entre las calles y su gente. Paro en un Espresso House para comprarme un café cargado y ardiente. Preciso de algo que consiga dar calor a mi cuerpo y me haga olvidar al estúpido de Noak y su impasibilidad. ¿Cómo pudo mantenerse impávido ante mis reproches?

«Olvídate de él, o acabarás con algo más destrozado aparte de tus bragas».

Nos utilizamos para el placer muto. No hay más. Él no quiere más. Y yo tampoco.

Me acabo sentando en uno de los cómodos sillones de la cafetería. Cerca del ventanal, observo a las personas que pasean por la calle congelándose el culo mientras yo me refugio en un sitio calentito y gustoso.

Me conecto al wifi del local y entro en la aplicación Pinterest, mi perdición. Gracias a ella, y antes de empezar a trabajar, aprendí a cocinar mis primeras recetas con un toque sueco. Me

encantan los tableros de cocina. Los que más me gustan son los que te enseñan la receta en un minuto. Mis favoritos, sin duda.

Tan centrada estoy que no me entero de que Agnes acaba de sentarse a mi lado hasta que me arranca el móvil de las manos.

—¡Oye, Kenzie! Te estoy hablando —exclama Agnes en un tono más elevado de lo normal.

Refunfuño a modo de respuesta. Lo que aumenta su curiosidad, si es que eso es posible.

—¿Qué ocurre? —cuestiona un poco preocupada.

—Noak. —Es la simple contestación que obtiene de mí.

—¡Oh, es fantástico! Me encantan vuestras movidas. ¿Qué hizo ahora? ¿Te empotró contra la puerta? ¿Te cogió y...?

—Agnes —la interrumpo—. No sigas. No es necesario que enumeres todas las formas que conoces de... Bueno, tú ya me entiendes.

—Que te sonrojes, después de todo lo que él te ha hecho, no es normal —comenta entre risas—. Dime, ¿qué ha sido esta vez?

—Nada. Fui yo... Bueno... Él se empeñó en quedarse a dormir anoche y esta mañana, cuando estábamos desayunando, le pregunté por su vida y se cerró en banda. Lo peor fue cuando le di detalles sobre la mía; me interrumpió como si no le importase. Así que lo eché de mi casa.

—¡Ay, Kenzie! Siento haberte obligado a utilizarlo, porque está claro que no tienes maldita idea de cómo hacerlo. Encima, él es un experto, no hay más que verlo. Esto te queda grande.

—¿Qué sugieres?

—Deja de verlo antes de que sea demasiado tarde y te impliques más.

Me mantengo callada por unos segundos mientras la miro, hasta que devuelvo la vista al móvil. Tiene razón, el juego se me ha ido de las manos. No sé tratar con esta clase de enredos. Ignoro cómo desayunar con un hombre sin que facilitemos detalles de nuestras vidas o intentemos conocernos. Pero tampoco pretendo dejar de verlo. Me lo paso bien.

Menudo dilema.

Nos terminamos los cafés y acudimos al trabajo. La única manera que conozco de evadirme es la cocina. Mi pasión es mi trabajo, y en momentos como este, en el que mi cuerpo está demasiado alterado, me viene genial.

Me olvido de Noak durante largas horas, las que estoy centrada llevando el negocio de otro; mientras me encargo de un equipo de más de veinte personas. En las que soy chef, responsable y gerente. Mucho compromiso para perder el tiempo por un chico.

Solo que la tranquilidad no dura para siempre. El mundo en el que me meto cuando cocino no es interminable, y la felicidad que consigo entre los fogones tiene un final. En concreto, cuando, tras distraerme con nuevas recetas, sacar las cuentas y cerrar el restaurante, saco el móvil y veo un WhatsApp de él.

No lo leo. Me contengo.

—¡Joder! Las temperaturas cada día son más bajas. Hace muchísimo frío —exclama Agnes, que siempre me acompaña y se queda conmigo hasta el cierre del local para cotillear.

—¿Son cosas mías o el año pasado por estas fechas no hacía tanto fresco? —Me abrocho el anorak y, como antes de venir, me subo la braga para que no se me congele la cara.

—El cambio climático, Kenzie. Esto es culpa del cambio climático.

—¿Qué haces esta noche? ¿Sales o plan de manta y peli?

—¿Me estás preguntando si quiero salir? Porque si es así, sí que quiero.

—No, quiero saber cuál es tu plan. El mío será conectarme a Netflix y ver una película que consiga subirme el estado de ánimo.

—Eres lo más aburrido que he tenido el placer de conocer, querida Kenzie.

—Gracias. Yo también te quiero.

El teléfono suena en mi bolso, interrumpiendo la conversación. Lo saco para comprobar de quién se trata y, al ver su nombre ocupando la pantalla de mi Huawei, pongo los ojos en blanco.

—Alguien quiere sexo está noche... —comenta mi amiga, a modo de burla.

—Pues que salga a buscarse a otra, o que use su mano; porque, tienes razón, esto es enorme para mí.

—¿Estás afirmando que la tiene enorme?

—Agnes, tómatelo en serio por una vez en tu vida.

—Está bien, ¡sosa! Entonces, ¿salimos?

—Sigo prefiriendo Netflix antes que a ti.

Nos despedimos y, a pesar de mis firmes convicciones, de que sé que Agnes tiene más razón que un santo y que me va a doler la hostia cuando me estampe, miro el móvil en cuanto nos separamos.

Noak

¿Sigue en pie lo del domingo?

Soy sensata y consecuente con lo que hablé con Agnes hace apenas unos minutos, pero este tío es el rey de los capullos. Me saca de quicio. Es insoportable, aunque increíblemente atractivo.

Intento no responderle, pero mis manos se manejan solas y teclean sobre la pantalla.

Kenzie

Lo dices de broma, ¿no? Después de lo de esta mañana, quedó claro que no servimos para pasar tiempo juntos. Pero si quieres que vaya a tu casa, llámame.

Noak

No estoy en mi casa, pero en cuanto llegue te llamo.

¡Uf! Es un cerdo.

«Kenzie, no sabes qué medidas hay que seguir en esta receta. Déjalo. Olvídate de él. No sigas, ni por la sed de venganza que te corroe por las venas».

Me siento en el sofá de mi casa y enciendo la televisión. Navego por Netflix en busca de una película capaz de subirme el ánimo, pero no encuentro nada que me interese. Pongo una serie, *La Frontera*, con el señor Jason Momoa como protagonista.

¡Ay! Qué bien le sienta el pelo largo. Esto sí es un hombre y no la piltrafa de Noak.

El móvil vibra de nuevo.

Noak

Te tomaba el pelo, Kenzie. ¿Por qué no podemos quedar?

No le contesto. Paso de perder el tiempo. Por mi parte, está más que olvidada esta pequeña aventura.

El domingo amanece soleado, los rayos de sol atraviesan la ventana iluminando el salón al completo. Me estiro en la cama con un sonoro bostezo. Me acurruco un poco más, en lo que mi mente embotada se despierta. Me tapo con el nórdico hasta las orejas y suspiro de puro placer.

Hoy no tengo prisas, me tomaré el día para disfrutar y vagar un poco. Andaré por casa tranquila, prepararé el almuerzo, o buscaré en alguna aplicación que me lo traigan a casa, según mis ganas. Y, si me sobra tiempo, saldré a dar una vuelta por la ciudad que tanto me apasiona.

El timbre suena, pero ni ganas de comprobar quién es tengo. Es mi día libre: quienquiera que sea, que regrese mañana o que me deje una nota en el buzón.

Me estiro de nuevo en la cama antes de ponerme mis pantuflas. Acudo a la cocina y distingo en el termómetro que está en la ventana que marca dos grados. Por muy soleado que esté el día, hace frío polar.

Unos toques en la puerta de casa me detienen. Dejo el paquete de café abierto en la encimera de la cocina, a la espera de que lo ponga en el filtro de la cafetera. El móvil comienza a vibrar unos segundos después, y lo cojo antes de abrir la puerta pensando que es mi familia. Suelen hacerme videollamadas los domingos por la mañana.

No son ellos.

—¿Qué? —Mi tono es antipático y se entrevé mis pocos deseos de hablar con él.

—¿Por qué no me abres? —pregunta, como si fuera lo más natural del mundo que esté tras la puerta de mi casa—. Abre.

—Mmm... No.

—Traigo café, dos *bagels*, bollos de arándanos y, tus favoritos, con virutas de chocolate — indica con total confianza y seguridad.

—¿Es una broma? No me gusta el chocolate.

—El día que nos conocimos, mirabas el *stand* del chocolate como si quisieras comértelo... Yo... ¿me abres, por favor?

Me rindo. Su tono de voz me convence, y me lo encuentro en la puerta con mirada de lástima. Noak. Tan guapo, tan alto, con la barba de tres días que le da un toque más seductor e interesante; en una mano sujeta los bollos y *bagels*, y en la otra, los cafés. Lleva unos vaqueros, un suéter, su gabardina color camel y unas deportivas del mismo tono. Y, aun así, no paro de contemplar sus ojos. Me suplican perdón a gritos, y sé que no tengo nada que hacer antes de que entre.

Este es el clásico caso de: si no te veo, dispongo de fuerzas para odiarte; pero, en cuanto te veo, me derribo por ti.

—Siento lo del chocolate.

—Me gustan los arándanos —apunto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad no te gusta? Creí que era experto en desentrañar tus miradas pecaminosas; te lo juro, ese día pensé que te tirarías encima del chocolate.

—Si te lo explico, tendré que darte detalles, y no es lo que quieres. —Lo estoy forzando, pero es una estupidez que no nos conozcamos.

—¿Qué pasa?

—Te lo resumiré: lo tengo prohibido por prescripción médica. Me encanta. Lo adoro y lo echo

de menos. Pero prefiero no arriesgarme, no dispongo de la suficiente fuerza de voluntad para comerme un simple *muffin*. Me zamparía la bolsa entera.

—¿Estás bien? —Parece preocupado de verdad.

—Er... Sí..., yo... me encuentro perfectamente. —Intento sonreír para quitarle hierro al asunto, aunque su rostro denota que no lo he conseguido.

—O lo que es lo mismo: sigo siendo el mejor a la hora de descifrar tus miradas —expresa con chulería. Agradezco el cambio de tema.

Nos sentamos a la mesa a desayunar. Destapo el café y el aroma inunda mi cocina. Saco uno de los *bagels* y lo abro para untarlo con mantequilla. Él se come los bollos de chocolate, los dos, para que no tenga que sufrir mucho al verlos.

—Y dime, Noak Eriksson...

—¿Eriksson? ¿De dónde narices has sacado ese apellido? —Frunce sus cejas y pone cara de asco, como si lo ofendiera.

—No sé, intentaba averiguarlo. No conozco muchos apellidos suecos. ¿Nilsson?

—Andersson. No sigas, ya tienes mi apellido —indica entre risas.

—Muy bien, Noak Andersson. ¿Qué demonios haces en mi estudio? No recuerdo haberte invitado.

—Habíamos quedado. ¿No te acuerdas? —pregunta con una sonrisa inocente que no le pega nada.

—Lo que recuerdo es haberte dicho que te fueras. Siento eso —expreso con total sinceridad.

—No te preocupes. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia al asunto—. ¿Sigues queriendo ir a la inauguración del mercado navideño?

—¿Hay alguna opción?

—Quedarte todo el día en la cama. Connigo. —Se señala como si fuera lo más exquisito que he visto. Y vaya si lo es.

—¿Vas a relacionarte? ¿A decir algo más aparte de «oh, sí, córrete, nena»?

—Hablaré contigo, si es lo que quieres. Y no vuelvas a imitarme, o acabarás en la cama y yo te gritaré eso.

La sonrisa se me borra del rostro a medida que aparece la suya, famélica, y con una mirada que me grita: «Dilo otra vez, por favor. Para que compruebes de qué soy capaz». No pronuncio las palabras.

—Lástima —expresa apenado—. Vístete antes de que me arrepienta.

Me ducho y me preparo lo más rápido posible. Ya que ha venido a mi casa, tengo ganas de pasar el día con Noak. Subimos en su coche, una *pickup* azul eléctrico. Toqueteo la guantera, el apoyabrazos que está en medio de nosotros, y enciendo la radio.

Busco en las emisoras alguna canción chula; al no encontrar ninguna, conecto la radio con el *bluetooth* del móvil y abro mi Spotify. Miro entre mis listas de reproducción hasta que me decanto por el grupo Creed. Resuenan los acordes de la canción *One last breath* y la tarareo.

Escuchamos otra canción en silencio, incluso me animo a cantar, y él se burla de mi entonación, hasta que no aguanto más. Bajo el volumen de la radio para que me escuche.

—Cuéntame algo de ti —le pido.

Él me mira de reojo, no muy seguro del todo. Pienso que me va a dar la chapa otra vez y que va a ser el viaje más incómodo del mundo, pero me sorprende de nuevo.

—¿Qué quieres saber?

—Mmm... Veamos... ¿Cómo conociste a tus amigos?

—Fácil. En la universidad. Will y yo estábamos en la misma clase, y a Fredik y Asgnar los conocimos en la cafetería. Solíamos escaquearnos de clase a menudo y jugábamos a las cartas con ellos. Hasta ahora. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué estudiaste Derecho si no te gustaba? Por cierto, he de decir que no va contigo.

Sonríó. Tiene razón. No hay nada que me pegue menos que la profesión de abogada.

—No sé la razón. Quizá porque soy una cabezota que no se rinde, o quizá tenía miedo de negarme. El caso es que terminé la carrera y ejercí varios años hasta que... —Me quedo callada unos segundos, midiendo lo que estoy dispuesta a contar—. Bueno, hasta que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

—¿Y qué te trajo hasta mí? —Se voltea para mirarme y me pica un ojo. Este chico tiene la autoestima por las nubes.

—La oferta de trabajo de mi vida. Tras años formándome en secreto y varios cursos de cocina, me ofrecieron ser chef en el restaurante Sabor Español, y estoy más que contenta con la decisión que tomé de dejar el pasado atrás.

Siento un frenazo. El coche se para en medio de la carretera unos segundos. Miro a Noak, que ha perdido color en la cara. Parpadea, titubea, quiere hablar; sin embargo, no dice nada.

—¿Qué pasa? —Estoy asustada: no entiendo qué ha ocurrido, ni su reacción.

—No me esperaba que el coche que va delante disminuyera la velocidad de manera brusca, lo siento. —Observo que, en efecto, la furgoneta se mantiene a poca distancia y se encuentra parada—. ¿Dónde dices que trabajas? —Sus manos se agarran al volante fuertemente hasta que sus nudillos se quedan blancos. No entiendo su transformación.

—En Sabor Español, ¿lo conoces?

—No. —Retoma la marcha, sin dejar de divisar la carretera. Su rostro recupera un poco de color, pero continúa con la mandíbula apretada.

—¿Seguro que no ocurre nada? —Asiente—. Noak...

—Tranquila —dice, al fin. Coloca su mano en mi muslo y acerco la mía hasta que enlazamos nuestros dedos. Nos pasamos el resto del camino con nuestras manos unidas.

—Y, si no es indiscreción, ¿a qué se dedica tu empresa?

—Elaboramos productos *gourmet* que puedes encontrar en supermercados, e incluso en algunos restaurantes asociados con nosotros.

—¡Guau! ¿Siempre supiste a qué te querías dedicar?

—Sí. Nunca tuve dudas ni creí que me hubiera equivocado. Recuerdo que, de pequeño, en las vacaciones de verano o de Navidad, ayudaba a mis padres en nuestro pequeño restaurante. Mi padre también era cocinero. Y supe que, aunque no se me daba la cocina tan bien como a él, sin duda tenía que hacer algo relacionado con la gastronomía. —Su sonrisa se amplía a medida que rememora los recuerdos que atesora con cariño. Me gusta esta parte de Noak, la que estoy descubriendo poco a poco.

—Me encantaría conocer a tu padre. Quizá podamos compartir nuestros secretos e intercambiar recetas. —Su mirada se enfría y siento que he metido la pata con mi comentario—. Noak, no estoy diciendo que lo quiera conocer, es decir... Olvídalo. Era una frase hecha, no tiene importancia. No pretendía que me presentaras a tu padre. —¡Dios mío! ¿Te quieres callar ya? Te estás

introduciendo en un bosque con unas ramas imposibles de cortar.

Nos quedamos en silencio, con su mano en mi regazo, que en ocasiones me aprieta el muslo como si quisiera decirme algo, hasta que llegamos a Sigtuna, magníficamente decorada con motivos navideños.

Damos vueltas en el *parking* durante diez minutos. Está a rebosar y, encima, el aparcamiento es gratuito. Cuando al fin consigue un sitio, nos bajamos del coche; Noak se pone a mi lado, me coge de la mano y caminamos por las calles de la ciudad, la mar de pintoresca.

Mi extraordinario, atractivo y cañón acompañante me explica que Sigtuna es importante porque gracias a ella comenzó la Suecia de hoy en día. Fue la primera ciudad conocida del país.

Andamos entre renos, papanoeles, elfos, caramelos y decoración navideña; yo compro dos bolas con alegorías suecas para mandárselas a Susan y a mis padres. A mitad del día nos compramos una manzana caramelizada mientras seguimos recorriendo las calles. Aquí se respira la Navidad tal y como es. Es genial. Y lo mejor es que Noak no deja de mostrarse tierno conmigo. Me abraza por detrás mientras observo los decorados. Camina agarrado a mi mano. Se para para besarme hasta dejarme sin aliento.

El Noak que ha decidido pasar el día conmigo me tiene embelesada. Completa y absolutamente cautivada.

Capítulo 16

Héroes del Silencio - La chispa adecuada

Mierda, mierda y mierda.

Al principio no quise creerla, ¿cómo podía ser? Pero, cuando fui a buscarla al trabajo, lo comprobé. Es ella. Joder, menuda cagada más grande. ¿Qué hago? ¿Se lo cuento? ¿Para qué? No es que nos hubiéramos jurado sinceridad y exclusividad. No hemos hablado sobre ello. Solo nos acostamos. Sin más.

¡Joder!

Además, si fuéramos algo más que dos personas que se divierten con sus cuerpos, ella se quedaría a pasar la noche, no escaparía. ¿No? Hace tiempo que aprendí que no debo confiar en nadie, y mucho menos en las mujeres. Ni he de plantearme retirar la crítica que sale la semana que viene, ni tengo que contárselo a ella por el mero hecho de querer lo mismo que yo: sexo.

Me acerco a las oficinas con paso decidido, sin apreciar la ciudad, sin comprarme un café, sin oler los bollos recién horneados. Hoy el mundo me parece una basura. ¿Por qué? Ni puñetera idea.

Entro a mi despacho y veo los bolígrafos esparcidos por mi escritorio, varias revistas que hemos publicado tiradas por el suelo... Da asco por culpa de mi gran amigo Will. Me acerco al suyo y cierro la puerta con fuerza para que se entere de que me tiene hasta los cojones con su juegucito. Él, en vez de disculparse, levanta la vista del ordenador, me mira y se ríe como si fuera el perro Pulgoso.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando me siento frente a él y no le quito mis ojos de encima. Ojalá le incordie tanto como él a mí.

—Que mi socio no tiene nada mejor que hacer por las mañanas que entrar en mi despacho y ponerlo manga por hombro. ¿Te diviertes?

—Mucho, la verdad —contesta sin inmutarse—, pero nunca te ha molestado tanto. Dime, ¿qué ocurre? Mackenzie se ha dado cuenta de lo cerdo que eres con esas estrictas medidas y te ha dado la patada, ¿verdad?

—No. Y, si lo quieres saber, anoche volvimos a estar juntos y te aseguro que disfruta tanto como yo.

—Guau, la misma chica varias noches... ¿No va en contra de tus reglas?

—¿Qué te importa mi vida sexual?

—Nada. Cuéntame lo que te pasa —exige mi amigo, apoyando sus manos en la mesa que nos separa para quedar frente a frente.

—¿Por qué me tiene que suceder algo más aparte de que estoy harto de tus gilipolleces? —insinúa levantado una de mis cejas.

—Somos amigos —alega sin más, como si fuera explicación suficiente. Lo es.

Doy una fuerte exhalación antes de confesar:

—La crítica que escribí para la revista...

—¿Qué ocurre? —quiere saber al ver que no continúo—. Sale la semana que viene, ¿no?

—Mackenzie trabaja allí —suelto con un suspiro cansado—; es la chef.

—¡No me jodas! —exclama—. ¿Qué piensas hacer? ¿Cancelamos la tirada?

—Seguimos según lo previsto, esto no tiene por qué afectarnos.

—¿Cómo? ¿Crees que no le molestará cuando se entere? —demanda, asombrado.

—No. Nos divertimos, no le debo nada ni ella a mí. Supongo que lo peor que me pasará es que no querrá seguir acostándose conmigo, y lo entenderé.

—¡Joder, Noak! ¿Qué mierda voy a hacer contigo? No te enteras de nada. Lo que pasó...

—Will, no quiero hablar de eso, no insistas.

—Pero Kenzie...

—Basta. —Me levanto de la silla y doy un enérgico golpe en la mesa. Will me mira, negando con la cabeza, pero no pronuncia palabra. Mejor. Me marchó antes de estallar y decir cosas de las que luego me arrepienta.

Odio cuando rememora el pasado, cuando me explica que lo utilizo para no volver a abrirme, para no confiar en las mujeres, para ser más duro que de costumbre. No lo aguanto. Me hicieron daño; fue años atrás, pero el dolor de la traición sigue intacto. Prefiero que no se estén regodeando en mis miserias a diario.

Son muchas las ocasiones en que Will me ha dicho que ella es distinta, que es la adecuada, que solo tengo que darme la oportunidad de conocerla, pero son chorradas que no me apetece pensar. Está decidido: la crítica sigue en pie, ella no tiene por qué enterarse, y aprovecharemos los días que estemos juntos.

La semilla que plantó mi amigo continúa en mi interior. ¿Por qué con ella incumplo cada una de mis reglas? Sacudo la cabeza y salgo de las oficinas sin regresar a mi despacho a recogerlo. Paso. Que lo ordene otro.

Los recuerdos me acechan a cada paso que doy. Me cago en Will. ¿Por qué tuvo que hurgar en la herida aún abierta? Me pongo los cascos y entro en Spotify para olvidarme del mundo. Regreso del mismo modo en el que vine, sin distinguir nada.

Alcanzo mi casa y, sin quitarme los cascos, me visto para salir a correr. Me preparo con mis mallas, mi camiseta de manga larga térmica y mi cortaviento; me calzo las zapatillas en la puerta de mi casa y recorro el parque.

Revivo de nuevo ese maldito día. Hace seis años, antes de que la empresa fuera un éxito, cuando aún trabajaba para otros con el fin de ahorrar y poder montar mi negocio, era un pipiolo inocente que confiaba a ciegas en su novia y regresaba de un viaje relámpago. Por aquel entonces tenía veintinueve años y creía en el amor. No la había avisado de mi vuelta; pensaba darle una sorpresa. Qué iluso había sido.

Llegué con la ilusión que tiene un joven enamorado de ver a su novia, ansioso por perderme en ella. Abrí la puerta y me quedé parado en el rellano. No podía moverme, aunque quisiera. ¿Qué coño estaba sucediendo? Björn, uno de mis mejores amigos, se estaba tirando a Cathrin, mi novia. Se la estaba tirando en el sofá de mi casa.

El aire no consigue colmar mis pulmones; me duelen los pies, pero sigo corriendo para expulsar los malos momentos y, cuando creo que no puedo continuar, aguanto un poco más. No debo darle el gusto, no debo permitir que me duela, que maneje mi vida. Los oídos aún me pitan con el grito que dio Cathrin al reconocerme. El rostro se le quedó lívido mientras Björn seguía dándole por detrás sin darse cuenta de que yo había llegado.

—¿Qué haces aquí? —interrogó ella, apartándose de él mientras intentaba vestirse.

—Esta es mi casa —fue lo único que pude decir.

—Noak... Yo... no sé cómo explicarlo. —Mi amigo me miraba sin un ápice de arrepentimiento en los ojos.

—Fuera de mi casa, los dos —indiqué cabreado.

—Noak, no me hagas esto. ¿Dónde se supone que voy a vivir?

—Te acabo de cazar follándote a mi amigo, ¿te crees que me importa una mierda dónde vivas?

—Te echaba de menos... Me cogió en un momento de debilidad, ha sido una vez, un error — mintió descaradamente. Björn tuvo la decencia de no abrir la boca, recoger sus cosas y marcharse, pero ella insistió hasta que no pude soportarlo más y la eché.

Paro. Mis piernas tiemblan y hace rato que hiperventilo. Me detengo en un banco en medio del parque y comienzo mis estiramientos. Lo que me pasó me hizo daño y por eso no permitiré que me vuelva a ocurrir. Por lo que sobrevino, ahora soy así de claro. Soy lo que ves, y he de seguir a rajatabla mis pautas para que ninguno de los involucrados suframos. Y, a pesar de lo que opina Will, sé que debo cumplir con mi compromiso. Lo primero, mi trabajo; después, las mujeres. Me niego a cancelar la tirada de la revista. Saldrá y seguiré con mi vida.

Capítulo 17

Orishas - Rumba caviar

Crítica gastronómica a Sabor Español

Hoy traigo una crítica que no va a gustar nada, en especial a los trabajadores del local, porque la decepción ha sido brutal, pero mejor empecemos desde el principio.

Hará unos cuantos días, un amigo me habló muy bien de un restaurante que se especializa en comida española y me preguntó si me apetecía ir. ¿Cómo negarme? Adoro comer, la comida en todas sus vertientes, y me encanta si es con amigos disfrutando de una buena sobremesa. Hasta aquí, perfecto.

El problema fue que accedí a ese restaurante.

La decoración era muy acogedora, coqueta, te hace sentir cómodo cuando entras. El único «pero» que pongo en este aspecto es que el ruido era ensordecedor y apenas pude escuchar lo que me decía el otro comensal. Además, los camareros no hablaban, gritaban, y resultó incómodo a la hora de pedir.

Cuando nos dieron mesa, estuvimos cuarenta y cinco minutos de reloj esperando para que nos tomaran nota de las bebidas y otros diez hasta que nos las sirvieron. Huelga decir lo pésimo del servicio.

Mi amigo pidió un gazpacho de bogavante... Mala elección. ¡Qué desastre! Había florituras por todo el plato, pero apenas probamos el gazpacho, y mucho menos el bogavante. Entiendo que menos es más, pero no creo que signifique que pongas flores comestibles y nada del producto que realmente se anuncia en la carta.

En mi caso, me decanté por el chupito de pulpo y crema de patata. En fin, no hay nada bueno que decir de este plato, salvo que fue una auténtica aberración culinaria. La crema tenía grumos, GRUMOS, inconcebible. El pulpo, que apenas pude probar porque me pusieron un trozo excesivamente pequeño, quedaba escondido entre la crema y, por lo que pude apreciar, estaba muy mal cocido.

Ambos comprobamos que lo que cuesta el plato no está a la altura de lo que realmente sirven.

A mi acompañante le apetecía probar la sopa cubierta de gallina de corral con juliana de secreto ibérico, y a mí, siguiendo con las variantes marinas, las vieiras con setas de verano y salsa de soja. Pues bien, el secreto estaba muy hecho, con lo cual el plato no vale absolutamente nada, y las vieiras hay que marcarlas un poco antes de servir, pero ni eso hizo el chef.

Parece el típico establecimiento de comida con pretensiones, pero mal ejecutadas. Además, ¿a quién le gusta ir a cenar y quedarse con hambre? A mí, desde luego, no.

Ninguno de los dos quisimos postre; habíamos probado lo suficiente para saber que no teníamos intención de volver, y hasta para traernos la cuenta nos hicieron esperar una eternidad.

Sobra señalar que no me gustó el restaurante y no entiendo cómo ha llegado a conseguir

un boca a boca tan grande, porque no merece la pena. Si estás en Estocolmo y no has ido, mi consejo es que ni te lo plantees; táchalo de tu lista, hay sitios mejores y que merecen más la pena que el caótico Sabor Español. Si eres de los que ha ido y te encanta, por favor, explícame el porqué. Quizás alcancemos una buena conclusión en la que no culpemos al chef ni al resto del personal.

Una cosa sí he de reconocer: al menos nos sirvieron pan y no nos lo cobraron, punto para ellos.

Puntuación según los criterios:

Calidad/Precio: 0.5 (por el pan)

Atención al cliente: 0. Incomprensible el tiempo que estuvimos esperando hasta que nos atendieron.

Presentación del plato: 1 (por el esfuerzo)

Calidad del producto: 0.5 (el chef se cargó la calidad)

Sabor: 1

Capítulo 18

PASADO

Placebo - Bosco

4 de mayo de 2018.

Este último mes ha sido el peor, he delegado trabajo al resto de abogados del departamento legal sin que se enterasen Jason o mi padre, y no me ha importado mucho. Cuanto más trabajen ellos, menos hago yo. Me las he visto canutas para seguir asistiendo al curso: había días en que entraba a las nueve de la mañana y no salía del aula hasta por la noche; días perdidos en la oficina y trabajo que se amontona en la mesa de mi despacho. Pero mentiría si dijera que no me apasiona.

Hoy apunta a ser un día decisivo porque asumimos la prueba final. Me levanto al alba, cojo lo necesario y parto, directa, a la escuela de cocina. Prepararemos cuatro platos: un entrante, un primero, un segundo y postre.

Estoy histérica, pero a la vez soy positiva.

No sé cómo explicarlo: son nervios buenos, de esos en los que eres consciente de que estás haciendo algo que te gusta y te hormiguea el cuerpo, te mantiene en tensión; pero, cuando estoy en los fogones, me olvido del mundo.

Entro en el aula; no ha llegado nadie aún. Es demasiado pronto y preciso estar a solas conmigo misma. Deposito mis pertenencias en la que ha sido mi cocina durante más de un año; hoy nos despediremos y, aunque no consiga la plaza, le he de agradecer mucho.

Con ella hice mis primeras esferificaciones, en ella me quemé más de una vez, lloré, aprendí y me divertí como una enana. Recuerdo el día que nos enseñaron a hacer falso caviar. Fui la única a la que no le salió y Connor me echó una gran bronca. Acaricio el poyo con cariño. En ella también me pidieron que abandonara la clase y regresara cuando aprendiera a cocinar porque no daba pie con bola. Tuvimos que hacer caprichos de bacalao y manzana caramelizada, y no estaba muy apetitoso. Pero reaparecí y entregué mi alma.

Sonríó rememorando cada una de las cosas que he vivido en esta aula, muchas de ellas magníficas, y esas predominan por encima de las horribles.

—¿Por qué será que no me extraña verte aquí? —indica el profesor, Connor Moore, dándome un susto de muerte.

La primera vez que lo vi casi me desmayo de la impresión. Creo que todas las mujeres de la clase soltamos un suspiro al unísono, bueno, y algún que otro hombre también. Es guapísimo, alto, ojos verdes claro, y su pelo negro se está llenando de unas mechas blancas que lo hacen más interesante. Y posee esa sonrisa que consigues que te olvides de lo que estabas haciendo.

—Porque es algo que hago a diario y hoy no iba a ser menos.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta—. ¿Preparada para la prueba final?

Me observa con una ceja levantada y una radiante sonrisa.

—Para nada, pero hay que enfrentarse a ello —contesto con la misma sonrisa.

—Kenzie, has de irte ya, antes de que lleguen los demás y se piensen que está amañado.

Además, he de repartir los sobres con las recetas que le tocan a cada uno, y no quiero que estés aquí cuando lo haga.

Me despido en silencio de mi cocina, le suplico que no me defraude en la prueba final y que se porte bien, que hay mucho en juego. Salgo del aula, del edificio, y acudo a tomar algo para que la espera se me haga más amena. Tendremos cuatro horas para elaborar cuatro platos; me parece poco tiempo, poquísimo para lo que me estoy jugando. Si fallo en algo, lo mínimo, tanto el plato como mi sueño se irán al garete.

Me siento en una cafetería y, antes de pedir, me encuentro con Julie, mi compañera; nos sentamos juntas y solicitamos un café. Por ahora mi estómago está cerrado y no deseo nada para comer. A los pocos minutos, se nos unen dos alumnos más y nos acompañan en las risas. Intentamos amenizar la espera con charlas y chistes sin sentido, pero se acerca la hora y comienza a advertirse nuestra ansiedad.

Es el momento de la verdad.

Entramos a clase en silencio. Me fijo en que, en cada mesa, hay unos sobres de diferentes colores; nos deseamos suerte y en silencio ocupamos nuestros puestos. El profesor entra unos minutos más tarde seguido de dos personas más.

La cosa se complica y se pone seria.

—Buenos días —comienza Connor—. Como ya sabréis, hoy es el día en el que decido qué alumno va a trabajar conmigo durante un año, y para eso me he traído a dos de mis compañeros, que salieron de donde ahora estáis vosotros, para ayudarme con la elección. —Los acompañantes nos sonríen con empatía—. Empezad por abrir los sobres, apuntad lo que requiráis, o queráis; comenzamos en cinco minutos.

El entrante, el del sobre blanco, es tomates *cherry* estofados con gambas, feta y teja de parmesano. La receta no es muy compleja, y apunto detrás de ella lo que necesito. Esta nos la enseñó a hacer para cuatro personas, así que tendré que dosificarla cuando la prepare.

Ingredientes:

- 500 g de tomates cherry
- 2 dientes de ajo
- 1 cebolla morada pequeña
- 12 gambas grandes
- 75 g de queso feta
- 6 cucharadas de parmesano rallado
- orégano seco
- 1 cucharada de jerez
- 3 cucharadas de aceite de oliva
- sal
- pimienta

El siguiente es el plato principal, la cosa se empieza a enredar. Tendré que hacer *couscous* negro con puntilla de calamar en tempura y alioli de azafrán. De nuevo apunto en la parte de atrás lo que precisaré, para que no se me olvide nada en el momento de la elaboración por culpa de este nudo que tengo en la barriga.

Ingredientes:

- 125 g de *couscous*
- 125 ml de caldo de pescado
- 3 bolsitas de tinta de calamar
- 1 cebolla pequeña
- 1 pimiento verde pequeño
- 1 tomate rojo maduro pequeño
- 250 g de puntilla de calamar
- harina para tempura
- perejil para decorar
- aceite de oliva
- sal
- 200 g de mayonesa
- 1 diente de ajo
- unas hebras de azafrán

Abro el otro sobre y veo que mi segundo plato es brocheta de rape con *parmentier* de patata violeta.

Ingredientes:

- 300-350 g de rape
- 1 c/c de cilantro en grano
- ½ c/c de jengibre molido
- ½ c/c de chile molido
- ½ c/c de pimienta blanca molida
- ½ c/c de comino
- aceite de oliva virgen extra
- sal
- perejil rizado
- flores de cebollino
- 4 patatas violeta
- 1 diente de ajo
- caldo de cocción de las patatas
- pimienta negra recién molida

Y, por último, el sobre del postre. Mis manos tiemblan e intento hacer mil cosas a la vez. Quiero hacerlo todo a la vez. Me centro. Me relajo. Cojo aire, ojeo a los profesores y me fijo en que uno de ellos me hace señas para que me tranquilice. Le doy las gracias en silencio y procedo a leer: panacota de fresas.

Ingredientes:

- 1 taza de leche
- 2 tazas de crema batida
- 1 cucharada de gelatina no saborizada
- ½ taza de azúcar

- Una pizca de sal

Para la jalea de la fresa:

- 8 fresas
- ¼ vaso de agua
- ¼ vaso de azúcar
- ¾ de gelatina no saborizada

Tras cuatro horas, y después de emplatarse y dejarlo tal y como creo que está perfecto, es hora de irnos. Los profesores probarán los platos, los juzgarán, y tan solo cabe tres opciones: no apto, que significa que no has pasado el curso, y es una jodienda como una casa de grande. Apto, y te llevas una recomendación para poder trabajar en otro sitio. Y la estrella del curso: admitido, y trabajas un año con Connor Moore.

Acudo a las oficinas para no pensar en ello; más tarde colgarán las notas. Me llegará un correo con un enlace y, cuando pinche, me llevará directamente al resultado. Entro en mi despacho sin saludar a Rachel, me siento y enciendo el ordenador. Mi móvil vibra: es Susan. Lo cojo con una sonrisa en los labios. Desde que mi amiga se enteró de lo del curso, ha estado igual de taquicárdica que yo.

—¿Qué tal? ¡Dime que te cogieron!

—Aún no sé nada, estoy en el despacho —le explico—. Pásate y hablamos para que me hagas amena la espera.

—Diez minutos y estoy ahí.

Señor, estoy de los nervios. No dejo de mirar el correo ni el móvil por si alguien sabe algo, pero están todos igual que yo.

—¿Tenemos noticias? —pregunta Susan.

—Nada, seguimos igual.

—¿Cuánto tarda en elegir al mejor alumno?

—Susan, estoy nerviosa y no me ayudas.

—Perdona, solo quiero saber si al fin conseguiste tu sueño.

El móvil vuelve a vibrar en mi mano y lo miro: son los resultados. Observo a Susan para hacérselo saber.

—No puedo mirarlo.

—¿Cómo qué no? Míralo tú o lo haré yo.

Con un dedo tembloroso, aprieto en el *link* que me han mandado; tarda mucho en cargar y lo actualizo cada dos por tres. Debe de ser que todos estábamos esperando como buitres y hemos sobrecargado la plataforma.

—¡¿Qué?! —exige saber Susan.

—¡Joder! No se carga.

Entro en la web y me quedo blanca mirando los resultados. No me lo creo. Estoy flipando.

Lo he conseguido.

Reacciono gritando como una loca y salto en los brazos de mi amiga Susan; ambas caemos juntas al suelo.

—¡¡¡Enhorabuena!!! —grita mientras se tira sobre mí y deposita un reguero de besos en mi

cara.

Las dos nos quedamos abrazadas en el suelo. Continúo sin asumirlo. Al fin se acaba mi tortura. Se lo podré comunicar a mi familia, a Jason, y trabajaré en lo que más quiero. No me lo creo. Seré chef. Cumpliré mi sueño.

Me siento invencible.

Capítulo 19

PRESENTE

Camila Cabello - Never be the same

¿Qué es esto?

Agnes permanece en la puerta de mi estudio, blanca como el papel, más de lo natural en ella, y sujeta ante mí la revista *Gourmet i Stockholm* abierta por la página que contiene la peor crítica que he recibido.

Esto es un desastre. ¿Qué debo hacer? ¿Me despedirán? Ay, joder... Lo más seguro es que Roberto se sienta decepcionado, y con razón. Y ¿quién es el que se oculta tras esas duras palabras? Me encantaría conocerlo, o conocerla, y decirle cuatro cosas bien dichas.

Esta mañana, cuando mi amiga y compañera apareció en mi casa, pensé que quería tener una de nuestras charlas banales, que tanto le gustan; sin embargo, me llevé una penosa sorpresa al leer el artículo.

Me hace a un lado y camina directa hacia la cocina. Me mantengo en la puerta, pasmada, sin saber si ir tras ella o seguir mirando al rellano vacío. Estoy entre cabreada y avergonzada. ¿Cómo ha podido pasarme? ¿No se supone que la vida te recompensa con cosas buenas después de haber pasado por malos tragos?

El sonido de mi móvil me saca de mis ensoñaciones. No lo cojo. Sé quién es y puede esperar. El despido puede esperar, la vida que existe tras la puerta del zaguán puede esperar. Aprieto el botón de pausa; lo necesito. Después de leer la crítica, mi existencia requiere un descanso, y acudo a la cocina tras Agnes.

Me siento y la observo preparar el café; se maneja por mi casa como si fuera suya. Lo sirve en dos tazas y me acerca una de ellas. No sé si quiero, no sé si espera que solucione algo, pero se lo agradezco y doy un pequeño sorbo. Ansío que la cafeína desentumezca mi cerebro. No ocurre. Sigo flipada. Mucho.

El móvil sigue sonando en el salón y continuo ignorándolo.

—Cógelo o ponlo en silencio —me pide Agnes—. No soporto escucharlo.

—Me va a poner de patitas en la calle —suelto en un susurro apenas audible.

—No es seguro, pero un rapapolvo es indudable que te cae.

—Se supone que me tienes que animar, aunque agradezco tu sinceridad. He de estar preparada para lo que me depara.

—Tranquila, seguro que saldrá bien.

—¿Has leído lo mismo que yo? Imposible que vaya bien.

—Prepárate y averígualo antes de que la incertidumbre te torture.

Me termino el café y ando como un muerto viviente hacia el baño. Me meto en la ducha con movimientos mecanizados y permanezco bajo el chorro de agua caliente más de lo necesario, hasta que esta se torna fría.

Odio a quienquiera que haya redactado la maldita crítica. Es lo único que saco en claro.

Me envuelvo con una toalla y me enfrento a mi reflejo. Miles de preguntas pasean por mi mente, pero Agnes tiene razón: mejor hacer frente a lo que está por venir antes que esconderme en casa con tantas preguntas que me atosigan.

Me preparo sin mucho esmero. Me visto con unos pantalones negros equipados para el invierno, una camisa blanca, una sudadera que compré aquí con la bandera sueca y una bufanda azul. Me dejo el pelo suelto para ponerme el gorro cuando salga a la calle y me calzo mis botas Hunter azul oscuro. Por la noche ha estado nevando, mucho, y ya se empieza a percibir ese frío glacial que se te mete desde los pies hasta la raíz del pelo.

Antes de salir recojo mis cosas, entre ellas el móvil, y observo que me han llamado tanto mi jefe como Noak. ¿Qué querrá este chico? Si lo que pretende es que me abra de piernas, hoy es un mal día. No se me apetece. Rechazo la idea de llamarlos a ambos.

—¿Lista? —cuestiono a Agnes, que me espera en la cocina.

—Vamos. —Salimos de mi casa y, tras alejarnos del portal, pregunta—: ¿En bus o a pie?

—Caminando, necesito despejarme —alego.

No hablamos; ambas estamos incómodas por lo que está por venir. Sin duda a todos los empleados nos alcanzará nuestras respectivas broncas, pero yo la que más. Roberto confió en mí, me dejó a cargo de su restaurante mientras él se centraba en el nuevo que abrió, y le he defraudado. Lo que más me fastidia es que sin duda he fallado a Connor, porque sin él no habría conseguido nada de lo que poseo ahora.

Suspiro.

Recorremos el camino que he hecho mil veces, solo que esta vez me embeleso al advertir la ciudad a lo lejos. La adoro, me encanta pasear por Gamla Stan, perderme por sus calles antiguas, alcanzar las arrinconadas tiendas de *souvenirs* o las cafeterías. Estar rodeada de alegría; y, sin duda, me encantan las vistas. No deseo irme. Aquí se halla mi hogar.

Entramos en el restaurante y la mitad de la plantilla se encuentra allí reunida. Me siento en un rincón, escondida del resto, e intento no pensar. Difícil, pero es un propósito que pretendo cumplir.

Sigue entrando el personal. Al fin, cuando estamos todos, irrumpe el chef Roberto Mackenna. Su cara seria, sin un asomo de sonrisa, y sus ojos gélidos, como un doloroso invierno, expresan mucho más que cualquier palabra. Me dejan aún más paralizada.

Aprieto mis manos a ambos lados de la silla; mis nudillos deben de estar blancos, pero me niego a apartar la mirada. Esta mañana he huido de mis responsabilidades lo suficiente como para saber que ahora he de hacerles frente. Pase lo que pase. Cueste lo que cueste.

De reojo echo un vistazo al resto de mis compañeros: están igual que yo, la ansiedad nos consume vivos. Inhalo un par de bocanadas de aire en un afán por tranquilizarme, pero su fría mirada, dirigida única y exclusivamente a mí, hace que me enderece en mi asiento.

—Estoy muy decepcionado con vosotros. Algunos no habéis tenido ni la cortesía de responder al teléfono, síntoma, entiendo, de la vergüenza que os produce la demoledora crítica que hemos recibido. No deberíamos dejar que una opinión nos destruya; pero esta, en concreto, es tan importante que las buenas consideraciones de clientes o de otros críticos dejan de tener valor. Hablamos de la revista más vendida en nuestro sector. Su opinión es muy valiosa, tanto como para ser nuestra sentencia de muerte. Los que trabajasteis esa noche tenéis dos semanas de descanso y no cobraréis.

—Pero... —comienza a decir Agnes.

—Es una orden, y dad gracias a que no estáis de patitas en la calle. —Mi amiga cierra el pico al instante—. Mackenzie, he de hablar contigo. A la cocina, ahora.

Acudo tras él con pasos temblorosos, como un reo a la espera del veredicto del jurado; no sabe qué va a pasar, se lo ha jugado todo a una carta. O sale bien o sale mal. Solo que yo sé cuál es mi fallo. Culpable.

—¿Qué narices ha ocurrido, Mackenzie? —suelta cuando se cierran ambas puertas a mi espalda y nos quedamos solos—. Además de confiarte mis secretos mejor guardados, te dejé a cargo del restaurante y la cocina, y es así como me lo agradeces. Desconozco cuál es el motivo por el que no te despido en estos momentos; porque, sin duda, una de las razones de este desastroso resultado —empuja la revista hacia mí, como si hiciera falta para comprender de qué habla— eres tú.

—Creí que lo tenía controlado, pensé que lo estaba haciendo bien. He seguido tus pasos y tus directrices. No sé en qué fallé, pero lo siento.

—Quizá si comenzaras a ejercer de jefa, en lugar de perder el tiempo en hacerte amiga de los empleados; o a cocinar y aplicar lo que te enseñé, en vez de irte de juerga o vete tú a saber qué, esto no pasaría —señala con desprecio.

—Primero: solo tengo una amiga que trabaja en el restaurante. Y segundo: no sabía que mi vida social fuera el motivo de que nos hayan despedazado.

—No seas soberbia conmigo, te lo advierto.

—Perdón —susurro. Quiero arrancarle la cabeza; lo que hago fuera del horario laboral no es asunto suyo ni de nadie. Y, que se atreva a señalar que mi vida privada pone en riesgo mi pasión, me pone enferma. Pero los ánimos no están para retarle.

—Después de las dos semanas de descanso...

—Que me obligas a coger —lo interrumpo.

—Mackenzie, se me está agotando la paciencia —me advierte con los dientes apretados, tanto que temo que se los parta.

—Disculpa de nuevo.

—Hablares cuando regreses. Retomaré las riendas del restaurante y, según discierna el ambiente de trabajo, decidiré tu destino. —Y sin más se marcha de la cocina y del local.

«Eres una bocazas. No podías estarte calladita. Tenías que ponerte orgullosa y rebatirlo. ¡Maldita charlatana!».

Agnes acude a mi recate, porque yo misma me estoy hundiendo; y, como si supiera lo que necesito más que nada, me abraza. Se lo devuelvo. Por encima de lo que pueda ocurrirnos, somos amigas y, en momentos como este, lo agradezco. Requería un abrazo de los de verdad.

—Esta noche salimos de marcha, y nos cagamos en Roberto y en su existencia —exclama, haciéndome reír.

—¿Cómo sabes lo que preciso a cada segundo del día?

—Cualquiera en nuestra situación necesita beber y emborracharse para dejar de pensar, aunque, bueno, tú lo tienes prohibido. Quizá te topes de nuevo con ese guaperas al que te tiras —señala levantando las cejas varias veces.

—Quizá... —susurro.

Salgo del restaurante y vuelve a sonar mi móvil. Lo busco entre las cosas de mi bolso y

compruebo que es Noak. Otra vez. Cuelgo, hoy no tengo el día. Quizás esta noche, cuando descansa y salga con Agnes, mi cuerpo esté preparado para pasar otra noche loca, pero no quiero hablar con él. En cambio, llamo a mi padre.

—¡Kenzie! —exclama en cuanto descuelga—. ¿Qué tal, pequeña?

—Fatal. Me han obligado a cogerme dos semanas de vacaciones no retribuidas y cuando vuelva, mi jefe, cito textualmente, «decidirá mi destino».

—¿Qué ha sucedido? —demanda mi padre preocupado. Lo pongo al día, le cuento la crítica, que Roberto opina que mi vida social interfiere en mi trabajo, lo bocazas que sigo siendo (hay cosas que nunca cambian), y al final respiro en paz—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —confirmo—. Estoy acojonada, no quiero perder el trabajo que tanto me ha costado; pero si tiene que ser, pues volveré a casa.

—Y nosotros encantados, pero no pienses de esa manera. Tú eres la positividad en persona. Tranquila, que saldrá bien. No te hundas por una opinión, tú mejor que nadie sabes que hay veces en que tienes que coger impulso y levantarte con fuerza. Demuéstrale a ese chef de pacotilla quién eres y lo que vales. Enséñale de qué pasta estás hecha y métele sus palabras por el culo.

—¡Ay, papá! No sabes cuánta falta me hacía una charla padre-hija.

—Cuando quieras, Kenzie. Espera un segundo, tu madre quiere hablar contigo.

—Vale, te quiero.

—Y yo más.

—Kenzie —habla mi madre—. ¿Cómo estás? Ya he oído a tu padre, ¿qué es eso del chef y de que se meta su discurso por el culo? —Termino de contarle la historia y se muestra conforme con las palabras de mi padre, pero mi madre está más al corriente que él. Como si fuera Sherlock Holmes, ha encajado piezas hasta llegar a una conclusión que no duda en hacerme saber—. Y ¿qué tal con el chico?

—¿De quién hablas? —inquiero, conocedora de la respuesta.

—Del que ha vuelto a teñir de ilusión tu voz y, aunque no lo veo, es probable que tu mirada tenga ese mismo resplandor por culpa de él. Anda, cuéntame, ¿quién es?

—Se llama Noak. Lo conocí hará un mes y ahora estoy ignorando sus llamadas. Así de seria es nuestra relación.

—¿Por qué lo ignoras?

—¿Se me acusa de algo? ¿A qué viene este tercer grado?

—¡Uy! Estás a la defensiva. Te gusta —exclama mi madre—. En realidad, te encanta ese chico. Responde, ¿por qué lo ignoras? —insiste.

—No lo sé, desconozco muchas cosas; en estos momentos no sé ni quién soy —respondo desaminada.

—Mientras lo averigues, no te olvides de disfrutar ni de tener sexo acojonante con un sueco.

—¡Mamá!

—Solo hay que escucharte para saber cómo es.

—Por Dios, esta llamada se termina aquí. Te quiero.

—Y yo. —Cuelga riéndose a carcajada limpia.

Me quedo pensativa. Siendo sincera conmigo misma, mi madre está en lo cierto. Quizá mi destino sea volver a Boston, ¿por qué negarme entonces el disfrute que me proporciona el cuerpo de Noak?

Capítulo 20

Tiziano Ferro - Te tomaré una foto

Dios. ¿Por qué no me coge el teléfono?

¿Y por qué cojones me importa?

Necesito un polvo. Con Kenzie.

Necesito follar y punto. Si es con ella, mejor. Pero, si no, no pasa nada, no va a impedirme que me lo pase bien.

«Y un huevo. Con ella te lo pasas demasiado bien para dejar de verla tan pronto».

Genial. Odio mantener una discusión conmigo mismo.

Esta mañana traté de contactar con Kenzie sin mucho éxito y, desde entonces, no he parado de intentarlo. Me vuelve a colgar el teléfono y lo suelto de cualquier modo sobre mi mesa de trabajo. ¡Cómo me gusta y frustra a la vez! En el caso de que se hubiera enterado de que soy el culpable de la mala crítica, habría venido hecha una furia; ella no es de las que se amedrentan, y mucho menos de las que se esconden.

Vuelvo a probar con el mismo resultado. Miro el reloj del ordenador, son las doce del mediodía y tiene que tener unas veinte llamadas perdidas más. ¿Cuándo fue la última vez que insistí tanto con una mujer? Nunca.

—¡Joder! —grito en la soledad de mi despacho.

Una cabeza se asoma por la puerta. Ni adrede habría elegido un momento menos apropiado para hacer acto de presencia. ¡Maldito William!

—¿Sigues sin dar con ella? —Su cara me deja claro que está disfrutando con mi tortura. Además, no hace falta que añada un «te lo dije»; su diversión lo articula por sí mismo.

—No, ya me llamó y esta noche pienso tirármela de mil maneras posibles —respondo irónico.

—Debes decírselo.

—Y tú callarte, pero sigues hablando. Por tanto, ¿qué te hace creer que te haré caso?

—La estás cagando. Si no sabe que has sido tú, coméntaselo antes de que sea demasiado tarde. Porque, en ese caso, no te perdonaré. Y, aunque suene mal, me alegraré de ello, porque eres un capullo.

—No me estás diciendo nada que no sepa. Sé lo que soy, y no se lo pienso decir. Paso de tener esta discusión contigo a diario.

—Tu verás, capullo. —Y desaparece.

Quiero ir en busca de Kenzie y demostrar que Will no tiene razón, que no pasa nada porque no se entere y que me da igual que, cuando lo sepa, no me perdone. Sin embargo, me quedo quieto. Después de llamarla tantas veces, si encima aparezcó en su estudio, va a parecer una persecución en toda regla, y solo quiero acostarme con ella. Una vez más. Aunque sea la última.

Descuelgo el teléfono del despacho para hablar con mi secretaria, pero tampoco me lo coge. ¿Qué le pasa al mundo? Parece haber confabulado en mi contra.

Acudo al despacho de Will para comprobar que tampoco está en su puesto de trabajo. Seguramente ha ido a tomarse un café; solemos ir juntos, pero habrá considerado que hoy no soy la mejor compañía.

«¡Joder! También quiero un café. ¿Hay algo que desee y pueda tener?», pienso defraudado, más por el silencio de Kenzie que por quedarme sin cafeína.

Regreso a mi despacho. Escribo un artículo que tenía pendiente. Estoy metido de lleno, aporreando el teclado de mi ordenador mientras mis palabras cogen forma y sentido, hasta que una taza humeante de café aparece ante mi rostro.

¡Maldito Will!

Sonrío.

—Gracias, cariño —digo cogiendo el café y olfateando el aroma.

—De nada, amor. Sabía que el gesto te iba a conmovir y mejoraría tu día y tu humor.

—¡Qué bien me conoces! —Le lanzo un beso y él se carcajea.

—¿En qué trabajas?

—En nada en particular. Intentaba despejarme —añado con un gesto con la mano para restarle importancia—. ¿Tú qué tienes este mes?

—No mucho, el trabajo sucio te lo he encasquetado a ti. —Se ríe—. Ando liado con la producción de *kryddost*² y de *knäckebröd*³. Además, a mitad de diciembre tenemos que tener preparadas las *pepparkakor*⁴ y el *glögg*⁵, es éxito asegurado para las navidades.

—Buf... Menos mal que te encargas de la elaboración —revelo, cansado solo de escucharlo.

—De nada.

—Me lo debes después del lío en el que me has metido —refunfuño. Will explota en carcajadas y al cabo de unos segundos me uno a él.

Mi móvil empieza a sonar y me lanzo hacia él como un lince haría con su presa. Lo miro, es ella; respiro aliviado. Sin duda, que me esté llamando es buena señal.

—¿Kenzie?

—Noak... —farfulla.

—¿Qué sucede? —pregunto, conocedor del motivo. El problema soy yo, y la dichosa crítica—. ¿Ha ocurrido algo? Intenté comunicarme contigo millones de veces.

—No... Bueno, sí... En realidad, no es nada. Es que... necesitaba... Quería saber qué vas a hacer esta noche.

—¿Qué ocurre? —insisto.

—¿Podemos vernos esta noche?

—¿Qué pretendes, Kenzie?

—Olvidarme de mi mierda de día gracias a tus habilidosas manos. Necesito sexo, y tú eres el mejor que conozco en ese terreno. Noak, contigo soy capaz de correrme tantas veces como te propongas.

Siseo. Escucharla hablar de lo bueno que soy, y de lo que demanda esta noche, ha conseguido que me excite casi al instante. Me recoloco la entrepierna y echo un vistazo a Will, que sonrío de oreja a oreja. Sin duda, sabe el matiz que está tomando la conversación.

—En mi casa a las seis. —No es una pregunta.

—Vale.

—Kenzie, ¿te quedarás esta noche?

—No, ¿por qué?

—Porque por las mañanas soy más mañoso.

—Ah... Creo que podré hacer una excepción.

—Seguro que sí —indico antes de colgar—. Me largo —le señalo a Will. Él me mira con cara de suficiencia, pero no dice nada—. ¿Qué?

—Sabes lo que pienso.

—No empieces. Mi día ha mejorado de manera considerable, déjame disfrutar sin que ejerzas de Pepito Grillo.

—Fuiste tú quien preguntó.

A pesar de lo que opine mi amigo, Kenzie y yo hemos establecido de manera tácita una relación basada en el sexo. De no ser de ese modo, me habría llamado para desahogarse y me contaría la mierda de día que ha tenido. Pero no ha sucedido, y no me molesta. Me pienso aprovechar y le demostraré que, como yo, ninguno. Quizás algún día se case, pero ni por esas se olvidará de aquel chico que le proporcionaba tantos orgasmos como deseaba.

A las seis y media aparece Mackenzie en la puerta de mi casa. Mi intención al abrirle no es comérmela ávido de deseo; pero, cuando la percibo, me lanzo a ella hambriento. Ni siquiera consigo distinguir lo que lleva puesto, solo sé que tengo que besarla. No pienso dilatar el momento, y he de probar sus hermosos labios, tan llenos. Le cojo la cara con ambas manos y me inclino hacia su boca. En cuanto nuestros labios entran en contacto, una desesperación palpable nace en mi interior y la recorro con mis manos, queriendo devorar cada rincón de ella.

No pienso en quién nos puede ver, no soy consciente de que por los alrededores de mi casa pasean otras personas con sus hijos. No reflexiono en nada salvo en Kenzie desnuda y yo fundiéndome con ella. Y como siga con esas especulaciones, no creo que alcance ni a cerrar la puerta.

A duras penas me separo de ella. Contemplo como se pasa la lengua por los labios, como si pudiera retener mi sabor. Rujo. Descanso mi frente en la suya e intento recuperar el control y calmar mi apetito por ella.

—Si vas a recibirme del mismo modo, quizá me piense lo de quedarme esta noche. —Hasta que no habla, no caigo en la cuenta de que lleva colgada de su hombro una bolsa de deporte. Se queda en mi casa, por fin no tiene intención de evaporarse con la salida del sol. Sin embargo, su razonamiento me deja dubitativo.

—¿Por qué te vas a largar?

—Porque si aparezco por la mañana, volverás a tirarte encima de mí.

Me río.

—Kenzie, cuando te despiertes a mi lado, te comeré de arriba abajo. No notarás la diferencia —le prometo. Sus ojos se abren y se dilatan con mi proposición.

—Entonces no tengo más remedio que quedarme.

Entramos y deja la bolsa al lado de la puerta. Observa la casa con detenimiento, hasta ahora ha venido para mantener relaciones conmigo y la ha abandonado como alma que lleva el diablo, sin apreciar nada, pero tengo en mente otros planes. Después habrá tiempo de que examine lo que desee.

—Tienes una casa muy bonita —comienza a hablar.

—Más tarde te la enseño, ahora solo quiero mostrarte la única habitación que conoces.

Le agarro la mano y la conduzco escaleras arriba con su risa flotando en el aire. La dejo cerca de la cama y la contemplo. Tiene el pelo suelto, mojado por las pequeñas gotas de lluvia que caen sin esperararlo. Lleva una bufanda, un anorak, unos pantis y unas botas. Usa un atuendo de lo más

sencillo, pero a mí me parece que con cualquier cosa está preciosa.

¡Me ha transformado en un cursi!

Me acerco a ella despacio, con miles de promesas instaladas en mis ojos. Le quito la bufanda con lentitud; después el anorak, las botas, los pantis, la camisa; hasta que por fin se queda en ropa interior. Esa que sabe que me atormenta y que me encanta. Se siente insegura, como la primera vez. La estudio en su mayor esplendor. ¿Por qué se siente tan insegura? ¿No es consciente de cómo provoca a un hombre? A mí, en concreto.

Intenta taparse con las manos, pero no se lo permito. Por nada del mundo voy a renunciar a admirarla con lentitud. La agarro y me pego a ella para que compruebe el efecto que causa en mí. Tanto ella como sus dichosos conjuntos de encaje, esta vez, de color rojo. Levanta la cabeza para mirarme a los ojos y en su mirada descubro seguridad y confianza.

Confía en mí.

No me lo merezco.

¿Le doy seguridad?

Me cago en la hostia.

La beso para olvidarme de su mirada y lo que me despierta. Cuando nuestras lenguas salen al encuentro, estoy desesperado. Muevo mis labios por su cuello, la clavícula y paso una mano por sus pechos. Enseguida sus pezones saludan orgullosos, al igual que mi polla. Le paso una lengua por ellos antes de descender y seguir el recorrido con el que llevo torturándome desde la última vez.

Gime. Estoy perdido. Aturdido. Borracho.

Le bajo las bragas pausadamente, disfrutando de ella, de sus piernas, de su cuerpo, de lo que me provoca y de sus sollozos. ¿Existe un sonido más sexi que los gemidos de Kenzie cuando está excitada? No lo creo. Adoro ese sonido y ser yo quien lo provoca. Se las deslizo por una pierna y luego por la otra antes de tirarlas al suelo.

Le sonrío desde mi posición, agachado ante ella, adorándola, antes de pasarle la lengua por el centro de sus muslos. Ella se agarra a mis hombros y se mueve ante mi boca, dándome permiso para que continúe. Entonces entierro mi lengua en su interior y bebo de ella. Kenzie hunde una mano en mi pelo y se agarra con fuerza, como si temiera caer. Chupo, succiono y, cuando está a punto, con el pulgar le acaricio el clítoris hasta que grita mi nombre y se deja ir.

Me pongo a su altura y me limpio la boca con la lengua. Ella observa con detenimiento cómo la paseo por mis labios, que todavía conservan su sabor, hasta que me mira a los ojos.

—¿Te referías a esto?

Me mira confundida, no comprende mi pregunta.

—¿Qué?

—Cuando me confesaste que soy el mejor, que consigo que te corras las veces que me dé la gana.

—Sí, me refería a lo que me acabas de hacer.

—¿Qué quieres ahora, Kenzie?

—Hacerte lo mismo.

Me quita la camiseta, los pantalones y los calzoncillos. Cuando contempla mi polla, sonrío maliciosa, se agacha y la veo lamerse. Pasa su lengua por mi envergadura. Juega con ella, la mueve de arriba abajo, la lame, me martiriza, hasta que entro en su boca y gruño. Joder. Puto.

Paraíso.

Me succiona entero; estoy dentro de ella, al completo, y nada me ha dado más placer que verla de rodillas, contemplando cómo me la chupa. La aparto antes de correrme y la elevo. Le quito el sujetador y la tumbo en la cama. Introduzco dos dedos en ella y compruebo que está lista. Los saco y los vuelvo a meter, una y otra vez, cada vez más rápido; solo paro al oírla gritar mi nombre.

Cojo de la mesilla un condón y rasgo el envoltorio con la boca. Me coloco de espaldas a la cama y lo deslizo en mi polla.

—Ven —ordeno, aunque por mi voz temblorosa parece que ruego.

Kenzie se coloca encima de mí y se muerde el labio inferior. Parece nerviosa, y está más adorable si cabe.

—Cabálgame, por favor. —Mi petición parece surtir efecto. Me introduce en su interior y hace lo que le imploré. Consigue marcar el ritmo que necesita para que la asalte otro orgasmo; y, cuando termina, marco yo el compás. Salgo y entro varias veces, la embisto y, para mi sorpresa, ella consigue seguirme. Vuelve a clamar mi nombre; y, tras un par de embestidas más, me dejo ir.

Se tumba a mi lado. Mi intención era hacerlo en varias posturas, pero ver cómo se movía encima de mí, con sus tetas balanceándose en mi cara, y la suya propia de puro placer, fue más de lo que podía soportar. Además, tenemos la noche entera para cumplir mis sueños y los suyos.

Amanezco con una gran sonrisa en los labios, pero Kenzie no está a mi lado. ¿Por qué se ha ido? Habíamos acordado que permanecería conmigo. Abro los ojos poco a poco y, al comprobar la hora que es, me despierto de golpe. ¿Las once de la mañana? ¿Cómo narices he dormido tanto? Mando un WhatsApp a Will para decirle que estoy bien, que hoy trabajo desde casa, y me meto en la ducha. No sin antes echarle un último vistazo al hueco que ocupó Mackenzie durante la noche. ¿Por qué tiene la extraña costumbre de escapar de mí?

Me pongo unos calzoncillos y mis pantalones de correr; la camiseta la llevo en la mano. Bajo los escalones y me quedo inmóvil en el penúltimo escalón, extrañado. El olor a café me da los buenos días, pero también lo hace una cantarina voz desde la cocina.

Kenzie está en mi casa.

Entro en la cocina. Lleva una de mis camisetas y, cuando se pone de puntillas para coger algo del armario, me quedo atontado con la mirada fija en su trasero. No lleva nada más que sus bragas y mi camiseta. Señor. Está de espaldas a mí, canta una canción mientras menea su cuerpo al compás de la música. Me ve y cierra la boca de golpe, dejando el café a medio servir. ¿Por qué se avergüenza de ser ella misma?

—Por mí no te cortes, continúa cantando y moviendo tus caderas de esa manera tan sexi. —Sonrío. Me la devuelve y continúa cantando. Me acerco a su espalda y la abrazo, agacho la cabeza hacia su oreja y le susurro—: Pensé que te habías ido. —Percibo que su piel se eriza—. No sabes lo mal que lo he pasado al no verte a mi lado. —Le acaricio el abdomen y reparo en sus reacciones. Se está excitando—. Voy a castigarte, Kenzie.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

Introduzco mi mano en sus bragas y apoya la cabeza en mi hombro.

—Te vas a quitar la camiseta, te apoyarás con tus manos en la mesa mientras yo te follo desde atrás.

—Siempre y cuando después te sientes en la silla y me dejes cabalgarte como anoche.

Jesús. Estaré más que encantado de cumplir sus peticiones.

—¿Desde cuándo eres tan explícita? —pregunto a la vez que acaricio su humedad.

—Desde que sé que te pone tanto como a mí.

Tras cumplir nuestras promesas un par de veces, pedimos algo para comer. A ninguno de los dos nos apetece cocinar. Nos tumbamos en el sofá a esperar al repartidor y enciendo la tele en busca de algo que nos guste a los dos.

—¿Qué te pasó ayer? —curioso, como quien no quiere la cosa, mientras cambio de canal.

—¿Quieres la versión larga o la corta?

—¿Tengo elección?

Se ríe, y me alegro de ser quien haya puesto esa hermosa sonrisa en su cara.

—Un crítico gastronómico opinó sobre nosotros, y no en buenos términos —suspira, y maldigo ser el culpable de su angustia—. El caso es que mi jefe se enteró, acudió al restaurante y nos obligó a todos los empleados que trabajamos durante ese día a cogernos dos semanas de vacaciones. No contento con eso, me dijo que a la vuelta decidirá mi destino, que será regresar a Boston.

Menudo marrón.

¿Y si le cuento que soy yo?

No. Mejor disfrutar de las dos semanas que nos quedan. Cuando termine, ya veremos lo que haremos.

—Lo lamento, Kenzie.

—No tienes por qué, tú no escribiste la crítica. Fue un payaso engreído y pomposo al que odio sin ni siquiera conocerlo. Aunque ignoro si es hombre o mujer. Seguro que es un tipo que está amargado porque la tiene enana.

—¿Y qué vas a hacer estas dos semanas? —La escucho sollozar y me vuelvo a dar una bofetada mental.

—No he pensado mucho en ello. —Distingo la tristeza en sus palabras y quiero consolarla, ayudarla, pero ¿por qué?

—¿Qué te parece si vamos a Vaxholm? Mis padres tienen una casa en la que veranean. Podemos ir si te parece bien. He acabado con lo que tenía de trabajo; y, si Will me necesita, no dudará en hacer que regrese. —Me mira dubitativa e intento convencerla—. Iremos el fin de semana y, si quieres quedarte más días, perfecto; si no, pues volvemos. Kenzie, aprovecha estas dos semanas, abusa de mi compañía.

Ríe a carcajadas antes de decir:

—Me has convencido, iré para aprovecharme de ti.

-
- 2 N. de A.: Queso duro condimentado con alcaravea y clavo.
- 3 N. de A.: Pan crujiente. Suele hacerse con harina de centeno.
- 4 N. de A.: Galletas de jengibre.
- 5 N. de A.: Vino caliente.

Capítulo 21

PASADO

Linkin Park - One more light

9 de mayo de 2018.

Ahora que he conseguido la plaza para trabajar un año entero con el mejor chef de Boston, tendré que encontrar la manera de comunicárselo a mis padres y a Jason; espero que se alegren por mí. Lo deseo de verdad. Se lo diré el sábado en la clásica barbacoa en casa de mis padres.

Esta mañana ando de un lado para otro en la casa, esperando al dichoso técnico de la lavadora, para el que parece que las nueve de la mañana son las once y media. Menos mal que trabajo para mi padre y hago lo que me venga en gana; porque, si no, me habrían despedido *ipso facto*.

Sobre la una y media de la tarde, el técnico decide hacer acto de presencia. Le abro la puerta y lo miro con muy mala cara, por si se da por aludido. Nada de eso ocurre; el tipo entra tan campante y me pregunta dónde está la lavadora que tiene que arreglar. Lo guío hasta la solana, que está al fondo de la cocina, y mientras él se concentra en su trabajo decido hacer de comer.

Es el único medio que conozco que logra alejar la mala leche que habita en mí por culpa de un hombre impuntual. Además, quizás así sea el mismo Jason quien comprenda cuál es mi vocación y me anime a intentarlo.

Sin previo aviso, la parte derecha de mi cuerpo me deja de funcionar. La siento, pero no me responde. Estoy paralizada, tirada en medio de la cocina porque mi pierna no consigue sostenerme, y sin saber qué hacer. Intento ponerme de pie varias veces, pero el resultado sigue siendo el mismo: mi cuerpo no reacciona.

Me encuentro cansada y no sé de qué, lo único que he hecho ha sido esperar al mecánico y preparar la comida. No es como para encontrarme tan derrumbada. Para colmo, mi cuerpo sigue sin despertar; intento sacudir la pierna con la mano izquierda, pero no me hace caso, y el brazo derecho está encogido sobre mi pecho, no responde.

¿Qué demonios me pasa?

«Kenzie, ponte en pie y vete al sofá», me digo a mí misma, pero continúo tirada en la cocina.

¿Qué hago? He de atraer la atención del técnico para que me acompañe hasta el sofá y poder descansar tranquila. Seguro que es por el agobio del curso, de haber conseguido mi sueño y tener que comunicárselo a mi familia; de renunciar al trabajo seguro y lanzarme al vacío sin paracaídas; hacia un lugar en el que, a lo mejor, no esté a salvo. Seguro que no es nada grave. Un ataque de estrés o algo por el estilo.

Con la ayuda de los muebles de la cocina me arrastro hasta alcanzar la solana, donde el técnico me percibe. La preocupación se instala en su rostro.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? —pregunta asustado. Atino a asentir, lo que me supone un tremendo esfuerzo.

No sé cuánto tiempo estoy tumbada en el suelo, inmovilizada, y con los ojos cerrados. Apenas siento al hombre, que me agarra la mano en un claro intento por infundirme tranquilidad. Tampoco

soy consciente de lo que me dice, solo quiero que llegue la ambulancia para que me comuniquen que estoy bien, que solo es un susto provocado por los nervios y que preciso descanso.

Oigo el timbre de casa, pero no le presto atención; continúo con los ojos cerrados. Aparecen dos chicos que se agachan para estar a mi altura; me preguntan si puedo acompañarlos, pero mi cuerpo continúa sin responder. Uno de los chicos se marcha en busca de algo mientras que el otro me estudia con una sonrisa agradable en la cara. Supongo que es para transmitirme seguridad, pero estoy tan alterada que apenas le hago caso.

El primero regresa con una silla de ruedas, y me instalan en ella. Me tienen que sujetar fuerte porque, si no, resbalo; es imposible que me mantenga sentada sin ayuda externa. Me llevan al hospital y, durante el trayecto, soy consciente de mi incapacidad para hablar. Cada vez que el técnico sanitario pregunta cómo me llamo, la lengua se traba en mi boca. En mi mente le grito mi nombre, pero no logro emitir sonido alguno. Cierro los ojos de nuevo. El chico me indica que me mantenga despierta, que lo mire, pero intentar conversar con él me ha agotado.

Una vez en el hospital, se despiden de mí y me dejan a cargo de una enfermera que vuelve a insistir en saber mi nombre, pero la lengua me pesa cada vez más. Me conduce hasta una salita en la que aparecen dos médicos.

Uno de ellos me habla y espera pacientemente una respuesta, solo que esta no llega. Me pide que le cuente a qué me dedico; pero, si no logro pronunciar mi nombre, ¿cómo narices le voy a explicar en qué trabajo? Insiste con otra pregunta, pero sigo igual o peor que antes. ¿Ninguna de las personas aquí presentes es capaz de señalarme qué leches me pasa en vez de instarme a hablar? ¿Nadie?

Me colocan varios cables por el cuerpo y me siguen estudiando. Mi impotencia cada vez aumenta más, y cada vez hay más médicos y enfermeros.

¿Para qué sirven estos cables? ¿Por qué nadie me explica qué me ocurre? El mismo médico que ha estado reclamando mi atención para que dialogara me sugiere que sonría. ¡Al fin! Lo que me propone no es muy difícil y, además, no me supone un sacrificio enorme. Lo hago; pero, por la cara que pone, siento que no es la sonrisa que esperaba.

Se ubica a mi derecha y me atrapa la mano, me ordena que la mantenga en alto cuando él la suelte. Me concentro en su voz, en lo que me explica, y asiento con la cabeza, decidida a mantener la mano tal cual la tiene él. Pero, en cuanto la suelta, cae directamente sobre mi cara.

Les toca el turno a mis piernas. Me las acaricia con delicadeza y me pregunta si siento lo mismo en ambas. Asiento. Retorna a mis brazos, los acaricia, y me vuelve a cuestionar sobre lo mismo. Asiento otra vez. Eso es bueno, ¿no? Noto ambas extremidades, ¿entonces por qué mi lado derecho no acata mis órdenes?

Los médicos se apartan de mi camilla y comienzan a hablar entre ellos, cosa que me cabrea mucho, pero soy incapaz de expresarme y por eso me mantengo al acecho.

¿Por qué no hablan conmigo? ¿Qué demonios me ocurre que ni siquiera son capaces de comunicármelo?

Un chico muy agradable se coloca a mi lado y me sonrío. Intento devolvérsela. Me dice que esté tranquila, que me va a llevar a otra sala para hacerme unas pruebas y que está seguro de que va a salir bien. Asiento con la cabeza, es lo único que alcanzo a hacer, y me vuelve a sonreír.

Me coloca en una camilla distinta y me solicitan que no me mueva, que intente mantenerme lo más quieta posible. «¿A dónde leches creéis que voy a ir?», le quiere responder mi yo irónico.

Permanezco quieta mientras la enfermera, desde otra sala, maneja la camilla y me introduce en una cápsula que hace un ruido espantoso. Me evado de la mejor manera que sé: cierro los ojos y pienso en lo que me queda por vivir, en que no me puedo ir sin haber cumplido al menos uno de mis muchos sueños, en que en estos veintinueve años no he hecho nada de lo que he querido, y ese pensamiento me hace más fuerte. He de luchar, he de salir de esta.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta el chico agradable, regresando a mi lado. Le sonrío, incapaz de decirle nada—. ¿Sigues sin poder hablar? Inténtalo por mí, por favor. Tómate tu tiempo.

Tras pensarlo mucho y titubear varias veces más, con la sonrisa cómplice del chico, consigo decir:

—Gra... cias.

—De nada. Y, dime, ¿cómo te llamas?

—K-Ke...

—Tranquila, no tengas prisas.

—Kenzie —digo al fin.

—Bonito nombre, Kenzie. Ahora te vamos a dejar que descanses, ¿te ves capaz de darme un número de teléfono para avisar de lo que te ha pasado? —Con toda la paciencia del mundo, el chico espera hasta que por fin le consigo dar el número de móvil de mi madre.

Me meten en un cubículo sola; estoy en urgencias, hay muchas personas; pero, gracias a las cortinas, me aísló de lo que sucede a mi alrededor y consigo descansar.

Me despiertan los hipidos de mi madre. Está llorando y se abraza a mi padre, que no para de acariciar mi pierna mala. Me desperezo y ambos me abrazan con fuerza, me gustaría devolvérselo, pero es imposible. Intento no llorar, no mostrarles mi debilidad, pero es duro y no consigo retener las lágrimas que escapan de mis ojos.

Escruto a mi padre y en silencio le pregunto qué es lo que ha pasado. Me da una evasiva por respuesta y me suplica que esté tranquila, que me toca descansar y estar fuerte para luchar con uñas y dientes, que me espera una larga noche y me necesitan al cien por cien.

—Kenzie, aguanta —susurra en mi oído—. Lucha, por favor. Nos vemos mañana. Te quiero, pequeña. —Le sonrío para que sepa que le entendí y que haré lo que me suplica. Me seca las lágrimas que recorren mis mejillas y se marcha para hablar con los médicos.

Mi madre se queda un rato más conmigo, incluso uno de los médicos le ofrece una silla, aunque no está permitido. A las diez de la noche le indico, como buenamente puedo, que se vaya a descansar, que tiene que dormir y que mañana nos veremos.

Me despierto sobresaltada. Una médica está junto a mí y me formula miles de cuestiones. No sé qué hora es, no sé qué narices hace y no sé por qué insiste en que hable de nuevo. Parece preocupada, pero continúan sin comunicarme nada. Me lleva a la sala en la que me hicieron las pruebas y me vuelven a meter en la cápsula. Me suplican que esté estática, pero mi cuerpo va por libre y sufre convulsiones. Le grito en silencio que pare, pero continúa agitándose.

—Tienes que estarte quieta —implora una de las enfermeras que manejan la camilla—. Es importante que no te sacudas.

«¡Qué fácil es decirlo! Prueba a tener lo mismo que yo...».

Otra de las enfermeras me amarra a la camilla, pero el resultado es peor: mi cuerpo se zarandea más.

—Kenzie, no te mueves —insiste de nuevo la enfermera.

«¡Que ya lo sé! Quieres que esté inmóvil, pero ¿me explica cómo lo hago? Mi cuerpo no me hace caso, dejó de hacerlo desde ayer al mediodía y nadie me dice qué mierda me pasa. Explícame cómo hago para que mi cuerpo me escuche».

Cuanto más me apisonan, más se menea mi cuerpo.

—No lo controlas, ¿verdad? —Niego con la cabeza y me sonrío—. Tranquila, seguro que ahora saldrá bien. —Le devuelvo la sonrisa a sabiendas de que va a salir fatal—. Ahora vamos a meterte de nuevo en el escáner, intenta estar lo más inerte posible.

Ay, señor, ¿no ves que da igual lo que me pidas?

Tras varios intentos, se rinden y deciden cancelar el escáner. Me llevan de nuevo a mi cubículo de urgencias y distingo que el chico tan simpático de ayer me está esperando.

—Buenos días, Kenzie. ¿Cómo amaneciste hoy? —¿Amanecí? ¿Cuántas horas llevo ahí dentro? Suelto un bufido nada elegante en respuesta y él emite una carcajada—. Vamos a llevarte a planta, tu familia está esperándote. —Lo miro con lágrimas en los ojos. Al fin caras conocidas, al fin gente que no me grita que me esté quieta, al fin me darán el cariño que tanto requerí anoche.

Nada más salir del ascensor, el chico gira mi camilla a la izquierda y los veo. A Jason, a mi hermano Luke y a mis padres, y lloro. Lloro por todo lo que no he llorado esta noche, y lloro porque he cumplido la promesa que le hice a mi padre y gané mi primera batalla. Espero ganar la guerra.

Capítulo 22

PRESENTE

John Legend - Love me now

El martes, miércoles y jueves los paso en casa de Noak. Es evidente que me gusta este chico; bueno, más que gustar, me encanta; pero he de ser cauta porque solo es diversión. Me vuelve loca con sus manos, su boca, su cuerpo..., pero es mucho más. Me atrae que sea un enigma sin resolver. Que debajo de esas capas de seguridad y chulería se esconda una persona tierna, cariñosa y detallista.

Y... ¿por qué pienso en lo que oculta?

Esta mañana amanezco enredada entre sus brazos y piernas y, tras un largo, apasionante y maravilloso despertar, se despide de mí para marcharse a trabajar. Así que aprovecho para ir caminando a mi casa y coger mis cosas antes de partir a Vaxholm. Nunca se me ha ocurrido hacer una visita al archipiélago de Estocolmo, no lo había considerado, pero tampoco había pensado que una noche de juerga se iba a convertir en varias semanas de magnífico sexo y risas.

En mi casa, ando de un lado para otro, recogiendo lo que necesitaré para esta escapada, y no consigo evitar la sonrisa que se me escapa. Tal vez me quede en la calle, pero que me quiten lo bailado. Mi madre tenía razón, aunque no le admitiese nada: hacerlo con Noak es acojonante.

Aprovecho, en lo que preparo mi bolso, y llamo a Susan. Hace siglos, o a mí me lo parece, que no hablamos, y sé que se alegrará cuando le diga a dónde me voy y con quién.

—¿Quién es? —pregunta mi amiga. Miro el móvil extrañada, ¿no sabe que soy yo?

—Soy Kenzie, ¿no tienes mi número guardado?

—Perdone, ¿la conozco?

Suspiro. Se está burlando de mí.

—Susan...

—Desconocida...

—Perfecto, entonces me imagino que no te interesará que me hayan obligado a cogerme vacaciones ni que las vaya a pasar fuera de la ciudad con un increíble adonis sueco.

—Espera un momento, Kenzie. ¡Ni se te ocurra colgarme! —profiere desde el otro lado de la línea.

—Vaya, ¿nos conocemos?

—Solo intentaba molestarte por abandonar a tu mejor amiga, porque sigo siendo la mejor, ¿no?

—Ninguna es como tú, Susan.

—Te perdono —dice sacándome una carcajada—. Explícame lo de ese *macizorro*.

La pongo al día de los cambios que he sufrido: le revelo que he seguido viendo al chico con el que pasé una noche loca; que tras la crítica y que me obligaran a abandonar mi puesto por dos semanas, lo llamé para desquitarme y que acabé aceptando irme con él a la casa donde sus padres veranean, y que, por primera vez, me da igual lo que venga después.

—¡Guau! Entiendo que no me llamas, yo tampoco lo habría hecho. Y me alegro de que, por

fin, no pienses en que pasará.

—Al principio vacilé, ¿qué hacía yendo con un desconocido a una isla de la que conozco menos aún? Pero luego me dije: ¡qué coño! Es lo que deseo hacer.

—¡Esa es mi Kenzie! No te olvides de enviarme un mensaje cuando llegues y darme todos los datos que puedas para facilitárselo a la policía si desapareces o te encuentran descuartizada.

—Muy graciosa.

—No me des la información, solo dime que estás bien —puntualiza riéndose de mí.

—Lo haré.

Una vez que está lista mi mochila, salgo de mi casa y deshago el camino que recorrí unas horas antes. Noak me dio una copia de las llaves de su casa esta mañana por si él no había regresado, así que entro sin problemas y me sorprende que ya esté dentro.

—¿Lista? —indaga con esa sonrisa de engreído que hace que me quiera arrancar las bragas.

—Sí —respondo. Evito mirarlo o no saldremos nunca.

Caminamos hacia Strömkajen, un embarcadero que está en el centro de la ciudad, y cogemos un Waxholmsbolaget, típicos botes turísticos que te llevan a donde quieras, siempre y cuando el clima lo permita. Hay muchas rutas que, después de verano, se cancelan hasta la primavera siguiente, pero Noak me explica que a Vaxholm se puede ir hasta final de año y que para él la mejor época es el invierno.

Las vistas son estupendas y, pese al frío, estoy gozando mucho de que vayamos en barco. Uno de los tripulantes me facilitó una manta cuando subí; el aire en la cubierta es escarcha pura. Noak se pone a mi espalda y me rodea con su manta y sus brazos para que esté más calentita. Me arrimo a él y me embriago de las sensaciones que me produce.

—Estoy un poco nervioso —confiesa—. Nunca he traído a nadie, siempre suelo venir solo. — Su sinceridad hace aletear mi corazón. Estúpido corazón. Creí que había dejado claro que no sentiría nada por él.

—Seguro que me encanta. Noak, aunque sea una choza, te agradezco que me hayas ofrecido una escapatoria. En mi casa me atosigaría con qué ocurrirá cuando vuelva al restaurante.

Deposita un tierno beso en mi cabeza y siento un nuevo pinchazo en mi pecho.

—¿Sabes? Yo también tengo pensado molestarte, aunque no creo que te fastidie mucho.

Ladeo la cabeza para contemplarlo mejor y observo su engreída sonrisa y sus ojos, oscuros por el deseo.

—Ni lo más mínimo —reconozco.

Su mirada se torna intensa, y creo desfallecer. Me levanta con el índice un poco más la cabeza y me besa. Es un beso lleno de promesas, de pasión; pero, a la vez, es distinto a los demás. No sé qué lo diferencia del resto de besos, pero con este no me dice «te arrancaré la ropa nada más llegar a mi casa». Hay más, y temo descubrir el qué.

Se separa y apoya su barbilla en mi hombro. Ambos tenemos las respiraciones aceleradas, nos cuesta recuperar la normalidad.

¿Qué ha querido decirme con ese beso?

¿Y si está en mi cabeza? ¿Si ha sido como los demás?

«Acuérdate, Kenzie. Diviértete, nada de sentir algo por él, nada de dejarte llevar, solo sexo».

Alcanzamos el coqueto archipiélago, repleto de casas pintadas de colores pastel, y me enamoro al instante. Son las dos de la tarde, está a punto de anochecer, y se ha levantado un fuerte viento

que anuncia que esta noche va a caer una buena. Paseamos por sus solitarias calles hasta que descubro la de los padres de Noak más allá del puerto.

Está oculta entre los árboles, y la parte de atrás da al mar con un pequeño muelle hecho con tablones de madera. Es preciosa, pintada de amarillo claro. Noak abre la puerta y me deja pasar primero. A mi derecha hay un pequeño, pero acogedor, salón con dos sofás y un mueble para la televisión. A la izquierda, una amplia cocina con una isla en el centro, decoradas con azulejos del mismo color de la casa.

Subo las escaleras que están justo frente a nosotros y me encuentro con cuatro puertas: dos de ellas son habitaciones para invitados, una da a un baño y la otra, al dormitorio principal, donde vamos a dormir nosotros. Dentro de ese cuarto hay también un baño y un balcón con las bellas vistas del mar.

A las diez y media de la noche, tras probar la resistencia de todos los rincones de la casa y cenar, nos vamos a la cama. Estoy cansada del día de hoy; no he hecho ningún esfuerzo, pero mi cuerpo me pide dormir y le hago caso.

Me acurruco junto a Noak, apoyo mi cabeza en su pecho, una mano en la cintura y paso una pierna encima de las de él, que me acaricia el pelo una y otra vez. Me hace cosquillas, pero a la vez me relaja, y consigo quedarme frita en pocos minutos.

Entonces regreso al hospital, casi dos años atrás. Reaparezco tumbada en una camilla sin sentir mi cuerpo. Me rodean varios médicos y me invade una impotencia terrible por no saber qué me pasa. Intento hablar sin conseguir nada, salvo pequeños sonidos apenas audibles.

Unas manos me sacuden el cuerpo, ¿o estoy convulsionando? Me detengo para sentirlo mejor y compruebo que son unas manos que me atizan a la vez que vociferan mi nombre sin descanso. ¿Es Jason? No, la voz es distinta, es una voz varonil y fascinante que provoca diversas reacciones en mi cuerpo... ¿Quién está en Urgencias conmigo?

La voz intenta que reaccione, pero es imposible. Es lo mismo que me dicen los médicos: que intente moverme, que levante el brazo o la pierna, pero no lo consigo. No dispongo de fuerzas suficientes, estoy cansada, quiero dormir.

La escucho de nuevo, pero esta vez va acompañada de una persona. Frente a mí, en la camilla, diviso a un hombre guapo, atractivo. Él es consciente de lo que me excita: su sonrisa me lo deja claro y está muy seguro de sí mismo. Lo contemplo mientras se acerca a mí, su rostro muestra preocupación... ¿por mí?

—Kenzie, ¿me oyes? —Asiento, sin poder hacer otra cosa. Los médicos hablan a mi alrededor, pero no logro apartar mis ojos de él... ¿De dónde demonios sale este hombre?—. Necesito que te despiertes, ¿lo harás? ¿Por mí?

—N-no... s-sé... tú —baluceo. No es posible. Me está dando otra vez. No creo que llegue a sobrevivir.

—Kenzie, por favor —suplica el hombre—. Abre los ojos —me pide. No quiero, deseo descansar.

—¿Q-quié e-res? —pregunto al fin.

—Soy Noak —responde con voz dulce e intentando mantenerse sereno.

¿Noak? No conozco a ningún Noak.

Mi mente es avasallada por millones de imágenes mías con ese hombre. Los dos en la puerta de la casa, en la cama, en la cocina... Me pidió que fuera a Vaxholm con él y acepté, y volvimos a

hacer una maratón de sexo como si se acabara el mundo mañana.

Abro los ojos y la boca en busca de aire. Siento una presión en el pecho que me impide respirar. Noak está a mi lado, lívido, y su cara es el reflejo de la inquietud. Después de meses sin tener las malditas pesadillas, regresan a mí con más fuerza que nunca. Joder. Sé cómo se siente Noak; mi hermano me lo ha contado, y una de las veces que dormí con Adrianne me explicó su desasosiego. Es como si me estuviese pasando de nuevo: me muevo en la cama, pero mi lado derecho no reacciona; intento hablar, pero solo emito pequeños balbuceos. Y, aunque yo lo paso mal reviviéndolo, la persona que está al lado sufre al no saber qué me sucede.

Son sueños que se alimentan de experiencias vividas en determinado momento, que me afligen y que guardo en un rincón de mi mente en un falso intento por desterrarlas, pero cuando aparecen son tan reales que da hasta miedo.

Miro a Noak, que sigue sin apartar sus ojos de mí, y siento vergüenza. Soy consciente de mi desnudez y de que estoy muy expuesta. Recojo mis bragas y su camiseta y me escapo antes de seguir ridiculizándome.

Bajo las escaleras hasta el salón y me quedo de pie, embobada, avistando como nieva a través de un enorme ventanal. Escucho sus pasos detrás de mí y sé que le debo una explicación, que he de contarle lo que viví no hace mucho, pero no estoy preparada.

Él se pone tras mi espalda. Al igual que en el bote, pasa las manos por mis brazos hasta enredarlas en mis caderas y se queda en silencio, con la barbilla apoyada en mi hombro. Tras varios minutos en silencio, decido que es la hora. He recuperado el control, el corazón no me va a mil revoluciones y puedo hablar sin trabarme.

—Lo siento —suelto con un suspiro—. No quería hacerte pasar por esto. No creí que fueras a ser partícipe, después de varios meses supuse que habían desaparecido.

—¿Qué te sucedió? —pregunta tras darme un cariñoso y tierno beso en la mejilla y apretarme fuertemente.

—Hace casi dos años me dio un ictus. —Se queda sin respiración. Me giro entre sus brazos y le sonrío para transmitirle calma. Es algo impactante, pero que ya pasé, y si no llega a ser por las pesadillas, nadie se daría cuenta, ya que las secuelas que acarreo apenas son visibles para los ojos de desconocidos—. Salí, y me considero una superviviente con suerte, pero no deja de ser un hecho que me marcó para siempre. Para bien y para mal. Son contadas las ocasiones en las que las pesadillas me atosigan; al principio eran continuas, pero después hubo un parón en el tiempo. Hacía meses que no las sufría, hasta hoy.

Noak me acaricia la espalda mientras mis manos están enlazadas en su cuello, atenta a sus reacciones.

—Kenzie —musita apoyando su frente sobre la mía—, casi me cago del susto. No sabía qué hacer, era tan real... No podías moverte, y te contemplaba como si con ello pudiera salvarte. ¡Joder! Siento por lo que has pasado y lamento no ser de gran ayuda. Quise llamar a quien fuera, pero después me contestaste; y comprendí que estabas soñando, pero que estabas reviviendo tu pasado. Y me siento fatal por no hacer nada, por no saber actuar como es debido.

—Noak, tu voz me ayudó a despertar. En el momento en que me dijiste tu nombre, supe que era un sueño y que tenía que abrir los ojos, tal y como me suplicabas. Tú hiciste más de lo que crees.

—¿Cómo lo superaste? ¿De dónde sacas esas fuerzas, esas ganas de comerte el mundo?

—No lo veo como algo malo. Fue una mierda, no te lo voy a negar, pero lo quiero recordar

más como un aviso de la vida. Que me dijo que, si seguía con ese ritmo, no lo iba a contar. Dejé mi trabajo, me hice cocinera (aunque no por ese orden), me divorcié, me tatué y me embarqué en la aventura de venir hasta aquí a luchar por mi sueño.

—¿Y cómo vas con eso? —Roza sus labios con los míos. Apenas dura, pero me parece muy entrañable. Su mano derecha acaricia de forma inconsciente el tatuaje de mi pecho y se me escapa una sonrisa bobalicona.

—Bien, si no tienes en cuenta al gilipollas que se dedica a ir a restaurantes y luego ponerlos verdes —revelo. Se queda callado con una mirada intensa, ¿quiere decirme algo? Sin embargo, no habla, solo me contempla—. ¿Bailamos? —inquiero de repente.

—¿Qué? Yo no bailo.

—Oye, Noak, está nevando y hay que celebrarlo.

—¿Quieres bailar bajo la nieve? —Está atónito, y me hace mucha gracia verlo.

—No lo pretendo, lo haré. —Me aparto de él y abro la puerta de la entrada. Parezco una loca, en bragas, con una camiseta que me llega hasta las rodillas y descalza; pero adoro la nieve, y ya hemos sufrido bastante.

Río a carcajadas a la vez que me deslizo por la nieve. Noak está en el vano de la puerta, apoyado con su hombro derecho y los brazos cruzados por encima del pecho. Enarca una de sus cejas de manera inquisidora, pero al cabo de unos segundos acaba por unirse a mi locura. Ambos nos desternillamos: nos caen copos de nieve, el suelo está gélido y ninguno usa ropa adecuada. Tengo los pies desnudos y él no lleva camisa, porque se la quité antes de bajar al salón. Me arrimo a él y vuelvo entrelazar mis manos en su cuello. Noak me agarra de las caderas y se deja llevar por la canción que tarareo. *Love Me Now*, de John Legend.

Nos admiramos sin descanso.

Mis sentimientos ya no están tan claros.

Y bailamos bajo la nieve.

Capítulo 23

Camila - Todo cambió

He metido la gamba y no tiene solución. Por más que le explique, que me excuse, que encuentre una aclaración plausible, es tarde. Demasiado. Porque es hora de admitir que ella no es como las demás, no es lo que esperaba, y que acabaré por hacerle daño.

La arrimo a mi cuerpo a la vez que los copos de nieve caen, dejando pequeños cercos de agua en nuestra piel, y continuamos con nuestra pequeña danza. Mackenzie ha puesto mi mundo del revés. Hasta que ella no apareció me parecía inconcebible salir descalzo en medio de una nevada y, mucho menos, para bailar. Pero ahora, con ella... Todo cambia.

No soporto sentirme vulnerable, odio albergar sentimientos por alguien más aparte de mí, y no me entra en la cabeza que esté danzando con ella cuando mis pies están helados. Sin embargo, miro su sonrisa contagiosa, esos labios voluptuosos, esa cara preciosa, sus ojos rebosantes de alegría, aunque su pesadilla y posterior confesión aún le inquietan, y sería un auténtico gilipollas si deseara estar en otro lugar que no sea con ella.

Aproxima sus labios a los míos y me besa. No me lo merezco. No debería estar a su lado, dejando que se abra y se entregue cuando yo mantengo oculto un secreto que la perjudica, pero que me cuelguen si me niego a saborearla hasta que me lo permita.

Entro con ella entre mis brazos y vamos directos a la habitación; estamos empapados, pero no dejamos de reír. La tiendo en la cama y busco una toalla para secarnos. Se la entrego y me quedo atontado, prendado con su cara, sus ojos, su cuerpo. Con ella.

Me tumbo sobre ella y regreso a su boca; me muero por su sabor. Jugueteo con su lengua, provocándola hasta que suspira en mi boca. Noto como sus manos me recorren la espalda, me acarician, y su contacto hace que me olvide por unos momentos de lo que he hecho.

Me abraza las caderas con las piernas mientras me tortura con incesantes roces y besos. Huyo de la angustia que me atosiga, desconecto mi conciencia por unos minutos. Aunque no sean los suficientes, me vale por verla desnuda y entregándose al completo. Hasta que, al terminar, me vuelvo a sentir un miserable.

Apoya su cabeza en mi pecho, le acaricio el pelo y emite un suspiro de placer que me hace cosquillas. Tiembla entre mis brazos y extendiendo las mantas por encima de nosotros. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de la compañía de una mujer.

—Cuéntame más de tu vida en Boston —le pido, sin dejar de toquetear su increíble melena rojiza.

—¿Qué quieres saber? —Apoya la barbilla donde antes tenía la cabeza y nos contemplamos sin descanso.

—¿Dónde trabajabas? ¿Te dio pena dejar atrás a tu familia, tus amigos, tu marido? Lo quiero saber todo. Lo bueno y lo malo.

Ella respira hondo y sé que le duele recordar, pero espero que me quiera contar más sobre ella. Aunque, si no es así, lo entenderé.

—Mi padre tiene una gran empresa de cosméticos, y siempre quiso que alguno de sus herederos continuara con su legado. Mi hermano, que es el mayor, decidió que no era lo que él

deseaba, así que concluí que lo haría yo. Ejercí para su empresa durante varios años, pero hubo un momento en el que sentí que me ahogaba cada vez más; entonces fue cuando acabé en el hospital y supe que tenía que cambiar de mentalidad y de vida. Por eso no me dio pena abandonarlos; los echo de menos cada día, pero no me arrepiento. En ocasiones, extraño mis largas charlas con mi amiga Susan, a la que conozco desde que tengo uso de razón. Compartíamos trabajo, pero no profesión. Ella es bioquímica. Pero está a una llamada de teléfono —apostilla con una sonrisa.

—¿A él? ¿Lo echas de menos?

—¿A Jason? —pregunta extrañada. Asiento sin poder hablar—. Fue mi marido, compartimos mucho y lo quise con locura. —Su respuesta me provoca un aguijonazo de celos; sin embargo, lo oculto rápido—. Pero hubo un momento en el que me di cuenta de que el amor se había extinguido. Lo que echo de menos es tenerlo como amigo, quizás, aunque a él no. No sé si me explico. Es la añoranza de lo que fue y se murió, no a él en concreto.

—¿Y cómo acabaste siendo chef?

—Al principio necesitaba una vía de escape para despejarme de lo que iba mal en mi vida. Mi trabajo, mi relación, mi día a día... Pero resultó que la cocina me fascinó, y supe que era lo que de verdad quería hacer. Fue de casualidad, así que seguí haciendo cursos, formándome, y se lo ocultaba a los que me rodeaban. Hasta que me matriculé en uno en concreto que era la guinda del pastel. Si lo superaba, trabajaría en el mejor restaurante de Boston, con el mejor chef, y lo pasé —rememora con añoranza—. Entonces fue cuando me dio el ictus. Connor no quería ni verme; creía que me había acojonado y que lo había dejado tirado sin piedad, hasta que le relaté lo que me sucedió. Le debo el estar aquí a él; porque, aunque él señale lo contrario, sé que movió cielo y tierra hasta que consiguió meterme en un buen restaurante.

—Kenzie, ¿soy muy egoísta al entusiasmarme por que no consiguieras el trabajo de Boston? De haberlo logrado, no te habría conocido.

—No lo eres, Noak. En cierto modo, yo me alegro de lo que me pasó porque cogí el toro por los cuernos y tuve el valor para dedicarme a aquello que me hacía feliz. Y, casualidad, me trajo hasta aquí, a tu lado. Basta de hablar de mí, cuéntame más detalles sobre tu vida privada. Novias, mujeres, amantes... Es hora de que reveles tus secretos más ocultos.

Es el momento que tanto he temido. He de abrirme un poco. Hemos alcanzado un punto de no retorno. Quizá no sea capaz de explicarle que la situación que atraviesa en estos instantes, la que la ha traído a Vaxholm, es por mi culpa. No quiero perderla todavía. Aún es pronto. Pretendo seguir disfrutando de más noches como estas. Pero lo que sí puedo contarle es por qué no creo en el amor, que Cathrin me destrozó por completo. Se lo debo, después de su sinceridad. De lo de esta noche. Ella se merece que le confie mis miedos. Mis temores.

—Hace años estuve prometido. Me creí enamorado y que nada podría con nosotros, pero ella me engañó con uno de mis mejores amigos. —Kenzie contiene el aliento y me mira incrédula—. Tranquila, está superado.

—Esa tía es gilipollas.

—¿Cómo estás tan segura? A lo mejor me lo merecía.

—Noak, ¿quién en su sano juicio es capaz de engañarte? Nadie. Después de conseguir lo imposible, a ti y a tu corazón, ¿te pone los cuernos con tu mejor amigo? Es idiota perdida. No sabe lo que se pierde, y seguro que ahora se está dando de cabezazos. Aunque, en cierto modo, a mí me hizo un favor.

—Y a mí también, te lo aseguro.

Nos volvemos a quedar en silencio. Ella se tumba de nuevo y pasea sus manos sobre mi torso hasta que cae en un profundo sueño. Me quedo quieto, escuchándola respirar, temiendo que tenga otra pesadilla. Pero no es la única razón de mi incomodidad.

Acabo de perder otra ocasión para confesarle quién soy y a qué me dedico.

Alejo los malditos pensamientos de mi cabeza, no quiero darle más vueltas al tema. Tomé una decisión y le haré frente llegado el momento. Apechugaré con las consecuencias que conllevan mis actos. Ambos somos adultos y sabemos dónde nos hemos metido.

Hace una semana que estamos en la cabaña de mis padres. Siete días en los que, a medida que descubro más cosas de Kenzie, más me gusta. En este tiempo con ella, he averiguado que cada día, a las seis de la tarde, le vibra el reloj porque tiene que tomarse el anticoagulante. Me confesó que es imprescindible, después de dos años; porque, tras el ictus, averiguaron que era propensa a que le volviera a pasar e incluso que fuera a peor. Es por esa pastilla por la que no puede beber alcohol ni comer chocolate. Y con cada declaración de ella, soy más consciente de cuánto he metido la pata.

¡Estoy en un buen lío! Y cada vez lo enredo más.

Esa mañana de viernes, me despierto con un WhatsApp de mi amigo Will en el que me pregunta si nos molestaría mucho que él y mis otros dos amigos invadiesen mi casa y me dice que, además, les gustaría pasar el fin de semana con nosotros. Me giro en la cama en busca del calor corporal de Kenzie y la abrazo.

—¿Estás despierta? —susurro cerca de su oreja.

—Mmm... —ronronea, pegándose más a mí. La abrazo más fuerte hasta que consigo que abra los ojos y gire la cabeza para mirarme—. ¿Por qué no me dejas dormir? —pregunta somnolienta.

—Te prefiero despierta. —Me aproximo a su boca y le doy un casto beso, quedándome con ganas de más—. ¿Te importa que vengan mis amigos a pasar el fin de semana?

Se da la vuelta entre mis brazos para quedar de frente. Dejo caer la cabeza y le rozo la nariz con la mía.

—Qué me va a molestar. ¿Por qué no invitamos a Agnes? Ella también está de vacaciones forzosas.

—Cuanto más, mejor. —Paso una mano por su espléndido y sorprendente trasero y lo sobeteo a conciencia. Me fascina al completo. Ella cierra los ojos y deja caer la cabeza en la almohada—. Prepararé el desayuno; vete espabilando o vendré a buscarte y tendré que tomar medidas.

—Ajá —farfulla, se sube las mantas hasta las orejas y vuelve a ronronear.

Salgo de la cama y me ducho antes de bajar a la cocina. Pongo la cafetera al fuego y cojo la sartén para hacer el bacón y los huevos. Caliento las tostadas en lo que espero a que Kenzie baje y, cuando está servido en la mesa, hago el amago de ir buscarla, hasta que escucho sus pies cubiertos por calcetines a punto de descender las escaleras.

—Kenzie, ¿vienes o corro a buscarte? —Que tenga que ir a por ella, por Dios, que me haga ir a por ella.

—Ya bajo, estaba hablando con Agnes. —Oigo sus pasos hasta que la veo entrar en la cocina con una de mis camisetas, un pantalón de pijama y el pelo alborotado, que denota la noche que tuvimos—. Te paso el número para que se lo des a Will y que ellos se pongan de acuerdo.

Ella en sí tiene algo especial, pero verla con una de mis camisetas es algo que me cautiva. Soy un hombre, soy simple, y es imposible controlar la sensación de orgullo que nace en mi interior cuando reparo en su melena despeinada, su cara saciada y en la camiseta que lleva puesta. ¿Hay imagen que provoque más que esa? Lo dudo.

A las siete de la tarde aparecen nuestros amigos acompañados de ruidos y risas. Traen consigo cervezas, hamburguesas, bolsas de patatas fritas, refrescos y un par de juegos de mesa. A las ocho de la noche, y como es imposible encender la barbacoa fuera, acordamos hacer las hamburguesas en una plancha de cocina.

Estoy con Kenzie, ella me manda y yo cumplo sus órdenes encantado. Tras una semana aquí, sin hacer otra cosa que comer y regresar a la cama, se la ve a gusto en casa de mis padres, y me alegro por ello. Aunque la culpa me persigue a cada paso que doy, cada día que pasa.

Ella sale con una bolsa de patatas para que nuestros amigos tengan algo que picar en lo que preparamos la comida, y justo entra mi amigo Fredik a por una cerveza.

—Me mola Kenzie, hacéis buena pareja —declara apoyando su cadera en el poyo y dando un trago a la cerveza tras quitar la chapa.

—No te confundas, no hay más que lo que ves. Ahora no empieces a crear un mundo paralelo en tu cabeza.

—Lo que yo veo es que te gusta, ¿soy el único? —pregunta alzando una de sus cejas.

—No —comenta Asgnar que acaba de entrar, uniéndose a la conversación—. Yo también percibo que Noak está loco por ella, pero dale tiempo, Fredik. Cuanto más lo agobiamos, menos lo va a admitir.

—Y, hasta que llegue ese momento, ¿no podemos torturarlo porque se nos ha enamorado?

—Uf, mejor que no. Él es capaz de dejarla con tal de no darnos la razón.

—¿Sabéis que sigo aquí?

Me ignoran y siguen comentando mi relación con Mackenzie. Continúo con la cena, excluyéndolos tal y como ellos hacen conmigo. Paso de lo que digan mis amigos; estoy disfrutando del momento. Y ahora más que nunca, cuando sé que esta relación tiene fecha de caducidad. En concreto, cuando ella se entere de que yo soy el causante de sus problemas.

Capítulo 24

London Grammar - Hey now

Toca regresar tras dos semanas de ausencia y, por primera vez desde que estoy trabajando en mi sueño, no quiero reaparecer. Estoy muy bien perdida en esta isla donde los problemas quedan atrás. Me siento genial con Noak, nuestra relación ha dado un giro brutal, y temo que si regresamos vuelva a encerrarse en esa maldita burbuja que parece no existir en este lugar.

Hemos compartido un fin de semana increíble con nuestros amigos, días en los que él estuvo pendiente de mí a cada momento y me recordaba la hora a la que me tenía que tomar la pastilla. Me daba abrazos y besos inesperados sin cortarse un pelo, delante de ellos. No dejaba en su empeño por emborracharme con el placer que solo él es capaz de proporcionarme. Después de pasar dos semanas adorando a ese Noak, he de volver al trabajo.

En la cubierta del Waxholmsbolaget, Noak me abraza desde atrás y yo apoyo mi cabeza en su pecho. Tal y como vinimos. Un quejido sale de entre mis labios. ¿Qué será de nosotros? No tengo muy claro lo que siento, solo que no es lo que pensaba en un principio, está claro. Pero ¿y él? ¿Qué piensa? ¿Qué planes tiene para cuando retornemos?

La ciudad aflora a lo lejos, en poco tiempo tocaremos tierra. No hay marcha atrás, el mundo real nos espera. ¡Qué mierda! Ojalá pudiera revivir estas últimas dos semanas en bucle, de manera eterna.

—¿Preparada? —murmura Noak con los labios pegados a mi cabeza. El barco acaba de atracar y nos quedamos rezagados, prolongando el tiempo, hasta que no queda más remedio que bajar.

—No, quiero volver a Vaxholm y no salir de allí nunca.

—Mierda, Kenzie. No me digas esas cosas o no tendré fuerza de voluntad suficiente para dejarte marchar e ir a trabajar mañana.

—No lo hagas —suplico. Pego mi cuerpo al suyo, enredo mis manos en su pelo, e inspiro muy cerca de su boca.

—Kenzie..., por favor. Hemos de volver, mañana tienes que trabajar, no me lo pongas más difícil. Te juro que ya de por sí es bastante complicado.

Le muerdo el labio inferior y él ruge. Le sale desde lo más hondo y me felicito. Entonces él fusiona nuestros labios y me besa más profundo. Aún nos queda una noche. ¿Por qué desaprovechar tal ocasión separándonos?

—Está bien, solo pensaba en ti y quería que descansaras para que mañana estuvieses lo suficientemente avispada, pero acabas de perder tu oportunidad. Vamos a mi casa. —Es un orden. No espera réplica, porque me coge de la mano y andamos juntos hasta que alcanzamos su casa.

Abro los ojos demasiado pronto: el sol está empezando a salir y apenas ilumina la habitación

de Noak. Me giro en la cama y me quedo atontada ante lo que aprecian mis ojos. Lo admiro. Está tumbado boca abajo; las sábanas se descuelgan de su trasero, su increíble y bien moldeado culo; sus manos están bajo la almohada y apenas se le ve la cara. Es tan atractivo que no me lo creo. Lo contemplo unos segundos más antes de depositar un pequeño beso en su rostro. Él refunfuña, no se le entiende, y me río. ¿Quién me iba a decir que una noche de calentura iba acabar en algo no definido aún?

—Me marchó a mi casa, he de prepararme para ir al restaurante.

Otengo un sonido extraño, parecido a un lamento, a modo respuesta. Me deslizo de entre las sábanas para no hacer ruido, aunque me ha quedado claro que Noak es incapaz de abrir los ojos. Está agotado, y me alegro de ser yo la que lo haya dejado así. Reventado.

Atrapo una de las camisetas de él, que he estado usando como pijama, y la meto en mi bolso antes de salir de su casa. Por culpa de las fuertes nevadas de diciembre es imposible que vaya caminando. Se me acabó el chollo, es hora de que use el transporte público. Pillo el bus que me deja lo más cerca de mi estudio, a solo una calle de distancia. Recorro las calles de memoria, sin fijarme en nada más. Mi cabeza anda en otra parte, en concreto en lo que me depara el día de hoy.

Ayer anhelaba pasar la noche con Noak para no especular sobre mi futuro incierto. Evitaba que mis pensamientos se centrasen en el trabajo o la ausencia de él, pero ahora... No me queda más remedio que darle vueltas una y otra vez.

Regreso a mi estudio, que sigue tal cual lo dejé. ¿Y qué esperaba? ¿Que por arte de magia estuviera ordenado? Soy un desastre, he de asumirlo. Dejo la bolsa en el suelo, sin deshacer y me meto en la ducha. Cojo lo primero que veo para vestirme. Es el momento de la verdad. En poco menos de una hora sabré que será de mí.

Llego al centro de nuevo. Me bajo en la parada correspondiente y camino un par de calles hasta que alcanzo mi trabajo. Me paro unos segundos. Observo la puerta, el nombre, las ventanas y rezo por recuperar mi puesto.

Empujo el portón y entro. Una vorágine de sentimientos contradictorios se instala en mi pecho y forman un nudo en mi garganta. No tengo ni idea de lo que me aguarda, ni de lo que quiero, pero va siendo hora de dejar de cavilar y echarle huevos. El resto del personal aguarda, como la otra vez, sentado, a la espera de Roberto.

Agnes me hace señas; está en una esquina, donde pasa desapercibida, por extraño que parezca, y la silla de al lado está libre, con mi nombre escrito en ella. Tomo asiento y me armo de paciencia. Un minuto, cinco, quince, pero Roberto no aparece por ningún sitio. Resistimos lo mejor que podemos. Roberto sabe que estamos pendientes de un hilo y nos hace sufrir.

Cuarenta y cinco minutos después aparece el chef con una parsimonia muy impropia de él. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está tan tranquilo?

—¿Qué se ha fumado? —pregunta Agnes en bajito para que solo lo pueda escuchar yo. Está igual de pasmada.

—Ni idea. —¿Qué ha pasado durante estas dos semanas? ¿Habrás borrado de su mente la razón por la que nos obligó a descansar?

—Sea como fuere, estamos a punto de averiguarlo.

Resuena el sonido de la butaca que arrastra Roberto por el local, lo está haciendo adrede el muy hijo de su madre. No se compadece de nosotros y disfruta con nuestra angustia, sabe que tiene el poder absoluto, y le maldigo en silencio.

Se sienta y nos presta atención uno a uno. Su mirada se centra unos segundos más en mí y pruebo a tragar, pero el nudo que se me ha formado en la garganta me lo impide. Intento descifrar lo que significa, que me dé una pista de lo que está a punto de pasar, si es una carnicería o qué, pero no me permite indagar más allá.

—¿Va a tardar mucho en decidir nuestro destino? —balbucea Agnes. Menos mal que no soy la única que está tensa.

—Creo que se está regodeando y goza con ello.

—No lo soporto más.

—Bien —nos interrumpe Roberto—, estas dos semanas me han servido para averiguar mucho más de lo que esperaba. Para empezar, me han valido para tener conocimiento directo de que sois esenciales para el restaurante, igual que el resto de la plantilla. No por ello voy a restar importancia o quitaros culpa de la mala crítica recibida, pero seguiréis conservando vuestros puestos. Es esencial contar con un buen equipo y confiar en él para que el negocio siga adelante; y, sin duda, vuestra ausencia ha servido para demostrarme que sois indispensables. No entiendo qué demonios sucedió para recibir esa mierda de opinión; pensé que dejar el local en otras manos bien entrenadas equivaldría a como si estuviera yo. Quizá me equivoqué, o tal vez no. Me han dicho que se ha hecho exactamente lo que yo pedí y que han cumplido a rajatabla mis órdenes. Que los platos han sido elaborados de acuerdo a mis instrucciones y que os habéis dejado la piel en el restaurante. Os lo agradezco. Solo espero que no vuelva a suceder, que no tenga que regresar y tomar las riendas. De verdad que quiero confiar en vosotros, no me falléis otra vez.

—¿Significa que no perdemos el trabajo? ¿Ninguno? —Uno de los camareros lanza la pregunta que teníamos en mente.

—Exacto —corroborra—. A prepararse; en breve será hora de abrir las puertas. Mackenzie, espera un momento, quiero hablar contigo a solas.

—¡Mierda! —murmuro, más para mí que para nadie, pero Agnes consigue oírme.

—Respira, todo saldrá bien.

El resto del personal se aleja y me quedo a solas con Roberto. Se levanta y se sienta en la silla que antes ocupaba Agnes. Aguanto la respiración mientras él no me quita los ojos de encima.

—Mackenzie, he de disculparme.

—¿Qué? ¿Por qué? —tartamudeo. No me esperaba esto para nada.

—Porque no debí meterme en tu vida privada. Me da igual lo que hagas fuera de aquí, siempre y cuando te desvivas por este restaurante, y me han confirmado que lo haces. Que te lo curras muchísimo, que cocinas tal y como te pedí, que no te desvías de mis recetas y que eres una buena jefa. Exigente, disciplinada y luchadora.

—Gracias —siseo, tímida. Por fin reconoce que se ha equivocado y no me lo creo. Estoy alucinada.

—No significa que no hayas hecho nada mal, tú y el resto de compañeros, pero me he excedido y te pido disculpas. No debí mencionar la vida que tienes fuera de estas cuatro paredes.

—Siento lo de la dichosa cítrica.

—Y yo. Ahora vuelve al trabajo antes de que me arrepienta —indica con una sonrisa.

Me cambio con la alegría reflejada en mi cara. Me pongo mi chaquetilla de chef y acudo a mi cocina; la he extrañado más de lo que estoy dispuesta a admitir. El sonido de los calderos, el repiqueteo de los chuchillos, los gritos de los camareros, los pinches histéricos por que la

comandas estén preparadas a tiempo.

—Bienvenida, jefa —dice John, uno de los cocineros—. Te echábamos de menos.

Le sonrío a modo de respuesta y nos ponemos a trabajar.

¡Por fin, en casa! No sabría qué hacer si pierdo este trabajo.

Salgo del restaurante con Agnes pegada a mis talones, como es habitual; hasta esto lo añoraba. Nos despedimos cuando llegan nuestros respectivos autobuses y vuelvo a mi estudio con una sonrisa de satisfacción por un buen día de trabajo.

Entro en mi casa y la cama me llama a gritos. Estoy molida. Tras una ducha relajante y ponerme su camiseta acompañada de un simple pantalón de pijama, me acuesto y miro el móvil. No tengo ninguna llamada ni WhatsApp de Noak. Qué extraño. Supongo que estará pendiente de que lo informe. Le mando uno.

Mackenzie

¡No me despiden! Conservo mi trabajo.

Espero a que me responda; pero, tras varios minutos sin que el móvil emita sonido alguno, me rindo. Me quedo dormida en cuestión de segundos.

Me despiertan unos ruidos en la puerta. ¿Qué hora es? ¿Quién cojones...? Mis pensamientos se interrumpen por culpa de los dichos golpes. Salgo de la cama, medio sonámbula, medio despierta, y abro. Mis ojos se desperezan de pronto y regreso al mundo de los vivos.

—¿Qué haces aquí?

—Enhorabuena, Kenzie —indica con su sensual sonrisa ladeada—. Me alegra que no te despidieran, no sabes cuánto. Ahora hazme un sitio en tu cama; la mía se ve demasiado grande y vacía sin ti.

—¿Me echas de menos? —Rezonga y me aparta de la puerta para entrar—. Adelante, pasa —anuncio, irónica.

—Lo mismo que tú a mí. ¿Cuándo me robaste la camiseta? —Eso me pasa por bocazas—. No te ruborices, ya te he dicho que me pone verte con mi ropa. Te la regalo. Ahora, vamos a la cama. Estoy cansadísimo.

—¿Y no duermes si no me tienes a tu lado?

Noak me contempla. Se aproxima a mí despacio, midiendo mi reacción, y me quedo embrujada bajo su atenta mirada. Coloca una mano en mi trasero y lo acaricia. Se me eriza la piel. Joder con su tacto. Con la otra me acaricia la mejilla y dejo descansar la cabeza en ella. Acerca su frente a la mía y me paso la lengua por mis labios resecos. Su mirada se vuelve ardiente y me besa, al fin.

—Déjate de tanto parloteo y vamos a la cama de una vez —indica él aún pegado a mis labios.

Me entrego a él. A estas alturas, que haga lo que le venga en gana conmigo. Con mis sentimientos y con mi corazón. Porque siento que, con cada gesto, cada caricia, cada beso, cada vez que dormimos juntos, le entrego un trozo de él.

Capítulo 25

Sin Bandera - Mientes tan bien

Estoy irascible. No me concentro en el trabajo, discuto con casi todos los empleados y es por mi culpa. Ni yo me aguanto. Me da miedo que se entere, que sepa la verdad y ser el único culpable del dolor que van a reflejar esos ojazos tan expresivos.

¿Por qué no se lo dije?

Fueron muchas las oportunidades que tuve para contarle quién era; ahora es tarde.

Temo su reacción cuando le confiese la verdad, pero tampoco es aconsejable empezar una relación con una mentira tan grande. Mantengo más que un lío con Kenzie, me he instalado en su casa y ella en la mía, y creo que... Ni si quiera soy capaz de admitirlo para mí mismo, porque no va a durar. Sé que cuando le explique quién soy va a olvidarse de mí, y a la vez quiero continuar ocultándoselo para seguir con ella.

¿Qué hago?

Echo humo por las orejas a causa del maldito lío en el que ando metido por creer que todas eran iguales y querían lo mismo que yo buscaba. ¿Cómo no pude verlo antes? Ella es distinta.

Alcanzo mi casa tras una dura jornada de trabajo. Me he quedado más tiempo del necesario en un intento por despejarme. Tener conciencia es una putada. Los malos pensamientos me atosigan día y noche.

Me recibe un dulce aroma, y sé sin lugar a duda que Kenzie está en ella.

La evalúo desde su lugar favorito, la cocina: está haciendo la cena y me siento más canalla que nunca. ¿Cómo pude escribir eso de ella? ¿Cómo dejé que se publicara la crítica aun siendo consciente de que ella era la chef? Tengo tatuada las palabras «hijo de perra» en la frente y no hay manera de borrarlo.

Abrazo a Mackenzie por la espalda y apoyo mi barbilla en su hombro. Le doy un tierno beso en el cuello. Ella ríe en mis brazos y me quedo embobado escuchándola. Regreso a su hombro después de repartir pequeños besos por su clavícula e inhalo su aroma. ¿Cómo no me había dado cuenta de que huele a especias con mezclas florales?

Me aparto a duras penas y me ducho mientras Kenzie prepara la deliciosa cena. Porque, aunque no se le dé bien la cocina de autor, sin duda cocina de muerte, y me lo ha demostrado durante el tiempo que he pasado con ella.

De nuevo en la cocina, coloco la mesa en lo que ella da los últimos toques a la cena y la contemplo hacer. Es preciosa. Me encanta cómo se maneja y se mueve por mi casa. Ojalá pudiera estar siempre así con ella.

No me gusta por donde van mis pensamientos. Hago un esfuerzo por bloquearlos. Pero persisten en mi cabeza.

¿Desde cuándo es importante para mí advertir su aroma para relajarme?

¿Por qué pienso en un futuro con Kenzie?

¿Qué mierda me pasa?

Kenzie introduce una bandeja en el horno y se da la vuelta para observarme fijamente. Tiene la misma pregunta instalada en los ojos, pero teme lanzarla. Es tan fácil descifrar lo que piensa..., su

mirada la delata. A mí, por lo menos, siempre me ha resultado sencillo, mientras que probablemente ella no tenga ni idea de lo que se cuece en mi cabeza. No soy un libro abierto ni pretendo serlo.

—Noak, ¿qué te ocurre?

—Nada —respondo sin mirarla a los ojos; porque, si lo hago, cantaré como un canario. Cojo un pedazo de pan que dispuse en la panera con un cacho de queso.

—¿Seguro? —insiste con una de sus cejas en alto. Da un sorbo a su vaso de agua sin apartar la vista de mí. La evito.

El timbre del horno suena y respiro por primera vez en varios minutos. Kenzie saca una fuente con patatas, cebolla caramelizada, y lo sirve con el pescado en salsa que tiene en una olla.

—Mmm..., está de vicio —comento dando un gran bocado a mi ración.

—Gracias —indica entre risas—. Me alegra que te guste cómo me gano la vida.

La contemplo y me ahogo en la profundidad de sus ojos color avellana con pequeños toques de verde. Continúo comiendo.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta.

—Bien —respondo sin más—. ¿Y tú? ¿Has disfrutado del día libre?

—Mucho. —Sonríe, y me golpeo mentalmente por el daño que le produciré—. He vagueado el día entero cual parásito, pero me ha sentado bien.

—Me alegro —señalo cortante.

—Noak, ¿seguro que estás bien?

—Sí. —Me levanto para dejar mi plato en el fregadero y gruño por culpa de la presión que siento.

Ella deja de comer y se coloca detrás de mí. Acaricia mi espalda por encima de la camiseta, tranquilizándome. Sus manos acaban por entrar en contacto directo con mi piel y me relaja aún más. Sigue acariciándome, ahora por mi abdomen, y pega su pecho a mi espalda. Me da un suave beso y apoya su frente en mi omóplato.

—Noak, sea lo que sea lo que te ocurre, cuenta conmigo; te apoyaré.

—Lo sé —suspiro, pero sigo sin girarme. Apenas la miro.

—Explícame qué es lo que te carcome, por favor. Quizá pueda ayudarte soltarlo y no tenerlo dentro corroyéndote.

—No... Metí la pata y lo pagaré muy caro.

—¿En el trabajo? —pregunta sin dejar de pasear sus manos por mi cuerpo.

—Sí.

—¿Te acuerdas cuando casi me echan? —Asiento con la cabeza; las palabras se amontonan en mi garganta. Otra oportunidad perdida—. Me llevaste a Vaxholm y pasé las dos mejores semanas de mi vida. Me olvidé de que podía perder el trabajo. Siempre nos quedará Vaxholm, ¿sabes? Pase lo que te pase, podemos regresar y dejar de lado lo que sea que te esté amargando.

—¿Me lo prometes? —suplico. Me doy la vuelta y la observo. Necesito saber que podemos remediarlo, que siempre contaremos con la posibilidad de escaparnos a la casa de mis padres y resolverlo.

—Te lo juro.

Le agarro ambos lados de la cara, la beso con desesperación y apoyo mi frente en la suya, deseando crearla.

—Kenzie..., no sé ni por dónde empezar. Tengo miedo y desconozco el porqué. Pero... —Me quedo callado. ¿Cómo le explico que el que tanto dolor de cabeza le ha causado es el mismo con el que duerme cada noche? Es decir: yo.

—Revélamelo cuando estés preparado —comenta tras mantenerme en silencio.

—Gracias. —Exhalo. La beso como si mañana no fuera hacerlo y ella me lo devuelve. Dios..., me pasaría la noche, y mi vida entera, besándola.

—Noak... —suspira separándose de mí—, sé que no quieres nada serio, que esto no es más que diversión para ti, pero pasar tanto tiempo a tu lado y conocerte, aunque a veces seas indescifrable, ha hecho... que...

—¿Kenzie?

—Me encanta cuando no sabes cómo abrirte a la gente. Es exasperante, pero me gusta cuando lo intentas conmigo —indica con una sonrisa; yo se la devuelvo—. Me fascina que me dejes notas por cada rincón de la casa. Adoro la forma que tienes de morderte la piel de tus uñas cuando algo te preocupa. Me embauca esa manera tan única de provocarme una risa cuando tengo un mal día. Me seduces cada vez que nos acostamos; adoro tu cuerpo, y hace tiempo que dejó de ser solo sexo para mí. Entiendo que no sientas lo mismo, que sigas pensando que nos divertimos, pero yo quiero más. Necesito más porque... Te quiero. No sé cuándo pasó, ni cómo sucedió, no entraba en mis planes; pero me enamoré de ti y, desde ese día, no hago otra cosa que amarte. Estoy loca por ti.

Me mantengo quieto, sin dejar de estudiarla, sin poder moverme. Ella aguanta la respiración, esperando una respuesta, pero solo la contemplo.

¡Hostia! ¿Me quiere?

¿Sus sentimientos son correspondidos?

Mierda.

¿La quiero?

¡Pues claro!

¿Cuándo pasó? Ni puñetera idea, pero esto trastoca mis planes.

¡Joder! Estoy loco por Kenzie, ¿cómo no me di cuenta? Ese pánico por perderla. El agobio incesante por si se entera de la verdad. La felicidad que me embriaga cada vez que la veo. He estado tan pendiente de controlar mis sentimientos que no me di cuenta de lo que ocurría.

Me estaba enamorando.

Me acerco a su boca despacio, sin apartar la vista, como si mis ojos pudieran transmitirle lo que acabo de descubrir y me da miedo expresar. Ella me sonrío y, en cierto modo, creo que lo logro. Y la beso.

Kenzie aparta las manos de mí y sollozo en su boca, pero me relajo cuando las enreda en mi pelo. Necesito su contacto. Sus manos, su boca, su cuerpo, comprender que está conmigo.

Con Noak.

El chico que se la jugó.

Aíslo ese pensamiento en un rincón de mi cabeza y le reparto pequeños besos por la mandíbula, por el cuello hasta alcanzar la clavícula. Y retorno a su boca. No puedo estar lejos de esos labios perfectos que me conquistaron la primera vez que la vi por lo generosos que me parecieron. Aunque, a medida que la conocía, también me gustaban porque eran dulces, siempre atentos y conmovedores.

Introduzco mis manos por debajo de la camiseta y compruebo que su piel se eriza. Subo por el

abdomen hasta los pechos y los mimo por encima del sujetador. Noto que los pezones enseguida se ponen duros y mi polla se aprisiona entre mis calzoncillos. Gritando por salir. Pero esta vez no vamos a tener solo sexo, pienso hacer el amor. Voy a dedicar el tiempo que se merece a mimarla, a desearla, a quererla y a cuidarla.

Paso la camiseta lentamente por su cuerpo hasta alcanzar sus pechos, los vuelvo a rozar y ella suspira. Gruño. Me encanta lo que le provoco, lo que ella induce en mí. Alcanza el cuello, hasta que finalmente la tiro al suelo.

—Me pasaría día y noche admirándote —rujo antes de volver a besarla. Poso mis manos en sus caderas y la asgo fuerte para subirla a la mesa. Ella intenta quitarme la camiseta, pero no la dejo. Entonces me acaricia por encima del pantalón y gruñe cuando me vuelvo alejar—. No, Kenzie —imploro—. Déjame mimarte. ¿Lo harás? ¿Permitirás que te cuide y que...? —«¿Te quiera?»», ruego sin atreverme a decirlo en voz alta.

—Sí.

De algún modo, adivina lo que intento explicarle, y la quiero más si cabe.

Le desabrocho el sujetador y mi polla palpita de nuevo en su prisión, pero la mantengo retenida. Con cada beso le entrego un pedazo de mí; a pesar de que lo nuestro tiene fecha de caducidad, he tomado conciencia de lo que siento y se merece que le conceda todo lo que tengo, lo que soy, aunque lo rechace.

La libro del pantalón solo para comprobar que no lleva bragas. ¿Lo habrá hecho adrede? Me lo pone difícil, porque me entran ganas de empotrarla sin miramientos. Pero hoy no es el día, ya habrá tiempo, o eso espero.

—¡Joder, Kenzie! —exclamo cuando la examino desnuda sobre la isla de la cocina, con las manos detrás de su espalda, el pecho alto con sus firmes tetas y las piernas abiertas, ofreciéndome una visión perfecta.

—¿Qué? —pregunta haciéndose la inocente, como si no supiera de lo que hablo.

—No me lo pones fácil —reprocho. Deposito pequeños besos en su pierna, su rodilla, su muslo. Se queda sin respiración y yo me paro. Le sonrío malicioso y cojo la otra para seguir el mismo procedimiento, antes de enterrar mi cara en el centro que las separa. Su sabor, adoro su maldito sabor. ¡La leche!

Termina de correrse y me desnudo para embestirla. Sin dejar de mirarla con el propósito de transmitirle lo que siento por ella. Acelero un poco las embestidas y cierra los ojos a la vez que suspira.

—Kenzie, mírame, por favor —sollozo—. Necesito que me mires.

Abre los ojos y los centra en los míos. Se deja ir y, tras varios empujes más, cedo ante el placer. Y la amo durante parte de la noche, hasta que no aguanta más y se queda dormida.

Me levanto a las seis de la mañana, incapaz de conciliar el sueño. No he pegado ojo, la culpa es una mala aliada para dormir. Despacio, me levanto de la cama para no despertar a Kenzie y cojo mi maletín de trabajo. Me marchó al salón, enciendo mi portátil y le mando un correo a Will en el que le explico lo que sucedió anoche y omito el descubrimiento de mis sentimientos. Le pido

consejo porque no sé cómo actuar a continuación y, sin esperar ninguna respuesta, adelanto trabajo.

A los pocos segundos, la ventana en miniatura del correo me señala un mensaje nuevo. Es de Will, y está en blanco salvo el asunto, que pone lo siguiente: «¡Cuéntale la verdad a Kenzie!». El resto del correo está vacío.

Apoyo el portátil en la mesita auxiliar del salón y me paso las manos por la cara. Tiene razón, estoy de mierda hasta el cuello y no hay manera de salir salvo contarle la verdad. Quizá después le podré confesar mis sentimientos.

Me meto en la ducha para intentar dilucidar cómo afrontar la conversación. Pero lo único que se aclara es mi cuerpo, porque mis ideas siguen embrolladas. Salgo de la ducha, me seco y me ato la toalla en las caderas. Regreso a mi habitación a coger ropa limpia y me sorprendo al no ver a Kenzie. Seguro que la habré despertado con el sonido del agua; mi corazón va a dos mil por hora porque eso significa que tendremos que mantener una dura y nada apetecible charla.

Bajo y miro en la cocina; me extraña no verla, siempre se encuentra allí. La busco por el salón y nada. No la localizo por ningún lado. Regreso de nuevo arriba y compruebo el resto de la casa. ¿Qué mierdas significa? ¿Se ha ido sin ninguna explicación? Una noche me confiesa que me quiere y a la mañana siguiente se larga.

¿Qué demonios ocurre?

Intento serenarme para averiguar lo que ha podido suceder. Vuelvo a mi dormitorio y me siento en la cama. ¿Por qué se ha marchado? A lo mejor la han llamado del trabajo, pero ¿no tuvo tiempo de despedirse? Me calmo y diviso a mi alrededor. Falta algo. Es extraño, pero siento que mi habitación se ha quedado vacía.

¿Kenzie se ha llevado su ropa? ¿Por qué?

Me levanto y me siento en el sofá del salón. Cojo el portátil, me lo pongo en el regazo y tomo conciencia de lo que pasó. Están abiertas las malditas conversaciones con Will, en las que me exige que sea sincero y que no publique la crítica hasta que esté seguro, y yo me río de él por creer que pueda albergar algún sentimiento hacia Mackenzie.

¡Hostia puta!

Corro a la habitación, me pongo un pantalón de chándal, una sudadera y salgo en su busca. Estoy descalzo, no llevo camiseta y me acabo de duchar; seguro que pillo una neumonía, pero Kenzie merece la pena.

La distingo saliendo del parque y grito su nombre. Aprieta más el ritmo y yo también. No se puede alejar, aún no, sin contarle que la quiero de verdad. No puede irse. No todavía.

Troto por las enlosadas calles y grito de nuevo. Me ignora. Y lo vuelvo a intentar con mismo resultado. Al fin la alcanzo, le agarro la mano para que se gire y su mirada me deja paralizado. La cagué, lo he sabido desde hace tiempo, y fui consciente ayer, pero sus ojos... ¡Joder! Soy el culpable del dolor que está apostado en ellos.

—Yo... —Me quedo callado, no sé cómo expresar lo que siento por ella.

—Tú... ¿qué, Noak? —suelta con desprecio.

—Lo siento. —Muerdo el pellejo de mi dedo gordo y ese gesto me hace recordar las palabras que me confesó ayer.

—¿Por qué no me lo aclaraste?

—Pensé que no era importante porque solo nos divertíamos, ¿qué más daba a lo que me

dedicara? No era significativo, pero anoche...

—Anoche te confesé que te quería y tú no solo eres incapaz de decirlo, sino que te has estado riendo de mí mientras yo me enamoraba de ti cual colegiala necesitada de cariño —me interrumpe—. Tuviste mil oportunidades para decírmelo, Noak. Me importa una mierda si tenías miedo. Debía saber la verdad, merecía saber quién eras.

—Kenzie, de verdad que...

—No —me espeta enfadada—. No quiero saberlo. Debiste contármelo, Noak. —Intento acercarme, pero los pasos que avanzo, ella los retrocede. Alzo mi mano para acariciar su brazo, pero se encoge y la retiro—. Necesito irme, necesito espacio, necesito olvidar.

—Espera —imploro—. ¿No podemos hablarlo?

—¿Ahora? —suelta con retintín—. Es tarde. —Se da media vuelta y retoma el paso, dejándome solo en medio de la calle y deseando que regrese a mi lado. Observo cómo se aleja mientras me quedo plantado sin moverme. He metido la pata y la he perdido.

Me pierdo por las calles de regreso a casa, como hacía cuando era pequeño. Apenas contaba con trece años de edad y buscaba el olor característico de la comida. ¡Me encantaban esos olores! Jugaba a distinguirlos, intentaba averiguar qué era lo que cocinaban en cada casa y, cuando acertaba, me felicitaba a mí mismo. Siempre supe, de una manera u otra, a lo que me iba a dedicar. No quería ser cocinero, como mi padre; sabía que no era ni la mitad de bueno que él, y tampoco era algo que me apasionara; pero, lo de probar la comida y juzgarla, esa era mi verdadera pasión.

En mi cara tenía colocada una gran sonrisa porque sabía que dentro de poco alcanzaría el olor que más me gustaba de todos. El aroma que, a día de hoy, cuando me acerco a esa casa, sigo percibiendo: el olor indescriptible de que mi abuela estaba haciendo de comer.

Tocaba el timbre y escuchaba la risa de mi abuelo. Extraño su risa, nadie sabe cuánto la añoro. Me abría el portal y yo subía rápido. Siempre me recibía él, con su sonrisa y sus brazos abiertos mientras decía: «¿Sabes qué hay para comer?». Y reía mientras le recitaba los ingredientes que olfateaba en el aire.

A veces me paro en su portal y lo huelo, pero no son más que meros recuerdos que guardo bajo llave, porque ya no está. Hace tiempo que ya no está, pero eso no me impide recordarlo, no me impide oler, y no me impide sonreír, porque aún conservo su risa en mí.

Recuerdo esas vivencias mientras camino por su calle y alcanzo el portal donde vivían mis abuelos. Un sentimiento de tristeza y alegría me inunda. ¡Los echo de menos a cada paso del camino! Seguro que tendrían algo que decir con respecto a Kenzie, pero ahora ya no solo recuerdo esos juegos infantiles o la sonrisa cómplice de mi abuelo al abrir la puerta. También resuena el adiós de Mackenzie, cómo dijo que no quería saber nada de mí después de descubrir la verdad.

No consigo alejar de mi cabeza la imagen de ella, de su rostro compungido, de sus palabras, de su rechazo. Del dolor instalado en sus ojos y de cómo se mordía el labio inferior para no llorar, pero era imposible controlar las lágrimas.

Capítulo 26

Imagine Dragons - Bad liar

¿Recordáis que os dije que me atraía el hecho de que Noak fuera un enigma sin resolver? Pues he dado con la solución y sale: un hijo de perra, un corazón roto y millones de lágrimas que se niegan a ser retenidas.

No quise curiosear, nada más lejos de la realidad. Me desperté cuando escuché el agua correr en el baño y bajé con una sonrisa en los labios para preparar el desayuno. La sorpresa me la llevé yo al llegar al salón y distinguir en la pantalla de su portátil un correo de Will que decía que me tenía que contar la verdad, y ya no pude evitarlo. Indagué hasta darme de bruces con la realidad. Una parte de mí lo hizo porque esperaba encontrarse con la confesión que no pudo pronunciar anoche. Ilusa.

Soy estúpida.

Ni siquiera pudo corresponderme. ¿Cómo iba hacerlo cuando se reía de mí a mis espaldas?

«Mackenzie, eres un caso perdido. Tuviste que enamorarte de la persona más inadecuada de toda Suecia».

¿Por qué no dejó de verme? ¿Por qué continuó con esta farsa? ¿Por qué me llevó a Vaxholm e hizo que cayera rendida a sus pies? Tantas preguntas que rondan por mi cabeza y ni una sola respuesta.

Ha pasado un día desde que me marché de su casa y sé la verdad sobre mi mierda de relación. Sí. Mía, porque él no estaba involucrado en nada salvo en mentir. Y, a pesar de todo, no puedo dejar de quererlo. En los libros que leo, o en las películas que suelo ver, enseguida la protagonista se recompone y sale a comerse el mundo, pero yo no soy así. Me es imposible. A mí me escuece. Mucho. No se me apetece salir y mucho menos a ligar, porque es Noak.

¡Cerdo!

Me visto para ir a trabajar con poquísimas ganas. Me abrigo bien; fuera nieva y me recuerda a cuando bailé con él. A cuando me enamoré de él.

¡Maldita nieve!

Me pongo mis pantalones marrones térmicos y una blusa morada de manga larga con un suéter a juego. Antes de salir de casa, me pongo mis botas de agua moradas, mi plumífero negro y un gorro para protegerme las orejas.

Espero el bus en la parada que hay justo detrás de mi casa mientras maldigo en silencio por no poder ir caminando. Odio la nieve. Ya sé que dije que me encanta, pero actualmente mantengo una relación de animadversión con ella.

Alcanzo mi estación, que está a pocos metros del restaurante, y lo reconozco a lo lejos. La herida aún está abierta y pica. Duele verlo. Me quema que el corazón brinque en mi pecho al distinguirlo entre tanta gente. Siento una punzada en la barriga y no atino a respirar.

Me acerco a él, decidida a ignorarlo y entrar a trabajar, pero su mirada me paraliza. Está triste, se le nota, y es absurdo negarlo. Percibo los surcos negros bajo sus ojos, supongo que no ha pegado ojo, como yo, y se le ve inquieto. Pero es la profundidad de esos ojos, que me transmiten más de lo que dice, lo que consigue que me quede frente a él.

Estoy perdida.

—Kenzie, perdóname —expresa tras varios segundos en silencio—. No fue mi intención hacerte daño ni ocultarte a qué me dedico...

—Lo hiciste. Y, por lo que pude leer, fue a propósito, que es lo que más me duele —lo interrumpo, incapaz de escuchar más mentiras—. Si me lo hubieras dicho, habría discutido, me habría defendido de tus críticas, pero podríamos tener una oportunidad. O no. Nunca lo sabremos. Pero lo que sí sé es que no pienso perdonarte, porque me has mentido de manera deliberada. Has hecho que me enamore de ti, que te lo declare, para después descubrir que eres un farsante.

—Déjame explicarme. ¿Podemos hablar cuando salgas del trabajo?

—No.

—Pienso quedarme aquí hasta que hables conmigo.

—Buena suerte. —Intento pasar a su lado para entrar en el restaurante, pero me agarra con una de sus manos y me frena en seco.

—Kenzie..., por favor... Necesito que sepas la verdad.

—¿Y cuál es?

—Que... yo... —Pasa su mano libre por el pelo y acaba en sus labios; se muerde el pellejo y me odio por fijarme en esos detalles—. Te... Lo que trato de decir es que... —Se calla, y no lo soporto más.

—Me alegro de que no seas tan cínico para seguir engañándome y simular que me quieres. Adiós, Noak.

Evito llorar. En mi lugar de trabajo no, me niego, y menos por él. Agnes se da cuenta enseguida de que algo va mal, pero me da la tregua que le pido en silencio. Aunque sé que, cuando terminemos la jornada, me machacará a preguntas.

Trabajo duro, no descanso, no quiero pensar. Me quedo la última en el restaurante, cierro por dentro y regreso a la cocina, el lugar perfecto para evadirme. Intento concentrarme en lo que tengo entre manos, pero no lo consigo. Una y otra vez, mi mente rememora la farsa de Noak.

¡Joder!

Tiro los cacharros por la cocina y me apoyo en la pared dejándome caer, y sostengo la cabeza entre las rodillas. ¿Por qué? Le di la oportunidad de hacerme daño y no dudó en ensañarse. Escucho que alguien toca en la puerta, pero lo ignoro; temo que sea él, y no me apetece verlo. Seguro que tiene la poca vergüenza de seguir mintiéndome.

Al fin, deajo escapar mis lágrimas, cansada de fingir. Me hizo daño, me duele, y necesito llorar para aliviarme de una u otra manera. Oigo la puerta de atrás del restaurante abrirse y me quedo paralizada en la misma postura, sin moverme, rezando porque no sea Noak.

Alguien se acerca a mí y me pone una mano en la cabeza, me da cariño y me dice palabras reconfortantes. Es Agnes. Mi amiga. Y le agradezco que esté a mi lado. Necesito desahogarme, que me explique qué he de hacer. O que me dé un motivo para perdonarlo, porque yo no lo encuentro.

—Cuéntame qué ocurre —indica sentándose a mi lado—. Sé que es por Noak. El pobre está en la puerta esperándote con un frío que pela, y seguro que metió la pata, pero... Todo tiene arreglo, aunque seas incapaz de verlo. Explícame qué es tan grave para que tú estés llorando y él congelándose.

—Él es el crítico.

—¿Qué?!

Le revelo lo que averigüé hace escasas cuarenta y ocho horas. Los correos, la declaración, el chasco tan grande que me llevé, que él fuera incapaz de decírmelo, que yo me inventara una mirada que hablaba por él... Todo.

—¡Madre mía! —exclama cuando termino de contarle la historia—. ¿Por qué no te lo conté cuando lo descubrió? ¿Por qué no te lo reveló en Vaxholm o cuando le confesaste lo que sentías?

—No quiero saber las respuestas, sospecho que me dolerá más que las incógnitas.

—Confíe en él; cuando os veía, erais tan tiernos. Creí que se estaba enamorando de ti como tú de él, pero que erais demasiado cabezotas para reconocer la verdad. Y, en cierto modo, molaba percibir cómo lo descubríais... Pero me siento decepcionada. Como si a mí también me hubiera engañado... ¿Tiene lógica lo que digo? —Asiento. La entiendo perfectamente. Agnes siempre apostó por Noak—. Será cabrón.

Al fin en casa. En mi cama. En mi refugio. Y no echo de menos para nada a Noak. ¿Cómo hacerlo después de descubrir las llamadas perdidas? Aún continúa llamando. Mi teléfono vibra en la mesa, pero estoy agotada. No dispongo de fuerzas para otra charla. Ha sido un día de mierda, y el único capaz de conseguir que vaya a mejor es el culpable de ello.

Me sorprende al comprobar que mi móvil deja de agitarse como un loco. Debe de haberse cansado. No solo ha insistido en hablar conmigo de mil maneras, y me ha atormentado tanto en el restaurante como con las miles de llamadas, sino que me ha dejado escuetos WhatsApp.

Noak

Perdóname.

Aprieto la tecla «borrar» y miro el siguiente.

Noak

Mis sentimientos son sinceros, pero no te los confesaré hasta que me perdones. O no me creerás.

El mensaje acaba en el mismo lugar que el anterior, y en el mismo sitio donde deben estar sus mentiras.

Noak

Kenzie, no quise hacerte daño. Lo hice muy mal, fatal, lo sé. Soy consciente de ello y lo estoy pagando. Pero no te alejes de mí. No me dejes. Por favor. Te necesito conmigo, en mi vida.

Guardo ese mensaje. No me explico por qué, pero no lo elimino.

A la mañana siguiente, recibo la noticia de que en tres semanas he de ir a Boston para una cita rutinaria con la neuróloga. Me alegro, no solo por averiguar lo que me tiene que decir (seguro que son cosas buenas), sino también porque veré a mi familia, a la que extraño mucho, y a Susan. Requiero de una charla con ella, que me abra los ojos. Y con mi Adrianne, que es la sinceridad personificada. Si entre las dos no me espabilan, no sé quién lo conseguirá.

Mi móvil vuelve a vibrar.

Noak

Anoche te eché de menos. Es muy complicado dormir cuando no

estás a mi lado. Habla conmigo. Todo tiene solución,
¿recuerdas? Siempre nos quedará Vaxholm.

«Eso era antes de saber que te reías de mí, maldito sueco engreído». Lanzo mi móvil a la cama,
furiosa. Cabreada con él. Enfadada conmigo. No me deja olvidarlo, y yo no me lo permito.

¿Se puede ser más idiota, Kenzie?

Capítulo 27

PASADO

George Michael - Faith

10 de mayo de 2018.

Ese día, cuando me llevan a planta, recibo la visita de mis suegros y de algunos familiares que, al enterarse de lo que me ocurrió, quieren comprobar que estoy bien y que saldré de esta. Solo que no estoy para visitas: tengo el cuerpo cansado, estoy falta de sueño y pretendo estar tranquila. Únicamente quiero a mis padres, a mi hermano, a Jason y a sus padres a mi lado. Las visitas me ponen más irritable porque no logro dialogar con ellos y la impotencia me mata.

Mi padre insiste en pasar la noche conmigo; le señalo que no hace falta, que prefiero quedarme sola y que ellos descansen en una cama, pero alega que es incapaz de dejarme, que no se queda tranquilo si no está a mi lado.

—P-pa... —intento hablar, sin éxito, cuando son cerca de las dos de la mañana y compruebo que es imposible conciliar el sueño. Me cuesta expresarme, titubeo muchas veces, pero él me indica que solo necesito coger aire y relajarme; que, aunque me cueste, él no se irá a ningún sitio hasta que termine de hablar—. Pa-papá, ¿qué... —gruño frustrada— me pasa?

—No lo sé, Kenzie. —Se pasa las manos por la cara y emite un gran suspiro, cansado.

Me está mintiendo, lo sé, y lo más probable es que lo haga para protegerme. Pero es mi batalla y he de luchar sabiendo todas las consecuencias. Él es así, se cree que ocultando las cosas nos evita un daño peor, pero exijo estar al corriente de qué me ha sucedido. Y, además, él tiene las respuestas porque lo escuché hablando con la neuróloga.

—Mentira. Oí, tú y médico...

—Kenzie...

—Papá —lo interrumpo—, t-tú sabes. Dí-melo —insisto.

—Se te rompió la carótida. Aún no saben por qué, si es por problemas genéticos, o si es a causa de cargar mucho peso sobre tu cuello... No lo sé, pequeña. Algunas cosas suceden sin más y no hay respuestas para ello.

—¿Y? —le apremio al ver que se calla.

—Sufriste un ictus. Al tener rota la carótida, no te llegaba la sangre a una parte del cerebro. Y aún tienes un trombo, consecuencia de esa fractura, que están tratando de disolver con esto de aquí. —Señala una jeringuilla enorme que conecta directamente con mi vena—. Es heparina, y lo que hace es licuar la sangre.

—Lado de'cho... No responder. —No sé cómo mi padre es capaz de entenderme, porque no consigo pronunciar una frase decente—. Por i'tus —termino la frase como buenamente puedo.

—Sí.

—Y m-m-mi fui... —Me maldigo por no ser capaz de terminar una frase.

—Tranquila, respira. Piensa lo que vas a decir y, cuando estés segura, dílo, no hay prisas.

—Cons-consciente de todo, yo fui por i'tus.

—Así es.

—¿M-ma, Luke... o Janson lo sa'en? —pregunto entre titubeos; cada vez me está costando más conversar.

—Saben la razón por la que te tuvieron ingresar, pero no conocen lo que me explicó tu médico. La neuróloga me comentó que es posible que te queden secuelas el resto de tu vida, pero si algo me has enseñado es que eres fuerte y vas a poder con lo que te echen. Por ello prefiero ahorrarles el disgusto.

—Gr... Gracias.

—Gracias a ti, Kenzie. Por ser mi hija, por sobrevivir como te pedí, y ser valiente para enfrentarte a la vida con una sonrisa.

—M-media. —Señalo mi cara para que vea a lo que me refiero y consigo hacerlo reír.

La noche se me hace interminable, apenas duermo y, cuando lo consigo, sueño con que mi mano responde a mis órdenes. Me despierto para comprobarlo y me llevo un chasco tremendo. Mi lado derecho continúa sin hacerme caso, aunque haya recuperado un poco el habla, y me preocupa. Mi padre insiste en que vaya a mi ritmo, que no me meta prisas; pero lo necesito, aunque sea elevar la pierna. Mantenerla en alto el máximo posible para después comenzar a caminar. De la mano ya me encargaré cuando logre andar.

A las siete de la mañana aparece una enfermera para comprobar mi temperatura (al menos no me ha subido la fiebre, solo me faltaba) y aprovecha para echarle un ojo a la heparina y a los cables que tengo pegados al pecho.

Una hora más tarde emergen dos compañeras más para sacarme sangre y analizarla. Nunca me ha importado que me saquen sangre, no soy de las que se desmayan o montan un drama. Y, cuando me dan un zumo de melocotón, me percató de que llevo dos días sin comer. ¿Cómo no me había dado cuenta? «Porque te dio un ictus, Kenzie, por eso».

Sobre las doce del mediodía recibo la visita de la neuróloga, que tras estudiarme me habla sobre las posibles consecuencias.

—¿Eres consciente de lo que te paso? —Muevo la cabeza de arriba abajo, en gesto afirmativo —. ¿Y sabes los efectos que puede acarrear? Hay secuelas que son visibles y otras que no lo son, ¿te lo han explicado?

—N-nadie con-migo hablar.

—Tranquila. —Me acaricia el pie derecho en gesto tranquilizador y le sonrío. A mi lado se mantienen mis padres, mi hermano y Jason, que atienden a la neuróloga con caras demasiado serias, y estoy aterrada. Mucho. No quiero verlos así, porque saldré de esta y no hay más que hablar. Por muchas secuelas que pueda tener, no voy a pensarlo o me hundiré más—. Has sufrido un ictus cerebral. Ello conlleva muchas consecuencias negativas, como que no recuperes la movilidad de tu cara, que sigas sin poder hablar, en cuyo caso te derivaremos a un logopeda, o que recobres la movilidad de tus extremidades, pero no del todo. Tal vez no dispongas de fuerzas y pierdas el equilibrio de forma habitual, por lo que necesitarás rehabilitación, y lo mismo ocurre con la mano. —Jason comienza a llorar y se abraza a mí con fuerza. Lo acaricio con mi mano izquierda para que sepa que estoy bien, que eso no me va a ocurrir, que son posibles secuelas, pero que no es seguro. Luke se abraza a mi padre, no quiere que lo vea, pero sé que está llorando como mi marido.

—No pasar a mí —afirmo, demasiado segura de mí misma, con Jason aún abrazado a mí.

—Mantengo la esperanza de que así sea, pero las posibilidades de que tengas algunas de las que te he enumerado son muy elevadas. También has de ser consciente de las secuelas psicológicas; has pasado por mucho en muy poco tiempo y a lo mejor te ocasiona depresión o cambios repentinos de humor. ¿Lo entiendes, Mackenzie?

¿Que si lo entiendo? Claro que soy consciente de lo que me dice, claro que comprendo las consecuencias de lo que he vivido, la gravedad de la situación, pero me da pánico pensar en ellas. Me da terror perder la movilidad de mis extremidades o de mi rostro; me da pavor no poder mantenerme por mí sola y por ello no quiero especular en que me pueda ocurrir. Saldré del hospital como si no hubiera pasado nada. Recobraré el habla y ganaré mayor estabilidad en mi cuerpo. Y por supuesto, me marcharé por mi propio pie.

Esa noche, de nuevo a solas con mi padre, decido confesarme y contarle mi verdadera situación.

—Pa-pá —comienzo a decir—, no ser ab-oga..., ser chef.

—Ya lo sé, Kenzie.

—¿CÓ... cómo? —pregunto perpleja.

—Susan nos lo dijo. Estaba tan agobiada con lo que te sucedió que se sintió culpable y nos lo contó. No pienses que te traicionó, porque no lo hizo. Lo que no entiendo es por qué no nos lo explicaste tú.

—N-n-no —intento tranquilizarme y repasar lo que deseo decir antes de hablar—. No quería decep... decepcionaros.

—Jamás podrás desilusionarnos. Sé lo que quieras ser, siempre estaré a tu lado y siempre te apoyaré.

—¿Sabes de Jason? —sondeo entre titubeos para estar al corriente de hasta dónde le contó Susan.

—Eso es evidente para cualquiera, hija. No hace falta que nadie me confiese que dejaste de amar a tu marido.

Lo miro entre feliz, orgullosa e inquieta; una mezcla de sentimientos se acumula en mi interior, pero sin duda predominan la felicidad y la tranquilidad. Siento que he soltado un gran peso. Al fin me siento libre.

—Papá. —Al ver que es imposible dormir, igual que la noche pasada, decido hacer una cosa, pero necesito su ayuda.

—Dime.

—Quitar cables y caminar un poco.

—¿Cómo? ¿Te ves con fuerzas para sujetarte? ¿Estás segura?

—No acomodarme por ictus. Si no andar, nu-nunca pierna recuperar.

—Ay, Kenzie, tu madre nos mata como se entere de esto —dice, pero me aparta los cables.

—No saberlo. Si sale..., presumir de mí. ¿Quién camina... al día dos de ictus?

—Nadie, solo tú. Vamos, guerrera, te ayudo. —Me ayuda a levantarme de la cama y me apoyo con mi brazo izquierdo, para que controle mi peso.

Cuando salgo, una enfermera me pregunta si estoy segura, y le contesto que solo haciéndolo lo sabré. Para mi asombro, me sujeta por el brazo derecho. Los enfermeros y enfermeras de la planta me miran alucinados cuando consigo dar varios pasos; en realidad recorro el pasillo a paso de tortuga, pero para mí es un gran logro. Puedo tachar de la lista el conseguir andar. Ahora vamos

con la mano. Porque, querido ictus, has de saber que a testaruda no me gana nadie.

Los días pasan y cada vez me encuentro mejor. He recuperado el habla. Me levantan a las siete de la mañana para medirme la temperatura. Mi padre y yo aprovechamos esa hora muerta para ejercitar el brazo y la pierna; y cada vez los muevo un poco más, para orgullo de mi padre y mío, por supuesto. Me sacan sangre a las ocho, lleno varios botes casi cada mañana; después de desayunar, les toca el turno a los neurólogos y a los psicólogos. Me hacen calcular sumas y restas (esto es lo que peor llevo, se me ha olvidado por completo). Me formulan cuestiones de mi día a día, me obligan a aguantar en alto el brazo y la pierna, a leer; después me preguntan sobre lo que he leído, me hacen pruebas en el cuello para comprobar cómo va la carótida. Y, cuando se marchan, parto hacia la cafetería. No consigo estar me quieta; no porque me vea con fuerzas, que dispongo de pocas, sino porque soy de las que piensan que, si no haces un esfuerzo, si no te superas a ti misma, jamás podrás vencer.

Ese día recibo la visita de mi prima, que solo con verme comienza a llorar. Hasta ahora no me ha visitado porque lo exigí expresamente; no quería estar tumbada y sin poder conversar. Cuando tuve energías suficientes, mis padres se lo comunicaron a los familiares, y mi prima Adrienne tardó cinco minutos en venir.

—¿Cómo estás? —pregunta entre lágrimas.

—Bien, lo peor ya pasó —señalo para calmarla—. Estate tranquila, que llego a los treinta —comento para hacerla reír.

—¿Cómo logras estar así? ¿Cómo tienes esa amplia sonrisa tuya después de lo que has pasado? Envidio tu fortaleza, prima.

—¿De qué me sirve llorar? ¿Enfadarme? ¿Cagarme en mi existencia? De nada. Era algo que me tenía que pasar, y agradezco muchísimo el momento en el que me ocurrió; porque, si llego a estar sola, no lo estaría contando.

—Te quiero —dice, y me da otro gran abrazo—. Tienes que ver cómo están tus padres de orgullosos, y Luke ni te lo imaginas: está entusiasmado porque vas a ser chef y lo vas a sacar de la crisis.

—No sabes el peso que me he quitado de encima.

—Me imagino. ¿Y qué pasa con el curso que hiciste, ese que ganaste?

—No lo sé, me imagino que cubrieron la plaza al ver que no aparecía por ningún lado, pero ya me preocuparé por eso. Ahora somos mi salud y yo.

—Tienes razón, es hora de pensar en ti, de cuidarte. Me imagino que estarás de baja laboral y, cuando te den el alta, ya pensarás qué hacer.

—Buenos días —nos interrumpe un enfermero—. ¿Eres Mackenzie Spectre?

—Sí —digo, menos segura de lo que querría.

—Tienes que acompañarme. —Señala la silla de ruedas que lleva consigo—. Tienen que hacerte otro escáner.

—¿Quieres que vaya contigo? —demanda Adrienne.

—No te separes de mí —le suplico.

Mis padres se marcharon en cuanto vieron a Adrienne: mi padre, a descansar; y mi madre, a recoger ropa para mí. Mi hermano está trabajando, al igual que Jason, así que solo está ella y preciso que esté conmigo. No soporto este tipo de pruebas, me recuerdan a cuando estaba convulsionando y me decían que me estuviera quieta. Está todo muy reciente y fresco en mi memoria.

Estoy con pruebas hasta las tres de la tarde, pero siempre tengo una mano amiga a la que aferrarme cada vez que me asusto o me entra el pánico. Me hacen una resonancia, una ecografía del cuello y varios escáneres, uno de ellos con contraste, y siento un calor terrible que me recorre de pies a cabeza.

Me dejan en mi habitación con mi prima. Mis padres están esperando junto a mi hermano y Jason, que nada más salir del trabajo vinieron a verme.

—¿Cómo salieron las pruebas? —pregunta el asustadizo de Luke. Él es el mayor de los dos, siempre me protege y me cuida, y sé que le he dado un susto difícil de superar.

—No me han dicho nada, me hicieron las pruebas y me dejaron aquí.

—Estoy cagado —comenta mi hermano.

—Tranquilo, que seguiré jodiéndote una temporada más.

—Mackenzie —dice una voz a mi espalda. Me giro y veo que es mi neuróloga—. He pedido que te hicieran varias pruebas; si va bien, te daremos el alta entre mañana y el lunes.

—Gracias a Dios —suelta Luke. Le sonrío, y la neuróloga hace lo mismo.

—Mañana hablamos sobre los resultados.

—Vale. —La veo marchar y elijo ese momento para sacar lo que he llevado dos semanas dentro. Comienzo a llorar porque al fin volveré a casa. Me espera una larga recuperación, una intensa charla con Jason y decidir mi futuro. Pero me he librado de una buena.

Capítulo 28

PRESENTE

Sin Bandera - Que lloro

Me niego a perderla.
Rechazo la idea de que prefiera estar sola.
Aun cuando la engañé.
No puedo alejarme.
La quiero.
¿Por qué no habla conmigo?
Me evita y huye despavorida.
¿Qué hago?

La echo de menos. Desde el maldito día en que se marchó de mi casa, la extraño a cada instante. No sé cómo conseguir que hable conmigo. Ni las llamadas, ni los mensajes, ni esperarla en el restaurante o en su casa dan resultado y me empiezo a impacientar. He de explicarle por qué actúe mal, por qué me empeñé en no sentir nada por ella, que no me di cuenta de la verdad hasta que me lo confesó.

Anhelo que no sea tarde.

Después de varios días de ausencia, decido hacer acto de presencia en el trabajo. Pido un café y un bollo de arándanos para llevar antes de entrar en las oficinas. Aguardo al ascensor y le doy un gran sorbo a mi café. Cierro los ojos y lo degusto. Se abren las puertas y me topo de frente con mi amigo.

Son las siete de la mañana; no esperaba enfrentarme tan pronto a él. Pensé que hasta media mañana no lo vería, pero la vida tiene otros planes reservados para mí. Ideas que se basan en cagarse en mi existencia.

—Buenos días —expresa con su gran sonrisa—. ¿Has comprado café para mí?

—No sabía que estabas en el despacho, es muy temprano.

—Es que últimamente trabajo por dos. —Agacho la cabeza y hundo los hombros. No tengo fuerzas para excusarme o pedir perdón—. Noak, ¿qué ha pasado? —pregunta serio y sin ápice de humor en su voz.

—Me ha dejado.

—Mierda. Me pido un café y voy a tu despacho para que me lo cuentes. —Asiento y me subo en el ascensor.

Parezco un autómatas, una especie de robot programado para realizar una tarea, pero que no tiene ni idea de lo que está haciendo. Me dejo caer en la silla, sin fijarme a mi alrededor y sintiendo cómo mi pecho se vacía cada minuto que estoy sin ella.

Fui un cabrón, lo entiendo. No hice caso de los consejos de mi amigo, no aproveché las oportunidades que tuve para decirle quién era, pero su silencio me hace más daño que ninguna otra cosa. Prefiero que se plante en mi puerta a gritarme, que pueda comprobar que está cabreada

y que lo exprese, pero su silencio es desgarrador. Me mata. Siento que no me va a perdonar, y ser consciente es una tortura.

—Bien —comienza mi amigo nada más atravesar la puerta. Se sienta frente a mí y me mira a los ojos—. Mackenzie se enteró, ¿no?

—Sí —reconozco.

—¿Se lo dijiste?

—No.

—Joder, Noak. Eres un cabezota, ¿tanto te costaba reconocerlo? ¿Enfrentarte a ello? No tienes cojones o qué.

—Soy un mierda, no la merezco —admito. Me paso las manos por el pelo, por la cara y apoyo mi frente en el escritorio.

—Explícamelo para que pueda entenderte.

—Confesó que me quería y la traicioné —revelo escueto.

—¿Le correspondiste?

—No fui capaz, no antes de revelarle quién era.

Asiente, un gesto que dice que por lo menos he hecho algo bien, antes de preguntar:

—¿Qué vas a hacer?

—Ni puñetera idea. La llamo y me rechaza; acudo a su casa y no me abre; la espero en el restaurante y me ignora; le mando mensajes y obtengo silencio.

—Noak, desde que viste a Mackenzie sabías que era especial. Tienes por norma explicar tus pautas antes de acostarte con nadie, pero con ella no pudiste. Solo por eso era diferente. Después fuiste rompiendo las reglas poco a poco, y era asombroso advertirlo. Ni tú eras consciente de que lo hacías, pero solo Kenzie fue capaz de sacarte de tu zona de confort. Te retaba, te tentaba, y a ti te encantaba. —Sonríó al recordarla y la añoro. Un sentimiento de tristeza se instala en mi pecho, ¿cómo no me di cuenta antes? Adoro y extraño esa sonrisa capaz de iluminar el cielo oscuro de Estocolmo—. ¿Y en Vaxholm? Veros juntos era una maravilla. Dos personas enamoradas, empeñadas en pensar que era solo sexo, y que se compenetraban a la perfección. Entiendo que quisieras creer que era como la cabrona de tu ex, que no quisieras reparar en lo que sucedía, que te empeñaras en que era físico, pero va siendo hora de que hagas algo si no quieres perderla para siempre.

—Quiero volver a bailar bajo la nieve —admito.

En el fondo me doy cuenta de que es verdad: solo ella es capaz de sacarme medio en pelotas y conseguir que baile cuando hay tormenta. Y me encanta. Y volvería a hacerlo mil veces si eso significa que permanece a mi lado.

—¿Qué? —pregunta extrañado—. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, tienes razón. Me empeñé en creer que era como Cathrin, en que solo quería el placer que le daba y no me di cuenta de que estaba loco por ella. Ella es única. ¡Joder! Fui un idiota y lo estoy pagando, pero pienso recuperarla. Ni siquiera sé cómo logré que se enamorara de mí, no me la merezco, estamos de acuerdo. Pero soy un maldito egoísta y la reconquistaré. Quiero que vuelva a mí; pretendo cuidarla, recibir su sonrisa a diario, despertarme entre sus brazos; deseo consolarla cuando tenga días de mierda y no pienso volver a hacerle daño. No de manera intencionada. Meteré la pata, muchas veces, pero estoy enamorada de ella, joder, ¿no es suficiente?

—Menos mal, ya era hora de que espabilaras.

—Ella consiguió que bailara bajo la nieve, ¿sabes? Solo ella es capaz de que cometa esas locuras que en el fondo me encantan, pero solo si se mantiene a mi lado. Temo que no vuelva y me convierta de nuevo en una persona que no ve más allá de sí misma. —Me pongo en pie y me paseo de arriba abajo, seguido por la mirada de Will.

—Tranquilízate, olvídate de que la vas a perder.

—Pero...

—Noak —me interrumpe—, ella te quiere. Le hiciste daño; pero está enamorada de ti, y tú de ella. Lo único que importa es que os queréis. Busca la manera de recuperarla; si es necesario, llega tarde al trabajo porque Kenzie está abrazándote, y haz que regrese al grupo para poder burlarnos de ti.

—No será fácil —reconozco, sentándome en la silla que hay al lado de mi colega.

—¿Desde cuándo te atrae lo sencillo? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Nunca me ha gustado.

—Exacto. Cúrratelo, ella merece la pena. —Se levanta y me vuelvo a sumir en la soledad de mi despacho.

Le daré un tiempo para que se tranquilice y se dé cuenta de que no soy tan malo como parece. Que me dé la oportunidad de explicarme. La otra opción es cogerla entre mis brazos, llevarla a casa de mis padres y encerrarla hasta que esté dispuesta a escucharme.

Espero no tener que utilizar la segunda opción.

Deseo que me crea.

Y anhelo que me siga queriendo.

Capítulo 29

Pearl Jam - Sirens

Estoy cabreada, y no porque Noak me haya engañado, sino porque ha desaparecido. ¿Cómo es que me molesta que haya cumplido con mis deseos? ¿No era lo que quería? Hago la maleta furiosa, metiendo la ropa de malas maneras. Lanzándola sin mirar.

Ni una señal. Ni un mísero mensaje.

Intento, sin éxito, olvidarme de él por un segundo. He de terminar y recoger la casa antes de las cuatro de la mañana, y por el camino que voy me espera una noche movidita.

Antes de comprar el billete hablé con Roberto; necesitaba su permiso para ausentarme del restaurante unos días, pero me expresó que no pasaba nada. Es un detalle que arreglamos antes de que me contratara: yo quería seguir con los neurólogos que me trataron desde el principio y él lo entendió. El problema es que después de lo que pasó con la crítica no sabía en qué punto nos encontrábamos. Pero me dio tranquilidad y confianza y me dijo que no me preocupara, que el segundo chef se encargaría, siempre bajo su estricta supervisión.

Me marchó una semana, de domingo a domingo, pero son siete días que estaré con mi familia. Disfrutaré de su compañía, sentiré el calor de casa y dejaré de lado al estúpido sueco.

«Repítetelo, que a lo mejor te lo crees».

En mi casa siguen sus cosas, no ha venido a recogerlas, y soy tan estúpida que me he puesto su camiseta de dormir, como siempre, porque conserva su olor. Dudo entre llevármela o no. Me la dejo puesta. Se supone que aprovecharé esos días para olvidarme de él en este viaje, y atesorar su aroma no es la mejor manera.

Dejo listo lo que me llevaré a Boston y me meto en la cama. Mañana me espera madrugón del bueno.

El despertador de mi reloj Fitbit comienza a vibrar en mi muñeca. Apenas he dormido cinco horas seguidas. Cojo la maleta por el asa y salgo de mi estudio para pillar la línea verde del metro. Paro en T-Centralen, y de ahí ando por el interior, hasta City Terminalen.

Observo el horario del Flygbussarna, el bus que me lleva hasta el aeropuerto de Arlanda, y compruebo que ando muy bien de tiempo. Prefiero esperar en el aeropuerto a que el avión se marche dejándome en tierra. Encima, he de hacer escala en Ámsterdam, o sea que aterrizaré en Boston, ente pitos y flautas, cerca de las cinco de la tarde.

Subo al bus y me dejo caer en el primer asiento tras la segunda puerta, al lado de la ventana. Me pongo los cascos y me pierdo en el paisaje. Echo un vistazo al móvil. Nada. Sigue como hace dos segundos, o hace una hora, como anoche y como la semana entera. Sin mensajes de él.

Al fin, aterrizo en Boston. Mi familia, mi hogar, mis amigos, el lugar que tanto añoro. Cruzo las puertas de salida del aeropuerto y empiezo a llorar cual enana. Me reciben los gritos de alegría de mis padres y mi hermano. Joder, cuánto los quiero. Recorro el espacio que nos separa y me lanzo hacia ellos.

Estoy en casa, con amor del bueno.

—¿Cómo estás? —quiere saber mi hermano.

—Contenta. Tenía ganas de veros.

—Y nosotros a ti —comenta mi padre, quitándome la maleta y dirigiéndose al coche.

Mi madre y yo nos quedamos rezagadas. Ella no va tan rápido como Luke y mi padre, y la conozco: sabe algo y tiene mucho que decir al respecto.

—¿Qué te pasa?

—Nada —indico en un vago intento por disimular.

—Mackenzie Spectre, soy tu madre y sé que te pasa algo. Tu mirada está apagada, y aunque intentes esbozar una sonrisa para engañar a los dos cafres de delante, a mí no me engañas. ¿Es por ese chico?

—Sí.

—¿Te trató mal?

—No. —Me habría encantado decirle que sí, pero la verdad es que me ha tratado muy bien.

—¿Te hizo daño? —continúa mi madre.

—Mucho —admito, pero esta vez sin soltar ni una lágrima. Bastantes he dejado escapar por él.

—¿Tiene solución? —insiste.

—Creo que no.

—Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque no has cerrado la puerta al perdón.

Nos mantenemos calladas cuando alcanzamos el coche y nos subimos.

Hacemos unas pizzas para cenar. Nos reímos juntos, en la mesa de la cocina, y después ponemos una película en el salón. Cerca de las diez de la noche, me acuesto. Estoy reventada del día de hoy y el viaje me ha dejado exhausta. Me meto en la cama, con el olor del suavizante que utilizan en mi casa, y enseguida extraño a Noak. No es lo mismo si no huelo a él.

Capítulo 30

Los Ronaldos - No puedo vivir sin ti

Increíble. Se ha esfumado. Se la ha tragado la tierra. He querido ser paciente y darle tiempo; pero han pasado dos semanas, y comenzamos la tercera, y continúa sin querer hablar. Lo que hice tampoco es para tanto. Vale. Lo reconozco, fui un imbécil, pero ¿cómo para no hablarme nunca más?

Me empiezo a inquietar.

Camino por Gamla Stan, su zona favorita. Entro a la tienda Science Fiction Bokhandeln y recuerdo cuando me la encontré de casualidad, mirando una figura de Tintín que compró para su hermano. La ciudad entera me evoca a ella.

La añoro.

Mis pies parecen saber a dónde quieren dirigirse y yo me dejo guiar por ellos. Es una tortura, porque acuden a la llamada de Kenzie. Paro en varias zonas donde la escuché desternillarse (en mis oídos resuena su risa), o donde le robé un beso. Mi mente evoca su inquietud, que poco a poco dio paso al deseo, y rememora una de las tantas noches que pasó en mi casa sin dormir. Nunca dormíamos.

Es un suplicio.

Me es imposible estar en mi casa por su culpa, por su cabezonería, porque anhelo volver a tenerla. Y tampoco puedo deambular por la ciudad que me vio crecer. Me recuerda a lo que tuve y perdí, bueno, lo que no fue mío y nunca lo será.

Sin quererlo, sin yo preverlo, acabo en la puerta del restaurante donde Kenzie trabaja. Es temprano, aún no habrá llegado; sé que suele entrar sobre las once, y decido esperar. Me pido un café, me paro en la acera de enfrente, dispuesto a esperarla. Si ella no está lista para hablar, quizá haya que forzar un encuentro para que al fin lo haga.

Sus compañeros van entrando al local, a algunos los reconozco de verlos con ella, otros me atendieron aquel catastrófico día, pero Mackenzie no aparece por ningún lado.

¿Dónde estará?

Desconozco si tiene día libre. Antes conocía sus horarios, pero no sé si han variado algo; en caso de que sigan siendo los mismos, debería estar ya en el restaurante. ¿Por qué no ha venido? ¿Qué extraño! ¿Me habrá visto y habrá entrado por la puerta trasera? No creo, estoy bien cobijado. Parezco un loco, oculto en un portal acechando la entrada, a la espera de advertirla para darle caza.

¡Me estoy transformando en un paranoico!

Agnes sale móvil en mano y no soporto más la incertidumbre. Cruzo la calle hasta alcanzarla y que me diga qué es lo que ocurre. Necesito saber por qué Mackenzie se empeña en no hablar, si está bien, si me echa de menos del mismo modo en que yo a ella, si me quiere todavía, y si lo podemos solucionar.

Son preguntas que me encantaría hacerle a la propia Kenzie, pero dada su ausencia no me queda más remedio que atosigar a su amiga.

Nada más verme, noto el desprecio de Agnes, que me contempla como si pudiera estrangularme

mentalmente. Encojo mis hombros, incómodo; no esconde su hostilidad. Seguro que Kenzie no me habría recibido de mejor manera.

—Después te llamo —le explica a su interlocutor—. He de matar a una cucaracha. —Cuelga y se cruza de brazos. Su cara es el reflejo de su animosidad—. ¿Qué quieres? —me pregunta.

—Hablar con Mackenzie.

—¿No le has hecho suficiente daño? Ya la jodiste en el trabajo, déjala en paz.

—Agnes... —Odio mi voz cuando pronuncio su nombre, tiembla de impotencia—. Sé que no estuvo bien lo que hice. Debí explicárselo cuando estuve a tiempo, pero temía su reacción, que desapareciera.

—¿Por qué vacilaste? —Su mirada y su tono se suavizan.

—Porque la quiero y pretendía que no se alejara de mí.

—¡Joder, Noak! Te portaste fatal, nos engañaste a todos, y nos hiciste mucho daño con la crítica, pero es tu trabajo y no te culpo por cumplir con él. De lo que sí te culpo es de hacerle daño a Kenzie. Debiste ser sincero desde el minuto uno. Es obvio que la quieres, cualquiera que os viera juntos sabría que estabais enamorados, pero quizás es tarde para decírselo.

—¿Qué quieres decir? —Mi corazón está a punto de hacerme un agujero en el pecho; me tiemblan las manos al escuchar a Agnes; aún no es tarde para nosotros.

—Ella se fue —indica, como si fuera suficiente explicación.

—¿Cómo que se marchó? ¿A dónde? —pregunto alterado—. ¿Por qué no me avisó?

—Porque tú eres la razón de que desapareciese.

—¿Dónde está?

—En Boston.

—¿Qué? ¿Y su sueño? ¿Cómo pudo dejarlo? ¿Qué va a hacer? —Las preguntas me salen a trompicones. No entiendo que fuese capaz de abandonar su vida para regresar a su país. Imposible. Me lo habría dicho, ¿no?

—Tú te cargaste su sueño.

Me quedo desenchajado por su afirmación. Agnes me deja pasmado y entra en el restaurante. Miro a la nada, con las palabras flotando alrededor de mí. Una y otra vez. «Tú te cargaste su sueño».

Se ha ido.

Llego tarde al trabajo tras enterarme de que Mackenzie puso tierra de por medio. Después de ser consciente de que para ella es definitivo. De que ha terminado conmigo. Con lo nuestro. De manera unilateral.

¡Mierda!

A cada paso que doy, mis sentimientos se transforman constantemente. La tristeza da paso a la ira, después a la soledad y a la agonía, para acabar de nuevo enfadado. El ascensor se detiene en mi planta y la sangre burbujea por mis venas.

Estoy cabreado, sin ninguna duda.

¿Cómo ha podido marcharse?

Cierro de un portazo, que retumba en el edificio y hace temblar los cimientos. Mi vida se tambalea igual, Mackenzie me ha dado en todas las narices. Tiro las cosas de mi escritorio, cada vez más enfadado, y pego un puñetazo en la pared de pura frustración.

Will entra en mi despacho y me tranquiliza. En su cara se lee la pregunta que no me ha hecho, y

se lo agradezco. Poco a poco, cedo y acabo sentado al lado de él.

—Me dejó tirado.

—¿Quién? —pregunta mi amigo con absoluta calma.

—Mackenzie, me ha abandonado. Entiendo que le hice daño, pero irse sin darme una explicación, una oportunidad para arreglarlo. ¿Tanto dolor le causé que es capaz de olvidar su sueño? Me lo ha confirmado Agnes. Me dijo que el culpable de cargarse su sueño he sido yo. Ella ha actuado en consecuencia. ¿Tú qué opinas? ¿Tan malo soy? ¿Era necesario estar a kilómetros de distancia?

—No sé qué pensar, Noak. Por supuesto que no eres malo. Pero Agnes no deja de ser amiga de Kenzie y la defenderá a capa y espada; como haría yo contigo, aunque la cagaste. Fue un error, uno que quieres enmendar y... ¡Qué difícil!

—No sé qué demonios hacer. ¿He de acostumbrarme a vivir sin ella? Porque te aseguro que no es fácil. Es muy duro.

—Noak, tú eres el único que puede y debe tomar esa decisión.

—¿Sabes que voy a ir tras ella?

—Sí. Espero que te perdone y que la traigas de vuelta.

—No me moveré hasta que escuche lo que he de explicarle, hasta que se dé cuenta de que me tiene loco, que no puedo vivir sin ella. Y aguardaré hasta que regrese conmigo.

Capítulo 31

PASADO

Incubus - Pardon me

25 de mayo de 2018.

Al final he de pasar el fin de semana ingresada porque aún me queda sangre en la cabeza y prefieren asegurarse de que me dan el alta en perfecta condiciones. En parte lo agradezco; tenía ganas de marcharme, no voy a mentir, pero mejor estar vigilada y rodeada de enfermeros que en mi casa con Jason, que el pobre no entiende nada de medicina.

Además, el viernes por la tarde recibo la visita del médico rehabilitador, que, tras examinarme exhaustivamente, y hacerme mover el brazo y la pierna derecha para todos los puntos y lados posibles, observa que, con un poco de ejercicio en casa, recobraré la absoluta movilidad. Mi padre y yo nos miramos de manera confidente, porque otra cosa no, pero hemos trabajado con ambas extremidades para reponerme lo más rápido posible.

Entiendo también que cada persona es un mundo y tiene una manera distinta de librar esta batalla y hacer frente a la dura reconquista de su cuerpo, y que he tenido muchísima suerte porque, pese a la gravedad del ictus, poco a poco lo estoy consiguiendo. Tengo secuelas, muchas de ellas internas, las más difíciles de sanar, pero también externas. Solo que, para quien no me conoce de antes, apenas se notan. Yo sí que las percibo, y estoy orgullosa de tenerlas y que cada día me recuerden lo que viví y superé. Por ejemplo: cuando llevo un rato hablando, me dan lapsus y se me traba la lengua, e incluso en ocasiones expreso algo distinto a lo que pienso, pero lo corrijo rápidamente. A veces no siento la mano derecha si la fuerza, y lo mismo con mi pierna, pero intento recomponerme sin que nadie lo aprecie. No significa que no tenga miedo, claro que hay momentos en los que creo que no lo lograré, pero intento no pensar en ello.

El lunes ando ansiosa por el hospital; me lo recorro de arriba abajo para buscar a la neuróloga y que me dé el alta. Soy consciente de que no podré hacer nada, que prácticamente tendré que estar quieta como un vegetal, y máxime si aún me queda sangre en la cabeza.

Regreso a mi habitación y me topo con un médico que está hablando con mis padres, con Jason y con mi hermano. Acudo con pasos rápidos por si es el neurólogo sustituto, pero tan solo es el psicólogo, con quien he hablado varias veces. Sonrío de oreja a oreja porque, pese a los miedos que me embargan, quiero estar con los míos.

—Hola, Mackenzie —dice el médico.

—Hola.

—¿Podemos hablar a solas?

—Sí, claro.

Entramos en la habitación y él cierra la puerta para que nadie pueda escucharnos. Me pongo nerviosa y un cosquilleo me recorre al completo. Sé que, en el caso de desarrollar trastornos, como depresión o cambios de humor repentinos, mejor cogerlos a tiempo y que me trate un especialista, pero odio lo que no puedo controlar. Ha sido lo suficiente difícil enfrentarme a

hablar de nuevo, a controlar mis extremidades, como para seguir teniendo que vencer más obstáculos. Y, por lo menos, me recuperé de la inestabilidad de mi cuerpo con esfuerzo y esmero y suerte. Muchísima suerte. Pero si estoy tocada psicológicamente... No sé cómo enfrentarme a eso.

—Cuéntame, ¿por qué estás aquí? —Siempre que nos vemos me hace la misma pregunta.

—Porque me dio un ictus.

—¿Y cómo lo afrontas?

Suele hacer especial hincapié en las mismas cuestiones y me da la impresión de que es para estudiar mi estado mental, asegurarse de que no titubeo. De que estoy bien de verdad.

—Si le soy sincera, no he perdido mucho tiempo pensando en ello ni en las consecuencias. En lo único en lo que he estado centrada ha sido en salir y hacerlo por mi propio pie. He trabajado con mi padre el habla, los movimientos de piernas y manos, y mi rostro ha recuperado su movilidad poco a poco, solo, porque también estaba paralizado. No he pensado en nada más, ni tampoco he perdido mucho tiempo llorando, salvo el primer día; aquello fue una fiesta de lágrimas. —Le sonrío y me la devuelve. Me reconforta y me obliga a continuar—: Soy consciente de las posibles secuelas, importantes, además, sobre todo las que no se ven, y me da miedo pensar en ello. Pero también sé que he de combatir esto de la mejor manera, y es sonriendo y dándole una patada bien fuerte al maldito ictus.

—Ahora entiendo por qué tienes tan enamorada a la planta de neurología —añade sacándome una sonrisa—. Sabes también que el primer año lo más seguro es que las pesadillas te atormenten, o sientas un día que no eres capaz de caminar y que te va a ser difícil estar en la casa en la que te ocurrió, ¿no?

—Lo sé.

—Eres fuerte, Mackenzie. Posees una voluntad de hierro, y digna de admirar, que no se achica con cualquier cosa; pero si necesitas ayuda, del tipo que sea, no dudes en llamarme. Estoy para ayudarte.

—Gracias, lo haré. Si algún día decae mi voluntad, lo llamaré.

—Esperemos que no. —Abre la puerta; mi hermano, Jason y mis padres esperan en la pared de enfrente con caras pálidas. Pobrecillos, menudo susto les he dado, y lo que les queda por aguantar.

Les sonrío, y solo ese pequeño gesto consigue que expulsen el aire que retienen en los pulmones y el color parece volver a sus caras.

—¿Qué tal? —pregunta Jason, aún preocupado.

—Muy bien, parece ser que tengo una voluntad de hierro —contesto guiñándole un ojo y pegando a mi hermano de manera juguetona con los puños—. No os vais a librar de mí, ya os avisé.

—Y nosotros que estábamos dividiendo tu herencia —responde mi hermano para chincharme.

De repente se nos congela risa; la neuróloga, con paso decidido, viene directa hacia nosotros. Y, por unos breves segundos, tengo recelos. Me deshago rápidamente de la sensación. Me va a dar el alta; estaré con mi familia, que me cuidarán y mimarán, y tendré mucha prudencia.

—¿Estás lista para irte a casa? —pregunta sonriendo. Mi familia me abraza con precaución, y me dejan dentro del círculo más tiempo del necesario.

—¡Sí! —exclamo al fin.

—Te voy a dar el alta hospitalaria y, junto con ella —comienza a explicarme—, te doy cita para dentro de tres meses. Además, te pedí hora para el rehabilitador, que sé que te ha revisado,

pero para asegurarnos de que estás bien. Y, si dentro de tres meses veo que te falla el habla, pediremos una con el logopeda. También me confirmó el psicólogo lo que ya sabía: que nada puede contigo. Pero si titubeas o sientes que es demasiado grande para ti, llámanos. ¿Entendido? Y aquí tienes las recetas de los anticoagulantes que te tienes que tomar a diario, y de un protector cerebral; bebe un sobre cada mañana.

—Vale. —No me sale ninguna palabra más. Al fin me marchó a casa.

—Nos vemos dentro de tres meses, Mackenzie.

Vamos juntos a casa de mis padres. Jason se queda a dormir conmigo en mi antigua habitación porque, según mi padre, deben vigilarme día y noche. Nos ponemos los tres, Luke, Jason y yo, una película, y ellos se quedan fritos. Para mí es imposible. Cierro los ojos y me veo en la dichosa cocina del ático, tirada de nuevo, solo que esta vez no hay nadie para ayudarme. Al sentir mi cuerpo paralizado, me levanto con la angustia de que no me responde otra vez, y me toco el brazo y la pierna a la vez que los sacudo.

«Así que a esto se refería el psicólogo. ¡Puf! Un año con pesadillas y sin dormir. ¡Me volveré loca! No me extraña que me ofreciera su ayuda y me dijera que su puerta estaba abierta. ¿Cómo aguantaré sin dormir un año? Eso acabaría con cualquiera».

Doy vueltas en la cama, agobiada por no poder dormir y porque, cuando lo hago, las pesadillas son terribles. Me levanto; no lo soporto más. Y, con sigilo, bajo hasta la cocina. Rebusco las galletas con trocitos de naranja que esconde mi padre por algún lugar.

«¿Dónde estarán? Si yo fuera galleta, ¿dónde me escondería? Madre mía, ¿en serio me acabo de preguntar eso? Pues sí que estoy mal». Me río de mí misma y sigo buscando.

—¿Quieres esto? —pregunta mi padre dándome un susto de muerte. No me lo esperaba y ni lo distinguí cuando entré en la cocina. Está a oscuras en un rincón mientras devora las galletas.

—¡Por fin! —Enciendo la luz y tomo asiento a su lado—. ¿No puedes dormir? —Niega con la cabeza y se come otra galleta—. Yo tampoco, las pesadillas...

—Tranquila, Kenzie, podrás con ellas también.

—Es que me da la sensación de que, ahora que estoy en casa, soy consciente de lo que me pasó. No digo que antes no, pero es más real. Entiendo que me libré de una buena y no quiero volver a verme así de nuevo. Me da pánico sentirlo siquiera.

—Vaya si lo sé. Te entiendo, porque a mí me da pavor que me vuelvan a llamar del hospital para decirme que estás ingresada. No quiero pensarlo, ni siquiera sé cómo he aguantado a tu lado sin derrumbarme ni un día.

—Ha sido duro, ¿verdad? —suelto con un suspiro.

—Mucho.

—¿Tenemos fiesta de pijamas? —pregunta Luke a la vez que se sienta a comer galletas con nosotros—. ¿Una mala noche, peque?

—Horrible. Cada vez que cerraba los ojos volvía a estar en la cocina, sin notar mi cuerpo.

—Te sentí cuando te despertaste frustrada, tocándote por todos lados. Relájate, no dejes que puedan contigo.

—No lo haré.

Seguimos comiendo entre risas y confidencias. Me alegra estar con ellos otra vez, estar de vuelta y ser una nueva yo. Una que valora aún más a la familia, que sabe que tiene que sincerarse más y que tiene a la mejor del mundo. Desde los ventanales de la cocina, advertimos el amanecer;

llevamos más de tres horas sentados, y tanto mi hermano como mi padre tienen que trabajar. Hoy van a estar destrozados; pobrecillos, menuda noche, pero me alegra haberla pasado con ellos.

Una voz cantarina empieza a escucharse más y más fuerte. Nos reímos; mi madre se ha levantado contenta porque nos tiene a los dos de vuelta en casa (hasta que no mejore, mi hermano tampoco vuelve a su casa).

—Buenos días —dice mi risueña madre—. ¿Cómo habéis dormido?

—No hemos dormido —contesta Luke—, pero estamos bien.

La hora de marcharse a trabajar llega, y los dos hombres de mi vida y Jason salen juntos. Mi madre se ha pedido las vacaciones que le debían para no dejarme sola. Nos sentamos juntas en el sofá y buscamos una película en Netflix. Tras mucho chantaje por mi parte y después de jugar la carta del ictus, mi madre me consiente el capricho y pone *La boda de mi mejor amigo*.

Me quedo traspuesta antes de llegar a mi parte favorita, la mítica escena en la que el amigo gay de Julianne le canta. Me encanta esa parte, pero no aguanto el peso de mis párpados y me duermo con la cabeza apoyada en los muslos de mi madre a la vez que ella me acaricia el pelo.

Unos sonidos se cuelan en mi sueño y percibo cómo mi madre se levanta despacio, colocándose con cuidado en el sofá, con miedo por si me rompo.

—¿Cómo está? —escucho decir a Susan en un susurro apenas audible.

—Descansando —contesta mi madre en el mismo tono—. Anoche no durmieron ni ella, ni Luke, ni mi Gregory.

—Me imagino. Dile que, cuando quiera, me llame, sea la hora que sea. Si necesita hablar, que cuente conmigo.

—Se lo diré.

—¡Pasa! —grito desperezándome del todo.

Mi amiga entra como un torbellino y se tira encima de mí, depositándome millones de besos en la cara.

—¡Ay, Mackenzie, me has dado un susto de muerte! —exclama.

—Me estás aplastando.

—¿Estás bien? —pregunta, y se quita de encima de mí.

—Sí, bueno... Todo lo bien que se puede estar en estos casos.

—Te diría que me lo imagino, pero sería mentira: no quiero ni pensar por lo que has pasado. ¡Ha tenido que ser duro!

—Tanto para ella como para nosotros —expresa mi madre con lágrimas en los ojos—. Pero día a día nos sorprendía con su fuerza y sus ganas de reponerse.

—Eres una valiente... Pero, dime, ¿por qué narices no dejaste que fuera a verte?

—No quería a nadie en el hospital, solo a la familia. Me agobiaban las visitas y pedí expresamente que nadie viniera. La segunda semana dejé que viniera mis primas, mis tíos y poco más.

—Estuve a punto de ir para gritarte. Somos amigas, y me hubiera gustado estar contigo.

—Y lo estabas, pero era un momento difícil que necesitaba pasar sola. Asimilar lo que me decían los médicos, en fin. Aunque he sido más consciente ahora; cuando estaba en el hospital solo me quería recuperar.

—¿Y Jason? —insiste la descarada de Susan. Me pongo en tensión y miro a mi madre, pero a ella no parece sorprenderle la pregunta—. Ha estado muy preocupado.

—Lo sé, y ha permanecido a mi lado en cada paso que daba. Pero hay algo que falla, algo no va bien entre nosotros y he de hablar con él.

—Mejor hazlo cuando te recuperes un poco —indica mi madre—. Ha sido duro para todos, y no creo que sea justo que se lo cuentes en estos momentos.

—Cierto, deja que la cosa se calme.

Capítulo 32

PRESENTE

Scorpions - Still loving you

Hoy es el gran día.

En la sala de espera mi madre respira alterada. No se relaja con nada; la única persona capaz de infundir tranquilidad es la neuróloga, y quedan cuarenta y cinco minutos para nuestra cita. La tengo a las once de la mañana y llevamos aquí desde alrededor de las nueve y media. Mi madre me suele acompañar a las visitas médicas; mi padre tragó mucho en la peor época y mi hermano es un histérico en todo lo relativo a mí. Cuando se trata de su hermana pequeña, le apasiona un drama. Así que, como veréis, la mejor opción es mi madre.

No voy a negar que me altero al verla así, pero la entiendo: su niña ha sufrido un ictus, y que se lo recuerden casi cada año no debe de ser agradable. Bastante tienen con acordarse en determinados momentos. A cada instante.

Me levanto para caminar; las piernas empiezan a entumecerse y requieren, bueno, exigen que la sangre comience a circular. Deambulo por el pasillo. Es duro regresar al lugar donde comenzó esta historia. Es violento ver a pacientes haciéndose las pruebas por las que tuve que pasar y revivir ese escenario.

«¡Que pare la función, por favor!», me grito en silencio.

Acabo en la cafetería y me pido un café oscuro; me he acostumbrado a él en Suecia, y por culpa de Noak también. Aprovecho y compro otro para mi madre con dos minibocadillos de queso con salami y aguacate.

Regreso a la sala de espera. Mi madre no ha cesado de mirar la puerta por donde se supone que avisan a los pacientes. Le alcanzo el café y el minibocata y desayunamos en silencio.

Pienso en él. Me encantaría llamarlo y que me calme. Que me cautive con su voz. Que consiga sacarme una sonrisa. Y, cuando saliese de la cita, volver a hablar con él para darle las buenas noticias.

En cuanto entre, solicitaré otro escáner para que comprueben el estado de mi salud mental; porque que siga pensando en él, después de lo que me hizo, es sinónimo de desequilibrio. Se me va la cabeza y no hay otra explicación plausible.

Acabo de comer y me vuelvo a levantar con el café en la mano. Miro a mi madre, que continúa observando la puerta y también se ha terminado el desayuno.

—Mamá, es una visita rutinaria. Estoy bien —indico para tranquilizarla un poco.

—Lo sé, pero me recuerda a cuando estuviste ingresada. Han pasado varios años, pero para mí fue ayer.

La comprendo, me pasa lo mismo: hace poco estaba aturdida reviviéndolo de nuevo.

—¿Quieres llamar a papá? Es el único que consigue apaciguarte, y aún queda para que me avisen.

—¿Seguro?

- Sí, anda. Habla con papá.
- No se te ocurra entrar sin mí, Kenzie.
- No estoy lo bastante loca, mamá.

Se marcha y siento una pequeña punzada. Envidio tener lo que han conseguido ellos. Mi cabeza retorna a aquellos extraordinarios días en Estocolmo. Miro mi móvil frustrada y mi crispación crece. Continúa sin dar señales.

La vibración del teléfono en la mano me saca de mis ensoñaciones y advierto que es Agnes. Sonríe. Está nerviosa.

Agnes

¿Cómo fue? ¿Ya saliste? ¡¡¡Dime algo!!!

Kenzie

Estoy en la sala de espera. En cuanto salga te aviso.

Agnes

Gracias. Te dejo. Algunos trabajamos.

Kenzie

Ja, ja. Claro, tú, sobre todo.

Mi madre reaparece y me sonrío. Al fin. Ya era hora. Menos mal que el cariño de su marido consigue hacerla reír incluso en momentos tan delicados. Me abraza y se sienta a mi lado. Le estrecho la mano y le doy las gracias por acompañarme.

Una enfermera sale y grita mi nombre. Me toca. Es mi turno, y el corazón apenas me bombea. Quiero vomitar. No debería haber comido. Estoy temblando. ¿Cómo es posible? Me sucede en cada visita, es una reacción psicológica, y hasta que no señalan mi nombre no siento esta ansiedad. Pero se ha vuelto a manifestar.

Agarro la mano a mi madre y cruzamos juntas la puerta. La enfermera nos guía hasta el despacho de la neuróloga. En la puerta se para y toca dos veces.

—Mackenzie Spectre —anuncia—. Adelante —nos dice con una sonrisa adorable.

Primero pasa mi madre y yo la sigo. Me aprieto las manos, nerviosa. Acaricio la derecha, una manía que adquirí después de lo que viví y que consigue serenarme. Resoplo. No hay vuelta atrás. Y tomo asiento. La neuróloga está chequeando el ordenador y, cuando posa su mirada en mí, abre los ojos de par en par.

—Estás genial, Mackenzie —expresa con una sonrisa de oreja a oreja—. No sabes la ilusión que me hace comprobar que tu evolución cada vez es más favorable. ¿Te tratan bien en Estocolmo?

—Muy bien, gracias —señalo tímida.

—Está genial en Suecia. Consiguió ser chef de un restaurante superconocido y es feliz, que es lo primordial —alega mi madre.

—Me alegro. Que gusto verte tan bien. ¿Tienes incomodidades en la pierna? La mano, ¿qué tal la manejas? Estuviste practicado caligrafía, si no me equivoco, ¿ha mejorado? ¿Te sigues tomando el anticoagulante?

—Cada día a las seis de la tarde, ¿verdad, Kenzie? —responde mi madre. Sonríe. Es única.

—Sí —confirmo—. La pierna la fuerza más de la cuenta. Suelo ir de mi casa al trabajo

caminando y, a pesar de que estoy acostumbrada, en ocasiones siento que me cuesta tirar de ella.

—Está dentro de lo normal, no te preocupes. —Me sonríe la médica.

—La mano me responde bien; la escritura, genial; pero cuando hace mucho frío, se me entumece y no la siento.

—Tranquila, no te ocurre nada extraño.

—Y, bueno... —manifiesto—, yo me encuentro muy bien.

—Estás muy bien —corroborla la neuróloga.

—¿Verdad? —pregunta mi madre con lágrimas en los ojos.

—He revisado el Doppler; está genial. —Es la prueba que me realizaron hace dos días—. Sigues teniendo el pequeño desgarró en la carótida, pero nada de lo que debamos preocuparnos. Ya sabes: vida tranquila, no hagas sobreesfuerzos, come bien (no quiere decir que no peques algún día), fuera el estrés y la ansiedad, y mímate mucho.

—Muchas gracias, doctora.

—Hasta el año que viene —anuncia con una sonrisa.

—No nos lo recuerde. —Mi madre se la devuelve.

Salimos del hospital y lo primero que quiero hacer es hablar con Noak. Anunciarle que la cita ha ido genial. Que ha sido rutinaria y que no he de regresar hasta dentro de un año. Luego recuerdo lo que hizo y las ganas se esfuman.

Capítulo 33

Rex Orange County, Benny Sings - Loving is easy

A la mañana siguiente quedo con Susan y Adrienne para almorzar. Ambas deciden aparecer en mi casa con comida china y vino para ellas. O lo que es lo mismo: tarde de chicas. Nos ponemos al día: les hablo de la revisión médica, que fue genial; les cuento lo bien que estoy en Estocolmo y omito cualquier cosa relacionada con él. Y, obviamente, se dan cuenta.

Adrienne me mira inquisitiva desde la otra punta de la mesa, y Susan, a mi lado, me vigila sin descanso, diciéndome sin pronunciar palabra que tarde o temprano desembucharé qué me ocurre.

—Cuando quieras —indica mi prima después de servirse más vino y darle un sorbo.

—¿Qué? —pregunto inocente.

—Kenzie, te queremos, nos alegramos de que te vaya bien en Suecia, pero hace siglos que no te vemos. Queremos saber quién es él, a qué se dedica, si es guapo..., típicos detalles sin importancia —comenta mi amiga.

—Él es... —Me quedo callada, sin saber cómo continuar. ¿Cómo les hablo de alguien que ya no forma parte de mi vida?

—¿Qué pasa? —pregunta Susan abrazándome.

—Él es un cabrón que se burlaba de mí mientras yo me enamoraba de él.

—Espera un momento, ¿se mofó de ti? —Adrienne tiene la mirada encendida; si Noak estuviese delante, le partiría la cara.

—Fue quien me hizo la peor crítica, por él estuve a punto de perder mi trabajo, y no dijo nada.

—Pero... —Mi prima y Susan comparten mirada, como si hablaran entre ellas—. En el momento en que salió la crítica, vosotros solo os divertíais, ¿no?

—Debió habérmelo dicho —expongo los argumentos que me he repetido millones de veces.

—¿Has dejado que se explique? —insiste Susan con tacto.

—No.

—Madre mía, mira que eres cabezota. —Mi prima pierde la paciencia muy rápido, y este es un ejemplo de ello.

—Kenzie, ¿por qué crees que se ha burlado de ti? —pregunta mi amiga.

—¿No es obvio? Le declaré mi amor y fue incapaz de corresponderme. Para colmo, al día siguiente leí los dichosos correos con su amigo Will.

—Quizá tiene algo que alegar. Tal vez te quiera con locura, pero se enamoró de ti cuando el daño estaba hecho; a lo mejor está igual de destrozado que tú o tal vez esté retozando con otra. Lo que no entiendo es que no hables con él para aclararlo —indica Susan. La posibilidad de que Noak esté con otra me hace daño, aunque me niego a demostrarlo.

—Me rompió el corazón —aclaro.

—A mí me lo rompen cada fin de semana —declara Adrienne, la enamoradiza del grupo.

—¿Te crees que mi marido tampoco hace este tipo de gilipollices? Constantemente, es un hombre. Pero cuando tengo un mal día, es al único al que quiero acudir; cuando tengo una buena noticia, es al primero al que se lo quiero contar. Me encanta el empeño que pone en hacerme reír o cómo intenta arreglarlo cuando me cabrea. Y, por mucho que en ocasiones desee matarlo, no lo

cambiaría.

Me quedo meditando sus palabras. Cierto es que no nos conocíamos apenas, que solo disfrutábamos de nuestros cuerpos; pero, después, ¿no pudo contármelo? Ni siquiera fue capaz de corresponderme cuando me declaré.

Seguro que a él le da igual, y que la que se está comiendo la cabeza soy yo.

—Llámallo —insiste mi prima—. Dale una oportunidad.

—Me lo pensaré.

Cuando se marchan, las palabras de Susan me atosigan. Él se quiso explicar muchas veces, pero no lo dejé. ¿Por qué? Porque soy una cabezota, y a lo mejor me está olvidando en brazos de otra. Esa posibilidad me aterra; soy consciente de cómo nos conocimos y cómo era él. Pero si está con alguien, entonces es que nunca me quiso, porque yo soy incapaz de hacerlo.

Me acuesto en la cama con el móvil en la mano. Me muero por llamarlo. Antes de hablar con ellas quería conversar con él, pero me merezco una disculpa. Aunque no se lo haya permitido, merezco un gran gesto por su parte. Saber que me quiere. Algo. Lo que sea.

Capítulo 34

Beret - Lo siento

Aterrizo en Boston.

No sé por dónde empezar, ni dónde buscar. Ella me dijo que trabajaba para su padre en una empresa de cosméticos. ¿Habrá vuelto allí? Y... ¿cómo diablos se llama la empresa? Lleva el apellido familiar, lo recuerdo, pero no logro acordarme del nombre. ¡Mierda! Es lo que sucede cada vez que Mackenzie está desnuda entre mis brazos: me puede recitar la Biblia en verso, que apenas presto atención y lo que diga me parece perfecto.

¿Qué hago?

¿Y si miro en Internet?

Claro, ¡soy un genio!

Saco el móvil de mi bolsillo trasero y tecleo: «Empresa de la familia Spectre». Me salen varios resultados. ¡Guau! Desconocía la fama de su apellido, pero es muy conocido, sobre todo por el padre. Montó una empresa de la nada y se fue abriendo un hueco en el mundo de la cosmética hasta que forjó un gran imperio. «Hoy en día es una de las marcas más vendidas entre mujeres y hombres de Estados Unidos —leo en un artículo—; pero, por mucho que Gregory Spectre lo pretendiese, sus hijos decidieron no seguir sus pasos. Mackenzie Spectre lo intentó, pero un duro golpe la ayudó a comprender que no era lo que quería...».

Sonrío al ver una foto de ella con su padre.

Está muy guapa, abrazada a un hombre alto y de mediana edad. La foto logra transmitir el amor que se profesan, y una chispa de celos me atraviesa al instante. Yo la tuve, hasta que metí la pata. Miro la foto de nuevo; la echo de menos. Mis recuerdos con ella no son nada comparados con la perspectiva de volver a verla.

Meto el móvil de nuevo en el bolsillo para no torturarme. Queda poco. Ya he conseguido una dirección, y en menos de veinticuatro horas estaré con ella.

Salgo del aeropuerto y le doy al taxista la dirección de la empresa. Se localiza en el distrito financiero de Boston, donde se mueve el dinero. Cuando me bajo del taxi, no logro entender cómo Kenzie es capaz de preferir esto a Estocolmo. Me encuentro rodeado de enormes edificios. El resto de personas corren, no disfrutan de lo que tienen alrededor, ni siquiera se miran a la cara cuando tropiezan los unos con los otros. Solo piensan en el trabajo y en ganar más y más dinero. ¡Qué horror! Pero, si es lo que quiere ella, me mudaré para estar a su lado.

Entro en el enorme edificio, y un chico de seguridad me da el alto.

—¿A dónde va? —pregunta—. ¿Tiene cita con alguien? —Mira en su libreta con las cejas fruncidas, extrañado de que no le hayan dicho que había citas para hoy.

—¿El señor Spectre o su hija están?

—Er... No, señor. Ninguno de los dos —responde sin añadir nada más.

Joder. ¿A quién más conozco que trabaje aquí? Piensa, Noak. Recapacita. Lo tengo. Su mejor amiga. Es bioquímica, si no me equivoco.

—¿Y Susan? —indago nervioso.

—¿Qué Susan, señor?

—La bioquímica —añado, como si fuera una respuesta de lo más exacta.

El hombre me lanza una sonrisa forzada y coge el teléfono para llamar a alguien. La chica del otro lado pregunta quién es y le doy mi nombre. Me hace subir, al fin.

—Vaya a la planta trece. La señora «Susan: la bioquímica» estará esperando en el rellano.

Me río ante su contestación. Es por los nervios, o es porque he quedado como un imbécil, pero me da igual con tal de tenerla de vuelta.

El ascensor sube despacio, se para en casi todas las plantas; y, cuando al fin alcanzo la mía, creo haber pasado media vida dentro. Me recibe una chica guapa (bastante): pelo negro, ojos claros, piel blanca y unas piernas kilométricas. Su belleza es innegable, pero nada comparada con la de Kenzie. Al lado de ella, la belleza de Susan no está a la altura. La de ninguna, en realidad.

—Hola, Noak. —Me tiende la mano, que acepto casi al instante.

—¿Dónde está? —pregunto sin soportarlo por más tiempo. Nada de «encantado», ni de «al fin nos conocemos», ni siquiera soy capaz de pronunciar su nombre. Estoy desesperado.

—Sin rodeos, directo al grano —dice seria.

—Lo siento —señalo avergonzado.

—¿A qué has venido? —Se cruza de brazos y marca distancia entre ambos.

—Porque sin ella me asfixio. Necesito explicarle que estoy enamorado de ella, se marchó antes de que se lo confesara. Anhele estar a su lado, que me sonría, que... —suspiro, paso mis manos por mi pelo antes de añadir—: Sin ella estoy perdido.

—Me alegro de que Mackenzie te haya encontrado, pero no creo que sea fácil. Está muy disgustada.

—Solo quiero hablar con ella.

Asiente antes de añadir:

—Iba a verla en cinco minutos, hay una fiesta en su casa. ¿Te apuntas?

—¿Me llevarías?

—Por supuesto. Aunque no te lo creas, soy tu fiel defensora.

—Gracias —añado con una sonrisa radiante.

—¡Oh, vamos, Noak! No me pongas esa sonrisa, o seré capaz de abandonar a mi marido y mis hijos.

Me río con ella y la espero en el rellano hasta que termine su trabajo. ¡Menos mal! Su mejor amiga me conducirá junto a Kenzie. ¡Al fin!

El trayecto lo paso inquieto, ansioso, con ganas de verla y temiendo su reacción. Su amiga no para de burlarse de mí. Me indica que esté tranquilo, que no tengo motivos para amedrentarme, pero no estoy de acuerdo. La forma en la que huyó expresa lo contrario. Ni siquiera se despidió.

Susan coge una curva y se adentra en un pequeño camino de tierra. Alcanza una enorme casa blanca y aparca detrás de una *pickup* Ford negra. Me apeo del coche y observo a mi alrededor.

¡Tremenda casa!

La amiga de Kenzie toca la puerta y yo me mantengo a una distancia prudencial. Abre un chico de ojos verdes, cabello castaño oscuro y piel clara (no tanto como la de Susan); su sonrisa me es familiar. Tiene la misma sonrisa que Mackenzie. Sin duda, es su hermano Luke.

—¡Hola, Lucky!

Me río ante el apodo, y él me guiña un ojo con confianza. Le importa un bledo que lo llamen «suerte» y me lo acaba de demostrar.

—Hola, ¿quién es tu amigo? —quiere saber, curioso.

—El novio de tu hermana.

—¿Qué? —exclama mirándonos a ambos, de un lado a otro—. Mi hermana no tiene novio.

—¡Ay, Lucky! Ni que no la conocieras. ¿No la ves más triste de lo normal y yendo como un alma en pena? Es por él.

—Entonces, ¿no te portaste bien con ella? —inquire Luke, cuadrándose en la puerta y cruzándose de brazos. Susan queda a su espalda y apenas se la ve.

—Luke, no seas muy duro —le sugiere Susan.

Parezco un pasmarote, mirándolo fijamente, pero sin poder hablar. ¿Cómo hemos alcanzado esta situación?

—¿No me acabas de decir que le rompió el corazón a mi hermana?

—Sí, pero...

—¿A qué has venido? —me pregunta directamente, ignorando a Susan.

Joder. ¿Tengo que decirles uno a uno a qué he venido?

—A recuperarla —contesto con toda la tranquilidad que me es posible.

—¿Qué ocurre? —pregunta otra voz a espaldas de Luke—. La fiesta es dentro. —Una chica muy parecida a Kenzie asoma la cabeza por el hombro derecho de Luke—. ¿Quién es este chico?

—Es Noak —contesta Susan asomándose por el hombro izquierdo y sonriendo de oreja a oreja. La otra chica abre los ojos de par en par.

—¿El de Kenzie?

—Exacto —vuelve a responder Susan.

—¿Qué hace aquí?

—Estoy enamorado de ella —contesto exasperado.

—¿Qué suertuda! —exclama, ajena al bullicio que existe en mi interior.

—Eso será si lo dejo pasar —añade Luke, que no me ha quitado los ojos de encima, tanteando mis reacciones.

—¿Por qué estáis en la puerta?

Es su voz, la que me ha perseguido en los días grises. La que me acompaña cuando estoy triste, la que me salva cuando estoy a punto de asfixiarme. La voz de Kenzie. La escucho y sujeto mi mochila, dejando los nudillos blancos de tan fuerte como aprieto. Necesito agarrarme a algo para no correr de rodillas y suplicarle.

—La quieres —afirma su hermano, que continúa midiéndome.

—Mucho —confirmo con un hilo de voz. Saber que está a pocos centímetros de mí es lo que me hacía falta para perder el poco autocontrol que tenía sobre mi cuerpo.

—Cuídala —me exige en un susurro.

Asiento; no consigo articular palabra, solo contemplo a las espaldas de Luke, a la espera de verla. Me muero de ganas, hace tres semanas que no nos vemos.

—Hablamos con tu novio —explica Susan, que se ha dado la vuelta para observarla. Todavía no alcanzo a divisarla.

—¿Por qué no nos contaste que era tan guapo? —quiere saber la otra chica.

—¿De qué habláis? —interroga una extrañada Mackenzie.

Luke se hace a un lado y me encuentro frente a frente con Kenzie. Mis recuerdos no le hacen justicia, es aún más guapa de lo que mi memoria conseguía evocar. Ella abre los ojos y la boca, y

no cesa de mirarme. Como si creyera que soy fruto de su imaginación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al fin.

—¿Puedo hablar contigo? —contesto con otra cuestión.

—Er... —Mira a sus amigas y a su hermano, como si ellos le pudieran dar una solución—. Sí, claro. —Sale y cierra la puerta detrás de sí. Camina unos pasos, baja las escaleras y se sitúa ante mí.

Las ganas de abrazarla consiguen que mis brazos cosquilleen. Joder. Ya no te digo de las ganas de besar esa boca que me tortura día y noche. Mantengo la distancia porque es lo que ella desea. Y no me ganaré su perdón si me lanzo a saco. Obtendría el efecto contrario.

—¿A qué has venido? —inquire enfadada. La pregunta del millón, una recurrente en el día de hoy.

—Quiero explicarte lo que sucedió y que tomes una decisión en consecuencia, pero no lo hagas sin saber lo que piensa la otra parte. No es justo.

—¿Has venido a hablar de justicia? —Suelta un pequeño bufido.

—Kenzie, sé que cometí un error, uno muy grande, pero no insalvable. No admití quién era porque supuse, o más bien me obligué a creer, que no eras importante. Que no ibas traspasando las capas de mi piel, saltando las barreras que había erigido... Hasta que ya estabas dentro de mí. Perdóname, por favor. Debí reconocer que era yo, que por mi culpa casi te quedas sin trabajo, pero no quería perder lo que estaba naciendo entre nosotros. Me engañé a mí mismo convenciéndome de que era solo diversión, que a ti no te afectaba quién era porque ambicionabas mi cuerpo, cuando la realidad era distinta por completo. Me enamoré de ti. Y lo sigo estando. Dime que no es tarde, que todavía tenemos una oportunidad. No quiero que dejes tu sueño por una estúpida crítica; pero, si me tengo que venir a vivir a Boston para estar contigo, no dudes que lo haré sin pestañear.

—¿Qué? ¿Dejar mi sueño?

—Agnes me lo explicó. Me lo cargué y lo lamento.

—Maldita Agnes —resopla, negando con la cabeza—. No he abandonado mi sueño, no te creas tan especial. Noak, ¿no me conoces? Jamás dejaría lo que tanto me ha costado por un hombre. He venido a ver a mi neuróloga.

—¿Te ha pasado algo? ¿Va todo bien? ¿Por qué no me lo contaste? Te hubiese acompañado, me habría gustado estar contigo, apoyarte, saber que te ocurre.

—No creí que te interesara. —Se cruza de brazos y se aleja unos pasos. La estoy perdiendo, su mirada es distante y su pose es fría como el hielo.

—Mackenzie, tú eres importante. Lo que tiene que ver contigo, con tu vida, con tu bienestar, es muy valioso para mí.

—Noak, no...

—Me niego a aceptar un «no» —la interrumpo—. No me digas que es tarde o que no hay nada que hacer. Me arrepiento de no haberme dado cuenta antes, o cuando ocurría. Siento no reconocer las señales, ni lo que sucedía cuando estaba a tu lado. Lamento no habértelo dicho más a menudo; pero, si me dejas, le pondré remedio. Planeo darte las gracias por estar mi lado, decirte que te quiero cada vez que me levante y no parar hasta que nos volvamos a acostar. Te agradeceré que me sacaras del cascarón en el que me había metido, y te suplicaré que sigas cometiendo locuras conmigo. Porque, cuando estoy a tu lado, me siento feliz. Mucho. Más de lo que jamás creí. —Me

acercó a ella. Ansío acariciarla, tocarla, secarle las lágrimas que ruedan por sus mejillas, pero ella se aleja. Mis manos caen derrotadas a ambos lados. No me queda nada, y la miro. He fracasado en la única tarea verdaderamente importante para mí: ella. La he perdido, ya no está enamorada.

—Es tarde —susurra, secándose las lágrimas.

—Me quedo en el hotel Revere Boston Common, estaré tres días más; si cambias de opinión, ven a verme. Mi habitación es la 905. —Asiente con la cabeza, pero no dice nada. Estoy derrumbado, así que me giro, dispuesto a irme al hotel. Pero, luego, recuerdo una cosa y me vuelvo. Ella me observa fijamente—. Y, Kenzie, quiero volver a bailar bajo la nieve. Contigo lo deseo todo. —Sonríe, y me marcho antes de suplicarle, de arrodillarme, de pedirle que no me abandone.

Llego a la habitación del hotel y me tumbo en la cama, agotado. Aún no me creo lo que ha pasado. He luchado y he perdido. Le mando un mensaje a Will para comunicárselo; él conservaba las esperanzas de que regresara con ella. ¡Joder! La vida, cuando quiere, es una mierda.

Dos días han pasado sin noticias de Kenzie. Dos días encerrado en esta habitación de hotel escuchando sin aliento los sonidos de fuera, imaginando que han tocado la puerta y, cuando me levanto corriendo a abrir, no hay nada. Nada.

No aguanto más, no puedo continuar así; si no me quiere, tendré que asumirlo. Estoy cansado de no salir ni para comer. Esta mañana decido ir al parque Boston Common a pasear y tomarme un café al aire libre.

Mañana regreso a casa; tengo muchas ganas, pero sin ella no va a ser lo mismo. En el fondo, he de aceptar que yo también esperaba ablandar su duro corazón. Creí que retornaríamos juntos.

Mi móvil vibra con un WhatsApp entrante de mi amigo.

Will

¿Cómo vas? ¿Por qué no vuelves a casa?

Noak

Porque le dije que me quedaba tres días... ¿Y si viene y no estoy?

Will

Que te venga a buscar, como has hecho tú. Me jode que estés solo, sufriendo.

Noak

Mañana podrás consolarme.

Will

Te tomo la palabra.

Doy una vuelta pequeña al parque, sin apreciarlo apenas, antes de regresar a mi habitación del

hotel. Mi amigo tiene razón: han pasado dos días y no me ha buscado, he de volver a casa.

Subo al ascensor, pulso el botón de mi planta y, cuando me acerco a mi habitación, la tarjeta magnética se me cae de las manos de la impresión. Sentada ante mi puerta, con la cabeza apoyada en sus rodillas, está Kenzie.

«¿Seguro que es ella? ¿No será que estás tan obsesionado que la imaginas?», me digo a mí mismo.

Soy incapaz de dar unos pasos más por temor a que se evapore su imagen. Ni siquiera me he agachado a recoger la llave, solo la observo. La presión de mi mirada debe de alertarla, porque alza la cabeza buscando hacia todos lados, hasta que me ve y se levanta de golpe. Se ajusta los pantalones vaqueros y comprueba que su sudadera está bien colocada antes de enfrentarse a mí.

—Te estaba buscando —indica con una voz apenas audible—. Creí que te habías ido. —Sigo sin hablar, las palabras se amontonan en mi garganta, pero no logro pronunciarlas. El efecto que ejerce sobre mí es abrasador, me roba el aliento—. Noak, siento lo que pasó en mi casa —admite. Estamos frente a frente. Kenzie no para de tocarse el pelo y de suspirar para tranquilizarse. Sin embargo, yo parezco un imbécil mirándola pasmado.

—No tienes que sentirlo —expreso al fin.

—No fui sincera contigo.

—Si has venido a decirme que no me quieres o que nunca lo has hecho, ahorrártelo. Me ha quedado claro. Regreso a mi casa. —Recojo la tarjeta del suelo y doy unos pasos, la rebaso para alcanzar mi puerta. Ella me lo impide, se coloca en medio y me agarra de un brazo—. Kenzie, si me tocas, yo...

—Escúchame, por favor —suplica.

—¿Qué me vas a decir? No hay nada nuevo. Soy consciente de que debería habértelo dicho antes y asumir las consecuencias; pero no lo hice, te perdí, y ahora he de olvidarte. Me arrepiento no habértelo contado desde el mismo día en que me abandonaste, que me dejaste solo en mi casa, pero me niego a admitir que lamento haberme enamorado de ti. —Me aparto de ella y logro alcanzar la puerta de mi habitación, con Kenzie a la zaga. Las manos me tiemblan de las ganas que tengo de estrecharla, cogerla en mis brazos y entrar con ella.

—Noak —susurra acariciando mi espalda. Joder, sus manos—. Mírame. —Me doy la vuelta. Quedo a escasos centímetros de ella y aguanto las ganas de besarla. ¡Maldita tortura!—. Es verdad que mentiste, me contaste una verdad a medias al explicarme que tenías una empresa que se encargaba de elaborar comida...

—Kenzie, perdóname —la interrumpo.

—Pero... —exclama dando un paso hacia mí. Coloca una mano sobre mi cara y cierro los ojos, apoyándome en ella, dejándome acariciar.

—Te echo de menos —reconozco con los ojos cerrados, más para mí que para ella.

—Te sigo queriendo. —Abro los ojos como platos y la contemplo—. Quiero que me acompañes cada vez que tenga una cita rutinaria, quiero contar contigo cuando tenga un mal día, quiero ver cómo rompes en pedazos esa coraza que te rodea, y quiero que confíes en mí. Puedes contarme lo que sea, incluso que eres el pomposo presumido que crítica mi comida, porque pienso atiborrarte de ella hasta que admitas que es deliciosa. —Sonrío, y ella me la devuelve—. Quiero seguir cometiendo locuras a tu lado y quiero volver a bailar bajo la nieve. Me encantaría regresar a casa contigo, si aún lo deseas.

—¡Joder, Kenzie! Te quiero. —Le agarro ambos lados de la cara y la acerco a mí para besarla.

—Yo también te quiero —susurra antes de que nuestros labios se unan.

Le beso en medio del pasillo del hotel.

Nuestros sentimientos están claros.

Y nos amamos sin descanso.

Epílogo

Roxette - Listen to your heart

Meses más tarde...

Estamos en mi época favorita del año: Navidad. Quizá porque siempre me recordará a él. Al día que se empezó a abrir en aquel mercado, o a cuando lo llevé al límite y bailamos como dos chalados, o porque ya no estoy cabreada con la vida.

Me giro para contemplar a Noak, concentrado en la carretera. No aparta la vista, pero sonrío dándome a entender que es consciente de que no puedo alejar mis ojos de él. Eso no ha cambiado, sigue siendo un engreído adorable; con razón, pero creído de igual manera.

Apoya la mano en mi muslo y me lo aprieta. Dejo caer mi mano hasta que descansa sobre la suya. Estoy nerviosa. Aunque intento que no lo note, pero para él soy un libro abierto. A veces creo que me conoce mejor que yo misma. Me aterriza y me enamora a la vez.

Este año pasaremos las navidades todos juntos en Vaxholm. Sus padres, los míos, mi hermano, sus amigos y los míos. ¿En qué estábamos pensando para creer que era buena idea invitarlos a todos?

¿Sabéis que Noak y mi hermano se han vuelto inseparables? Después del recibimiento que le dio en Boston, pensé que lo iba a tener difícil; pero durante unas vacaciones, en las que mi hermano comprobó cómo me trataba Noak, se rindió. Otro fan más.

«¡Ay, Boston! Qué bonitos recuerdos conservo de ti después de lo mal que me lo hiciste pasar».

A día de hoy conservo intacto en la memoria el día que Noak fue a buscarme. No podía creérmelo. Estaba aturdida. No sabía qué decirle. Quería besarlo y pegarle, a partes iguales, porque me sentía alegre y confundida.

Había volado miles de kilómetros por mí. Era el gesto que necesitaba de él. Pero me aterré, y reaccioné apartándolo de mí. Al darme cuenta de que podía perderlo para siempre, que estaba a un día de que se fuera, fui a buscarlo. Y no lo he dejado marcharse desde entonces. Y él no ha parado de demostrarme que me quiere, cada día.

Y ahora vamos de camino a la cabaña donde todo cambió.

Vamos a celebrar las navidades; el veinticinco abriremos los regalos juntos, y me hace especial ilusión. Son nuestras primeras fiestas como pareja oficial, y hace más de tres años que no las celebro con mi familia.

Sigo trabajando bajo las órdenes de Roberto; después de que apostara por una desconocida de Boston y de que más tarde me dejara a cargo de su local para que, a continuación, el zoquete que está a mi lado escribiera la peor crítica del mundo, y todo ello sin echarme, ¿a dónde voy a ir?

Cruzamos el puente que nos separa de Vaxholm; se empiezan a distinguir las casas características con tonos pastel y contengo la respiración. Ha llegado el día de que nuestras familias se conozcan. ¿Y si se caen mal? ¿Si después de varios días juntos nos queremos matar?

—¿Te encuentras bien, nena? Respira, te estás poniendo roja por momentos.

—¿Y si les caigo mal?

—Ya conoces a mis padres, te adoran. Mi padre y tú habéis intercambiado secretos de cocina y

te ha dado sus mejores recetas. Y a mis amigos los has tenido en el bote desde el minuto uno — intenta tranquilizarme.

Aparca detrás del coche de su padre, pone el freno de mano y apaga el motor. Entonces se gira para mirarme y me pierdo en sus increíbles ojos marrones. Me coge la cara con ambas manos y me da tres golpecitos en mi nariz con la suya.

—No va a pasar nada malo.

—¿Y si no se soportan? ¿Y si no son capaces de pasar más de dos días juntos? ¿Y si se estropean nuestras vacaciones navideñas?

—¿Y si cae un meteorito y extingue la tierra? —Su sonrisa se ensancha y no me queda más remedio que devolvérsela—. No adelantes acontecimientos. Estate tranquila. Y, si la cosa se pone fea, los mandamos a casa y nos quedamos nosotros. ¿Sabes por qué?

—Porque siempre nos quedará Vaxholm —contesto embobada. ¿De dónde demonios ha salido este hombre y por qué me quiere tanto? Ni idea, pero pienso aprovecharlo, porque yo también estoy loca por él.

—Exacto.

Se acerca para besarme y aún siento el cosquilleo que recorre mi cuerpo desde la espina dorsal hasta mi barriga, donde estallan miles de mariposas. El hormigueo de la anticipación al saber que Noak va a unir sus labios con los míos. Lo hace. Al principio es lento, pero entre nosotros no dura mucho, y termina en un beso famélico. Unos golpes en la ventanilla nos interrumpen y me empiezo a sonrojar.

—¡Qué vergüenza! Nos acaba de pillar tu madre. —Las carcajadas de Noak resuenan por todo el coche—. ¿Se puede saber de qué demonios te ríes?

—Kenzie, siento que estas navidades vas a estar ruborizada a cada minuto, porque pienso besarte cada vez que me venga en gana.

—Compórtate, por favor —le suplico.

—¿Contigo? Nunca. —Me guiña un ojo y se baja del coche para hablar con su madre.

Noak se dirige a la parte de atrás a coger nuestras maletas y se acerca a la entrada con su madre pisándole los talones. Aprovecho ese momento de soledad antes de cargar con los bollitos de Santa Lucía que preparé. Un clásico de la Navidad sueca.

Me adentro en el calor de la casa y me reciben los abrazos de los padres de Noak. Me relajan con ese simple gesto. Nada saldrá mal. Está en mi cabeza, que soy una paranoica. Diez minutos después llegan mis padres y Luke, acompañados de Susan, su marido y sus adorables niños, seguidos de Agnes, Will, Fredik y Asgnar, que nos seguían a poca distancia, pero se quedaron rezagados por el trayecto. Reparto besos y abrazos a diestro y siniestro mientras río por todo y por nada a la vez.

Soy feliz.

Los niños juegan fuera, en la nieve, esquivando las grandes bolas que se tiran uno a otro; se unen los no tan niños, como Colin (el marido de Susan), Noak, mi hermano, Will, Fredik y Asgnar. Los observo por la ventana entre risas. Son como críos.

Acudo a la cocina para ayudar al padre de Noak, que lleva cocinando desde ayer. Lo envidio por cómo se mueve en ella, se nota la experiencia, y espero algún día moverme igual; aunque, según Noak, ya lo hago.

Mi madre se coloca a mi lado tras darme un achuchón y mi padre se pone detrás de mí. Me da

un beso en la cabeza y apoya la barbilla en ella.

—Me alegro de que te haya salido bien, Kenzie. Has arriesgado y has ganado. Así se hace, pequeña.

—Gracias, papá. Y por acompañarme estas navidades, son especiales con vosotros aquí.

—Ni todo el oro del mundo nos hubiera impedido estar a tu lado —dice mi madre apretando mi mano para confirmar sus palabras—. ¿Noak ya lo sabe?

Niego con la cabeza, ansiosa y temerosa de su reacción.

—¿Cuándo tienes pensando decírselo?

—Estoy buscando un momento de tranquilidad, a solas.

—No tardes mucho o se enterará por otros medios. —Mi madre sonrío y me acaricia con cariño.

Una tromba de hombres y niños empapados entran y forman un barullo tremendo con sus gritos y risas. Noak se acerca a mí y me susurra al oído:

—Mira hacia la ventana.

Giro la cabeza y percibo cómo caen copos de nieve.

—Está nevando —señalo en un pequeño susurro, más para mí que para que él me escuche.

—¿Recuerdas lo que te dije para recuperarte? —Su aliento acaricia mi oreja y mi piel se eriza. El efecto Noak parece no extinguirse nunca.

—Que querías volver a bailar bajo la nieve.

—Mackenzie Spectre, ¿me concede el honor de ser su pareja de locuras y bailar conmigo? —Extiende su mano hacia mí y espera con una sonrisa traviesa brillando en su cara.

—Será un honor.

Salimos, y una ráfaga de aire helado me hace tiritar, pero sonrío. Noak enciende la radio del coche.

—¿Qué haces?

—No seas impaciente. Lo quieres saber todo antes de que suceda. Déjame sorprenderte de vez en cuando.

Busca en su móvil y pone una canción. La melodía de *Love me now*, de John Legend, emerge por los altavoces, y sonrío embobada. Es la misma que tararé aquella noche. La noche en la que mi vida volvió a cambiar.

Bailamos bajo la nieve, como aquel día, solo que esta vez se unen los locos de nuestros amigos y familiares. Estamos todos fuera, danzando con la melodía que sale del coche de Noak.

¿Así que esto es la felicidad?

Me emociono al compartir este momento con ellos. Es una imagen que no olvidaré jamás. La atesoraré en mi mente.

—Noak, he de decirte algo —murmullo—. Estaba nerviosa por lo que podía suceder con nuestras familias, pero también es porque... —Me quedo callada y él me contempla, sin dejar de moverse al ritmo de la canción. Los copos de nieve bajan de su pelo a su cara. ¡Qué guapo es!

—¿Qué pasa, nena?

—Estoy embarazada —escupo con los ojos cerrados y apretando sus manos.

Él se para. No siento el balanceo de su cuerpo. Y el miedo me acecha. Es pronto, no estaba planeado, simplemente ocurrió.

—Kenzie, ¿por qué no me miras?

Abro uno de mis párpados y lo observo. No para de sonreír y varias lágrimas recorren sus mejillas.

—¿No estás cabreado?

—¿Por qué? ¿Por hacerme el hombre más feliz de la faz de la Tierra? Ni de coña. Estoy asombrado por haberte recuperado, atónito porque me sigas queriendo y perplejo por todo lo que me das a cambio de nada. En estos momentos, soy muy feliz, Kenzie. No sabes cuánto. Contigo, con nuestros amigos, con nuestra familia, y la que vamos a formar nosotros —dice, acariciando mi barriga—. Te quiero, Mackenzie.

—Yo también te quiero, Noak. —Nos fundimos en un beso capaz de derretir la nieve que hay a nuestro alrededor.

Y no dejamos de amarnos ni un solo día de nieve.

Ni de lluvia.

Ni de sol.

Vivir no es solo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.
Descansar, es empezar a morir.
Gregorio Marañón

Nota de la autora

Esta historia surgió el mismo día en que entré en el hospital a causa de un accidente isquémico cerebral. Intenté ajustarlo a la ficción, pero sin olvidarme de la realidad. Al margen de que los hechos son absolutamente verídicos, han sido adaptados a una historia ficticia, y no debemos olvidarnos de eso.

Mackenzie surgió en mis peores momentos. Por aquel entonces apenas le hice caso, no quería escucharla, pero su voz se hacía más y más fuerte hasta que no pude soportarlo más y empecé a teclear. Era hora de contar nuestra historia. Intenté plasmar todo tal y como lo sufrí. Sé que es duro, probablemente muchos no quieran saber ni leer sobre el asunto, pero era necesario contarlo. Para mí lo era, y me ha servido de mucha ayuda.

Tras varias pruebas, cientos, los médicos detectaron en mi sangre que era propensa a sufrir más ictus, o incluso trombos. Era una mala noticia para mí y, aunque dentro de la gravedad por lo menos estaría controlada, no podía soportarlo más. Tenía que escapar, coger aire, ver las cosas desde otra perspectiva. Mis primos me prestaron su estudio en Södermalm. Así que compré los billetes, hice las maletas y me esfumé con mi pareja.

Me enamoré de Estocolmo solo con verla y tuve la certeza absoluta de que era el lugar en el que Mackenzie tendría su nueva vida, su gran amor, y sería feliz.

Este libro nace de una experiencia vivida, por lo que cualquier parecido con otro libro o historia no es más que pura coincidencia.